

**ANTONIO J. RODRÍGUEZ**



**CANDIDATO**



*Candidato*

ANTONIO J. RODRÍGUEZ



LITERATURA RANDOM HOUSE

SÍGUENOS EN  
megustaleer



@megustaleerebooks



@Literaturarandomhouse



@LitRandomHouse



@Litrandomhouse

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

*Para Claudio*

## PREFACIO

# LA EXTREMA IZQUIERDA DEL CENTRO

A Silván Salas lo conocí antes de marcharse a París a preparar *Mujeres*, su libro de entrevistas a personalidades y ciudadanas europeas con que trataba de dar sentido a la identidad europea desde una perspectiva de género. Entonces su bibliografía se reducía a unas cuantas contribuciones regulares en prensa, además de un librito publicado en una editorial menor que reunía sus mejores artículos. Con todo, el profesor ya era conocido en determinados círculos periodísticos e intelectuales. Aquella colección de artículos me dio pie a entrevistarle por primera vez en un café de Bilbao, Madrid. De aquel encuentro hubo varias cosas que me llamaron la atención, de las que aquí destacaré tres: una, su coquetería; dos, su habilidad para ubicarse a una distancia prudencial entre los intelectuales liberales y los de izquierda, sin hacer demasiado contorsionismo político ni parecer un *enfant terrible* de provocación hueca; y, tres —lo admitiré—, sus ideas políticas, más tarde resumidas en un eslogan de la prensa política adversaria que lo describía como «la extrema izquierda del centro».

Tras esa entrevista vinieron otras. Su ensayo sobre Europa me dio la oportunidad de escribir el primer artículo largo que se hizo sobre él, en donde le consideraré como algo más que una joven promesa del pensamiento. Aún hoy desconozco si fue una sensibilidad generacional compartida, pero creo de

veras que fui de los pocos periodistas que se tomó aquel libro cien por cien en serio. La cuestión es que gran parte de las críticas y comentarios que había recibido, sobre todo de aquellos que hablaban bien de él, resultaban muy condescendientes, cuando no desagradables. Es fácil imaginar por qué: el hecho de que Salas no se casara con nadie, sumado a una perspicacia intelectual que acomplejaba a todos los que no estaban de su lado, le pasó factura. Hablando en plata, no puedes tener veintitantos años, escupir con chulería en la obra de buena parte de tus pensadores contemporáneos o de generaciones anteriores, y esperar que todo el mundo te aplauda. Aferrarse a una independencia ideológica como la suya se paga caro, aunque también tiene sus recompensas.

Su meteórica trayectoria política me hizo sentir la necesidad de escribir su historia como merecía ser contada. Hablé con él y estuvo de acuerdo; entre Silván y yo siempre hubo química y buen entendimiento. Conseguí entonces arreglar un método de trabajo que a Silván, a mi editorial y a mí nos convenían: durante la campaña, yo seguiría a Silván y dispondría de todo el tiempo que él pudiera concederme en el momento que él precisase, lo cual se tradujo en un número de entrevistas que oscilaban entre dos y cinco por semana. A cambio, yo me comprometía a no publicar nada durante la campaña, a no relacionarme con el resto de los periodistas, a no extralimitarme en mis preguntas sobre la estrategia del partido y a conversar con él esencialmente sobre su trayectoria y sus ideas. Para Silván, aquellas entrevistas fueron una especie de psicoanálisis, una buena forma de desconectar de la presión que suponían las semanas previas a los comicios generales.

Un detalle importante de aquel acuerdo era que Silván se comprometía a facilitarme los contactos que yo necesitase para ampliar información, lo que finalmente acabó convertido en un archivo documental que acumula medio centenar de conversaciones con gente cercana al ensayista y político.

Pero mientras yo sumaba y sumaba información, pasó algo: empecé a sentir que si quería publicar el retrato de Silván que yo veía nítido en mi cabeza, entonces tendría que entrar en espacios íntimos en los que él ya no se sentía tan cómodo. Así pues, cuando acabé el primer borrador de mi libro, apenas una semana antes de las elecciones, se lo hice llegar a Silván. Su respuesta fue tajante: si publicaba aquello, me demandaría. Nuestra amistad acabó ahí.

Tengo la convicción de que en todo momento fui respetuoso con él y con su entorno, pero puedo entender que le disgustase mi manera de retratar ciertos instantes de su vida. Como le había dejado claro ya desde el primer momento, mi semblanza de él implicaría luces y sombras; a pesar de la admiración intelectual que expresaba hacia su figura, yo no estaba dispuesto a hacer un perfil elogioso, enlatado o prefabricado, como tantos otros que empezaron a circular cuando llamó la atención como asesor del partido al que servía. Para más inri, los abogados de mis editores me disuadieron de publicar aquel reportaje, ni siquiera como biografía no autorizada. En un proceso judicial, yo tenía las de perder. Decidí entonces transformar los materiales que había acumulado en una novela, dando lugar así a un texto híbrido al que van a parar dos tradiciones en apariencia enfrentadas: la investigación periodística y la novela que sondea espacios de la psique de los que pocos se atreven a hablar en público.

Tampoco me cabe la menor duda de que este libro no pasaría el filtro del político, a pesar de que, como ya hice entonces con toda la no ficción que escribí sobre él, siempre me he cuidado de mantener y defender la integridad moral de todos y cada uno de los personajes implicados. Soy consciente, además, de que este libro irritará a mis colegas periodistas, que entenderán este texto como una violación de la deontología implícita en nuestro oficio. En cuanto a mí, la elaboración de *Candidato* me sirvió para darme cuenta de algo: nunca jamás habría sido tan honesto y salvajemente real con Silván como

utilizándolo como base para construir un personaje de ficción. La pega de esto es que el lector nunca terminará de saber cuánto hay de verdad y cuánto de invención en lo escrito, pero para el caso, ¿qué importa? Lo anecdótico es solo eso, prescindible. De no ser por la ficción, me hubiese sido imposible vehicular un gran conjunto de verdades que articulan lo más profundo, interesante y seductor de un personaje carismático, frágil, pasional, arrollador e inteligente como Silván Salas. En otro orden de cosas, también reconoceré que, en algún momento de la escritura de *Candidato*, nuestro protagonista se deshizo de su referente y echó a volar solo, con independencia de la huella constante del hombre que alumbró el camino a este personaje.

Dicho esto, todo lo que el lector tiene en adelante se trata de una obra estrictamente de ficción, una novela que, como todas las novelas, atiende y se inspira en la realidad.

Agradecido,

ANTONIO J. RODRÍGUEZ,  
*Hotel Fontaines du Luxembourg,*  
*París, primavera de 2019*



CANDIDATO

I

AZUL KLEIN

Simón Soria nunca había experimentado relaciones íntimas con mujeres no caucásicas. La última noche que pasó en Israel, tampoco; pero estuvo cerca.

Despertarse en su habitación del hotel y comprobar que la noche anterior no había ocurrido nada de lo que por un momento previó debió ser un mazazo, un instante de patetismo viril en un escenario donde, eso sí, nadie le conocía, y, en consecuencia, nada iba a trascender. Aunque en realidad quizá no fue un mazazo. Hacer el amor con Rania era algo que coronaría una semana de libertad y plenitud totales, la guinda al pastel, el oasis en medio del desierto. De todas formas, estaba satisfecho. Melancólico, porque el viaje acababa ya, pero contento con su erección bajo la ropa interior y su cabeza enlodada de todo lo que había bebido anoche, y el vientre ácido por las cenas pantagruélicas a las que en los últimos días se había sometido. Era una mañana fresca, donde ni una sola nube cubría el cielo azul de la ciudad hebrea, y él se limitaba a mirar el gran olivo que organizaba el patio del hotel a través de un bello rosetón de vidrios, mientras hacía tiempo para marcharse.

Apenas había dormido tres horas, así que se masturbaría, se daría una ducha y cogería un taxi al aeropuerto. Le molestaba perderse el desayuno gratuito del hotel, pero carecía de ninguna voluntad para intercambiar frases insustanciales con algún otro invitado al congreso alojado en aquella construcción señorial.

La Universidad de Jerusalén había invitado a Simón Soria como ponente en un ciclo de charlas alrededor de la idea de libertad. Nunca antes había

conocido Israel y aquella semana se sintió, por primera vez en mucho tiempo, como en casa. Simón vivía a medio camino entre la resignación y el idealismo: estaba acostumbrado a que afearan sus artículos, era el hombre de pensamiento acelerado que defendía ideas con las que nadie estaba de acuerdo, un pensador audaz que hablaba para unos pocos, despreciado por la izquierda y ninguneado por la derecha, exactamente igual que su ídolo de juventud, el filósofo y periodista francés Raymond Aron, sobre el cual escribió una tesis doctoral comparándolo con su otro tótem, Jean-Paul Sartre. En aquel entorno de profesores universitarios israelíes, en cambio, sintió una sensación de la que ya casi se había olvidado: el reconocimiento. Allí a su audiencia la hechizaba.

Tampoco es que lo que dijera fuese gran cosa, la verdad. En la Universidad de Jerusalén había impartido una lectura sobre el derecho a la libertad de expresión y el problema que suponía que Occidente se amedrentase cada vez que un puñado de fanáticos musulmanes se cabreaba porque un caricaturista dibujaba a Alá haciendo gilipolleces. Anteponía la libertad de expresión al racismo que algunos veían en ciertas formas de representación del islam. Era un argumentario bastante fácil, hasta él mismo lo reconocería, lo que pasa es que Simón era un gran orador; contaba las cosas con gracia. Era preciso en las adjetivaciones, expresivo a la hora de crear metáforas y excepcional contando chistes. Casi nunca mencionaba a otros filósofos, lo cual irritaba bastante en el ámbito académico.

Con todo, hubo una intervención en el congreso que eclipsó a todas las demás: la de Rania al-Jatib, alguien de quien Simón ya era fan declarado y también uno de los motivos por los que había asistido a aquel ciclo. Le llamaba la atención conocerla en persona.

Con un imponente metro ochenta y cinco, Rania al-Jatib era una cineasta de veintinueve años cuyas posturas políticas la habían situado en una posición

comprometida. Nacida en la Franja de Gaza, Rania había huido de Palestina con diecinueve años. El motivo era que Hamás la tenía amenazada de muerte.

En la ciudad de Jan Yunis, donde se crio, se había casado y luego divorciado; no estaba dispuesta, decía, a tolerar el hermetismo de una sociedad tan cerrada como la suya. Por eso se exilió primero en Egipto y a continuación llegó a San Nicolás de Flandes, al norte de Bélgica, donde estuvo algún tiempo viviendo en un centro de refugiados. En la actualidad Rania alquilaba un estudio en el distrito XX de París —curiosamente el más multicultural de la ciudad, conocido con orgullo por dar cobijo a más de ciento cuarenta nacionalidades—, y pasaba por un momento vital bastante cómodo y satisfactorio. En los últimos tres años había rodado y publicado un par de películas sobre la relación entre el islam y las mujeres, gracias a las cuales había podido viajar por toda Europa, conocer gente y difundir sus ideas.

La cineasta tenía un objetivo en la vida: defender la emancipación de las mujeres musulmanas. Se definía como feminista y crítica con el islam, lo que la había ubicado en un escenario diplomático un tanto raro: se veía enemistada con buena parte de la izquierda europea (aunque la izquierda europea evitaba el contacto con ella), y se había granjeado la confianza de ciertos segmentos feministas, el estado de Israel y algunos partidos europeos considerados de derechas o de extrema derecha; por ejemplo, el Partido Liberal neerlandés o Los Republicanos en Francia. De hecho, gran parte de la financiación de sus películas provenía de fundaciones cercanas al partido democristiano francés, lo que había llevado a que ciertos sectores extremistas definieran a Rania al-Jatib como «una perra sionista».

En su lectura para la Universidad de Jerusalén, Rania efectuó una dura crítica al islam. Señaló que el concepto de Dios de los musulmanes era absoluto; para ella, el Dios del islam era un Dios que exigía sumisión

absoluta. También denunció que el islam estuviera fuertemente dominado por una moral sexual cuyas raíces conducen a los valores tribales árabes, «una cultura —dijo— en que las mujeres son propiedad de padres, hermanos, tíos, abuelos, tutores». Para Rania, los políticos que denunciaban que el islam está secuestrado por una minoría terrorista estaban equivocados. En sus propias palabras:

—El islam solo está secuestrado por sí mismo —concluyó Rania a modo de cierre, y en ese momento todo el auditorio que la oía se levantó de sus butacas y se puso a aplaudir y jalearse rabiosamente.

Rania no veía nada, los poderosos focos que apuntaban sobre su rostro maquillado impedían una visión nítida de la grada; sin embargo, percibió la energía y las cálidas vibraciones de su extasiado público. Lo que prometía ser una conferencia más acabó convertido en un mitin político excepcional, casi como una misa de góspel. Hablar en público era algo que se le daba bien. Al terminar, sintió lo mismo que si levitase, como si sus simpatizantes le mantearan. Le rebosaba el ego.

Para la jornada de clausura, la universidad había invitado a los participantes del encuentro a una audición de música en el Henry Crown Hall, dentro del teatro principal de la ciudad. Se trataba de un concierto de Shostakóvich a cargo de la Orquesta Sinfónica de Jerusalén; el repertorio incluía el *Concierto de jazz*, los *Cuartetos de cuerda* y la *Sonata para violonchelo y piano*. Evidentemente, la elección de Shostakóvich tenía un valor simbólico, o al menos varios de los invitados reconocían la valentía del compositor ruso a la hora de afrontar su complicada relación con el régimen estalinista y admiraban su osadía intelectual. Esa noche, Simón escogió una camisa de seda blanca y cuello mao que había comprado en el trayecto de ida en el aeropuerto de Zúrich, mientras esperaba su escala a Ben Gurión en Tel Aviv. Había desembolsado cerca de quinientos euros por aquella prenda, que

compró como quien se coge un berrinche, una travesura de adolescente que hace algo a escondidas, quizá previendo ya que lo que ocurriera en Jerusalén, quedaría en Jerusalén. Simón llevaba desabrochada aquella camisa blanca casi a la mitad del pecho depilado. También se perfumó las muñecas, la nuca y el pelo negro, que lo llevaba cortado y peinado a tazón con un aire entre Andy Warhol y André Glucksmann. Esa noche presentaba un aire inequívocamente aristocrático, se había vestido para impresionar. Para entonces, Rania y él eran uña y carne en el congreso. Habían congeniado. Él había conseguido contar la suficiente cantidad de chistes para arrancar un montón de carcajadas a la cineasta palestina, que ofrecía el mejor de sus rostros. La había seducido. O eso creía él.

Durante la audición no paró de hacer bromas. En una ocasión les sisearon para que bajaran el volumen o se fueran de allí.

En la cena se sentaron juntos. La universidad había reservado un restaurante kosher con aforo para medio centenar de personas; ofrecían un menú de degustación con especialidades locales a los invitados, la mayoría extranjeros. Aquel era un sitio de paredes de roca caliza en el corazón del Yemin Moshe, iluminado por las velas de las menorás sefardíes de latón que había repartidas por todas las mesas. Había sido una semana intensa departiendo con pensadores brillantes al más alto nivel, así que aquello se presentaba con el ánimo de una cena de empresa de Navidad en la que los trabajadores cerraban un curso agotador y se relajaban. Simón se había prometido pasárselo bien. Por costumbre, era un bebedor solitario. Le gustaba beber a solas los fines de semana mientras escuchaba música y tomaba notas para libros o artículos. Esa noche, en cambio, disfrutó de la velada en compañía. Estaba rodeado de gente que admiraba su trabajo y sabía que, en cuanto llegase a Madrid, la presencia en aquel congreso traería consecuencias: la mayoría de sus compañeros de claustro y alumnos eran izquierdistas antisionistas que leerían su participación

en el fórum de la Universidad de Jerusalén como una exhibición sin complejos de su derechismo de moda. Aquella gente le tenía harto. El ánimo amable que allí se respiraba tenía las horas contadas.

A lo largo de la cena hubo un tonto embriagador. Todo el mundo quería intercambiar frases con Rania y muchos hombres aprovechaban los espacios robados a Simón para sacar a relucir sus encantos como pavos reales. Hacía ya tiempo desde la última vez que Simón jugó a eso. En alguna que otra ocasión fue descubierto por ella mientras él giraba la cabeza en mitad de una conversación con cualquier profesor simpatizante del Likud para ver si la cineasta se quedaba libre, al fin. Se había prometido controlar su consumo de alcohol, pero la noche se lo fue llevando por delante.

Simón describiría lo que sintió aquella noche como una inyección de éxtasis; sentía frío en la piel y un torrente de fuego en su riego sanguíneo. Era como una bola de fuego dentro de un iglú. Y era agradable.

Cuando hablaba con ella apenas prestaba atención a lo que Rania o él decían; lo importante era el juego de miradas, la fascinación que le despertaba el esmalte de sus dientes en contraste con su rostro dorado, como una joya de bronce. Se sentía seguro mirándola directamente a los ojos. Ninguno de los dos desviaba la vista al hablar. Aunque ella le sacaba una cabeza, Simón se sentía firme, un hombre cada vez más embrutecido. Él sabía que ella sabía que él hacía gala de modales suaves mientras retenía la pasión de un cavernícola. Pensaba que en la cama sintonizarían bien.

Hablaron de sus posiciones políticas, de aquello que compartían y sobre todo de aquello que los hacía distintos; en ese punto de la amistad, era importante diferenciarse del otro, hacerse querer. Rania representaba una línea bronca y guerrera de la tradición liberal, motivada por sus circunstancias personales; era una amazona intelectual en tierra de caníbales. En cuanto a Simón, él era un exanarquista que en su juventud había coqueteado con todo



tipo de movimientos sociales, también con el Partido Comunista, pero al cual su paso por la Academia, y sobre todo su relación con su mentor académico, lo habían convertido en un liberal clásico que, aún hoy, casi dos décadas después de pisar por primera vez las aulas, arrastraba tics de revolucionario.

Hablaron de sus gustos personales y de las banalidades que encandilaban a ambos. Él se hizo pasar por un carcamal al que solo le interesaba la literatura grecolatina y francesa, que era lo que estaba leyendo en ese momento, el cine de Truffaut y algunos cuantos compositores contemporáneos; ella entendió por dónde iban los tiros y contraatacó hablando de los conciertos de rock a los que le gustaba ir en París y de los clubes de música electrónica que frecuentaba. Los dos exageraban. Jugaban a diferenciarse, como dos piezas de puzle que en su morfología inversa se reconocen como solo una.

La gran mayoría de los invitados decidió despedirse cuando acabó la cena. Un pequeño grupo, entre los que estaban Simón y Rania, decidió continuar la fiesta en un bar del Yemin Moshe donde había música en directo. No era una mala opción: suspender los diálogos cada vez más pobres e innecesarios y dejarse llevar por los ritmos del timbal, los clarinetes y el címbalo húngaro; ojalá hubiese sido tan fácil. A esas alturas de la noche, Simón se dio cuenta de que estaba en un punto de no retorno. Hacía tiempo que tenía que haber dejado de beber. La erección feroz que anteriormente sentía en el pantalón mientras hablaba con ella a un palmo de su boca se disipaba por momentos. Notaba su pene como un globo de agua medio deshinchado y flácido. ¿En qué narices estaba pensando? Comprendió que su cerebro reptiliano le había estado torpedeando con mensajes absurdos. No había parado de beber bourbon con hielo para impresionarla. Era como: «Ey, ¿has visto qué viril soy?». Hacía el ridículo. Era como si se hubiera quedado clavado pedaleando sobre una bicicleta de piñón fijo, ya no llegaría mucho más lejos y tampoco podía retroceder. A Simón le daba la sensación de que ella bebía mucho mejor que

él, o al menos de forma mucho más inteligente. Se vio a sí mismo como un despojo humano, superborracho, mientras que, por el contrario, era incapaz de adivinar grandes signos de ebriedad desestabilizadora en ella, que moderaba su consumo de alcohol ante los riesgos evidentes que presentaba aquella velada rodeada de buitres: Rania podía bailar y hablar sin que pareciera exhausta, y sin que sus sílabas se confundieran o su lengua derrapase. No había motivos para bajar las defensas.

Si al principio de la noche Simón era capaz de hablar en francés con una sintaxis compleja, introduciendo hasta dos y tres y cuatro subordinadas por oración sin perder el hilo conductor, ahora apenas sabía enunciar frases coherentes de más de diez palabras. La mitad de lo que decía no tenía sentido, pero a su favor jugaba el hecho de que la música sonaba alta y Rania asentía con alegría a sus intervenciones, sin juzgar la masculinidad crepuscular de la que ahora Simón hacía gala. ¡Cuánto habría dado por rebobinar algunas pocas horas y mitigar su consumo de vinos israelíes y bourbon! Ya era tarde. Él hacía un gran esfuerzo por bailar, pero temía derrumbarse en cualquier momento.

Cogieron un taxi. La hora de cierre de aquel sitio se acercaba y los dos se alojaban en el mismo hotel de lujo, el American Colony, por el que habían pasado nombres como Lawrence de Arabia, Tony Blair o Bob Dylan (además de Rania, pernoctar allí era otro argumento decisivo para que Simón viajara a aquel congreso). Hasta entonces, ninguno de los dos había mencionado que al día siguiente cogían sendos vuelos a París y Madrid. El de ella, eso sí, salía mucho más temprano, a primera hora de la mañana, de manera que Simón entendió que si hacía el esfuerzo por quedarse hasta tan tarde no podía decepcionarla.

En un raptó de intrepidez y adrenalina, el hombre de la camisa de casi quinientos euros se abalanzó en el taxi sobre Rania, que llevaba un precioso

vestido color azul Klein, probablemente muchísimo más barato que su camisa de cuello mao, aunque a ella el vestido le quedaba infinitamente mejor, y le tocó la cara como una especie de leproso en busca de su curandero capaz de obrar milagros. Daba pena. Iba a besarla, pero solo alcanzó a hacer como que le mordía el labio. Ella se echó a reír, le dijo que qué hacía y le apartó con un empujón cariñoso. Tampoco necesitaba grandes energías para tumbar a aquella tinaja de destilados, y así fue como acabó todo. Él entendió que no era no; punto. Entre Yemin Moshe y el hotel en el que Simón y Rania se alojaban había un trayecto de unos diez minutos. Esto pasó a mitad de camino. Los otros cinco minutos transcurrieron con una lentitud insoportable. Simón se puso entonces a mirar con los ojos vidriosos a través de la ventanilla y pensó que Jerusalén era una ciudad bella, y que quizá lo mejor que podía sucederles a ambos es que siguieran siendo amigos.

Al salir del taxi Simón casi se cayó contra la grava. Rania le agarró del brazo y él agotó su último fósforo pidiéndole si le acompañaba a su habitación, a lo que ella se disculpó escudándose en la hora de su vuelo. Le besó la frente y le deseó buena suerte.

Él caminó hasta la terraza del bar del hotel y tomó asiento en una de las mesas de forja, donde se desabrochó la camisa por completo y dejó caer los brazos por detrás del respaldo mientras respiraba aire fresco y contemplaba la piscina azul iluminada. Olía a flores y a naranjas. A continuación sacó su vapeador y se puso a hacer aros. A pesar del líquido de sabor dulzón que salía por aquel cacharro electrónico, en su estómago notaba una sensación que no era buena. De pronto, una arcada trepó por su faringe y entonces hizo un movimiento instintivo de tirarse al bordillo de la piscina, donde vomitó todo lo que había bebido y comido esa noche.

Un empleado del hotel corrió a auxiliarle. Simplemente, le sujetó la frente, le entregó unas toallitas húmedas y le ayudó a su incorporación. No le juzgó ni

le dijo nada, tan solo le acompañó a su habitación y lo introdujo en la cama.

Horas más tarde, Simón dormitaba en un asiento de la KLM, mientras cruzaba el Mediterráneo entero y escuchaba hip hop francés en su iPhone. Después de todo, no se lo había pasado mal. Tenía el orgullo herido, pero había sido una gran semana en Jerusalén. Se entretuvo meditando entre la percepción que él tenía de sí mismo y lo que él era de verdad; le divertía pensar en sí mismo mirándose al espejo largo rato antes de la cena, extraordinariamente presumido, seguro de su vanidad y en alta estima, y el desenlace final. También tenía la convicción de que Rania era una de las mujeres más impresionantes que había conocido nunca. No se quitaba de la cabeza aquel vestido color azul Klein.

Nadie esperaba a Simón Soria en su ático de Donoso Cortés, lo cual era un alivio. Elia le había dejado una nota adhesiva en el aparador de la entrada, en la que decía que aquel domingo tenía una recepción en un hotel de Cibeles y que llegaría tarde, tal vez pasada la medianoche. No sonaba distante o enfadada, pero él se veía en la obligación de esperarla despierto hasta entonces e intercambiar impresiones sobre cómo habían ido sus respectivas semanas. Había un rastro evidente de culpa en su decisión. Quizá, de no haber sido por el episodio de Rania, se habría acostado pronto y la habría ignorado como tantas otras veces en las que ella tenía compromisos hasta tarde, pero al volver colmado y satisfecho de su viaje, tampoco le costaba mucho ofrecerle un gesto de amabilidad y cariño.

Simón tenía la cabeza llena de pájaros, así que preparó un té negro, puso un compacto aleatorio de la Deutsche Grammophon a todo volumen y se concentró en las notas preparatorias de la clase que impartiría el lunes a las ocho de la mañana, y en el coloquio con un columnista que visitaba su universidad. Necesitaba tarea para desplazar los acontecimientos de las últimas horas.

Su relación con Elia se había vuelto complicada, a pesar de que los dos tenían un gusto calcado y una personalidad casi intercambiable. A Elia la hacían feliz cosas como la repostería oriental, ir al gimnasio y usar la máquina de abdominales y la de remo, el mobiliario escandinavo, el jazz francés con

acordeón, los fines de semana en los que regaba un desayuno abundante con Bloody Mary, comprarse ropa con Simón en The Kooples, los huevos benedictinos y los florentinos, viajar solo para una exposición o un concierto (viajar para ver ciudades le parecía una ordinariez; a partir de una cierta edad se presupone que has visto el mundo entero), fumar cigarrillos con boquilla, nunca más de una cajetilla al año; alojarse en rascacielos asiáticos con piscina, el queso fuerte, Matelo Ferret, Marcel Loeffler, Guillaume Perret, Verdi, Liszt, Chopin, Julius Eastman y Anoushka Shankar; las flores frescas, las ostras, las playas vírgenes, la ópera y echarse siestas.

Los dos se conocieron cuando él cursaba el doctorado, después de la licenciatura de Simón en Ciencias Políticas con resultados extraordinarios. El catedrático Gabriel de Paez, especialista en Tocqueville, Voltaire y Montesquieu y profesor en la Facultad de Ciencias de la Información, fue el tutor que guio a Simón por su investigación comparativa entre el pensamiento de Sartre y el de Aron. Además, De Paez era el padre de Elia, a quien Simón empezó a ver en casa del catedrático, en la calle de Alberto Aguilera, donde los dos continuaban a veces sus conversaciones sobre filosofía francesa contemporánea cuando la universidad echaba el cierre.

Todo empezó ahí.

Con veintiséis años, un tribunal valoraba la tesis de Simón como *summa cum laude*, a la par que Gabriel le hacía sitio en su departamento de Historia de la Comunicación Social en la Universidad Complutense como profesor titular, y su relación con Elia marchaba estupendamente. Por supuesto, la triunfal entrada de Simón en la Facultad de Ciencias de la Información fue vista con recelo por el grueso del profesorado. Luego había otra pregunta en el aire: ¿desestabilizaría el noviazgo entre Elia y Simón la amistad entre Gabriel y su discípulo? Firmemente, no. Al catedrático le entusiasmaba que su hija se hubiera enamorado de quien él consideraba su mejor y más sagaz discípulo. La

unión entre su hija menor y él constituyó para Gabriel uno de esos tranquilizantes momentos vitales en los que todo encaja a la perfección, una pausa para la paz y la serenidad, una decisión sabia por parte de ambos.

La novia de Simón trabajaba en un puesto intermedio en el despacho de relaciones públicas de su madre, Ofelia Solchaga, entre cuyos clientes había tres de las treinta y cinco empresas más importantes del país. Madre e hija estaban bien relacionadas. Lo mismo organizaban acciones filantrópicas que desembozaban crisis de reputación, las dos tenían estómago y voluntad para todo, se movían en los círculos adecuados y eso era algo que las firmas sabían. Ofelia Solchaga nunca se había atrevido a hacer crecer su gabinete por encima de las cien personas, su línea roja era esa, pero nadie dudaba de que su oficina constituía una de las cuatro o cinco mejores agencias de relaciones públicas de España.

—¡Simóóón! —gritó Elia, al entrar por la puerta y ver la luz de su despacho encendida—. ¿Cómo ha ido por Israel? ¿Te has divertido?

—Te eché de menos —contestó Simón—. Preferiría haber conocido Jerusalén contigo, pero no estuvo mal del todo.

—Estoy supercansada —dijo ella, sacándose un zapato de tacón de una patada mientras se apoyaba en la pared del pasillo; las dificultades evidenciaban su ebriedad—. ¿Qué te parece si me cuentas mañana?

Simón aceptó de buena gana, aunque en verdad estaba un poco molesto e irritado por el ánimo esplendoroso e independiente de ella. Le dio la sensación de que si se hubiera echado a dormir, a ella tampoco le habría importado. No esperaba encontrarse las cosas en ese estado.

La precariedad había alejado el admirable propósito crítico de la educación como el catamarán que a su partida ve achicarse el puerto; era inasible. En su lugar, impartir clases consistía poco más o menos que en la sabia administración de la mendicidad. No había, a juicio de Simón, talento alguno en su departamento; solo gente tratando de sobrevivir, ahogada, víctima de un mal sueño, sin más crédito que uno o dos golpes de suerte en la vida, y para sobrevivir ahí había que hacer uso de una mezcla de burdo victimismo y malas artes. El intercambio de dagas entre profesores para rapiñar los restos de los restos de la caridad es algo que durante mucho tiempo le colmó de rabia. Luego, de cinismo. En un contexto así, Simón entendía que muchos de sus compañeros, bienintencionadamente, desistieran: había clases en las que el índice de suspensos era de menos del uno por ciento. ¿Cómo iban a pedirle nada a esos chavales si la facultad no era capaz de mirarles a la cara y decirles la verdad, que era que no había recursos para ofrecerles una educación digna, por la cual a cambio acababan pagando un dineral? Se pasaban el día engañándoles, vendiéndoles promesas que no eran ciertas; peor todavía si cabe era el hecho de que los estudiantes lo aceptaran con resignación: total, mirasen donde mirasen, solo encontrarían miseria. Qué más daba un poco más. En vez de bajar el listón, Simón aguantó el tipo. Era una muralla. No bajó la guardia en años. Le daba igual la fealdad que le rodeaba: el brutalismo penitenciario de la arquitectura de la facultad, la apatía de los



estudiantes y su nivel de pensamiento generalmente bajo, la ritualización burocrática en que su puesto de trabajo se había convertido y que aplastaba sin escrúpulos cualquier sublevación creativa... Simón evocaba el imaginario de un *lecturer* en París X Nanterre; impecable. Había algo fuera de contexto en su inflamada coquetería. A base de repetirlo una y otra vez, su estilo acabó imponiéndose, y aunque otros profesores jóvenes lo miraban con expresión de horror, preguntándose quién se pensaba que era para vestir así, con un entendimiento de la moda muy parecido al de Tom Wolfe —si bien su armario no tenía nada que ver con el del cronista americano—, él les devolvía la mirada en actitud desafiante. Miraba por encima del hombro y no se cortaba un pelo. Claro que sí. Tampoco es que su armario fuese especialmente exótico, pero hay chaquetas que evocan conocimiento y otras que evocan poder. Explicarlo es complicado porque un traje es un traje lo lleve un profesor o lo lleve un director financiero, y Simón parecía lo segundo más que lo primero. Cuando se soltaba con sus amigos, hablaba de sus pensadores favoritos, pero no de las ideas de sus pensadores favoritos sino de su buen o mal gusto en el vestir. Daba la sensación de que admiraba a la gente por su actitud y armario antes que por sus ideas. Era esa clase de ironías que claramente se enuncian como tales a fin de camuflar una verdad de la que uno se avergüenza un poco.

—Yo —decía— me puedo pasar horas y horas viendo fotos de filósofos franceses en Google Imágenes y comentarlas con mi mujer borrachos un viernes por la noche.

A la gente le podían hacer gracia estos chascarrillos porque les parecían inconcebibles, una chifladura o una provocación impostada, pero de inconcebibles tenían poco en él. Su vanidad y chulería formaban parte de su singular comprensión de la filosofía aceleracionista, la clase de bisagra intelectual en donde capitalistas y progresistas se revolvían hasta confundirse en un mismo magma y que tanto le gustaba a él. Si el aceleracionismo propone

acelerar el capitalismo hasta hacerlo reventar para empezar otra cosa, Simón creía que para qué íbamos a disimular la coquetería que la civilización nos impone si lo que podemos hacer es acabar con la ansiedad de la civilización llevándola fuera de su propia órbita.

En su cabeza, pensamientos como estos tenían sentido.

En el campus, comía solo. Siempre. La mayoría de las veces, si la climatología lo permitía, lo podías ver en un banco de piedra, aislado en su burbuja, mirando la naturaleza meditativo. Era una imagen extraña y magnética porque mirar mucho rato una cosa inanimada hoy se ha convertido en algo incómodo de hacer y de ver: a la costumbre de echar mano a cualquier dispositivo electrónico se suma la sospecha social que va implícita en el simple acto de mirar a la nada, en lugar de a la luz de un teléfono. Irremediablemente, nos asaltan preguntas como qué clase de grave malestar tendrá para necesitar estar a solas ante la inmensidad del mundo, será acaso un ser antisocial, al que no le importan las conversaciones de sus amigos; o quizá es que no tiene un solo correo que contestar; a saber. El concepto de soledad hoy es otro: allí donde hay un teléfono, hay personas que hablan, y si no estás consultando tu teléfono, entonces es que eres un antipático arrogante que se cree mejor que nadie. Es difícil averiguar cómo llegamos a semejante alucinación pero lo hemos hecho. Simón, en cambio, había superado esos prejuicios. No le importaba parecer el maniquí de un lienzo del romanticismo alemán en las zonas verdes de la Ciudad Universitaria. Posaba así para ser admirado por quien lo desease, disfrutando de sí mismo y de su plato único, que además era siempre el mismo, o por lo menos era capaz de pasar largos períodos de tiempo sin variar su menú. Hubo una época, por ejemplo, en que se le podía ver por el campus comiendo con palillos de una caja de cartón blanca. Parecía un plato exótico, aunque en realidad era un plato extremadamente simple y barato: fideos de zanahoria con frutos secos y tofu

crudo macerado en salsas de soja y agridulce, un clásico del crudiveganismo. Lo raro es que en varios cientos de metros a la redonda no había ningún asiático ni nadie jamás le había visto comprando comida a domicilio. ¿Podía ser que aquellas cajitas de fideos no fuesen más que platos elaborados por él mismo, mucho más baratos todavía que los menús de la facultad, pero empaquetados como si las hubiera comprado en algún Chinatown; la clase de menú con aspecto de guarrada *fast food* que en realidad es lo más cotizado entre gurús tecnológicos que siguen una alimentación basada en costumbres paleolíticas, a recomendación de sus dietistas? Bueno. El ascetismo de lujo de aquel humilde plato cuya producción apenas costaba diez euros a la semana pero que sin embargo hacía pensar en un paladar fino y saludable era algo que iba bien con el estilo de vida de Simón.

Ascetismo de lujo era también salir a correr a eso de las cuatro y cuarto de la mañana, por supuesto en ayunas. Lo descubrió un alumno aficionado al atletismo al ver que su profesor utilizaba Strava, la app más habitual entre los corredores con una cierta experiencia. Simón tenía marcas muy buenas, de hecho. Acostumbraba a acabar un par de medias maratones al mes y alguna vez también había registrado diez kilómetros a una media de 3,59 el kilómetro. Nada mal para alguien que llegó bastante tarde al deporte, y cuyos tobillos eran un poco como de latón. Nadie del claustro se tomaba el deporte tan en serio como él. Y aunque Simón fuese una persona de biorritmos matutinos, y aunque amase el silencio de la ciudad dormida mucho antes del amanecer, tampoco nadie del claustro tenía una voluntad como la suya, una aleación de cemento, plomo y hormigón. Precisamente por eso, los finales de año los detestaba, esa época en que todo el mundo hace balance de sus últimos trescientos sesenta y cinco días y se queda con lo mejor, celebrando la vida. Simón solo podía ver los proyectos fracasados, las cosas que no le salieron bien o lo que fue a peor. Era así desde que era adolescente. Cambiaba todo al

cabo de una semana, cuando media humanidad era incapaz de moderar su consumo de alcohol como había prometido el 1 de enero; mientras, el profesor, de acuerdo a sus propósitos, podía estar estudiando chino siguiendo métodos autodidactas a la vuelta de sus entrenamientos antes del amanecer: una razón por la que a Simón le encantaba aprender idiomas es esa sensación de nitidez progresiva respecto a una lengua, como el ciego que recupera su vista. Nada de esto le resultaba especialmente heroico, sino solo la clase de sacrificios que hay que hacer para ganar cualquier cosa en un entorno muy competitivo como es la vida en este mundo. Lo que él quería el capital simbólico y el económico, el prestigio y el dinero, vivir la vida y asegurarse un espacio en los libros de historia, y para conseguirlo haría lo que hiciese falta. ¿Cómo podía ser entonces que la misma persona que en la madrugada de invierno saltaba de la cama para echar a correr, casi como si un muelle lo escupiese del edredón, bebiese hasta la inconsciencia como él había hecho en Israel? Ambos comportamientos servían a un mismo fin: la huida. Simón odiaba aquella vida que llevaba y la ebriedad y el deporte eran dos formas de escapar. El 31 de diciembre anterior a su visita a Jerusalén, de hecho, el profesor había escrito un correo electrónico cuyo destinatario era él mismo, en el que daba algunas cuantas instrucciones a seguir para los próximos meses.

«Deja la universidad», escribió.

«Aprende chino hasta obtener la mínima soltura para mantener una conversación.»

«Deja de autoflagelarte.»

«Arregla tu matrimonio, en una dirección u otra.»

«Gana más dinero.»

El lunes que siguió a su regreso de Israel el salón de actos de su facultad estaba abarrotado. Simón temía lo peor. Eran las seis de la tarde y tenía una conversación sobre política y periodismo con Iván Maragall, columnista incendiario y, sin embargo, muy buen escritor de ficción. Iván Maragall era, entre otras cosas, ateo militante, defensor de la empresa privada, antinacionalista y crítico con las políticas monetarias europeas. Para unos, Maragall era un provocador antitodo; para otros, un fascista psicótico y pseudointelectual. Los andamiajes morales que aguantaban sus obras de ficción nivelaban, a juicio del profesor, sus extravagancias periodísticas. Antes de la cita en el salón de actos, Simón se encontró con el escritor en el vestíbulo de la facultad. Se oían murmullos. Alrededor de setenta estudiantes que no habían podido entrar al salón se agolpaban a la puerta y miraban de reojo a Maragall. Lo hacían con una mezcla de miedo y admiración. A pesar de todos estos años demostrando sus dotes de orador, Simón seguía acumulando nervios antes de hablar delante de más de veinte personas. El ambiente tenso del vestíbulo tampoco ayudaba.

De pronto, mientras Simón y el columnista se encaminaban al salón de actos, pasó todo: alguien lanzó un huevo que impactó contra el pelo a tazón del profesor, y la revuelta estalló.

—¡Perro sionista! —le gritaron.

—¡Islamófobos! ¡Fachas! —dijeron unos alumnos de Filosofía, segundos

antes de ser reducidos por la seguridad del edificio.

Tras un instante de confusión, Simón esbozó la mejor de sus sonrisas, una expresión desafiante, serena y rabiosa a la vez. Incluso Maragall parecía más aturdido que él. A los estudiantes que los rodeaban se les veía preocupados; era como si llevaran mucho tiempo esperando algo así y la situación los hubiera desbordado. En cuanto a Simón, también parecía que toda su vida hubiera estado encaminada a prepararse para este episodio. Digamos que no sabía ni cuándo ni dónde sucedería, pero hacía años que imaginaba, e incluso fantaseaba, con un boicot a alguno de sus actos.

Ahora había ocurrido. Los alumnos habían filmado la agresión con sus teléfonos y pronto sería la comidilla de internet; quizá vendrían entrevistas y artículos en los que presentar su obra. ¿Quiénes eran los tipos esos que desbordaron el salón de actos de la facultad —se preguntarían—, y por qué levantaban tantas ampollas?

Tanto Iván como otros profesores de su departamento consultaron a Simón la pertinencia y sus deseos de continuar con aquella charla. Su respuesta fue llana. Argumentó que mantener aquel diálogo no solo era importante, sino también un deber moral en beneficio de la democracia. Bla, bla, bla.

Tras una fugaz visita al aseo en la que trató de aclararse como pudo los grumos de yema adheridos a sus raíces capilares, el profesor tomó asiento en el centro del salón de actos y miró jovial a su alrededor, tanteando cómo recuperar su dignidad. Rápidamente, alguna gente se puso en pie y empezó a aplaudir a Simón y a Iván en señal de apoyo.

La charla transcurrió con normalidad: Simón e Iván celebraron gobiernos con políticas liberales, hicieron chistes ingeniosos, repitieron ideas sobre las que Maragall y Simón ya habían escrito, tuvieron algún momento de lucidez e hicieron una férrea defensa del laicismo. El grueso de la audiencia fue generoso con los dos protagonistas del encuentro. No obstante, las cosas

volvieron a torcerse hacia el final del debate. Ya en el turno de preguntas, una chica pidió el micro y, dirigiéndose a los dos hombres, dijo:

—Usted —la alumna miraba fijamente a Simón— acaba de participar en unas jornadas en Israel organizadas por un polémico periodista que, hace unos meses, firmaba una columna en un periódico de tirada nacional que posteriormente fue eliminada de la web. Aquel artículo se titulaba «El genocidio ético», y en él decía que solo mediante el genocidio en Gaza podría estabilizarse la región. Aunque la pieza dio la vuelta al mundo, el periodista nunca se disculparía por aquello. Profesor Soria, usted, cuyo trabajo ha sido aupado por el columnista que pidió el genocidio palestino, y siendo plenamente consciente de que la universidad hebrea constituye un lobby de producción de conocimiento antipalestino, ¿qué siente al alimentar intelectualmente la maquinaria del sionismo más sanguinario?

El rostro de Simón cambió. Sabía que había algo de cierto en las acusaciones.

—¿Sabe esa aclaración presente en todos los periódicos según la cual la opinión de los colaboradores no tiene por qué coincidir con la del medio? Pues esto es lo mismo, pero al revés. Es decir, que yo haya sido invitado a dar una conferencia por alguien con ideas distintas a las mías no significa que las comparta, igual que mucha gente no comparte las ideas de su empleador. A eso se le llama trabajo. No hay mucho más.

El razonamiento era uno de los juegos de trileros típicos de Simón. Le habían acusado de colaborar con el sionismo y él se estaba defendiendo con argumentos del anarquismo clásico. Se trataba de un truco que casi siempre partía los esquemas de universitarios dubitativos, aunque a veces daba errores.

—¿Significa eso —replicó la alumna— que si mi jefe estafa a sus clientes o explota a sus empleados debo quedarme de brazos cruzados porque «solo es

trabajo»? ¿Acaso no contempla la ética de nuestras acciones u omisiones, profesor Soria?

—Es perfectamente consciente de que no es eso lo que estoy diciendo, al igual que sabe bien que sobrevivir en un mundo como el nuestro implica actuar en contra de nuestra voluntad. ¿Está de acuerdo con su patrón el trabajador que acepta el salario mínimo por doce horas de trabajo? La respuesta ya la conoce. Muchas gracias.

Esa noche, Simón e Iván tenían una cena con parte del claustro del departamento. Sin embargo, Iván se disculpó alegando que comprendía que Simón tuviera que ir a casa a asearse. Por lo demás, estaban agotados. A Maragall se le veía un poco triste y a Simón derrotado. Los dos se estrecharon las manos con firmeza y cada uno siguió su camino.

El teléfono de Simón sonó. Era la decana de su facultad. Solicitaba hablar con él urgentemente en su despacho. Eso quería decir que los problemas aún no habían terminado.

—¿Qué coño acaba de pasar?

Isabel Ibáñez, la decana, le estaba esperando apoyada de pie junto a la cristalera del despacho, desde donde ahora se divisaba la avenida Complutense casi a oscuras ya. Eran más de las ocho de la tarde y el campus estaba desierto.

—¿Cómo que qué acaba de pasar? He invitado a un escritor a que hable con los alumnos y eso es lo que hemos hecho.

—Deja de hacerte el listillo, te pasas el día haciéndote el listillo, eres la encarnación del listillo, te crees más listo que el resto de la gente y eso te pasa factura. —Isabel hablaba cada vez más deprisa, se la veía fuera de sí—. Sé humilde por una vez en tu vida, Simón. Eres joven. Tienes mucho que aprender.

Isabel era la jefa de Simón y los dos tenían una relación de respeto aunque



tremendamente fría. Para él, Isabel era una más del rebaño, una profesora del departamento de Economía VI que cacareaba las tesis de siempre: Keynes, socialdemocracias, reparto de la riqueza, bienestar, crítica al neoliberalismo... Gilipolleces, a su parecer. Era buena organizando la facultad, pero pésima como intelectual, y esa era una opinión que a Simón le costaba mucho disimular.

—¿A qué viene esto?

—Te largas una semana con tus amiguitos sionistas a hablar de la libertad y la democracia y las democracias liberales... y luego vuelves y me traes a un criptofascista a la universidad, te arrojan huevos, lo suben a internet y, ¡bum!, de pronto todo el mundo quiere saber quién coño es ese facha que da clases aquí y por qué trabaja en esta universidad. ¿Te parece poco?

—Escucha, Isabel, creo que estamos exagerando un poco las cosas. Este es un momento de permanecer unidos. No podemos dejarnos permear por críticas banales como las de esos alumnos. No llevan razón.

—¿Ah, no? Según tú, son unos idiotas inmaduros, ¿a que sí?

—No es eso. Es solo que nuestro cometido como profesores e intelectuales consiste en arrojar ideas incómodas, y eso es lo único que debería importarnos. Ya sé que no son buenos tiempos para mis ideas y mis pensadores, que Tocqueville y Montaigne están pasados de moda y que...

—Eh, eh, eh, para el carro. Deja de hacerte la víctima por un momento y escúchame. ¿Me oyes?

—Sí, te oigo.

—¿Conoces a Maquiavelo? Maquiavelo dice que no basta con ser una cosa; también hay que parecerla. Y tú a lo mejor te crees que eres un intelectual irónico de maneras refinadas y pensamiento atrevido, pero la verdad es que te estás comportando como un ariete de la derecha carpetovetónica típicamente ibérica, ¿lo entiendes? Te crees que eres Raymond Aron, pero pareces un

Serrano Suñer de tercera división, idiota. Cuidado con coquetear con cualquier tipo de fascismo, y me da igual si es de origen judío. ¿De acuerdo?

—Entendido.

—He oído que mañana hay un boicot contra ti. Vendrán estudiantes de Políticas con pancartas y te reventarán las clases. Manda un mail a tus alumnos y di que te ha salido un compromiso. Invéntate algo. Yo qué sé.

—Muchas gracias, Isabel.

—Fuerza.

Simón aguantaba los golpes como un tentetieso. Estaba acostumbrado a ser la voz discordante y en general le gustaba la dialéctica del enfrentamiento. Poca gente era consciente de sus límites, o al menos las broncas con Isabel alcanzaban alturas celestes. Él se conformaba pensando que era un tipo duro.

A la salida del departamento de Economía VI se encaminó a su despacho, en el otro edificio de la facultad. Allí, iluminado solo por las farolas naranjas del campus, se repantingó en su sillón de cuero, subió los pies descalzos a la mesa y miró su teléfono. Tenía varias llamadas de Elia que despachó vía WhatsApp diciendo que ahora se encontraba ocupado en una reunión con su jefa. A continuación puso el dispositivo en modo avión. Se sentía como la mierda. Estaba solo en la universidad, su credibilidad académica era nula y emocionalmente estaba muerto. Su relación con Elia era un charco de aguas estancadas. Carecía de cualquier clase de apoyos, no tenía ningún amigo al que pedir ayuda y lo único que podía hacer ahora era resistir. Su vuelta de Israel había sido un desastre.

¿Qué podía, en circunstancias así, recomponer el espíritu devastado del profesor, que describía su abatimiento como el de un gigante zarandeado y vareado por decenas de liliputienses, un poco como una piñata para niños? Algo tan simple y efectivo como una llamada del extranjero que consiguiera sacarlo de su burbuja de aire viciado era suficiente para elevar su moral.

—Menuda semana —dijo Rania al-Jatib después de que Simón descolgara el teléfono de su despacho—. Primero te quedas inconsciente y luego te disparan comida. Llamaba para ver cómo te encontrabas y para mandarte ánimos, supongo que debes de estar jodido por lo del lunes.

—¿A qué te refieres con que me quedé inconsciente?

—El sábado, en el bar. No te quedaste exactamente inconsciente, pero casi. Contestabas cosas que no tenían mucho que ver con lo que yo te estaba diciendo, créeme si te digo que hacía tiempo que no veía a nadie *tan* borracho. Cuidarte no estuvo mal.

—¿Te enteraste de lo de la piscina?

—¿Qué piscina?

—Da igual.

—¿Te refieres a que vomitaste en la piscina del American Colony? Te oí desde mi habitación. Sonabas como... —A Rania se le escapó una risotada—. Es difícil explicar cómo sonabas, francamente.

—Doy pena, ¿verdad?

—Más o menos.

—Es justo lo que necesitaba oír.

Simón no dijo esto irradiando autocompasión, sino una decadencia que él juzgó encantadora. Hubo entonces un pequeño silencio casi imperceptible que no fue incómodo, sino todo lo contrario. Probablemente fue solo medio segundo o tres cuartos de segundo, un par de parpadeos, quizá, pero un montón de pensamientos se agolparon en la cabeza de ambos. Era una conversación agradable en París y en Madrid.

—Oye, ¿quién era ese tío con el que diste la charla el lunes en tu universidad?

Simón se quedó pensando qué responder. ¿Debía dar una respuesta diplomática, o por el contrario decir lo que verdaderamente pensaba? El profesor sospechaba que Iván debía de estar en las antípodas intelectuales de Rania, no tanto por las ideas sino por la manera de exteriorizarlas. Él era un cavernícola, un columnista rudo típicamente español cuyo cuerpo con forma de calabaza y su descuidada barba le conferían aspecto de párroco de provincias; ella, en cambio, discutía de una forma menos agresiva y más seductora. Venía de una civilización avanzada.

—¿Iván Maragall? Es un capullo.

Al final Simón optó por la transparencia. Le daba la sensación de que aquel acceso de sinceridad le dejaba en una posición aún más indefensa. Su respuesta significaba que no solo había sido ridiculizado por un huevo empleado como proyectil, sino que además sufrió aquella vejación en defensa o representación de alguien cuyas ideas no le importaban lo más mínimo, un tipo cuyas palabras ni le iban ni le venían.

—No sé por qué —dijo Rania con una voz que sonaba cómplice—, pero me dio la sensación de que no había mucha química entre sus ideas y las tuyas. Él parece tan... tan...

—¿Poco sofisticado?

—Joder, sí. Es... Seguro que se hace pajas mirando fotos de manifestantes feministas, ¿no te parece? Da un asco increíble.

—Es un cutre que no sabe escribir. Lo que pasa es que tiene ese estilo periodístico cursi y barroco que les gusta a los lectores de periódico paletos de este país: se piensan que porque les pongan un adjetivo remilgado y de otra época son cultos. No, joder. No sois cultos. ¡Sois imbéciles!

A Simón le encantaba hablar de los escritores contemporáneos que detestaba. También ayudó que Rania admitiera que Iván le daba asco y que lo hubiese descrito como «un pajero que tira para atrás».

—¿Por qué lo invitaste a la charla?

—Pues yo qué sé, porque... —Simón sabía cómo acababa aquella frase, pero le daba miedo pronunciarla—. Porque como novelista no es del todo malo. Y porque estoy solo, ¿sabes? Esto es España y aquí no existe una tradición auténticamente liberal; liberal-progresista, quiero decir, a la manera anglosajona o francesa. La gente que conozco que se dice liberal son dinosaurios opusinos que no tienen nada de liberales, políticos de ministerio e intelectuales y columnistas resentidos como Iván. Da pena la representación de este pensamiento, pero ocurre que esto no es Estados Unidos ni Reino Unido ni Dinamarca y que la única gente que podría considerar aliada son tipos como Iván. Es un escenario patético.

—Tú eres un tipo listo, sabrás salir de esta —dijo Rania, a modo de despedida—. Ahora tengo que marcharme. Espero que volvamos a hablar pronto.

—Te mando un beso.

Como si el auricular ardiera, Simón se apresuró a colgar el teléfono tras despedirse. No habría podido soportar que ella respondiera de una forma menos entusiasta, más fría. La sola idea de que su contestación hubiese sido un

simple «adiós» o «un saludo» habría sido un golpe demoledor.

¿Estaba enamorado Simón?

Lo que estaba era confuso.

Simón creía en las relaciones de largo alcance. Pensar más de lo debido en el amor le resultaba una vulgaridad y por esta razón aplicaba la misma lógica a las relaciones laborales o personales, indistintamente. A su parecer, ambos tipos de relación largoplacistas están sometidas a inevitables altibajos, de manera que cada sujeto es el único responsable de calibrar hasta dónde está dispuesto a resistir en momentos de deterioro. Su relación con Elia atravesaba un retroceso evidente. En los últimos meses, él se había refugiado en sus trabajos académicos y periodísticos a la espera de que su noviazgo de más de una década se restableciera solo. Pero esto no sucedía. Tampoco él estaba haciendo nada para reanimarlo. ¿Le ponía nervioso la situación? Probablemente, sí. Eran diez años de recuerdos cada vez más vaporosos e irrelevantes, memorias desplazadas de su cabeza por otra clase de pensamientos, casi siempre intelectuales y desapasionados. Reconocía que aquella verdad incontestable según la cual Elia y él hacían una buena pareja era el principal freno a un auténtico cuestionamiento de su relación. Nunca jamás nadie, ni familiares ni personas de su confianza, le habían preguntado cómo iban las cosas con Elia, quizá porque había levantado una barrera invisible que hacía que nadie se atreviera a cuestionar su intimidad, o tal vez solo era que todo el mundo consideraba que las cosas entre Elia y él solo podían ir bien.

Elia tenía la clase de atractivo de quien había crecido sin grandes complicaciones, una belleza aristócrata que, con el tiempo, también se había contagiado a Simón. Sabía de sobra que Elia contaba con una gran cantidad de pretendientes que, sin embargo, tampoco le quitaban el sueño. El mundo de los empresarios y los ejecutivos en el que Elia se movía no le interesaba lo más

mínimo, a pesar de que estaba infestado de depredadores. Él creía haber llegado a una edad en la que este tipo de cosas ya no tenían gran importancia. Simplemente, pasaría lo que tuviera que pasar.

Ahora que hasta el *Economist* dedicaba portadas a la solución de los dos estados, el sionismo en Occidente era, a ojos de Simón, un auténtico atraso... lo que no impedía, como sin cinismo explicó en la universidad, que aceptase ofertas de trabajo de empleadores sionistas. Por eso le fascinaba que alguien por quien sentía cosas muy buenas deseara asistir al aplastamiento de Palestina. Ya que la cineasta era favorable al estado de Israel en su conflicto con Palestina, y entre los dos había gran química, ¿por qué no ponerse a escuchar sus principios, entonces?

—Necesito tu ayuda, Rania. Es para un tema que quiero investigar, ¿te pillo bien?

Simón sonaba embalado. Eran las diez de la mañana del lunes siguiente al encuentro con Maragall y hasta la tarde no impartía ninguna clase. Había tenido todo el domingo para recuperarse y se encontraba en buena forma ya.

—Por supuesto, ¿qué ocurre?

La voz de Rania, por el contrario, sonaba apagada y grave, como recién levantada. Esto hizo que Simón se sintiera un poco ridículo: que la chica que le gustaba le viese en un estado deplorable como pasó en Jerusalén era tan penoso como dejarse ver en un estado resplandeciente cuando su actual musa parecía lánguida. Era como si nunca encontrasen el punto de encuentro ideal, ese momento en que las dos almas sintonizan.

—Dime cinco argumentos por los que Israel debe defenderse de las



agresiones palestinas.

—Veamos. En todos los países que rodean a Israel hay matanzas, y sin embargo todo el mundo critica a Israel. ¿Alguna vez has visto que en la Asamblea Nacional o en el Bundestag se debata sobre la violación de derechos humanos en Arabia? Yo no.

—Me sirve.

—Israel es la única democracia en Oriente Medio. El conflicto palestino-israelí representa no más de un cinco por ciento de todos los conflictos que hay en la región.

—De acuerdo.

—Además, la comunidad internacional está cometiendo un error estratégico. La paz no se impone: primero tienes que proporcionar seguridad y prosperidad, y solo a partir de ahí es posible hallar una solución sensata. Te aviso por cierto de que este no es un argumento que yo comparta, pero me imagino que podrá servirte.

—Efectivamente.

—Este es uno de los más importantes para mí: la corrupción en Hamás. El conflicto palestino-israelí ha producido una ola de militares corruptos en Palestina que se benefician de las donaciones de los familiares de fallecidos, del dinero de la caridad o de las donaciones de países que violan o han violado los derechos humanos como Arabia Saudí, Siria, Irán o Qatar.

—Interesante.

—El terrorismo palestino, obviamente.

—Apunto.

—El hecho de que, mucho antes de 1948, los palestinos quisieran expulsar a los judíos de la Explanada de las Mezquitas alegando que se trata de su sitio sagrado, cuando históricamente no es verdad. Hebrón fue la primera ciudad judía y el Rey David empezó a construir la nación allí mismo. ¿Sabes por qué

las autoridades musulmanas han impedido a los arqueólogos hacer excavaciones en la Explanada de las Mezquitas? Porque tienen miedo. Temen que las investigaciones desvelen nuevas pruebas de una presencia preislámica en los territorios.

—Con este van cinco. Es suficiente.

—Déjame que te regale uno que siempre viene bien: Muhammad Amin al-Husayni, líder nacionalista palestino y gran muftí de Jerusalén, fue el aliado musulmán más importante de Hitler.

—Hombre, una *reductio ad Hitlerum*. Sobresaliente alto en islamofobia y sionismo. Me dejas impresionado.

—Lo sé.

—Oye, me gustaría escribir sobre musulmanes que apoyan el régimen de Israel, he leído varios perfiles interesantes y querría hablar contigo sobre este asunto.

Fue una ocurrencia que Simón tuvo sobre la marcha: arreglar un encuentro con Rania bajo el pretexto de una presunta investigación que se acababa de sacar de la manga. Lo cierto es que Simón nunca había profundizado mucho en el conflicto palestino-israelí más allá de algunos cuantos análisis en prensa y algunas bibliografías elementales. De pronto, el tema le apasionaba.

—Claro, llámame cuando quieras.

—Decía en persona. Una entrevista en persona. ¿Podrías? —Al decir esto, se hizo un silencio incómodo. Simón no sabía si Rania necesitaba tiempo para pensárselo, si había habido un corte en la línea o si su interlocutora entendería aquello como la propuesta de un acosador enajenado—. ¿Rania, me escuchas?, ¿sigues ahí?

—No hay problema. No tengo muchos viajes en el próximo mes. Podemos vernos por aquí, si te parece bien.

—Me encantaría. Oye, Rania —era la tercera vez que Simón pronunciaba su

nombre en esta conversación y se dio cuenta de que le gustaba mucho hacerlo: Rania, Rania, Rania, sonaba fantástico, paladear las letras de su nombre le producía placer—, ¿cómo te ha ido el fin de semana? ¿Se cuece algo interesante en París?

—Bien, muy bien. Anoche estuve en la fiesta de unos profesores de la ENA. Estoy bien.

No sabía si se estaba volviendo loco, pero de pronto Simón creyó oír la tos de un hombre al otro lado de la línea. ¿De verdad se había comprometido a ir a París para una investigación que se acababa de inventar, solo por volverse a encontrar con una chica que aún era capaz de salir de fiesta un domingo y terminar de madrugada, y que ahora estaba despertándose con una gran resaca tal vez junto al hombre con el que se acababa de acostar? Le pareció que estaba perdiendo el norte.

—Mierda, siento molestarte con este asunto. Ya hablaremos con más calma. Te mando un beso.

Esta vez no había marcha atrás. Si colgaba el teléfono sin oír la despedida de su interlocutora, parecería un maniático.

—Lláname cuando quieras —dijo—. Un beso para ti también.

Entonces respiró aliviado y a continuación se encaminó a la biblioteca de su facultad, en el edificio principal del mismo, dispuesto a olvidar la conversación y a enfriar la cabeza. Por delante tenía la tarea de investigar el conflicto palestino-israelí aislado del mundo entre libros, una sensación por él descrita como «el utópico regreso al calor uterino del vientre materno».

La fascinación de Simón no solo por la ciudad de París sino también por toda la cultura francesa y el pensamiento de Aron en realidad empezó con su adversario, Sartre, cuya *Náusea* leyó con deleite y admiración, tal vez por todo el humor involuntario contenido en la obra, o quizá era solo su juventud impresionable: el profesor tenía quince años cuando se enfrentó por primera vez al hombre que rechazó el Nobel, del cual se enamoró, seguramente más por el aura y su envoltura que por la obra en sí. Desde entonces, Simón había fantaseado con ir a Francia y hacer las cosas que hacen los jóvenes con aspiraciones intelectuales que llegan por primera vez a París: dormir en Shakespeare & Co, leer a la orilla del Sena, fumar Gauloises en una terraza del Barrio Latino y un largo etcétera de actividades a cual más sonrojante. El caso es que la primera vez que Simón puso un pie en la ciudad fue para quedarse allí un año entero. Tenía veintiún años y sus impresionantes calificaciones le habían valido una beca en La Sorbona. En ese tiempo, Simón compartía piso con otras cinco personas más. Las fotos que hay de él en esa etapa de su vida muestran a un chico flaco como un junco, con el pelo largo y kefiya al cuello y gafitas redondas mínimas. Eran los primeros dos mil y Simón acudía a tantas cumbres antiglobalización como su presupuesto ajustado le permitía. Él era la clase de universitario que leía *Tiqqun*, a Bourdieu y *Le Monde Diplomatique*. Por otro lado, nada de esto fue un impedimento real para que a la vez se empapase de la producción intelectual del enemigo. En

esa época pasaron por sus manos trabajos de nombres como Milton Friedman, y en general todos los divulgadores que seguían la estela de Fukuyama y se mostraban admirados y encantados con las maravillas del capitalismo y la globalización. Simón se justificaba diciendo que para atacar al contrincante primero hay que saber cómo piensa, aunque a posteriori muchos de los que estuvieron con él en esa época lo vieron como un autoengaño. Para ellos, Simón no era más que morralla neoliberal a la espera de quebrar su cascarón de chavalada altermundialista. Pero para eso faltaba. Con veintiún años, Simón tenía una habitación enana y sin ventilación en el barrio de Belleville y en sus paredes había pegada propaganda zapatista y un póster de la Baader Meinhof. Fingía que le gustaban Galeano o Saramago, pero en realidad ambos le parecían unos viejos babosos, cursis e inaguantables.

Acerca de su mestizaje intelectual y su relación con Francia, en aquellas elecciones en las que buena parte de Europa temió que el Frente Nacional se hiciera con el gobierno del país, Simón escribió un artículo cuya validez y entidad se renovaban a cada sondeo que alertaba de nuevos repuntes en la extrema derecha continental. Decía el politólogo allí que la extrema izquierda y la extrema derecha compartían la práctica totalidad de su ADN... salvo pequeños genes casi insignificantes que alteraban por completo el programa político de las dos propuestas: «Existe una distancia minúscula entre el laicismo y la xenofobia —escribía Simón—, entre la oposición al FMI y la vuelta a los estados-nación». Lo que venía a decir allí Simón es que desde el punto de vista del electorado es muy fácil ir de un lado a otro del discurso y el espectro y dejarse seducir por ambas promesas, y que ese era el quid que explicaba el éxito de la extrema derecha con programas económicos calcados de partidos comunistas algunas cuantas décadas atrás. ¿Sería también aquel comentario una exposición autobiográfica en donde justificaba la permutación de sus ídolos? No es difícil atar cabos. De lo que no cabe duda es de que

Simón tenía mucha más conversación con anarquistas y enarcas que con tibios socialdemócratas o democristianos.

En otro orden de cosas, si hubo un nombre que ese año ensombreció la estancia de Simón en París, ese fue el de Anna-Marie Salzedo.

Salzedo era una de las consejeras en el Ayuntamiento de París durante el mandato de Bertrand Delanoë. Militante del Partido Socialista Francés desde los dieciocho, Salzedo era también profesora de ciencia política en La Sorbona. En el año que Simón estudió allí, Salzedo crujió su expediente. Políticamente, eran agua y aceite. No se podían ni ver. Acostumbrado como estaba a que la práctica totalidad de sus exámenes fuesen puntuados con un diez sobre diez, la asignatura anual de Gestión Pública con la profesora Salzedo constituyó una mancha en el historial de Simón. Apenas bastaron tres semanas de curso para que las cosas empezaran a torcerse para el alumno:

«El primer trabajo que Salzedo nos pidió ese año —contaba uno de los estudiantes que estuvo en la clase de Simón— fue elaborar un programa político que respondiera a la situación de la prostitución en París. Simón se preparó su trabajo a conciencia y él mismo se ofreció a defenderlo públicamente. Sabía que se enfrentaba a una feminista de la vieja guardia, una socialista abolicionista que tenía las ideas claras en materia de trabajo sexual. Aun así, no sé si por la soberbia de la edad o porque realmente pensaba que podía machacar a su profesora, encima en un idioma que no era el suyo materno, Simón explicó por qué era necesario un programa municipal dedicado a legalizar la prostitución. Pues bien: le hicieron polvo. Fue una sangría, una humillación pública espantosa. Es posible que argumentalmente Salzedo y Simón estuviesen nivelados, pero aun así ella se lo comió, tenía más tablas y más seguridad. Ella sugirió que él era un machista explotador con cero empatía hacia el sufrimiento de millones de mujeres en todo el mundo. Fue un castigo ejemplar. Quien pensase a la contra de Salzedo, suspendería;

tal era el mensaje que quería dar. Pero Simón no se dio por vencido».

El estudiante español pidió ayuda a algunos de los profesores de La Sorbona con los que mejor relación tenía. Lo fácil hubiese sido renunciar a sus ideas y salvar el curso agachando la cabeza y aceptando los presupuestos de Salzedo. No lo vio. Tenía demasiado orgullo para eso. Le dijeron que fuese a más tutorías con ella y que buscara puntos en común, así que eso fue lo que trató de hacer. Sin embargo, conforme pasaban los minutos en la misma habitación, la tensión era cada vez más palpable. No tenían nada en común. Los seguidores de Salzedo, tanto en el Ayuntamiento de París como en la universidad, hablaban de ella como una mujer temperamental, disciplinada y emocional. A Simón le parecía que su único talento era su capacidad para salvar los muebles atemperando su discurso y adecuándolo a lo que sus superiores quisieran oír en cada momento. Simón no encontraba ningún asomo de osadía en sus palabras y sí muchas contradicciones en los libros y artículos que había escrito a lo largo de los años.

Una noche, en una fiesta en casa de una compañera de clase, a Simón se le ocurrió decir lo que pensaba de veras, es decir, que Salzedo no era nada brillante, que si estaba en el Ayuntamiento y en la facultad era para cumplir las cuotas de género que ambos espacios reclamaban y que precisamente ese privilegio la convertía en una intocable, alguien con quien ninguna persona podía meterse, a pesar de su incompetencia. Lo más probable es que ese comentario llegase a oídos de Salzedo a través de alguno de los asistentes a la fiesta. Una semana más tarde, la socialista dijo en el aula que había sabido de unos comentarios altamente despreciables y machistas de uno de sus alumnos, y que su trabajo en la universidad y en el Ayuntamiento consistía en velar por la igualdad.

Resultado: Simón suspendido para todo el curso.

Seguramente el tiempo pasó y todo aquel lío con Salzedo le parecería una

estupidez, pero eso no quita que sus clases le produjesen verdadero pánico y ansiedad. Simón llegó a creerse un inútil tras los comentarios de Salzedo. Le dolía pasarlo mal solo por el hecho de haber tenido tan mala suerte de no poder escoger otra profesora, pero era irremediable. ¿Se sentía Simón machista por todo el odio que Salzedo le inspiraba? La verdad es que no. Haberse topado con una mujer pacata y profundamente conservadora a pesar de las muchas veces que repetía la palabra «socialismo» no le hacía sentir menos dispuesto a defender los derechos de las mujeres y la igualdad. El feminismo no significa que ninguna mujer te pueda parecer idiota. Simón pensaba todas las cosas malas que podían pensarse sobre ella. Sin embargo, no podía hacer nada más que resignarse y llorar por la impotencia. Antes que los suspensos y los reproches en público, lo que de verdad le dolía a Simón era saberse víctima de una injusticia. No podía hacer nada al respecto, vale, pero le robaba horas de paz saber que no tenía nadie que le defendiese, y que Salzedo era completamente impune en su crueldad hacia él. Le faltaba el aire al pensar en todas estas cosas.

Ya con veintinueve años y el título de doctor, Simón se marchó a vivir otra vez a París, en esta ocasión por un período de seis meses en los que alternó la investigación académica con la docencia en La Sorbona. Entonces trabajaba en un libro que vería la luz dos años más tarde, y que llevaba por título *Mujeres*, un reportaje de casi trescientas páginas donde reflexionaba sobre la identidad europea a través de distintas entrevistas con representantes de la cultura y la política europea, pero también con movimientos ciudadanos de base, refugiadas, migrantes y trabajadoras o paradas en riesgo de exclusión social. Para sus adversarios, el libro solo fue una excusa con que engordar su cartera de contactos. Gracias a *Mujeres*, Simón conoció a las respectivas direcciones de *The Guardian* o *Le Monde*, cabeceras donde se le dejaría colaborar como analista político, y además accedió a los despachos de



eminencias variadas de la filosofía política continental, que más adelante le invitarían a dar charlas por toda Europa. En aquel tiempo llevaba una existencia tranquila, casi monástica, y su vida sentimental apenas experimentó ningún altibajo.

¿Utilizó Simón la distancia con Elia para entregarse a algún tipo de aventura en Francia? Lo cierto es que no, de ninguna manera.

Es posible que su estancia en París a los veintinueve años fuese uno de los momentos más narcisistas de su vida. Con una puntualidad escrupulosa, Simón seguía a rajatabla los mismos hábitos cada día, a saber, despertador a las 5.30, lectura de la prensa internacional durante una hora, cuarenta y cinco minutos de ejercicio físico en un gimnasio cerca de su residencia en Les Halles, ducha y paseo hasta el Barrio Latino, donde desayunaba antes de impartir clase durante seis u ocho horas; por la tarde, entrevistas, lecturas, preparar clases y escribir hasta las once de la noche, momento en que caía rendido en menos de cinco minutos. Entre semana no bebía nada de alcohol y evitaba a toda costa cualquier tipo de actividad social por las noches. Volaba cada tres fines de semana a Madrid, o bien Elia subía a Les Halles. Igualmente, cada seis fines de semana Simón viajaba a las ciudades europeas que le interesasen para su reportaje y allí investigaba lo que necesitara. Lo único que le preocupaba en esa época era él, y luego él, y luego después, más tarde, él.

Vestía de manera más que aceptable, se gastaba un buen dinero en peluquería y físicamente se encontraba en forma; podía correr con soltura treinta kilómetros. Sin embargo, a pesar de su físico, quienes trataron con él en esa época coinciden en su desprecio hacia las mujeres. Parece ser que le divertía más violentarlas que seducirlas. Es como si no las considerase a la altura, o casi. Eran vulgares, o poco atractivas, o no demasiado brillantes, o no lo suficientemente ardientes, o aburridas. Sus alumnos, pero sobre todo sus alumnas, le recuerdan como un profesor extraordinario, en cuyas clases

siempre descubrías algo nuevo, pero también como un tipo sádico y furibundo, excesivamente instintivo y malhablado, capaz de ridiculizar y humillar trabajos públicos de sus alumnos en clase, excitable y fácilmente precipitado al insulto o la afrenta. Seguramente, él consideraba un éxito la imagen de una de sus alumnas saliendo de clase llorando, al menos en esa época.

«Impartir clase en otro idioma —decía uno de sus alumnos— no le intimidaba. Es verdad que soltaba palabrotas lo mismo en francés que en español, pero de todas formas tú veías que el tipo sufría de verdad cuando se ponía de mal humor. Si te decía que eras un mediocre, es porque así lo sentía. Le ponía triste que no estuvieras a la altura. Le ofendía.»

«Siempre —explica otro—, en todo momento, Simón sabía cuál era tu talón de Aquiles. Nunca ponía dieces en los exámenes. Por mucho que te esforzaras, él sabía cuáles eran tus puntos débiles, y te pillaba. Los mejores estudiantes siempre aspiraban al diez con él, pero era imposible.»

«Se la sudaba todo. Lo mismo venía a trabajar con un pantalón de chándal que con una camisa aún húmeda tras la ducha del gimnasio. Era un tío magnético, carismático, atractivo, pero siempre te daba la sensación de que no le importabas nada. Estaba demasiado contento de haberse conocido a sí mismo.»

«Los lunes por la mañana, cuando todos estábamos deprimidos ahí en clase, él estaba fresco como una lechuga. Se jactaba de que los lunes corría veinte kilómetros a la orilla del Sena antes del amanecer porque eso hacía que el resto del día le pareciese pan comido. Yo creo que era una fanfarronería, pero ya ves.»

«Era fácil que te pareciese un subnormal.»

«Un gilipollas. Eso es lo que era.»

Un acontecimiento que se produjo en la segunda estancia de Simón en París fue el reencuentro con Salzedo, esta vez no como profesora y alumno sino

como compañeros de claustro. Entre los dos existía la complicidad que une a dos viejos rivales que una vez se detestaron, y luego ya no tanto, aunque en realidad sí. Para entonces, Salzedo había abandonado el Ayuntamiento de París. La versión oficial de su renuncia hablaba sobre la necesidad de regenerar los proyectos sobre los que la profesora se había volcado en esos años; extraoficialmente, a nadie del mundillo político de París se le escapaba que Salzedo se había vuelto una figura repelente e intratable dentro de su propio partido, y que había sido forzada a dimitir tras una serie de broncas, malentendidos y fallos de comunicación con la gente de su equipo. Mucho había aguantado allí dentro, decían quienes habían estado cerca de ella. Y sí, todo lo que sube está condenado a bajar, pero en cualquier caso Simón experimentó un gran alivio al conocer que la persona a la que tanto había odiado no era impune a sus actos.

Para Simón, fue casi una cuestión de honor encontrarse fuera del claustro con su antigua profesora y hablar de lo mal que lo pasó en aquella época. A su juicio, admitir su debilidad le haría más fuerte. Era una tarde lluviosa de viernes, cerca del Panteón, y a los dos les hacía gracia volver a verse. Salzedo, que le sacaba un cuarto de siglo a Simón, tenía el corte bob y la mirada dura, como siempre.

Simón tenía la esperanza de que el tiempo hubiese hecho cicatrizar el desprecio que sentía por la profesora. Se equivocaba. La conversación avanzó en términos cordiales, sí, hicieron bromas y se mostraron sonrientes, pero seguía odiando una barbaridad todo lo que ella significaba. ¿A qué se debía? ¿Podría darse el caso de que aquello no fuese más que algún tipo de reacción solo explicable mediante el psicoanálisis, y que en el fondo de su corazón él amase en secreto a Anna-Marie Salzedo? ¿Sería aquella la antipatía irreconciliable que están condenados a sufrir los adversarios políticos eternos, algo así como la repugnancia y los escalofríos mutuos que sentirían

Churchill e Hirohito, Reagan y Andrópov, Bismarck y Napoleón III, al oír el nombre de su contendiente?, ¿o, por el contrario, se parecería más bien al menosprecio que siente un matrimonio que rompe y ve que el tiempo bifurca más y más los caminos de cada cual? Quién sabe. El caso es que ese día Simón se fue a casa mascullando maldades hacia Salzedo, un poco como si se hubiese expuesto a la materia causante de su alergia.

Aquel encuentro desencadenó una macabra coincidencia: apenas quince días después de ese café, la profesora dejó de ir a la universidad. Tuvieron que pasar algunos días hasta que Simón supo los motivos de su ausencia. Ocurría que unos bultos en la garganta que llevaban años preocupando a la profesora se habían transformado en tumores malignos. Nunca más volvería a las clases.

La noche en que Simón supo que Salzedo estaba enferma sintió descanso. Ese día se compró una cajetilla de cigarrillos y se fumó uno de ellos en la cama, con la luz apagada, pensando en todas las veces que había soñado con este momento y en la incomprensible paz que le producía la noticia de la salud debilitada de su enemiga. La espera había merecido la pena. Cuando era estudiante en La Sorbona imaginaba las distintas formas en que la carrera de Salzedo podría arruinarse, y también pensaba que cuando volviese a España se olvidaría de ella para siempre. En consecuencia, la contemplación en vivo de la caída de quien le produjo tantos quebraderos de cabeza debió tratarse de un regalo de la vida. Jamás se imaginaba que algo así pudiera pasarle a él.

El profesor volvió a París algunos años más tarde, con treinta y tres años, con motivo de la traducción al francés de su reportaje sobre Europa. Allí se quedó seis días, de domingo a viernes, y la primera noche se encontró para cenar con Jérôme, un profesor de La Sorbona y excompañero suyo. Jérôme le contó que Anna-Marie tenía una baja permanente. Se encontraba enferma de gravedad.

—¿A qué te refieres con «gravedad»?

—A que está en las últimas y a que no tiene a nadie que la cuide —le dijo Jérôme—, salvo a su hermana. A los pocos meses del cáncer se separó de su marido; ella no llevaba muy bien su enfermedad, tal vez no quería que la viesen así. Yo tampoco me he atrevido a verla. No fui capaz.

A la mañana siguiente, lunes, lo primero que Simón hizo fue acudir al hospital donde estaba Anna-Marie. Le llevó un ramo de flores. Salzedo estaba sola en su habitación, pesaba lo que una pluma, su pelo se había vuelto blanco, sumaba varias calvas notables y ya no le quedaban fuerzas. Iba anestesiada. Simón se esforzó en explicarle que había vuelto a París para presentar un libro, pero ella no mostraba grandes emociones cuando le hablaban. Hacía, eso sí, un gran esfuerzo en sonreír. Ni siquiera él estaba del todo seguro de que le hubiese reconocido. Salzedo hablaba con vaguedades, frases intercambiables que lo mismo podrían servir para un familiar lejano o un celador que pasase por allí. En su mesita de hospital había un libro de Juan Pablo II. El profesor desconocía que Salzedo profesara la fe católica: nunca en sus clases había hecho mención a ello, ni tampoco recordaba que alguna vez hubiese recurrido a los referentes intelectuales de la Iglesia católica; quizá fue la enfermedad la que le guio a eso, a saber. Allí, en aquella habitación de hospital en la orilla izquierda del Sena, el profesor sintió cariño hacia ella y por primera vez tuvo constancia de las verdaderas consecuencias de la enfermedad de Salzedo, era como si hasta entonces no se hubiese terminado de creer su metástasis y en el fondo creyese que nada malo pasaría. Aquel instante se trataba de la constatación de que ya no había ninguna rivalidad entre los dos, de que ella ya solo era pasto de su enfermedad, de que había llegado a su fin como política y como docente y de que la enfermedad la apartaría de su vida pública en poco tiempo, y también de que el fin de sus días consistiría en el desasosiego inabarcable que produce la contemplación

del sufrimiento de sus ya pocos seres queridos. No pasó Simón ni diez minutos en esa habitación. No necesitaba más para confirmar lo que había venido a ver. Estaba apenado. Comprobar de esa forma la derrota de un rival histórico no es una sensación de victoria, exactamente, aunque algo de justicia poética sí que detectaba en todo aquello. La había sobrevivido.

Ese lunes almorzó con su editora francesa y por la tarde recibió a distintos periodistas en un salón de la editorial, cerca del Campo de Marte. Las primeras eran las entrevistas más importantes: *Libération*, *Le Figaro*, *Le Monde*, *Les Inrocks*, *France Inter* y *Le Magazine Littéraire*. Por la noche fue a los estudios de Canal+ para rodar una entrevista en un programa literario. Acabó harto de oírse.

A la mañana siguiente subió una foto a internet con su café y su cruasán y su zumo de naranja y el ejemplar de *Libération* abierto por la portada de la sección de cultura. Le habían dedicado dos páginas enteras y una fotografía enorme en la que se vio guapo, confiado y distante, como le gustaba verse. La entradilla le describía como «El intelectual de moda en Europa», una mentira flagrante que por lo demás solo le convenía a la editorial y a su propio ego. Por primera vez en la vida se había dejado barba y le sentaba bien. Se veía un poco Napoleón. Simón utilizaba sus redes sociales no tanto como una forma de relacionarse con gente a través de internet sino como un escaparate de su mejor cara, una exhibición constante de su poder y sus caprichos. Las interacciones sociales le daban lo mismo; lo que le gustaba era construirse su propio personaje y que sus alumnos murmurasen cosas de él en la cafetería o en clase. Formaba parte del encanto y del misterio de Simón, y una foto como aquella, en la que de pronto el profesor francotirador aparecía como protagonista por un día de la prensa cultural francesa, engordaba la imagen de sí mismo que a Simón le encantaba.

El miércoles por la tarde presentó su libro en una librería de su antiguo

barrio, cerca de Les Halles. Tenía la esperanza de que el interés que había despertado en la prensa llenase aquel lugar de estudiantes interesadas por su pensamiento y por «el intelectual de moda en Europa»; en lugar de eso, se encontró con un montón de hombres adultos, ociosos y apáticos, casi todos alrededor de los cincuenta años, con rostros absolutamente poco entusiastas y de vuelta de todo. ¿Qué hacía allí toda esa gente? ¿Les interesaba el tema?, ¿les interesaba Simón?, ¿habían venido guiados por alguna asociación cultural aleatoria de excursión?, ¿o simplemente se refugiaban de la lluvia parisiense en aquella librería, sin importarles el acto central de la tarde? Había conseguido reunir a poco menos de medio centenar de personas, cosa que no estaba mal para tratarse de un autor extranjero, pero para entonces ya estaba muy cansado de contar las mismas cosas de siempre de un libro que había terminado de escribir hacía años. Lo único que le motivaba de París era conocer gente que le llevase de fiesta y salir de su rutina, sin más, pero sin ningún asomo de duda aquel no era el lugar para todas esas cosas. En realidad, Simón detestaba las presentaciones. Los asistentes que hablaban tenían ideas muy torpes, difíciles de contestar sin resultar ofensivo, y además el mundo de las ciencias sociales y las letras estaba lleno de gente que vivía en la precariedad y que por tanto tenía un concepto de la diversión que no encajaba con el suyo. Afortunadamente las clases en Madrid y en París le habían proporcionado tablas suficientes para salir del paso con gran dignidad en momentos como aquel. Al acabar la presentación recibió un gran aplauso, pero Simón se sintió triste y vacío. Para eso, pensó, preferiría no estar en París, o estar acompañado de su mujer.

Su editora francesa le había dado las llaves de una vivienda que normalmente alquilaba vía Airbnb en Pigalle. Le apenaba que toda la diversión se acabase tan pronto, así que se resistió a subir y se quedó fumando en la puerta del apartamento de su editora, evaluando la posibilidad de

descargarse una de esas aplicaciones para el móvil con las que puedes conocer gente. Cuando llevaba medio cigarrillo, una chica le preguntó si tenía tabaco. Evidentemente que lo tenía, así que le dio un cigarrillo. Lo mismo le pasó cuando estaba pisoteando la colilla sobre el adoquín: alguien se le acercó y le pidió un pitillo. En ambos casos, las personas que le habían pedido tabaco le dieron conversación, una conversación mínima e inane, era su forma de no parecer unos aprovechados egoístas y de intentar sisar cigarrillos bajo la apariencia de una amistad emergente. Entonces Simón hizo cábalas y calculó que si las mujeres le pedían tabaco a ese ritmo, sería probable que conociese a alguien medianamente interesante al cabo de unos cuantos intercambios. Es exactamente lo que pasó. Al tercer cigarrillo en la puerta del apartamento de su editora, una pareja de chicas se acercó a él.

—¿Eres ruso? —le preguntó una de ellas en inglés, mientras se prendía el Lucky Strike.

Simón se echó a reír.

—¿Ruso?, ¿por qué iba a ser yo ruso?

Pasaba que ese día había un partido de fútbol entre la selección francesa y Rusia, y París estaba infestado de rusos.

—En realidad soy español —le dijo—, estoy aquí de viaje de trabajo.

—Espera —le dijo una de las chicas—, yo a ti te he visto en internet hoy, tú eres... —La chica se puso a chasquear los dedos, tratando de recordar su nombre; le divertía la coincidencia y se la veía alegre por haber reconocido el rostro de Simón—. Te juro que hoy me salió en Twitter un artículo con tu cara. Eras tú, ¿no?

—Me llamo Simón y soy profesor y escritor, estoy en París presentando mi libro. Mucho gusto.

Le dio dos besos.

—Simón. ¡Claaaaro! —La chica hablaba como si realmente conociera su



obra, pero era evidente que ni había leído el artículo en cuestión ni tampoco había mostrado mucho interés por él cuando el post le saltó en internet; solo se fijó en su cara, lo que por lo demás tampoco era una mala noticia—. Yo soy Noelia; soy directora de arte.

La amiga de Noelia también se acercó a presentarse a Simón.

—Chiara —dijo—, también me dedico a la publicidad. He venido de Italia a ver a mi amiga.

—Oídme —les dijo Simón tras presentarse a Chiara, absolutamente desvergonzado y dispuesto a poner en marcha su nueva táctica para conocer gente—, tengo un pequeño problema y es que no encuentro nada que hacer en París para hoy. ¿Alguna idea? ¿Se os ocurre algo?

Noelia y Chiara invitaron a Simón a unirse a su plan: un concierto de un grupo de chicas de Tennessee que hacían punk y esa noche tocaban en una sala del barrio, a siete minutos del lugar donde los tres se habían conocido. A Simón le pareció bien. Hacía como unos cinco años desde la última vez que iba a ver música en directo.

Hasta el inicio del concierto todavía faltaba casi una hora, así que Chiara, Noelia y él se acodaron en la barra de la sala de conciertos a beber cervezas y conocerse.

Una de las primeras cosas que Simón quiso saber de sus interlocutoras era su estado civil. Tenía la creencia de que la única gente a la que merece la pena cortejar son quienes tienen pareja. No es que a Simón le excitase especialmente la idea de estar ejerciendo dolor a un tercero, sino que, a su juicio, si la gente no tenía pareja normalmente era por una serie de incapacidades: desorden mental, fogsidad vacua (la clase de persona que puede resultar extremadamente sexy una noche y luego está hueca), inseguridades varias, escaso valor humano, etcétera, etcétera. Por un momento Simón consideró si acaso sus interlocutoras no serían lesbianas. Desestimó la

idea.

A pesar de tener un trabajo interesante, el profesor infirió que Chiara y Noelia no eran más que soldados rasos en sus respectivas agencias. La ausencia de responsabilidades o de personal a cargo también les restó puntos. Otra cosa que tampoco le sentó bien a Simón era la incoherencia en su discurso: como él les había dicho que daba clases de Políticas en la universidad y escribía reportajes sobre la identidad europea, las chicas quisieron mostrar su interés en la materia, pero no tenían ni idea de nada. Eran la típica gente de publicidad que va con un rollo de izquierdas —tolerancia, solidaridad, bla, bla, bla—, pero que en realidad son simples peones explotados absolutamente inconscientes de sus cadenas; escombros políticos.

Simón trató de imaginarse en un trío con las dos, pero sabía que por mucho que bebiese, su cabeza frenaría cualquier asomo de deseo. Tenía una edad ya como para no filtrar a sus amantes. Prefería volver a casa de su editora y mirar pornografía; más cómodo. En lugar de eso, eligió quedarse al concierto. La música haría que sus interlocutoras se callaran.

Antes de que el concierto empezase, Simón acudió al baño. Tenía que decirle algo a Elia sobre su paradero («He venido a un concierto con mi editora; te llamo cuando salga»), investigar mínimamente al grupo que había venido a ver (portada de disco hecha con Polaroid, presencia menor en festivales de música, anuncios para marcas de deporte... un bluf, en suma) y sondear si había alguna alternativa a Chiara y Noelia en la sala, que no la había. Se quedó un rato encajonado en el urinario, meditando sobre su vida, y entonces decidió que vería el concierto y se volvería a casa.

A la vuelta del aseo se encontró con una tercera chica: Magalí.

Tuvo un flechazo. Magalí tenía veintiocho años y hablaba un francés trufado de un montón de palabrería inglesa. Le dijo que era artista y fotógrafa, pero Simón entendió pronto que nada de lo que hacía era productivo y que en

realidad estaba mantenida por sus padres o algún tipo de herencia familiar. Saltaba a la vista que Magalí estaba forrada de dinero. No era especialmente guapa pero sí sexy: llevaba un jersey negro de cuello cisne y una chaqueta de cuero. Sus labios eran gruesos y el pelo muy largo. Las uñas las llevaba pintadas de negro. El timbre de su voz le molestaba, pero ese era un fallo menor. A diferencia de sus amigas, Magalí sí tenía novio pero estaba fuera de la ciudad. La espera había merecido la pena.

Por primera vez en mucho tiempo, Simón se sintió indefenso: Magalí conocía a más fotógrafos, más diseñadores, más directores creativos y más referentes culturales, contemporáneos e históricos, que el profesor. Hablaron de moda post-soviética, de la belleza de la Capilla Sixtina, de los mejores sitios para tomar una copa en Londres, de Vivienne Westwood y Shayne Oliver, de las exposiciones más memorables que habían visto en la galería Saatchi, de viajes a Asia y África, de Yves Saint-Laurent... La cosa marchaba.

Cuando llegaron los besos del concierto, Chiara y Noelia se fueron al baño y Magalí y Simón comenzaron a besarse. Antes de que las amigas volvieran, Magalí y Simón se habían ido ya al apartamento de él. Hicieron el amor varias veces, una de ellas en la ducha oyendo a Françoise Hardy, cuando a Simón, pasado de copas, ya le daba todo igual y confesó a Magalí que si había venido a París era para hacer cosas como aquella.

Una vez que Simón se quedó dormido, a eso de las cuatro de la madrugada, Magalí se vistió sigilosamente y salió del apartamento. El profesor hizo como que no se enteraba. Dudaba si decirle que se quedase a dormir o no, pero al final la dejó marchar.

El jueves por la mañana Simón aún estaba restregándose en las sábanas de la cama que todavía olían a Magalí cuando de pronto le saltó una notificación en Facebook: Jérôme compartía la noticia del fallecimiento de Anna-Marie Salzedo, cuya despedida sería el viernes en una pequeña iglesia del distrito

XIV. Se quedó planchado, aunque tampoco era una gran sorpresa. Y si bien es cierto que a punto estuvo de asistir a su funeral, finalmente no tuvo el valor para hacerlo. No estaba bien.

La posibilidad de reencontrarse con la cineasta surgió antes de lo previsto. A través de un correo electrónico enviado setenta y dos horas después de su conversación sobre Israel, Rania invitó a Simón a pasar allí el fin de semana. Su buena disposición sorprendió al profesor. En aquel correo, Rania le facilitaba contactos y nombres a partir de los cuales construir su artículo y le recomendaba hoteles y casas de amigos en donde quedarse a dormir. A cambio, le proponía algo: la noche del viernes cenaría con un amigo interesado en conocerle. Cuando Simón le preguntó qué tramaba, Rania fue discreta y se limitó a decir que se trataba de un colega influyente que, al parecer, le había preguntado mucho por él. No tenía ni idea de qué escondía.

¿Era eso lo que quería hacer él en París? No del todo, pero la voluntad de Rania era importante. Estaba en deuda con ella.

El escenario propuesto planteaba dos opciones. La primera es que todo saliese bien y su segundo encuentro con Rania reparase el desastre de Jerusalén; la segunda alternativa es que el viaje empeorara aún más lo sucedido en el American Colony Hotel. Si todo salía como era debido, volvería enamorado; si salía mal, haría el ridículo. Hiciera lo que hiciera, regresaría con un buen surtido de problemas en la maleta.

Tras pensárselo un rato, aceptó.

A continuación llamó a Elia y le explicó que el viernes tenía un viaje de urgencia. Lo mejor es que no le mintió; le dijo la verdad, es decir, que iba a

entrevistar a Rania. Toda buena mentira se construye sobre unos cimientos reales, y esto es algo que Simón sabía bien. ¿Por qué arriesgarse innecesariamente? Finalmente, Simón desestimó las ofertas de alojamiento de Rania y alquiló un apartamento en el distrito X, relativamente cerca de donde vivía Rania.

Aterrizó en Charles de Gaulle a las 20.10; a las 21.40 tenía reserva en un asiático con una estrella Michelin (era evidente que buscaban agasajarlo), de manera que llegaría directo a la cena, sin saber aún quién era el tercero en discordia. En el RER que conectaba el aeropuerto con la Gare du Nord, Simón sintió nervios. Era una ansiedad que no experimentaba desde hacía años, aquello era el miedo que anticipaba una cita. No era un miedo vinculado a temas profesionales, a la posibilidad de perder o ganar posiciones en la universidad; era un miedo íntimo, que solo le atañía a él, un temor que podía acabar en decepción, pero que al menos le recordaba que aún tenía presencia en el mercado del amor. Era un pensamiento ordinario, pero en cualquier caso agradable. Delante de él, en aquellas vías de tren que lo introducían en la capital francesa, se desplegaba un mundo fascinante, porque ¿qué puede haber más placentero que unas vacaciones o que tener una amante? Efectivamente, tener una amante e irse con ella de vacaciones.

Todo esto ponía a Simón extraordinariamente contento. Estaba en su salsa. Con todo, no dejaba de repetirse que aquello acabaría mal.

En Gare du Nord cogió un taxi. El tiempo que le separaba del restaurante donde se había citado era prácticamente el mismo si tomaba el transporte público o iba en coche. No obstante, Simón creyó que llegar en taxi era un pequeño gesto ceremonioso que aquella ocasión merecía. Ya en el vehículo, a Simón le pasó una cosa rara. El profesor se empeñó en practicar su francés con el conductor, quien una y otra vez contestaba con monosílabos y gruñidos. Ni la climatología, ni la política, ni siquiera la belleza de la ciudad francesa

un viernes por la noche eran asuntos que mereciesen el más mínimo interés para el taxista. Normalmente, en Madrid era Simón quien despreciaba las conversaciones de los conductores. Ahora era él quien estaba siendo ninguneado sin piedad.

—Putos franceses de los cojones —masculló Simón en el taxi con una gran sonrisa, mientras bajaba la rue Drouot, con el Palacio de la Ópera al fondo.

El restaurante estaba abarrotado. Rania y su acompañante le esperaban en una de las mesas del fondo. Él era como se lo había imaginado: de la edad de Simón o tal vez un par de años más joven, vestido con tejanos, una camisa Tom Ford gris y chaqueta. Cubría bien su calvicie con un peinado clásico. Era guapo. Su cara le sonaba pero no sabía de qué. Pidieron algunos platos para compartir y una botella de vino.

—Se llama Ismael Herzog —dijo Rania—, trabaja en un banco español como gestor de fondos aquí en París y escribe en prensa de vez en cuando; también da clase en la HEC. Compartimos algunos amigos en común. Le hablé de ti cuando volví de Israel y me insistió en que os presentara. *Et voilà*.

Así que Ismael Herzog.

Simón había leído algunos de sus artículos y le tenía una cierta estima. Herzog era un divulgador de la escuela austriaca que se pasaba el día hablando de las bondades de la especulación y los mercados libres. En España era una especie de héroe entre los que trabajaban en finanzas. Sus enemigos decían que tenía la empatía de un cólico intestinal, pero Simón conectaba con muchas de sus ideas.

—Soy un gran admirador de tu trabajo —le confesó Herzog en un tono que a Simón le sonó adulator—. He leído tus artículos y tus libros y debo decirte que me encanta tu forma de pensar, estoy muy de acuerdo con tus ideas, Simón. En serio.

¿Qué estaban haciendo? Por un momento, Simón creyó que le tomaban el

pelo. Después de decirle aquello, Herzog y Rania se pusieron a preguntarle cosas de su vida en Madrid: qué hacía, qué tal estaba en la universidad, cómo le iba en sus clases... Tampoco tenía la suficiente confianza como para preguntar a bocajarro por qué le habían convocado allí. Tuvo que llegar el plato principal para que el economista confesara:

—¿Tú has oído hablar del congreso extraordinario del Partido de la Democracia?

—No —contestó Simón extrañado por la pregunta.

—Creo que aún no se ha hecho el anuncio oficial. En cualquier caso, te cuento, pero es importante que, decidas lo que decidas, me prometas confidencialidad en esto que te voy a decir.

—Por supuesto, sería una pena hacer el camino de vuelta con las manos vacías. O al menos sin ni siquiera saber para qué he venido aquí.

Por la forma en que Simón le hablaba, Herzog comprendió que su interlocutor estaba empezando a perder los nervios.

—Dentro de seis semanas será el XIX Congreso del Partido de la Democracia en Madrid. El objetivo es destituir al actual líder y sustituirlo por alguien que sea capaz no solo de frenar la sangría de votos que el partido viene sufriendo en los últimos años, sino también remontar posiciones. En la actualidad, el partido está dividido en dos grandes familias que básicamente se resumen en «ruptura» y «continuidad». En cuanto a los resultados de ese congreso extraordinario, te los puedo adelantar ya: el actual secretario general caerá y será sustituido por la corriente rupturista, actualmente representada por una serie de nombres a la sombra del partido que, sin embargo, son más de los que la mayoría de la gente imagina.

—Como conspiración suena genial —dijo Simón.

—El caso es que esa corriente que se abrirá camino dentro del Partido de la Democracia, donde yo mismo me incluyo, tiene dos misiones. La primera de



ellas es reflotar el partido. El segundo objetivo consiste en modernizar nuestra institución y convertirla en un partido digno del grupo parlamentario popular europeo. Es decir, un partido de ideas, y no un partido tradicional cuyo fin único es mantener el poder.

—Te sigo.

—El año que viene son las elecciones generales y a mí me ha sido encomendada la tarea de buscar productores de discurso. Me encantaría que tú contribuyeses a esa modernización del partido. Quiero que formes parte del consejo asesor.

Simón echó un trago a su copa de vino, forzó un rostro de incredulidad y se quedó mirando a Herzog fijamente, sin decir nada.

—¿Yo? ¿Asesorando a un partido político?

—Así es.

—¿Y por qué yo?

—Pues porque eres el hombre de ideas que necesita el partido. Tu filosofía y tus referentes podrían ser una clara inspiración para ese Partido de la Democracia que queremos hacer. Además, tus conocimientos de la prensa y de los medios de comunicación te convierten en el asesor ideal en los tiempos que corren.

—¿Podrías darme una razón por la que esa tarea fuese preferible a la que ya desempeño en la actualidad?

—Nuestro admirado Aron distinguía entre los «creadores» y los «críticos». Él, que era un tipo lúcido, estaba con los «críticos», aunque lo que más le habría gustado es ser un «creador». Investigar y dar clase en la universidad está muy bien, pero mucho más estimulante es, tal como yo lo veo, llevar a un partido al liderazgo de un país y, a partir de ahí, guiar a su sociedad por el camino de la libertad y la prosperidad, ¿verdad que sí?

Estaba claro que Herzog se había preparado la entrevista. Tras aquella

intervención, Simón dejó de pensar en él como un simple adulator y de pronto lo vio con alguien con una inteligencia a la altura de la suya. No era solo que hablase bien, también sabía pulsar las teclas adecuadas. Después de tantos años, Herzog había reactivado la ambición descomunal de Simón.

—¿Brindamos? —sonrió Rania.

El resto de la cena avanzó de forma más distendida. Los tres hablaron del estado de la política nacional, pero también de sus últimas lecturas, películas y viajes. Después de todo, fue una velada divertida. Cuando acabó, Herzog se despidió y dejó que Rania y Simón siguieran su camino.

—¿Y ahora qué? —dijo Simón, a las puertas del restaurante japonés.

Acordaron tomar una copa por el nuevo asesor del Partido de la Democracia. A continuación buscaron la moto de Rania y de camino compraron una botella de agua en un veinticuatro horas y bebieron un par de tragos acompañados de una pastilla para los dos.

—Todo va a ir bien —dijo Rania.

Vuelta atrás no había ya. Era esto por lo que Simón había viajado a París: la sensación de libertad, la ruptura de los grilletes de su día a día gris, la ilusión de volver a comportarse como un adolescente por un fin de semana, las pequeñas vacaciones con su amante. No podía decir que no.

Los dos se subieron al escúter de ella. Veinte minutos después se encontraban a la cola de un club de electrónica en el distrito XI.

A pesar de que aquel era un escenario mucho más favorable que Jerusalén, la cabeza de Simón seguía ubicada en la cena, al menos en parte. Difícilmente habría podido imaginar que una noche así acabaría con él pensando en trabajo. ¿Quién era verdaderamente aquel Ismael Herzog? ¿Tenía futuro su carrera política? ¿Era él la persona adecuada para un cargo así?, le preguntó Simón a Rania en aquel club, a gritos, mientras el resto de la gente bailaba ensimismada. Rania no tenía ninguna duda de que debía aceptar. Insistió en

que su talento estaba desaprovechado en la universidad y que al fin tenía la posibilidad de divulgar sus ideas masivamente. Lo dijo con franqueza, o al menos él lo percibió así en sus palabras. Simón también le preguntó su opinión acerca del Partido de la Democracia, a quienes les tenía en muy poca estima: los consideraba como un puñado de caciques que, incapacitados para ninguna otra tarea productiva, habían acabado vampirizando a todo un país mediante la política. Rania opinaba lo mismo, pero tenía fe en el proyecto de Herzog.

—¿Será él el nuevo líder del partido? —preguntó Simón.

—No tengo ni idea.

El club era un sitio incómodo para charlar. Había demasiada gente y el volumen impedía una conversación agradable. A Simón apenas le quedaba ya voz, además. Al acabar su primera cerveza allí, el profesor se dio cuenta de que estaba yéndose de la realidad. Sintió el frío y el calor simultáneo que producen las pastillas de éxtasis, y también se sintió confiado para bailar con Rania. A continuación, la besó. No volvieron a hablar en toda la noche.

El resto del fin de semana fue una luna de miel para ambos. Visitaron museos y cafeterías, desayunaron en la cama de ella, pasearon por el Sena y cenaron en restaurantes que desconocía. No se citaron con ningún musulmán interesado en Israel, pero sí valoraron las posibilidades que a Simón se le ofrecían en el Partido de la Democracia. Él lo veía cada vez más claro, pero tenía que meditarlo con perspectiva en Madrid.

Era como uno de esos sueños en los que sabes que sueñas, pero no puedes despertar.

Tras despedirse de Rania, sus defensas se vinieron abajo como un edificio volado con dinamita. Varios factores influían en su comportamiento. Ocurría que Simón regresaba a una realidad doméstica que no marchaba bien, a un trabajo donde se sentía despreciado e incomprendido y a una ciudad que no le inspiraba grandes cosas. Además experimentaba los efectos secundarios del éxtasis y también era domingo por la tarde. Comprendía que había una explicación racional que justificaba lo mal que se sentía, a pesar de lo cual era incapaz de hacerse con el volante de su propia percepción. En el avión, Simón intentó concentrarse en la ventanilla o en su teléfono, sin resultados. Lo único que podía hacer en aquella circunstancia era controlar su respiración, intentar domesticar su ansiedad y esperar a que todo aquello pasara.

De vuelta en Madrid aterrizó con tres cuartos de hora de retraso. Llegó a su casa pasada la medianoche.

Elia todavía no se había puesto el pijama y le había reservado un poco de su pastel de verduras para cenar; también le esperaba con una copa de vino en la mano y le pidió tiempo para hablar un rato, a lo que Simón dijo que claro, que estaba bien. Olía los problemas. Primero, Elia le preguntó algunas cosas vagas: qué tal había estado su viaje en París, qué le había contado Rania, etcétera... Simón le ocultó su encuentro con Herzog. Luego, cuando él acabó

de cenar, la intensidad de la conversación subió:

—Llevo varias semanas pensando en esto y creo que lo mejor es que nos demos un tiempo. Las cosas no funcionan.

—Vaya —dijo él, lacónico, lamentando no ser más expresivo en su contestación. ¿Era esa respuesta, casi una onomatopeya, la mejor manera de resumir diez años de relación?

—¿Te sorprende?

—Supongo que no —dijo Simón, evitando el contacto visual directo con Elia; el desprecio que sentía hacia ella le desbordaba—. Yo tampoco estaba muy cómodo con aquello en lo que habíamos convertido nuestra vida. Imagino que tarde o temprano tendríamos que hablarlo.

La voz le temblaba.

—¿Por qué no hicimos nada para remediarlo?

—Creo que nunca nos llegamos a creer que los problemas iban en serio. — Simón hablaba muy despacio y desorientado; acababa sus enunciados con un sonido de puntos suspensivos—. Tú siempre has tenido mucho trabajo y yo he viajado muchos fines de semana. Esperaba que en algún puente cercano, o en las próximas vacaciones, las cosas se arreglarían. Lo dejé ir.

Era evidente que mentía. De hecho, conforme hablaba, Simón advertía que nada de lo que decía tenía sentido: ¿cómo era posible que, habiendo pasado un año desde la primera vez que los dos se plantearon por primera vez la separación, no hubiera actuado? La desidia de ambos había echado a perder los cimientos de aquella casa.

—Tú y yo ya no somos las mismas personas que cuando nos conocimos. Hemos pasado toda clase de dificultades, sí, pero tengo la sensación de que los últimos meses pesan más que los diez años anteriores. Siento que juntos hemos vivido nueve años felices y otros mil de apatía e infelicidad. Sé que es una percepción injusta y subjetiva, pero es así como lo siento. Ahora mismo

me pesa mucho más lo negativo.

Era una sensación que los dos compartían. Ambos trataban de bucear en su archivo mental de recuerdos pero apenas les decían nada las postales en las que los dos estaban presentes. Sentían que todos los momentos dichosos que sabían que habían compartido eran anteriores a esta vida. Era como si los dos se hubieran reencarnado en cuerpos libres de memoria.

—¿Sientes pena?, ¿dolor?

—Lo sentí mientras trataba de decidirme por nuestro futuro, ahora creo que ya pasó.

—Diez años son muchos, pero tampoco tantos, en realidad. Los dos tenemos más de media vida por delante.

—Lo pasamos bien.

—Hubo una vez en que hicimos una gran pareja.

Y al decir esto, Simón hizo un amago de acariciar la mano de Elia. Pensó que tal vez no la volvería a tocar. Sin embargo, no se atrevió.

Ahora que la miraba a los ojos, el profesor se enfrentaba a un razonamiento que llevaba tiempo evitando: que Rania era un gran entretenimiento, pero nada más que eso. En términos objetivos, Elia le parecía una mujer mucho más *valiosa*. En estos diez años había visto cómo Elia se hacía cada vez más fuerte y poderosa. Los méritos de Elia y los méritos de Simón solo podían comprenderse a partir de la convivencia; eran éxitos mutuos. Y aunque no la amaba, la admiraba. Además, Elia había conseguido domar a la perfección a Simón, conocía las grietas de su alma y a través de ellas sabía cómo dirigirle. Era un tipo de inteligencia emocional que el profesor reconocía bien. Simón entendía esto como una victoria amarga para ella en su relación: ciertamente, ella se había hecho con el pulso de la pareja y él se comportaba como la parte infantil y manipulable. El problema era que Simón había empezado a actuar con Elia como si ella fuera su madre, o algo así, lo cual anuló por completo su

deseo. Apenas sentía ya ninguna empatía erótica hacia Elia. Pero ¿cuánto duraría su romance con Rania? ¿Cuántas experiencias sexuales podrían acumular antes de afrontar una conversación como la que ahora mantenía con Elia?

—¿Simón?

—¿Sí?

—Hay una cosa que debo decirte.

No dijo nada Simón.

—Estoy viéndome con otra persona.

En silencio, el profesor hizo un aspaviento invisible.

—Es... Bueno, es un cliente de la agencia.

—Así que es eso.

El tono de ambos había cambiado. Él estaba dolido, ella enamorada; evidentemente sabía lo que había estado haciendo en París, pues a un varón adúltero se le cala fácilmente, pero le daba igual. Su nuevo amor era más importante.

—No del todo, pero ha influido. Me sentía poco honesta si no te lo contaba o te enterabas por otro sitio.

—Comprendo.

—Tengo que irme.

Lo que había comenzado como una separación amigable no tardó en convertirse en un intercambio desagradable. Tarde o temprano, tenía que pasar. No existen las separaciones cordiales. En el fondo, a Simón le divertía la dialéctica del momento: que Elia apelase a la «honestidad» de haber iniciado una nueva relación con otro hombre le parecía, cuando menos, llamativo. Aquella conversación declaraba una nueva era en la vida de ambos: dejaban de ser aliados para convertirse en rivales, lo cual hacía que la única pregunta importante ahora fuera quién de los dos ganaba con el cambio y, por

tanto, quién de los dos perdía. ¿Sería más catastrófica la nueva relación entre Elia y su nueva pareja, o la suya propia con Rania? ¿Encontraría Simón el amor de su vida mientras Elia se daba cuenta de que lo suyo con su nuevo novio no era más que un cortocircuito? ¿Y si pasaba al revés?

—¿Elia?

—¿Sí? —dijo ella, que ya tenía agarrada el asa de la maleta que se había preparado para dormir fuera de casa.

—Da igual.

Simón había estado a punto de contarle su aventura con Rania; afortunadamente, supo reprimir su decepción, habría sonado a pataleta. La noticia del noviazgo de Elia le había sorprendido más que enfadado. No lo vio venir, no se lo había imaginado; tan ensimismado estaba consigo mismo y sus derivas existencialistas que ni siquiera había logrado imaginar que su pareja experimentaba deseos y sentimientos propios. Se extrañó a sí mismo al no sentir ya ni celos tras la noticia. Era justo, también, que una mujer como Elia echase a volar y disfrutara de sus pasiones lejos de la jaula en la que ambos habían convertido aquella vivienda, que ya no era otra cosa sino una campana de frustraciones en la que ambos se habían acomodado: en sus viajes y conferencias, Simón hacía ver que la suya era una posición buena, pero verdaderamente sentía que la universidad quedaba lejos de sus ambiciones, y que los números áureos de Elia no le colmaban, de la misma forma que él había desaparecido hacía mucho de los pensamientos más íntimos de Elia. Ahora ella se había desvanecido y ante él se abría una carretera que guiaba a los suyos a la guerra por el gobierno de un país. ¿Existía acaso alguna mejor forma de dar rienda suelta a su vanidad desatada? Si fracasaba, entonces ya no podría culpar más a su mala suerte.



Faltaba poco para la celebración del congreso extraordinario del Partido de la Democracia cuando de pronto una noticia apareció de manera abrupta en la agenda política: Eduardo González, eurodiputado por los populares en Bruselas, anunciaba la creación de una plataforma política llamada Futuro. Los objetivos de la plataforma eran amplios y difusos: reflexionar sobre el futuro político del país, abrir un espacio de debate para la regeneración democrática, y discutir estrategias con que hacer avanzar el pensamiento liberal en España, entre otros. Sin embargo, estaba claro que Futuro no era más que una marca con que poder empezar a hacer campaña antes del congreso extraordinario, y tratar así de arrebatarse la presidencia del partido a su actual líder, Guillermo Sol.

Doctor en Derecho y político profesional desde muy joven (González había conseguido la alcaldía de una de las localidades madrileñas con renta más alta en la región a los treinta y un años), el candidato de los liberales llevaba casi una década trabajando en el Parlamento Europeo. En España, su nombre apenas sonaba; ahí fuera, por el contrario, hacía tiempo que la prensa ya se fijaba en él por sus cualidades oratorias, la retórica de parlamentarista inglés, su mano dura y el carisma indudable.

«Vivimos tiempos difíciles pero apasionantes para Europa —se le oía decir en un vídeo que se hizo popular en internet a las pocas horas del anuncio de la plataforma y cuyo objetivo era desautorizarle políticamente, además de

inocular miedo entre el electorado de izquierdas y movilizarlo de cara al futuro—. En los últimos años hemos asistido a la aparición de movimientos radicales de izquierda y xenófobos. Ambos muestran su enfado con el proyecto de Europa y los dos creen que pueden sobrevivir sin la fraternidad que une a los pueblos de este continente, pero ¿cómo creen que lo harán? ¿Estableciendo alianzas comerciales con países sin libertades, tal vez? ¿Asimilándose en una nueva unión de repúblicas exsocialistas y soviéticas? ¿En la autosuficiencia? La única diferencia que separa hoy a la extrema izquierda de la extrema derecha son los derechos de la mujer y el cierre de las fronteras; por lo demás, a ambos les une su determinación kamikaze de estrellar Europa contra un muro de hormigón, cuando lo que necesita esta ciudadanía es una unión más fuerte. Debemos frenar el auge de estos movimientos a toda costa.»

González tenía cincuenta y un años, llevaba media vida casado con la misma mujer y era padre de dos hijas.

Un rumor bastante extendido es que González se aburría mucho en Bélgica, estaba deprimido. El puente aéreo Madrid-Bruselas era un buen sitio si uno está dispuesto a acomodarse con una nómina generosa y responsabilidades limitadas, pero tremendamente apático para quien de verdad se considera un animal político y espera una carrera real. También se decía que su matrimonio se tambaleaba y que de aquella forma González volvería a casa con su mujer y sus hijas. La manera de hacer política del nuevo líder rompía con la tradición hasta ahora inquebrantable del Partido de la Democracia, una formación nada dada al cosmopolitismo y, por lo demás, concienzudamente gerontocrática. El nuevo líder del partido era un atlantista declarado cuya buena disposición hacia Estados Unidos, es verdad, le había jugado malas pasadas:

«La inversión iraní en tecnología militar nuclear pondrá en gran riesgo al mundo entero —había dicho en el hemisferio europeo—. Es inaceptable, como es inaceptable la capacidad nuclear de Libia o Corea del Norte. Irán es un

gran país donde vive gente excepcional, un lugar que tiene cosas mucho más importantes que hacer que obtener armas nucleares».

Igualmente populares eran sus afirmaciones sobre el islam y el terrorismo:

«A los que defendemos la libertad nos quieren imponer una visión del mundo, al parecer, políticamente correcta que no hace más que perpetuar el sentimiento de culpa de quienes la enuncian. Nos dicen —entonando una voz que suena tontorrón—: “No tenéis derecho a imponer vuestra mirada europea sobre los musulmanes”. ¡Claro que sí! Todo el mundo sabe que el internacionalismo, los derechos LGTBQ y Marx nacieron en La Meca, Mosul y Jalalabad. Vosotros, eurocomunistas, ¡jamás habéis pecado de eurocentrismo! —Eduardo pronunciaba estas palabras en Bruselas entre aplausos, blandiendo un taco de papeles y visiblemente furioso. Su alocución tuvo lugar a los pocos días de que un atentado islamista sacudiese la ciudad de París. Eran días de rabia y venganza y el democristiano abogaba por una ofensiva contra Oriente Medio en respuesta. Había sed de venganza—. A todos aquellos que estos días arremetéis contra los que aún creemos en las democracias liberales, tengo algo que deciros. —El abogado carraspeó y el ambiente jovial del Parlamento dio paso a un silencio catedralicio—: Si pensáis que criticar la religión es una expresión de racismo, si pensáis que “Islam” es el nombre de un pueblo, si pensáis que alguien de padres musulmanes también tiene que ser musulmán a la fuerza, si pensáis que popularizar el concepto de “islamofobia” es la mejor forma de defender el islam, si pensáis que defender el islam es la mejor forma de defender a los musulmanes, o incluso si pensáis que los sionistas que son los amos del mundo me están pagando por estar aquí defendiéndooos, bien, en ese caso estáis brutalmente equivocados. —La exposición de Eduardo, paráfrasis de un conocido periodista francés, despertó un escándalo en el Parlamento; fue vitoreada y silbada a partes iguales. Cuando el ruido cesó, el liberal se dirigió

a una joven europarlamentaria de Los Verdes que había criticado duramente su política de agresión—: Le voy a decir algo, mi admirada compañera eurocomunista: Europa puede sufrir de racismo, pero no de islamofobia. Imagine por un momento que dos personas se presentan a un mismo trabajo. Una de ellas es un árabe musulmán y el otro es un musulmán blanco, ¿quién cree que tiene más posibilidades de obtener el puesto? —Eduardo le dio tiempo a que pensara la respuesta mientras la miraba fijamente a los ojos y ella respondía negando con la cabeza, asqueada e irritada—. Nuestra única forma de ayudar a los musulmanes europeos es concentrarnos en la justicia racial y económica y en los derechos de los individuos, no soltando banalidades».

A Simón aquel tipo le caía bien.

—No tengo mucha idea de quién eres —dijo Simón— ni sé por qué os habéis fijado en mí, pero te contaré algo. Mi mujer me acaba de dejar por otro y yo estoy cansado de mi trabajo en la universidad. En consecuencia, no veo por qué debería rechazar tu oferta para integrarme como parte de la estrategia política de un partido que siempre he detestado. A lo mejor, quizá, eso me acaba de rematar.

Esta vez Simón había sido convocado a solas por Herzog, cuya asistente le había facilitado un billete de avión a París para comentar los pormenores de la colaboración con el Partido de la Democracia. Los dos se habían dado cita en el Puente de los Inválidos, en el Sena, para dar un paseo a orillas del río.

—No es lo más motivante que puedo escuchar —dijo Herzog—, pero seguro que nos entendemos.

—Sé que la gente de las finanzas estáis acostumbrados a hablar con tipos más enérgicos, y no con profesores que afrontan la existencia humana con ciertas dosis de desilusión. Pero, en fin, era broma. Lo que quería decir es que ahora mismo no hay absolutamente nada de mi vida actual que me ate y que, por tanto, puedo entregarme al partido al ciento cincuenta por ciento de mis energías. Realmente me interesa el proyecto, si los nuevos cimientos políticos son los que son. Ya he hablado con la universidad y no habrá problemas para conseguir una excedencia. Creo que este es un reto que debo asumir.

—Eso son grandes noticias.

—Pero hay un pero. Me gustaría algo más de claridad en esta operación. Sé que tú no formas parte del partido, así que no entiendo por qué me has llamado aquí para introducirme en él. ¿Qué hay de ellos? ¿Qué esperan de mí?

—La cuestión es que, hace tiempo, cierta rama contestataria del partido me llamó para proponerme como consultor, en caso de que el nuevo candidato saliese elegido en el próximo congreso extraordinario. ¿Qué significaba esto? Querían que yo me ocupase del consejo asesor y que además fuese su consultor económico, es decir, el responsable principal de sus propuestas en materia de economía, el tipo que decide lo que hay que hacer con los impuestos, las pensiones, los despidos y el déficit. A partir de aquí, iniciamos una serie de conversaciones sobre lo que debería ser una estrategia sólida. Les dije que yo, si entraba aquí, era para ganar. No era para hacer contactos ni nada por el estilo. A mí el Partido de la Democracia me interesa para dar un vuelco a la política española; el dinero y los negocios me dan igual. Si mi misión en la vida fuera esa, me quedaría aquí en París trabajando en el banco. El caso es que acepté su oferta y a ellos les interesó mi argumentación, así que también me permitieron la oportunidad de elegir a algunos compañeros de viaje, un equipo con el que hacer cosas. Tal y como yo la entiendo, la economía no es una disciplina que funcione al margen de todo lo demás. Necesita puentes con otras áreas de estudio y, sobre todo, necesita pedagogía. Para mí, economía y filosofía política son dos caras de la misma moneda. Por eso quería que tú también cooperases con el partido. Como te comentaba en la cena con Rania, sigo mucho tus ideas.

—O sea que el Partido de la Democracia te pide que asumas la portavocía de Economía y el consejo asesor, y tú sugieres que yo me una a ti en calidad de...

—*Intelectual* —se apresuró a contestar Herzog—. Productor de discurso. Constructor de realidades. Asesor político y de campaña.

—¿No crees que el partido lo verá como una intromisión? ¿Qué hay de la gente que lleva años militando y que querrá protagonismo si el nuevo candidato sale elegido en el congreso extraordinario del partido?

—No vamos a quitarles el puesto. Tú no estarás en las listas ni disputarás ningún escaño a nadie. Lo nuestro es un proyecto de ideas, la construcción del mapa teórico a partir del cual operarán ellos, los políticos. El consejo asesor es una institución paralela a las listas. Lo que nosotros tenemos que hacer es cultivar la semilla del nuevo Partido de la Democracia. ¿Y sabes por qué creo que tú eres la persona adecuada? Precisamente por lo que decías al principio de la conversación, porque tú no eres uno de esos tíos que vienen del mundo de la empresa y hablan como gilipollas presuntuosos, con esos eslóganes de mierda de «persigue tus sueños» y bla, bla, bla. Tú eres un pesimista, un tipo de ideas, un agente independiente, un... *perdedor*. Entiéndelo, lo digo en el buen sentido. Tú vienes de la izquierda, en tu juventud coqueteaste con el Partido Comunista y con distintas expresiones del anarquismo y por tanto eres la clase de persona que sabrá comunicarse con la izquierda. Tú puedes persuadir a millones de militantes progresistas de que el verdadero voto progresista es, única y exclusivamente, el voto liberal. Fíjate aquí, en Francia. ¿Por qué crees que Sarkozy tuvo un gobierno fuerte y por qué crees que su partido cala entre muchos funcionarios y gente cultivada y humanista? Porque ha habido nombres como Bernard-Henri Lévy o como André Glucksmann o como Max Gallo que lo han apoyado, eso es gente con un pasado de militancia que les convierte en posibles interlocutores del espectro progresista, hombres que, además, han trabajado para el gobierno en calidad de asesores. Ahora piensa en algunas declaraciones de Martin Amis sobre Oriente Medio o sobre el comunismo en Reino Unido, y piensa en las declaraciones de Ayaan Hirsi Ali sobre el islam en Holanda. ¿Cuánta gente de izquierdas crees que les presta atención? Mucha, un montón, porque son *intelectuales*, gente con

verdadero poder de influencia en la esfera pública. En cambio, ¿cuánta gente de izquierdas crees que me escucha a mí? Yo solo hablo para los convencidos, nadie al margen de las finanzas me tomará nunca en serio porque creen que solo estoy al servicio de las grandes corporaciones. Por eso opino firmemente que el pensamiento liberal en España necesita de gente como tú. El gran error de los liberales en España ha sido creer que todo dependía de tener buenos economistas, sin prestar mucha atención a los intelectuales, a la producción de discurso. Por eso fracasamos.

Herzog se dio cuenta de que ya lo tenía en el bote. Aquello era probablemente lo más bello que le habían dicho en muchos años a Simón y, extrañamente, venía de un hombre. El profesor aceptó la oferta. Entre impartir clase en una facultad gobernada por el culto al keynesianismo y la posibilidad de influir en el rumbo de un país con sus propios principios, ¿qué iba a elegir?

—Cuenta conmigo —dijo—. Estoy a bordo.

A continuación, Herzog y Simón se sumergieron en una charla sobre el estado del pensamiento liberal en España. Los dos convenían en la urgencia de renovar sus figuras intelectuales, en su mayoría escritores y pensadores ya entrados en la senectud que habían perdido la ilusión de vivir y cuya única aportación a la causa hoy consistía en farfullar lo imbéciles que son los españoles, algo que, evidentemente, era de escasa o nula utilidad para ganarle votos al Partido de la Democracia. Cuando ya casi habían llegado a la estación de Austerlitz, Herzog se despidió y se subió a un taxi en dirección a las oficinas de su banco. A Simón los ojos le hacían chiribitas.

—Simón —dijo Herzog con medio cuerpo dentro del taxi—. Hay una última cosa de la que no hemos hablado. Si vas a entrar en política, es posible que intenten hundir tu vida privada. No tienes nada que esconder, ¿verdad?

—Por supuesto —contestó Simón, primero de forma automática y luego consciente de que aquella era la primera mentira flagrante que contaba como



político.

¡Pues claro que tenía cosas que esconder!

—¡Cuídate! —dijo Herzog, cerrando la puerta del taxi.

Se quedó pensando. Simón acababa de cambiar de trabajo y eso significaba que estaba un paso más cerca de la felicidad. Ahora le faltaba lo otro, su intimidad, su vida pública, y lo que en ese instante demandaba su conciencia era plantarse ante Rania y declararle su amor. Desde que la conoció en Jerusalén expresaba dudas sobre la viabilidad de su relación con ella. A fin de cuentas, él era un profesor desencantado y ella aún estaba en edad de asistir a fiestas y volver de madrugada a casa. Pero ¿creía verdaderamente que eso era un problema? Ya no. Aquel titubeo solo había sido una turbulencia en su razonamiento, un paso en falso motivado por todas las dudas, incertidumbres e inseguridades que había alojado hacia su propia persona en los estertores de su catastrófica relación con quien ya era su exmujer, Elia. Simón había alcanzado la plenitud de su masculinidad, pero se precipitaba ya a los primeros síntomas de decadencia. Se encontraba en plenas facultades sexuales, poseía una belleza serena y cautivadora y estaba a las puertas del que podría ser el trabajo de su vida.

¿Qué le frenaba para oficializar su relación con Rania?

Con ella quedó a comer en un restaurante mexicano del distrito V. Su encuentro con Herzog fue el primer asunto sobre el que hablaron. Los dos brindaron con una copa de margarita por la decisión que Simón había tomado. Simón, que en un principio había expresado desconfianzas hacia el experto en fondos de inversión, estaba encantado con la propuesta que le acababan de hacer y todo se lo debía a ella. Le estaba infinitamente agradecido, dijo, y seguidamente introdujo el tema de Elia.

Intentó comunicar su separación como si contara algo anecdótico, de pasada, restándole importancia al asunto. Sin embargo, conforme se entretenía

en algunos detalles de la narración, Simón se sentía más y más incómodo. Era una obviedad que pasaría así. A su vez, Rania tampoco podía cambiar de conversación, se veía obligada a escuchar a Simón.

En todo el tiempo que Rania y Simón habían hablado, el profesor ocultó a Elia. Su relación con ella fue un tabú. Para él, era una cuestión de honor y de principios. Hasta su ruptura con Elia, Simón no consideraba una traición el deseo que sentía hacia la cineasta de origen palestino. A una la admiraba y a la otra la deseaba, pero las dos despertaban en él sentimientos positivos en espacios distinguidos, sin relación entre sí. Ahora se veía obligado a levantar ese dique y hablar abiertamente de su vida sentimental en los últimos diez años; la confianza que en las últimas semanas había estrechado con Rania así lo permitía. Y aunque Elia se había buscado otra pareja, Rania también había sido una intromisión.

—¿Qué crees que va a pasar con nosotros? —preguntó Simón, en un tono pretendidamente insustancial que consiguió justo el efecto contrario: hacer de aquella una pregunta demasiado grave. Ocurría que, aunque no la miró a los ojos al hacer esta pregunta, o tal vez por eso, lo que acababa de decir sonaba a proposición formal.

—No creo que mucho —contestó Rania con sequedad, un poco a la defensiva—. Nunca fue buena idea iniciar una nueva relación seria sin haber cicatrizado la anterior. ¿O me vas a decir que te apetece embarcarte en un lío después de Elia?

Rania sonreía y resplandecía. Por el contrario, Simón sintió grandes deseos de estrangularla o de ejercer contra ella algún tipo de violencia física. ¿A qué se debía aquella respuesta sabihonda, enviciada? ¿Qué sabría ella de los deseos de Simón? ¡Pues claro que le apetecía embarcarse en una relación tras Elia!, ¡era lo único que deseaba!

—Yo no hablaba de noviazgo, solo te hacía saber que he roto con la que fue

mi mujer. No te sientas mal por ello.

—Simón —carraspeó Rania—, hay algo que tienes que saber. La semana que viene dejo París durante tres meses, Channel 4 me ha llamado para hacer con ellos un documental sobre mujeres y violencia en África. Iremos a Somalia, Egipto y Túnez. Supongo que será difícil que nos veamos.

—Ah, vaya —dijo Simón, que internamente se sentía indignado—. Qué interesante.

Acababa de perder, al menos temporalmente, a Rania. Eso significaba una cosa: todas sus energías en adelante irían concentradas a su nuevo proyecto en el Partido de la Democracia. Nada de relaciones sentimentales, nada de pasatiempos sexuales. Ahora solo podía cruzar los dedos para que el congreso extraordinario del partido fallase a favor de los suyos. A partir de ese momento, su única meta era trabajar codo con codo con Herzog. Y ya.

Rania se dio cuenta de que había sido demasiado brusca en su respuesta y trató de justificarse. Simón percibió distintas gradaciones de sentimiento en su forma de entender su relación con él. Al principio Simón creyó que Rania jugaba con él, pero su percepción cambió. No era tan malvada como, por un instante, había llegado a pensar. Era verdad que Rania sentía interés hacia Simón, pero cuando hablaba sobre los peligros de iniciar una nueva relación sin haber enterrado la anterior lo decía en serio. Rania le quería, tal vez también le amase, aunque no se sentía confiada para verbalizarlo. O al menos eso fue lo que Simón entendió entre líneas y por la forma en que sus ojos brillaban. La lectura más razonable que quedaba después de todo es que no era ni el momento ni el lugar para una relación ahora.

Lástima.

Cuando acabaron de comer, Simón rehusó ir al distrito XX. Lo mejor que podía hacer era adelantar su vuelo y ponerse a trabajar desde ese mismo instante. Estaba claro que no corrían buenos tiempos para su vida íntima. Lo

que entonces no sabía es que estaba a punto de zambullirse en una carrera política bestial. Nada de lo que entonces había asociado a la palabra «dolor» se parecía a lo que estaba por llegar.

II

LA VANIDAD

Sentada a horcajadas sobre Simón en su apartamento de la *rive droite*, Rania tenía la blusa abierta y los pechos en la boca de él cuando de pronto se le ocurrió algo.

—¿Qué haces? —preguntó Simón, a quien la presión en la entrepierna le estaba haciendo rechinar los dientes.

—Dame un segundo.

Rania se levantó del sofá cama, fue a un armario en su dormitorio y allí agarró un trípode. Lo instaló delante del sofá y a continuación acopló su iPhone. Se puso a grabar la escena.

—¿Cómo? —Simón no sabía si estaba siendo objeto de una broma—. ¿Qué es esto?

—Hazme lo que quieras —le dijo Rania.

La cámara no intimidó a Simón, que seguía sintiendo el pene duro y cortante como una pica de sílex. Es posible que en otras circunstancias hubiera frenado aquel experimento, pero la vanidad le pudo. ¿Cómo no iba a dejarse grabar follando con su nuevo ligue? Llevaba años teniendo una vida miserable y de pronto todo aquello se desplegaba como el más excitante de los pasatiempos. Claro que sí. *Avanti*.

—Lo que quieras —insistió Rania, susurrando, acariciándole un mechón.

Con el teléfono ya grabando, Simón cogió a Rania y la puso a cuatro patas en el sofá, con las rodillas clavadas en los cojines y el culo hacia fuera. Como

si fuera uno de esos maniqués articulados de madera que se usan para dibujar, Simón le estiró los brazos para que agarrase el respaldo del mueble y luego él se desabrochó los pantalones, se arrodilló delante de Rania, le abrió un poco el culo y se puso a lamerlo como si fuera un animal.

—¿Te gusta comerme el culo? —preguntó Rania, entre gemidos, mientras se acariciaba el clítoris.

—Me encanta. Me encanta su olor.

Es posible que el hecho de saber que estaba siendo grabado hiciera que Rania y Simón exagerasen su excitación. Sin embargo, realmente aquella era la práctica que más le divertía a Simón, una rutina desclasificada hacía mucho de los ritos sexuales con su exmujer y que ahora volvía a él con una lujuria destartalada.

—¿Tú sabes por qué me gusta chupar anos? —preguntó Simón, y luego acarició el perineo de Rania con la lengua. Hablaba muy despacito. Apenas le llegaba la sangre al cerebro.

—¿Por qué?

—Porque es la... constatación del deseo... En puridad. —Simón hacía mucho ruido cada vez que introducía la lengua en el ano de Rania; sonaba como comer con la boca abierta—. Tú no te puedes correr por el culo... Pero es que yo tampoco me puedo correr así... Un ano tampoco se puede comer entero... —Simón hacía pequeñas pausas dramáticas en su disertación sobre comer anos para seguir salivando el orificio de la cineasta palestina—. Mi lengua tiene una longitud limitada... Y tu ano tiene una profundidad ilimitada... más o menos... ¿Sabes? Me encantaría meterte la lengua hasta el intestino delgado... Me encantaría meter la cabeza entera por tu culo... O mejor, que tu ano succionara mi cabeza... Y mi cuerpo... Como una boa... Aunque no es posible... Estamos limitados por la anatomía... Así que me conformo... con una erección... infinita. Dios, qué cachondo estoy, joder.

—Qué rico.

—Sí.

—Hazte una paja y córrete en mi culo.

Simón sintió un pequeño malestar. Mientras introducía la nariz en el culo de Rania para olisquearlo, con los glúteos de ella presionándole los párpados, y acariciándose el pene a la vez, Simón tuvo un *déjà vu*.

Le vino a la cabeza Ivana.

Cuatro primaveras atrás, Ivana había sido el anterior ligue de Simón, una estudiante venezolana que había aterrizado en el máster donde él daba clase en la Complutense. Fue atracción a primera vista. Desde el día en que Ivana entró por la puerta de la clase con su pelo larguísimo y una beisbolera de la Ivy League, Simón supo que aquella persona le traería problemas. Si por él fuera, razonaba, nunca habría tenido relaciones con mujeres que no fueran Elia, pero el problema venía cuando tenía que interactuar con gente en cuyos encuentros había tanta electricidad erótica que ya era como si hubieran follado, o como si se fueran a follar en cualquier momento. El sexo era lo de menos. O eso creía él. La presencia de Ivana en sus clases y la forma en que le miraba le obligaron a cambiar sus pantalones de algodón por otros menos cómodos: las erecciones que tenía cuando se ponía de pie ni las podía disimular. Tardaron aproximadamente dos meses en preparar el escenario para su primera experiencia sexual, cuando estaban en el ecuador del cuatrimestre. Un día, Ivana apareció en la tutoría de Simón a última hora de la tarde, cuando los despachos de la universidad estaban desalojados, y en un momento en que los dos estaban de pie frente a la puerta, a punto de despedirse, y mientras Simón le contaba a Ivana alguna cosa sobre la intelectualidad francesa y ella atendía divertida y curiosa, él, que ya estaba sintiéndose ridículo con el bulto que tenía en el pantalón y que sabía de sobra que su alumna ya había visto, la agarró de la cintura y la besó con convicción. En un primer momento ella se



mostró reacia. Sin embargo, Simón sabía que Ivana era la clase de estudiante con una vida sexual bastante activa y laxa, enamoradiza, e intuía que las probabilidades de fracasar en aquella incursión eran mínimas. Acertó. O por lo menos, la aventura no le trajo ningún problema en el campus, ni fuera de él.

Esa fue la primera y única vez que Simón tuvo relaciones con una de sus estudiantes. Se trataba de un entretenimiento que podía ocultar con relativa facilidad porque Ivana abandonaría Madrid en cuanto llegase el verano. Con todo, fueron dos meses en los que su obsesión por Ivana solo iba a más. Su cerebro estaba completamente pringado del olor y el rostro de su alumna. No podía pensar en otra cosa. Se sentía como si hubiera sido víctima de un hechizo; magia negra.

Ivana resultaba alguien menos interesante que su mujer, pero precisamente su inexperiencia era lo que más le excitaba: aquellas prendas más bien feúchas compradas en cadenas de *fast fashion* que a Ivana le quedaban muy bien porque todo le quedaba muy bien, o la bolsa de plástico donde guardaba la tartera con los macarrones con queso... Para alguien tan bochornosamente elitista como Simón, aquellas expresiones de ordinariéz estudiantil le volvían loco. Era una asimetría que, sí, le molestaba. ¿Cómo podía ser que él, que se consideraba a sí mismo una de las personas más inteligentes, más interesantes y más atractivas que había conocido, de pronto sintiera una excitación inexplicable por lo que, en frío, consideraba poco más que una pija venezolana exiliada, y cuyos atributos no eran más que una cara bonita y tres o cuatro referencias culturales muy rudimentarias? Daba igual su razonamiento. Simón estaba fuera de sí. Había enloquecido.

En realidad Simón odiaba pensar con el sexo, pero le pasó durante todo su matrimonio con Elia que cada tres o cuatro años, siempre en primavera, tenía una aventura con alguien. Para él era casi como someterse a un proceso de diálisis, una forma de purificar su sangre. También le tranquilizaba comprobar

que los sentimientos hacia sus amantes eran muy distintos a los que tenía hacia Elia. A su exmujer la amaba; a sus ligues solo le unía una cierta complicidad y amistad, además de la sintonía física. En cierta forma, eran humores muy masculinos los que compartían. No podían compararse. Aunque tal vez solo fuese una forma de autocomplacencia con que limar su sentimiento de culpa.

—Fóllame. —La voz de Rania le devolvió al presente.

No entendía por qué pasaba aquello. ¿Por qué ahora que estaba en una relación, digamos, recién desprecintada se ponía a pensar en una antigua amante? Eso son cosas que pasan cuando llevas años durmiendo con la misma persona, no cuando acabas de empezar un lío con alguien. No era justo.

Simón se puso en pie, giró el cuerpo de Rania, que continuó amarrado al respaldo del sofá con los brazos hacia atrás, y follaron durante tres o cuatro minutos más. Luego Simón caminó hasta donde estaba el trípode y agarró el teléfono. Cogió el iPhone y apuntó a Rania.

—Cómeme mi carne de Kobe. Ñam.

Rania accedió sin problemas, encantada de que Simón estuviera tan cómodo para pronunciar una frase así de absurda. Succionó su pene haciendo un montón de ruidos guturales y cuando creyó que se corría Simón empezó a masturbarse. Él grabó cómo eyaculaba en la cara de la palestina y cómo ella le relamía el esperma.

Detuvo la filmación.

Rania y Simón se limpiaron un poco y volvieron a sentarse al sofá. Los dos continuaban con las piernas desnudas. Era muy probable que poco después volvieran a querer tener relaciones.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó Simón.

—¿El qué?

—Lo de grabarnos mientras follábamos.

—Lo hago con algunos chicos.

—¿Con *algunos* chicos?

Rania percibió cómo Simón se ponía un poco celoso. Eso la divirtió.

—En realidad lo hago con todos...

—¿Por?

—No sé, me gusta volver a ver esos vídeos al cabo de un tiempo. Es bonito. Me refiero a que las relaciones se rompen, hay malentendidos y todo eso, pero esos vídeos siguen ahí, diciéndote que hubo un día en que todo iba bien. Yo lo llamo melancolía sexual.

—Un buen sentimiento, ya. —No era la explicación que Simón esperaba, pero le pareció una reflexión bella—. También es una forma de intimidación. Una autodefensa feminista. Si las cosas se tuercen, siempre puedes amenazarnos con publicar estos vídeos.

—Exacto.

—¿Me enseñarás esos otros vídeos?

—Ni de coña.

Había querido entrar en un campo vallado y ahora tenía que dar marcha atrás.

—Bueno.

Simón se encogió de hombros. Se sentía avergonzado. Entonces se levantó del sofá y fue a la cocina, donde Rania guardaba el hachís. Se lio un porro y volvió al sofá con el cigarrillo prendido.

—Perdona la insistencia, pero ¿no es un poco arriesgado para los tíos exhibirse así?

—¿Tú te has visto? No has dudado ni un segundo.

—Eso es verdad.

—A los tíos os da igual que os graben follando, a vosotros no os pueden arruinar la reputación así. Es más, os encantaría que todo el mundo os viera.

Simón se echó a reír. Rania le miraba con una sonrisa brillante, parecía

enamorada. De pronto, la mención a los otros ligues a los que filmaba mientras tenían relaciones le pareció una excusa perfecta para introducir a Ivana, en quien seguía pensando, en la conversación. Necesitaba soltar aquel lastre.

—Ahora que has hablado de tus otros ligues —mintió Simón—, me ha venido a la cabeza una pregunta que llevo haciéndome años.

—Di.

—No es muy interesante, es una cuestión de historia política. Pero verás, hace años estuve acostándome con una alumna. Hasta entonces es algo que quise y pude evitar a toda costa. No es la clase de lío en la que quisiera verme metido. Los problemas son mayores que los beneficios, ¿sabes? Pero de pronto pasó. ¡Pam! Había una tensión entre nosotros y nos liamos. Como tú y como yo. —Una cosa que le gustaba a Simón de los primeros momentos de una relación era que los celos no existen; podía permitirse referirse a sus examantes como si fueran todas las mujeres de su harén. Sabía que era un privilegio que pronto desaparecería—. El caso es que aquello me llevó a plantearme una cosa. ¿Qué narices se le pasó a Clinton por la cabeza para tirarse a la becaria?

—¿Eh?

Simón se dio cuenta de que estaba soltando su soliloquio más que conversando con Rania. Siguió con su reflexión.

—Me refiero a que tengo la convicción total de que Clinton no quería que Lewinsky se la chupara, pero no lo pudo evitar. Piénsalo. Eres el presidente de Estados Unidos y lo último que quieres es tener la imagen de una becaria lamiéndote las pelotas mientras negocias con saudíes o exsoviéticos. Es bochornoso. No dejo de sentir una gran fascinación hacia esos momentos de suspensión temporal de la razón. Es la victoria de la humanidad sobre todas las cosas.

—¿Supo tu exmujer lo de tu lío con tu alumna?

Ahora Simón creía que era ella quien sentía unos celos tibios.

—Esa es otra espina que nunca he logrado sacarme. Cuando te pasas tantos años con una persona, en realidad te da un poco lo mismo que tu pareja se acueste con otro. Puedes entender perfectamente que se trate de un pasatiempo y que los sentimientos que muestre hacia esa persona son totalmente inofensivos. ¿Qué importa? Al cabo de un cierto tiempo, ninguna relación se rompe por culpa de una infidelidad. Es demasiado infantil.

—¿Entonces? ¿Por qué no se lo contaste?

—Pues porque es una forma de mantener tu individualidad. El problema de llevar años y años con alguien es que dejas de ser tú y pasas a formar parte de un organismo colectivo. El adulterio se convierte en tu secreto, un asidero a tu subjetividad, la confirmación de que sigues pensando y sintiendo por cuenta propia. Es absurdo, pero es así.

—Comprendo.

Era viernes por la tarde y faltaban dos días para el congreso extraordinario del Partido de la Democracia. Tras algunos cuantos días sin intercambiar correos ni llamadas, Rania le había pedido a Simón pasar aquel fin de semana juntos. Hablaron de que tal vez su nuevo trabajo los separase para siempre, pero en realidad sabían que eso no iba a ser cierto. Desde su primera vez en París, los dos buscaban excusas para encontrarse. No se atrevían aún a decirse nada que no fuera «amantes», pero la realidad es que ya eran otra cosa. Sus cuerpos estaban como levitando. Iban tan cachondos que parecía que sus hormonas se hubieran quedado atrapadas en un acelerador de partículas; ninguno de los dos se sentía así desde la adolescencia. Aquella alteración corporal hacía que se sintieran atraídos por muchas de las personas con las que cada día se cruzaban en la calle, pero por encima de todas las fantasías lo único que deseaban era el sexo entre ellos, y ya.

—Vayamos a comprar algo para la cena —dijo Rania.

En París lloviznaba y los dos estaban de acuerdo en que preferían quedarse en el estudio de Rania antes que salir a cenar por ahí. Montaron en el escúter de ella en dirección al supermercado. Simón tenía la cabeza embotada por el hachís y empezó a toquetear a Rania mientras conducía; las tetas y la entrepierna. Al principio fue algo sutil, pero en un semáforo en rojo fueron reprendidos por un paseante. Era verdad que estaban haciendo el ridículo. Rania también le dijo con brusquedad:

—Para.

Conociéndole, a él le habría encantado la idea de que en aquel rapto de lujuria Rania hubiera perdido el control de la moto y un vehículo más pesado que el suyo se los hubiera llevado por delante. Le excitaría la idea de morir joven en París en los brazos de su amada. Sería una muerte glamurosa, como la de Diana de Gales. En la intimidad, Simón era una persona brutalmente irracional, descontrolada; su voluntad descansaba en la sola realización de cualquiera de los siete pecados capitales. Un niño caprichoso en el cuerpo de un adulto. Él aún se preguntaba cómo podía ser que aquel carácter cambiante produjera la más mínima atracción sobre las mujeres, pero, al parecer, funcionaba.

Llegaron al supermercado, una tienda de cosas delicatesen en Montparnasse, el sitio donde hacen la compra enarcas y gente con segunda residencia en Neuilly-sur-Seine. Aquella *épicerie* tenía una línea de caja en la que las trabajadoras parecían sacadas de un meticuloso casting: cada una de ellas representaba una nacionalidad o etnia. Había cajeras de Hong Kong y de Burkina Faso, argelinas y de la Guayana... el viejo esplendor imperial francés saludaba a los consumidores de aquellos grandes almacenes en los que sonaba un jazz latino y la gente se vestía para la ocasión. La cadena de supermercados tenía hasta cinco estanterías dedicadas a varias decenas de marcas de agua envasadas en atractivas botellas de diseño.

—¿No te parece precioso un mundo en el que puedes elegir entre treinta marcas de botellas de agua envasada? —preguntó Rania, no se sabe bien si con ironía o no.

—El capitalismo genera problemas, pero hay que reconocer que, cuando funciona, es perfecto; no te quieres ir de él, nunca. —Tras decir esto, Simón examinó cuidadosamente la historia y la etiqueta de una botella de limonada con virutas de oro que costaba 50,99 euros—. Me muero de ganas de probar esta cosa —añadió, y ahí se puso a llenar la cesta.

Vestido con una americana negra y la camisa blanca de Dior desabotonada hasta el pecho, Simón se sentía uno más en aquel sitio. Le encantaría quedarse a vivir allí. Entonces empezó a meter cosas en la cesta alegremente y sin ningún sentido de la armonía; por ejemplo, cajas de *macarons*, bolsas de verduras fritas de 6 euros o latas de conservas de sardinas.

—Creí que eras vegetariano —le dijo Rania.

—Sí, pero es imposible que estas sardinas hayan tenido una mala vida.

Compraron pretzels, chutneys y arroces indios. Compraron una tarta de frambuesas de 48 euros y pralinés. Compraron café guineano y costarricense. Compraron té negro ecológico. Hacer la compra allí era sexy. La gente allí iba vestida como si fuera a un cóctel de champán en la azotea de un hotel; en aquellos almacenes nunca verías a nadie con un calzado descuidado. Las mucamas que iban a hacer la compra vestían mejor que la mayoría de la sociedad española.

Compraron foie gras para Rania, ojearon botellas de vino de 600 euros aunque finalmente se llevaron un Burdeos de 39,90. Sí que fueron más generosos en el apartado de bebidas espirituosas, donde Simón se hizo con un whisky Suntory Hibiki de diecisiete años, buenísimo.

Por último visitaron la sección de quesos, donde seleccionaron distintas variedades francesas.

—Una bella metáfora del capitalismo —dijo Simón— es este rincón donde el olor a bacterias es embriagador y anestésico, ¿no crees? ¿Cómo puede ser que resulte tan erótico el aroma a leche corrupta? La enajenación librecambista no es comer productos delicados, sino devorar con lujuria productos que están podridos y que saben maravillosamente bien. Como por ejemplo estos quesos. O tu ano. Nam.

Simón pagó la compra; en total, 289 euros por dos bolsas de plástico.

—¿Cuánto dinero llevabas en la cartera? —le preguntó Rania al salir del sitio—. Era mucho, ¿no? ¿Y por qué has pagado con tarjeta?

Años atrás, Simón se acostumbró a llevar consigo cantidades importantes de dinero, incluso aunque pudieran durarle semanas en la cartera. Primero fueron 300 o 400 y de ahí pasó a cualquier cifra entre 700 y 1.200.

—Es más una cuestión simbólica —dijo—. Me siento seguro llevando ese dinero conmigo. Cuando tienes un mal día o cuando es lunes por la mañana, miras a tu alrededor y piensas que muy poca gente lleva esa cantidad en efectivo, y la tristeza se te pasa un poco, no tienes motivos para sentirte mal.

Esa noche, mientras una tormenta eléctrica caía sobre París, la pareja cenaba quesos con compotas y pan tostado y se bebía el Burdeos. Pusieron rock francés de los noventa y los dos mil. Nouvelle Vague. Vive la Fête. Noir Désir. Ese rollo.

—¿Qué haremos mañana? Me gustaría comer en un sitio guarro. Una pizza grasienta o un *fish and chips*. Hace mucho que no me como unas buenas papas.

Era típico de Simón hablar de su próxima comida mientras comía.

Rania le morreó. Los dos sabían a comida y esa era la clase de placer que a Simón le disparaba el riego sanguíneo en la entrepierna. Simón casi se la come de un bocado.

—¿De qué te escondes? —le preguntó ella al rato, así a bocajarro.

—¿Eh?



—Tampoco es que te conozca mucho, pero juraría que estás fingiendo. No es que me moleste; al contrario. Pero me gustaría saber qué hay debajo de esta desafortada *joie de vivre* que nunca antes había visto en ningún ser humano adulto.

Simón la miró fijamente. Luego apuró un trago de vino y desvió la vista a una esquina de la casa. Se mordisqueó el dedo pulgar nervioso y volvió a fijarse en ella. Era la típica expresión de incomodidad impostada de quien está deseando largar un secreto. A continuación encendió un cigarrillo, le dio dos caladas, lo apagó y tomó aire. La ceremonia prometía.

—Hace dos o tres años empecé a pensar en la muerte; quiero decir, en mi propia muerte, yo en un ataúd, viejo, decrepito. Fue en el momento en que un compañero de la universidad tuvo un hijo. Somos muy amigos, así que fui a visitarle al hospital. Lo recuerdo como un momento feliz y puro, pero el caso es que al salir de la habitación me vine un poco abajo, comprendí la fugacidad de la vida como nunca antes la había visto. A los veinte años descubres que ya hay toda una serie de cosas que nunca podrás volver a hacer, pero, joder, a partir de los treinta ya empiezas a cavilar sobre tu propia muerte en serio. Es fuerte. ¿Alguna vez has pensado tú en tu propia desaparición? No me refiero a suicidarte, eso seguro que sí, me refiero a tu cuerpo invadido por un cáncer o un problema de circulación. A tu edad eso es más raro. La cosa es que aquel pensamiento me volvió vanidoso y orgulloso, me insufló energías. Me daba pánico morirme sin hacer algo grande en la vida, ¿sabes? No es la clase de cosa que puedas ir aireando por ahí si no es a tu psicólogo o a tu amante; ni siquiera nunca pude hablar de esto con Elia. Y luego estaba ella, claro. Cuando tenía veintitantos años me preocupaba la posibilidad de un divorcio, pero era algo lejano, muy lejano, tanto que nunca ocurriría. Pero pasó. A los treinta me di cuenta de que no llegaríamos mucho más lejos y de que aún faltaba mucho hasta que me muriera y de que sería muy triste si nunca más

podiera sentir el amor con una mujer. Sé que esto es imposible, sé que el amor virginal no va a venir, tú te has tirado a decenas de tíos y yo me he cargado mi matrimonio, y eso que todavía quiero mucho y deseo lo mejor para Elia, pero bueno. Este momento es bastante mejor que envejecer sufriendo una impresionante atrofia emocional. De manera que ahora estoy luchando contra mi muerte tratando de disfrutar de una forma rabelesiana y sadiana y libérrima de cuantos placeres carnales se interpongan en mi camino.

—Tienes una gran capacidad de: *a*) contradecirte, y *b*) contestar lo que te da la gana a preguntas simples.

—Y esa es la razón por la que dentro de un día iniciaré una nueva y flamante carrera política.

—Brindemos.

Brindaron.

—¿Y tú? —dijo Simón—. ¿Cuál es tu gran miedo?

—A veces —le contestó ella— cometo la imprudencia de pensar que no me gusta estar sola y que debería alejarme de este bucle de relaciones infinitas.

—¿Y por qué no lo paras?

—Pues porque esta ciudad está llena de hombres buenos, cultos, simpáticos y acomplejados como tú a los que un lío les vuelve muy generosos... hasta que sus miedos amenazan con salir. Cuando sus complejos asoman para proyectarse contra ti, sabes que es hora de pasar página.

—Rania —dijo él—, te amo. Sé que suena raro después de lo que te he dicho, pero me muero de ganas de pasar el resto de mi vida contigo. Siempre. Quizá cambie de opinión la semana que viene, yo qué sé, pero esto es lo que siento ahora, en este instante, en tu bonita casa de París. Es como si toda la vida me hubiera predestinado a este momento.

Al acabar la cena concluyeron que les apetecía salir de fiesta, así que pidieron un taxi y salieron a una discoteca de Pigalle. Volvieron al amanecer.

El sábado se levantaron a las tres de la tarde y por la noche fueron a comer pizza grasienta. El domingo por la mañana Simón estaba aterrado. Después de que ella le despertara con una paja, el profesor reclamó un ansiolítico. El efecto depresor del éxtasis del viernes le estaba cayendo ahora y un domingo de regreso a casa no es el mejor momento para experimentar un bajón así. Desayunaron debajo de casa de Rania y él le pidió que no le acompañase. Estaba demasiado triste. Lo último que quería era que Rania se llevase un mal recuerdo del fin de semana. Pidió un taxi a Les Halles y de allí tomó el RER a Charles de Gaulle.

Llegó a casa temprano para ver los resultados del congreso extraordinario. Estaba bastante hecho polvo. Sentía que la diversión se acababa. Delante de él ya solo se divisaban responsabilidades. En el partido y con Rania. Finalmente, la candidatura de Eduardo González a la secretaría general del partido ganó por un 53 por ciento. Esa misma noche, Simón recibía una escueta notificación a su calendario del móvil enviada por González. En ella, el candidato del Partido de la Democracia le convocaba a una cena dos días después. «Es hora de que nos conozcamos», decía la nota, sin más.

Eligió un restaurante de langostas de la calle Serrano. Cuando llegó Simón, Eduardo ya estaba sentado a la mesa leyendo la prensa en su tablet. Eduardo se levantó y se manifestó erguido y solemne.

—¡Simón Soria! Me han dicho que eres un genio —dijo el secretario general nada más verle; a continuación le abrazó con fuerza, golpeándole tres veces con la mano abierta en la espalda—. ¿Lo eres o no?

Eduardo tenía cara de loco, como si se hubiera tomado algo. Era la clase de persona que siempre va a más revoluciones que el resto de la humanidad.

—Bueno, yo... —Simón no estaba acostumbrado a utilizar los códigos ultraaduladores que rigen según qué círculos sociales, y eso que sabía bien cómo funcionaban a tenor de sus conversaciones con Elia; tampoco esperaba un recibimiento tan cercano del hombre que más espacio ocupaba ahora en la prensa nacional—. Es un honor estar aquí con usted, señor González.

—Por favor, siéntate.

Eduardo se aseguró de que Simón estaba cómodo en su silla antes de sentarse él; el local era amplio, pero estaba abarrotado y no le importaba que le viesen allí en público, lo cual llamó la atención del exprofesor.

—¿No te incomoda que toda esta gente esté pendiente de ti y de lo que decimos?

—Me da igual. Son nuestros votantes. Lo veo en sus caras y en sus ojos. ¿Te gustan las langostas?

—En realidad soy vegetariano, pero a veces hago excepciones. —Al decir esto, Simón se dio cuenta de su leve error. Le preocupaba que Eduardo se sintiese ofendido o que pensase que era un tío sin principios, así que corrigió sus palabras deprisa—. Para ser franco, no me supone ningún sacrificio comer moluscos o bivalvos. Son animales sin memoria ni sensibilidad. Me encantan las langostas.

—Aquí las hacen de puta madre —continuó Eduardo, al que no parecía importarle en absoluto que Simón fuese vegetariano, ni tampoco su opinión sobre los derechos de los moluscos y de los bivalvos—. El tío que las hace es un inglés amigo mío que tiene una cadena de restaurantes en Manchester. ¿Sabes cuál es su plato estrella? Los perritos calientes de langosta. ¿Tú alguna vez has comido perritos calientes de langosta? Aunque en realidad no son perritos calientes, sino una langosta servida dentro de un pan de brioche que tú empapas con una salsita agria que le da al pan una consistencia perfecta y sabrosa, y que acompaña a la langosta en una sinfonía genial de texturas y sabores para el paladar, está riquísimo, ¡es la hostia! —Eduardo explicaba el proceso de comerse el rollo de langosta con las manos, lascivo, gesticulando de manera muy expansiva—. De verdad, está cojonudo, ¿eh? El acompañamiento del rollo de langosta son un par de huevos benedictinos con salmón, ¿te va bien el salmón? Está muy bueno, ¿eh? Yo te aviso.

—Me va estupendo el salmón —dijo Simón, que de ninguna forma esperaba que su primera conversación con Eduardo fuese este intercambio entusiasta alrededor de una langosta envuelta en un rollo de pan.

Cuando el camarero apareció, Eduardo pidió por los dos. De beber les llevarían una botella de champán.

—Oye, ¿y tú —le dijo Eduardo— qué harías con el partido?, ¿qué crees tú que le falta al partido? Estamos en un momento de pensar en voz alta, ¿eh?, tú suelta ideas y ya veremos a ver qué hacemos, es hora de soñar.

Era la oportunidad perfecta de Simón para empezar a venirse arriba.

—Yo lo que haría es refundar el partido y crear una institución auténticamente liberal, algo en las antípodas de ese *crony capitalism* que nos ha anegado de corrupción y prebendas. —Simón detestaba los anglicismos, pero introdujo esto pensando que a Eduardo le haría gracia, no sabía por qué, pero de pronto experimentó la urgencia de sorprenderle; se sintió idiota—. Tenemos la oportunidad de crear un país mejor a la altura de nuestros socios de Europa del Norte sobre los principios de la libertad, la igualdad y la justicia.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo. —Eduardo forzó un silencio dramático—. *Totalmente*. Si de algo me ha servido mi vida en Bruselas ha sido para permanecer al margen de la endogámica vida política española. Estoy harto —al secretario general se le llenó la boca diciendo esto—, *harrrrrrto*. Vamos a cambiar las cosas. —Eduardo acabó la frase dando un manotazo al aire, como si quisiera apartar a una mosca invisible.

—Eso es. ¿Y sabes qué? —Simón adoptó entonces una expresión desafiante; casi todos los liberales auténticos que conocía se caracterizaban por una falta de miedo a la autoridad, así que supuso que la mejor forma de meterse en el bolsillo a su nuevo líder era poniéndose a su altura—. Que para conseguirlo debemos parecer un partido de izquierdas. Ese es mi pronóstico.

Eduardo resopló de la risa.

—A ver, ¿puedes explicarme de qué va eso?

Era evidente que, de entrada, le parecía una gilipollez.

—Lo que quiero decir es que existen un montón de estímulos políticos que ahora están en manos de la izquierda y de los que nosotros podríamos sacar un gran rendimiento. A nuestra derecha ya hemos barrido con todo y lo único que quedan son organismos unicelulares; los liberales podemos hacer lo que nos dé la gana. Yo me imagino un manifiesto de intenciones que contemple cosas

como la ayuda a los migrantes, la condena de la dictadura, el feminismo, los derechos LGTBQ, la ecología, el apoyo a las energías verdes y al consumo sostenible, frenar por todos los medios a nuestro alcance los espectáculos taurinos sin necesidad de prohibirlos, despenalizar la prostitución, despenalizar el consumo y la compraventa de marihuana en pequeñas cantidades, romper los lazos que nos unen con la Iglesia en beneficio de nuestra idea de Estado laico, endurecer la justicia contra la violencia machista, expresar apoyo público a minorías internacionales oprimidas: peshmergas, palestinos, saharauis, movimientos indígenas..., deslegitimar todo tipo de operaciones militares internacionales bajo el principio liberal de la no intervención, así sea en Oriente Medio o en América Latina; plantear un nuevo panorama conversacional con los movimientos independentistas españoles bajo la premisa de que menos Estado y más estados podría llegar a traducirse en una mayor competitividad global, arrancar de una vez por todas un modelo de estado federalista, no centralista; promocionar la conciliación laboral, incluyendo medidas como el aumento de las bajas por paternidad y maternidad; la soberanía alimentaria, facilidades para un nuevo mercado alimentario ecológico, etcétera, etcétera. —Simón tomó aire, pero se apresuró a seguir su discurso, antes de que Eduardo le replicase—: En paralelo, aplicaríamos una buena batería de medidas económicas firmemente liberales y no por ello impopulares; pienso en: rebajar la presión fiscal a autónomos y emprendedores, disminuir los impuestos directos en todas las escalas salariales, eliminar cualquier duplicidad de competencias regionales, adelgazar el gasto público y con ello el déficit y la deuda, frenar partidas de gasto completamente absurdas como el ejército, adelgazar servicios públicos innecesarios que puedan sostener un principio de renta básica; suspensión de todo tipo de rescates a entidades privadas con dinero público... A mí me da igual que a un nieto del franquismo aficionado a los toros le disguste este

panel de propuestas. Si bajas los impuestos, te votará. ¿Qué va a hacer si no?

Eduardo miraba a su interlocutor inexpresivo, valorando si lo que oía le parecía bien o por el contrario debía levantarse de la mesa y marcharse ante semejante ilación de temeridades.

—¿Qué me dices? —preguntó Simón, impaciente.

—Es una idea brillante. *Sen-sa-cio-nal*. —Por primera vez esa noche, Eduardo sonaba comedido, atento; realmente estaba tomándose en serio aquello—. Ganaremos las elecciones de calle. Pero sabes lo que eso significa, ¿no?

Las famosas langostas del local aparecieron en sus respectivos platos. Simón no dijo nada.

—Tu plan —dijo Eduardo, vertiendo la salsa agria sobre el pan de brioche con cuidado de no empapar demasiado la miga— hará que todo el mundo se ponga en nuestra contra.

—No tiene por qué —se defendió Simón—. En el fondo, se trata solo de vender una idea y un estilo de vida, una filosofía auténticamente liberal. No hace falta que soltemos todo esto en un día, podemos regular el discurso y equalizar los estímulos en función de las necesidades: ¿que perdemos votos por la izquierda? Pues hacemos hincapié en las medidas sociales. ¿Que los empresarios nos dejan de apoyar? Pisamos el acelerador a la liberalización de la economía, abriendo la mano para dejar caer en manos privadas un montón de servicios públicos, al tiempo que favorecemos a pequeños y medianos empresarios. Hace años que las campañas no significan nada más que un gigantesco spot publicitario del partido. Llevar a cabo todas las medidas mencionadas llevaría tres o cuatro legislaturas, si no más. Mientras, nos haremos con el poder. Y si el electorado quiere una España así, entonces deberá seguir votándonos. Podemos tirarnos veinte o treinta años ahí arriba. Si estoy aquí es como asesor de campaña, no como legislador ni diputado. Mi



cometido es vender una idea. Nuestro liberalismo debe beber de los grandes: Adam Smith, Tocqueville, Montesquieu, Thoreau, los mejores momentos de Ayn Rand, Aron, Stuart Mill, John Rawls... pero sin parecer viejas glorias. Tenemos que ser amigos de la filosofía que viene implícita en nuestro nuevo mundo de empresas tecnológicas, poscapitalistas y transhumanistas, sin que eso signifique comportarnos como geeks fríos, desapasionados y antipáticos. Yo tampoco renunciaría a nuestra virilidad y sensibilidad masculina, perfectamente compatible con la defensa de los valores feministas, liberales en su raíz. Hay que renunciar a la caspa de los viejos liberales españoles, pero sin transmitir la debilidad de los exhippies que acaban en política. Nosotros somos el futuro.

Eduardo aplaudió silenciosamente las palabras de Simón en un gesto que su nuevo asesor de campaña no supo si descifrar como entusiasmo veraz, o solo como una burla socarrona a sus argumentaciones.

—Ya no tengo duda de que eres el genio del que me habían hablado — Eduardo se llevó un poco de su ensalada a la boca mientras miraba comer langosta a Simón—, contigo ganaremos las elecciones, estoy seguro. Lo veo venir.

Eduardo levantó su copa de champán y los dos brindaron.

—La cena está deliciosa —dijo Simón, con la impresión de que Eduardo no tenía mucha gana de seguir hablando de asuntos profesionales en este instante.

—¿A que sí? Oye, ¿y qué es de tu vida? Me han contado que has dejado la universidad para venirte con nosotros. Pero más allá de eso, ¿qué haces cuando no estás trabajando? ¿Tienes familia? ¿Eres homosexual?

—No, no soy homosexual. Me separé hace poco de mi ex-mujer, por llamarlo de alguna manera. Ahora estoy saliendo con Rania al-Jatib, la cineasta palestina que hace documentales contra el islam, ¿la conoces?

—Hombre que sí, soy muy fan de Rania, espero que un día me la presentes y

se venga a hacer campaña con nosotros. Tiene un perfil maravilloso: progresista, guapa, laica, europea, liberal, guapa...

—Le parecerá bien.

—A tu edad y separado y con novia es lo mejor que te puede pasar, chico. Yo tengo dos hijas y llevo treinta años con la misma mujer y... —Eduardo se echó a reír solo—. Hay un momento de la vida en el que entras en otra dimensión. ¿Sabes lo que es pasar dos años enteros sin acostarte con tu mujer, quiero decir, sin... ya sabes... ñiqui-ñiqui? Bueno, tú qué vas a saber de eso. Te parecerá deprimente, pero en realidad no es para tanto. Hay un momento en la vida en que si un matrimonio resiste es gracias a una ambición común, y esa es la única explicación posible para que mi mujer siga conmigo a mi lado, después de pasarme todos estos años en Bruselas y ahora embarcado en una carrera electoral.

—Debió ser duro —dijo Simón, progresivamente violentado por la locuacidad con que Eduardo hablaba de sus asuntos más íntimos.

—¡Qué va, hombre! ¿Alguna vez tuviste un lío mientras estabas con tu expareja? Doy por hecho que sí, si ahora tienes novia. Estoy seguro de que te pareció una experiencia alucinante, pero te digo yo que no tiene nada que ver hacer eso cuando tienes hijas. ¿Sabes cómo se te pone el corazón cuando la tía con la que te estás acostando en secreto le hace carantoñas a tu hija? *Se-te-sa-le*. ¡Boom! Infarto. La idea de que un agente externo con el que tienes relaciones sexuales increíbles adore también a tu hija, y la sola posibilidad de que tu mujer se entere de eso y sus consecuencias... Joder, es como tirarse en paracaídas y hacer rafting y puenting todo a la vez... ¿Qué pasa? Te veo raro. ¿Te incomoda esta conversación? Creí que eras un auténtico liberal, un liberal de verdad no debería extrañarse de estas cosas. A ver si ahora vas a ser tú el conservador. ¿Eres clérigo? ¿Estás haciendo el ramadán?

Simón sonrió con toda su musculatura facial, a pesar de que la virilidad

desbocada de Eduardo le estaba ofendiendo.

—Admito que son sentimientos que me son ajenos, pero sé de qué me hablas.

—Estaba bromeando, hombre. —Eduardo se carcajeó fuertemente, luego se pasó la servilleta de tela por la comisura de la boca y al fin le propinó un pequeño puñetazo cómplice a Simón en el hombro—. Yo nunca he tenido ninguna novia, ni tampoco me he pasado dos años sin follar. Siempre he sido fiel a mi mujer, aunque es verdad que hace poco me pasó que estaba yo en Bruselas con mi hija pequeña, a la que me había llevado ese fin de semana a que conociera la ciudad, y quedamos a tomar un café con una compañera alemana del Parlamento que está divorciada y a la que sé que yo le gustaba, y entonces la tipa se puso a manosear la mano y el rostro de mi hija con todo el cariño con el que hubiese deseado manosearme a mí la... —Eduardo se quedó en silencio y dijo la siguiente palabra sin emitir ningún sonido, solo moviendo los labios lentamente— *polla*, en lo que te reconozco que fue una de las experiencias más excitantes de mi soporífera vida en Bruselas. En cualquier caso, estoy demasiado atareado para meterme en líos así. —Eduardo miró fijamente a los ojos a Simón, era como si quisiera cerciorarse de que seguía atento y creía sus palabras—. No te crees nada de lo que te estoy contando, ¿verdad?

—¡Noooo! —dijo Simón—. Claro que te creo.

—Lo que yo te quería decir es que el feminismo está muy bien pero la conservación del núcleo familiar y los cuidados son difíciles, y, además, hay lugares donde las pasiones humanas superan la ética y la política, y eso es algo que quienes hacemos política debemos conocer bien, con humildad. ¿Te puedo plantear un dilema?

A Simón se le tensaron los músculos. Intentó echarse un trago de champán, pero tenía la sensación de que estaba tan nervioso que se lo vertería encima.

Era como si su brazo hubiera perdido toda elasticidad; lo sentía como si fuese de escayola. Abandonó la copa en su sitio.

—Adelante.

—Piensa en la anécdota que te he contado, en la colega alemana a la que yo le gustaba y que le hacía carantoñas a mi hija. Imagínate que cuando mi hija se marcha de Bruselas, yo voy y me acuesto con ella en los baños del Parlamento Europeo, a cara de perro, ¡pam! ¿Es eso machista? ¿Tú crees que el adulterio es machista?

Eduardo engulló el último trozo de langosta sobre su plato. Tenía salsa agria en las puntas de los dedos, que se apresuró a chupar ruidosamente.

—Hombre, no sé... —Simón se quedó mirando al techo, pensativo, realmente le parecía una buena pregunta—. No, ¿no?

—Decir que es machista es como criminalizar la prostitución que tú y yo queremos despenalizar. ¿Es machista que una mujer enamorada de un hombre se acueste con él, a pesar de estar haciendo daño a una tercera mujer que también ama a ese hombre? Son pasiones humanas; punto. La gente se mueve por pasiones humanas, nada es tan blanco ni tan negro como a veces queremos ver, haciendo encajar la realidad en compartimentos estancos demasiado rígidos o simplones. ¿Sabes una cosa? Tú y yo llevamos vidas tan de mierda y tan agresivas que cualquier muestra de amor mínima que venga de ahí fuera nos enternece, nos pasamos el día peleando con hijos de puta, abroncando a la gente que está debajo de nosotros, defendiéndonos de adversarios muy cabrones... ¿Tú sabes lo que hacía yo cuando estaba triste en Bruselas y llovía?

—¿Qué?

—Me iba a Molenbeek a darme un paseo bajo la lluvia, a llenarme los zapatos de barro y de mierda. Allí veía las dificultades de la gente para llegar a fin de mes, aprendía cómo la gente podía ser feliz con tan poco, cómo

también podían disfrutar sin necesidad de comprarse un traje nuevo, o un coche nuevo, o unas vacaciones a un destino más lejano y caro que las anteriores, y entonces me daba cuenta de lo vacío que estaba y de todas las cosas que hacía sin estar yo mismo convencido, hablo de apuntar a mis hijas al Liceo Francés, de llevarlas a la academia de tenis, de mandarlas a Filadelfia en verano para que mejoren su inglés, de alquilar un velero para navegar por la Costa Azul con la familia, de tener un puto piano de cola en el salón...

—Todo el mundo atraviesa crisis existenciales —dijo Simón—, pero se llevan mejor con un piano de cola en el salón que poniendo copas por las noches para pagarse el alquiler, ¿no?

—Bah, tonterías, eso lo dirás porque eres pobre. —Eduardo le guiñó el ojo a Simón: si el comentario de su asesor buscaba la complicidad de las élites, entonces su estrategia no había funcionado. Cada vez que los dos se ponían a la misma altura, Eduardo encontraba la forma de marcar territorio y señalar distancias. El líder era él, eso es algo que tenía que quedar claro *siempre*—. Hace un mes me olvidé del cumpleaños de mi hija, tal cual. Ahora me odia. He pasado muy poco tiempo con las dos y debo confesarte que si no hubiese sido por la institutriz, yo creo que habrían acabado adictas al crack, o prostituyéndose, o suicidándose con lextatines y alcohol, pero ¿sabes qué? No podía soportarlo. A ningún hombre le gusta perder su tiempo enseñando cosas absurdas a un hijo. Yo no habría podido llegar aquí de haber sido el padre que debí haber sido. Y sin embargo, las cosas les van bien. Es muy raro cuando de pronto el caos se ordena. Raro y reconfortante. ¿De qué estábamos hablando? Ah, sí, de que las cosas no son nunca ni blancas ni negras. ¿Tú sabes lo que hacía yo en Bruselas cuando volvía en avión aquí a ver a mi familia?

A Simón le entró la risa ante la nueva pregunta de Eduardo y su probablemente inesperada respuesta.

—No te rías, joder. Cuando yo volvía de Bruselas en el avión —Eduardo

hablaba con la misma intensidad de la pobreza en Molenbeek que de programas electorales o de sus cuitas internas, gesticulando siempre como si narrase hazañas bélicas de juventud—, me pedía una miniatura de whisky escocés y me ponía a todo volumen en los auriculares a Schubert, o a Schumann, mientras adivinaba pueblitos belgas de los alrededores de Bruselas a través de los cumulonimbos o como narices se llamen esas nubes gordas ahí. Me gustaba mucho la música que me hiciera sentir cosas, música que me ablandara el corazón y me ayudase a relajarme y a encontrarme conmigo mismo. Era mi único momento de tranquilidad en toda la semana, una paz inenarrable. Luego llegaba a Madrid y me peleaba con mi mujer, con mis hijas, con mi madre, con mis hermanos, con todo puto cristo, porque la convivencia es eso... Pero ahí, en ese asiento en clase preferente, era yo, respirando tranquilo, disfrutando de tiempo para mí, un hombre sensible, un hombre maduro con la vida resuelta, al fin libre. Te cuento todo esto para que comprendas lo mucho que me toca las pelotas cuando alguien dice que los hombres blancos de mediana edad con puestos de responsabilidad somos agresivos y no tenemos empatía. Oye, ¿qué te han parecido los huevos benedictinos?

Eduardo y Simón tenían los platos vacíos ya. A Simón le quedaban unas cuantas patatas fritas en el plato.

—¿No te las vas a comer? —le preguntó Eduardo.

—Adelante, adelante. —Simón hizo un gesto con las manos abiertas en señal de ofrenda; le hacía feliz saciar el hambre de su nuevo jefe con su excedente de patatas fritas—. Los huevos estaban buenísimos, aunque lo que más me ha gustado es el salmón, tenían un punto de sal casi pecaminoso. Hacía tiempo que no comía una cosa tan sabrosa.

—No estoy de acuerdo.

—¿Por? —A Simón le dio la sensación de que había ofendido a Eduardo.

—Lo mejor de estos huevos es la forma en que el huevo marida con el pan, el salmón está bueno pero tampoco ocupa una posición central en el plato. Como ocurre con el rollo de langosta, este sitio tiene un don especial para seleccionar los panes, de tal forma que cuando la yema se rompe, el líquido espeso naranja pasa inmediatamente a empapar el pan, haciendo así que la miga se convierta en otra cosa. —Eduardo levantó la mano para pedir la cuenta—. Pero estoy de acuerdo en que el salmón es cojonudo. Tienes buen gusto tú.

La afición de Simón por practicar deporte no nació motivada por un interés auténtico, ni tampoco por ninguna voluntad de mejorar su aspecto físico, sino más bien como un sustituto de los ansiolíticos: a los veinticinco años, el entonces doctorando sufrió un ataque de ansiedad que él mismo describió como «grave» y «preocupante». Simón estaba desasosegado ante la convicción de que su vida era un fracaso y de que su trabajo sobre Aron era deleznable, así que empezó a golpear su cabeza contra la pared, insistentemente, como esperando perder la conciencia o que sus malos pensamientos se deshicieran por la fuerza, al tiempo que su cuerpo se llenaba de calambrazos que recordaban a una epilepsia. Tardó un día y pico en superar las secuelas, pero al menos sirvió para constatar que el remanente de energía y tensiones que le quedaba al término de cada jornada debía encontrar su salida mediante el deporte. Empezó a correr. A los pocos meses, aquel derrumbamiento físico y colapso mental dio paso a su tesis *summa cum laude* y a su nuevo trabajo como profesor universitario. Las cosas no podían irle mejor. Desde entonces, nunca abandonaría los entrenamientos.

El perfeccionamiento de sus hábitos adquirió una complejidad cada vez mayor: cada mañana, de lunes a viernes, el despertador sonaba a la misma hora, alternaba entrenamientos de fondo y musculación y luego desayunaba una mezcla de fruta y un complejo batido compuesto por toda clase de superalimentos y proteína vegetal, a lo que sumaba cápsulas de guaraná, maca



y reishi y un café cargado. Es verdad que cada tiempo genera sus propios códigos de éxito, y si Simón hubiese sido hijo de los noventa, fácilmente lo habríamos visto inhalando cocaína antes de ir a trabajar; sin embargo, a Simón le tocó la época del cuidado exhaustivo por la alimentación y las maratones, así que se aplicó a ello con gusto.

Simón podía hablar durante horas de ejercicios físicos, distintos tipos de entrenamiento y dietas exóticas. Tenía el tic de tocarse los gemelos o los abductores en mitad de cualquier conversación para verificar la dureza o languidez del músculo; en verano, prestaba atención a la consistencia de los gemelos de los hombres y jugaba a adivinar las distancias que serían capaces de correr, y a qué velocidad. Por supuesto, le encantaba mirarse en el espejo y constatar el desarrollo de sus carnes y las aristas que laminaban de forma cada vez más acentuada pectorales, abdominales y dorsales.

—Cuando te miras todo ese tiempo en el espejo del gimnasio —le preguntó una vez Rania, cuando destapó la obsesión de Simón por su cuerpo—, ¿piensas en todas las mujeres a las que les gustaría restregarse contigo, o qué haces?

—La verdad es que no. Es puro narcisismo. No hago esto para que me admiren, lo hago para admirarme yo a mí mismo.

Sonaba pretencioso, pero Simón defendía que toda la gente que cultiva su cuerpo experimenta una sensación parecida.

—¿Nunca has hecho deporte para follar más? —contraatacó Rania.

—Empecé a hacer deporte cuando ya estaba saliendo con Elia, y a ninguno de los dos nos gustaba mucho el sexo. Las aventuras que tuve sucedieron solo porque había tal tensión que el sexo era inevitable, pero en ningún caso fueron buscadas. Prefería masturbarme.

—Ya.

—Hay algo bello en la imagen de un hombre musculoso que se masturba

para evitar las relaciones sexuales. —Simón hizo el gesto de tirar de la cuerda de un campanario repetidas veces, muy rápido—. Es algo helénico, como de escultura del Partenón. No me digas que no es hermoso, un brazo fuerte y recio que agita un pene limpio, duro y bonito. Solemos pensar en la masturbación masculina como algo sucio y asqueroso y no tiene por qué.

—Eso ha sonado un poco gay.

—Ser profundamente heterosexual no me impide comprender la belleza de un hombre desnudo y admirable.

—Pero digo yo que pensarías en alguien en esos momentos de masturbación, ¿o te masturbabas pensando en ti mismo?

—Sí, pero hay gente que solo proyecta deseo para la masturbación. Luego los ves en persona y los matarías. Pero entonces te encierras en el baño y te masturbas pensando en esa gente. Pero luego los vuelves a ver y te parecen una mierda de persona. La realidad y el deseo rara vez van en la misma dirección.

—Eso es verdad.

—Un logro del feminismo moderno es que una mujer pueda decirte a la cara que ella no se pone sexy para calentar a nadie: lo hace porque simplemente le gusta verse así. Lo raro con esto es que si un hombre explica el mismo argumento, le toman por loco o mentiroso. Pues no. A mí me gusta verme guapo no porque quiera follar, sino porque mirar al espejo y ver una escultura griega es una experiencia más reconfortante que mirar al espejo y ver una pintura de la última época de Goya.

—Te doy la razón.

Estaban viendo el concierto de una banda de Togo que hacía funk, afrobeat y psicodelia en una sala de Lavapiés, cerca de donde Simón se había mudado tras separarse de Elia. La elección de Lavapiés no era casual: aquel era el barrio en el que había pasado tantas horas conspirando manifestaciones e

ideando distintas formas de activismo político cuando cursaba la carrera y vestía con ponchos y pañuelos palestinos, siempre alrededor de las cafeterías de Argmosa. Hoy, sin embargo, aquel distrito le servía para mantener los pies en la tierra. Simón podía haber elegido Velázquez o cualquier otro punto al norte de la Puerta del Sol, pero Lavapiés era una forma de recordar sus orígenes y no disolverse en las costumbres de los viejos liberales del Madrid del alcanfor, a los que él tanto detestaba.

Además, Lavapiés tenía otras dos ventajas: una es que las rentas le habían permitido alquilarse un ático-dúplex donde tenía todo lo que necesitaba, la clase de sitio que podía salir perfectamente en una revista de interiorismo o para hombres ejecutivos en la treintena (diseño minimalista, grandes ventanales, suelos de parquet, internet de las cosas...); la otra razón que avalaba el barrio es que Lavapiés hacía mucho que ya no era Lavapiés, es decir, el barrio se había llenado de jóvenes de izquierdas deseosos de tener una experiencia multicultural con los migrantes que merodeaban por allí a la par que se oponían a la gentrificación, aunque lo único que hacían aquellos jóvenes de izquierdas educados y tolerantes era gentrificar el barrio más.

Simón habría preferido quedarse en casa, pero Rania no conocía mucho Madrid y aún le gustaba salir por la noche, así que Simón ideó aquel plan del concierto. Como solía hacer antes de excederse en sus hábitos (y para Simón excederse en sus hábitos significaba variar sus costumbres de sueño, comerse un trozo de pizza o beberse una sola cerveza), Simón corrió trece o catorce kilómetros en su nuevo gimnasio de Lavapiés, en la calle Atocha, uno de esos sitios acristalados en donde las máquinas de cardio dan a la calle para que los paseantes que miran de reojo se sientan como la mierda, al tiempo que los clientes disfrutaban contemplándolos desde las alturas, con una incalculable y reconstituyente superioridad moral. A Simón le gustaba mucho el plan de hacer deporte y beberse unas cervezas en un concierto. Por su parte, Rania estaba

encantada de conocer Madrid de la mano de su nuevo novio. Estaban en esa época en la que iban por la calle de la mano, dándose piquitos, sonrientes solo con verse las caras, enamorados.

Hubo un silencio largo a la mitad del concierto que Rania se apresuró a romper: a diferencia de Simón, a la cineasta no le importaba hablar mientras había gente tocando. Simón lo consideraba una falta de respeto, pero no se lo hizo saber.

—¿Tú sabes —preguntó la palestina— porque decidí apoyar a la derecha en Francia en lugar de a la izquierda laica?

Simón hizo un gesto con la botella de vidrio de cerveza que significaba: «Adelante».

—Por esto —dijo Rania, señalando al escenario.

Simón miró a los músicos pero no entendió.

—¿A qué te refieres? —preguntó.

—Fíjate, estamos viendo el concierto de un grupo de funk africano liderado por un músico de Togo que canta en francés, y cinco blancos más que tocan instrumentos. ¿Tú sabes quién habla de esta gente en Francia? *Les Inrocks* y *Libération*, la clase de cosas que leen los pijos de París. ¿Y sabes qué es lo que oyen los chicos de los barrios? Un montón de videoclips en YouTube donde salen negros con coches caros vertiendo champán en el culo de un montón de pandonas. La izquierda se ha encontrado con dos formas de comunicar sus ideas. La primera es una verticalidad de vanguardia que históricamente no les ha funcionado porque no hay nada más aburrido que un marxista académico.

—Bueno, a no ser que seas Ulrike Meinhof o Brigitte Mohnhaupt o Anne Wiazemsky. En Francia el maoísmo ha sido muy sexy. No os quejéis.

—La otra táctica de la izquierda —siguió Rania, ignorando su comentario— son los populismos, pero en Europa eso es muy difícil. ¿Cómo le dices tú a un

Khaled del departamento 93 que estás de su parte? Te manda a la mierda. A Khaled se la suda tu construcción de identidad popular. En Europa el populismo de izquierdas es una forma cínica de decirles a los proletarios de derechas cómo tienen que pensar, sin decírselo abiertamente. Lo que pasa es que los proletarios de derechas no son idiotas y saben perfectamente que en el fondo de tu corazón piensas que son idiotas y que les quieres hacer cambiar de idea.

—Y te calan.

—Y te calan.

—Lo único a lo que tú y yo podemos aspirar en este instante es a disfrutar de este concierto de funk africano liderado por un migrante negro que canta en francés sin ningún tipo de culpa derivada de nuestra convicción por nuestro sofisticado gusto cultural, nuestra tolerancia y nuestro multiculturalismo, y eso es algo inviable para la izquierda.

—Hagamos eso entonces —zanjó Rania, y, a partir de ahí sí, bailaron y disfrutaron el resto del concierto en silencio.

A continuación siguieron bebiendo por ahí hasta que los bares empezaron a cerrar, momento en que fueron al ático-dúplex de Simón, donde se sirvieron Hibiki e hicieron el amor.

Faltaban diez minutos para las siete de la mañana del sábado cuando el teléfono de Simón sonó. Era Eduardo. Simón quiso creer que se habría equivocado de número o incluso que simplemente habría tenido la mala idea de llamarle a deshora, justo antes de darse cuenta de la molestia que podía ocasionar una llamada así fuera del horario laboral, un sábado en el que aún ni era de día en muchas zonas de este meridiano. Pero el jefe de Simón insistió: «Llámame cuando puedas, es importante», le escribió, y entonces la cabeza de Simón se despejó como por arte de magia y sintió los mismos nervios que antes de una reunión importante. Al ver aquello se vistió para devolverle la

llamada: por alguna razón, a Simón no le gustaba hablar semidesnudo o en pijama con gente que no fuera su novia, era como si aquello le colocase en una posición de debilidad. Al primer tono, Eduardo descolgó.

—Buenos días, Eduardo —dijo Simón, fingiendo que no hacía poco más de una hora desde que se había ido a dormir, y menos de dos minutos desde que se había despertado.

—En una hora tengo entrevista en la radio nacional, me gustaría que me acompañaras y me ayudases a prepararme la intervención en el coche. ¿Puedes?

Simón acababa de empezar aquel trabajo, así que no consideró como una opción negarse a ello. Tampoco tenía ninguna excusa: si le hubiese dicho que no podía, Eduardo ni siquiera se habría enfadado; simplemente, hubiese sido incapaz de comprender que su asesor de campaña no estuviera disponible un sábado a las siete menos diez de la mañana. Luego estaba el sueldo, claro: se entendía que el aumento con respecto a la universidad incluía situaciones como esta.

—Sí, claro —dijo Simón—. Puedo.

—Paso a recogerte en un momento, mándame la dirección por aquí.

Eduardo colgó la llamada sin esperar una despedida de Simón, que en ese momento sintió un inmenso dolor abdominal. Intelectualmente se reconoció espeso y torpe, en desventaja en relación con el habla apresurada de su jefe. Tampoco podía hacer mucho más salvo cruzar los dedos para que todo saliera bien. No tenía ningún plan para la que sería la primera gran entrevista en profundidad al líder del Partido de la Democracia.

Sin dejar más explicaciones que una nota adhesiva en el aparador junto al lado de la cama donde Rania dormía, Simón se puso lo primero que encontró, se cepilló los dientes con ahínco y salió sigiloso y en ayunas de su casa hasta que la berlina de Eduardo se plantó en la puerta de su casa.

—¿Cuál crees que tendría que ser mi primer gran titular? —le preguntó a bocajarro Eduardo, al volante, mientras Simón se encajaba aún en su asiento.

El líder del Partido de la Democracia miraba fijamente y tras sus gafas de sol la calle de Atocha, desierta a esa hora de la mañana. Es posible que Eduardo supiese que Simón había pasado toda la noche por ahí bebiendo, pero al secretario general le parecía tal vulgaridad que ni siquiera merecía ser comentada. Su equipo tenía que estar siempre entregado y disponible.

En el asiento del copiloto, Simón miró el asfalto y carraspeó para ganar tiempo. Se le oyó tragar una tos mucosa y matinal desagradable al oído. Era su forma de decirle a su jefe que no estaba en sus mejores momentos.

—Di una gilipollez —zanjó Simón, al fin. En ese instante Simón tenía un evidente rostro de provocación, como disgustado por estar ahí ahora, si bien consiguió que su idea sonase audaz o genial.

Eduardo se carcajeó, violento.

—¿Qué estás diciendo? «Di una gilipollez», «Haz un partido de izquierdas...». ¿De dónde has salido tú?

—He estado pensando en la campaña —argumentó Simón— y creo que deberíamos hacer cualquier cosa menos una campaña perfecta. Si ponemos el listón alto, la gente no nos perdonará ni una. Es el problema que siempre ha tenido la izquierda: sus estándares éticos y la brillantez y convicción de sus discursos hacen que sea muy fácil encontrar las grietas en sus palabras. En cambio, si ahora cometemos errores, será mucho más fácil que en el futuro parezcamos buenísimos. La gente experimentará una ilusión óptica definitoria a la hora de echar el voto: mientras el partido del gobierno se verá errante, nosotros daremos la impresión de estar creciendo. Si somos demasiado inteligentes, caeremos mal. Es el momento de parecer idiotas.

—No sé en qué estás pensando —dijo Eduardo—, pero has de saber que vamos a tener a buena parte de nuestro propio partido en nuestra contra. Vigila

bien lo que hacemos. Yo confiaré en tu sabiduría.

El ambiente se tensó en el coche.

—¿No oyes las noticias? —le preguntó Simón, extrañado por la falta de hilo musical en el coche, y también deseoso de escuchar cualquier cosa que no fuese la voz de su jefe.

—Paso —dijo el político antes de meterse por la calle de Segovia—, en momentos así prefiero relajarme.

Eduardo encendió la radio, que empezó a reproducir «Born in the USA» de Bruce Springsteen a todo volumen. El líder del partido de la Democracia frenó su coche en un semáforo y empezó a mover la cabeza al ritmo de la caja de la batería mientras tocaba una guitarra imaginaria. Sonreía con cara de cabrón, consciente de que aquello taladraría la cabeza resacosa de su ayudante. Las lunas del coche de Eduardo estaban tintadas y nadie podía ver el espectáculo desde fuera. Simón se preguntó si acaso le estaba poniendo a prueba y por qué.

—Tú —gritó Eduardo—, ¿qué es lo que no te esperarías nunca oír a un político liberal como yo, pero que en verdad sí que querías escuchar?

Parecía una pregunta difícil, pero Simón estuvo ágil ahí.

—Lo que a mí me gustaría oír de un político liberal es —hizo una pausa dramática— que odia su trabajo. Si de verdad aman el trabajo tanto como lo amamos, a mí me gustaría que se sincerasen. Tú amas a tus hijas, ¿verdad que sí?, ¿y a que también has deseado estrangularlas alguna vez? Pues con el trabajo ocurre lo mismo. Odiamos el paro y sentirnos inútiles, pero hay días en los que matarías a tu jefe y pegarías fuego a tu puesto de trabajo. Va en la condición humana odiar lo que amamos —dijo Simón.

El secretario general hizo una mueca de satisfacción.

—¡Wohohooo! —jaleó Eduardo, mientras soltaba el volante y aplaudía el discurso de su asesor bajando hacia el paseo de Extremadura—. ¡Esa ha sido



buena!

Secretario general y asesor se miraron con complicidad. Era la primera vez que Simón sonreía esa mañana.

—¿Sabes qué, Simón? —Eduardo bajó un poco el volumen de la radio—. Me gustas porque eres un tío que da lo mejor de sí en momentos de presión como este. Hay gente que se viene abajo bajo presión, pero tú tienes escroto para rato. Y ahora échate una siesta. Llegaremos a los estudios en un momento.

—Gracias —dijo el asesor, que en realidad no se durmió sino que se limitó a cerrar los ojos y evitar la conversación hasta llegar a su destino.

En los estudios los recibió un tipo del equipo de producción que los guio hacia una cabina de grabación donde emitirían en directo. Simón tenía que esperar en una sala anexa. Tras deshacerse de su jefe y de los trabajadores de la radio, el asesor buscó un servicio y luego una máquina de cafés. A continuación se puso la radio en los auriculares del teléfono y se conectó a las redes sociales para ver la conversación sobre el programa. A los pocos minutos de entrevista, su jefe soltó el titular:

—¿Qué piensa hacer con el empleo de mala calidad? —le preguntó el periodista.

—Mi padre —dijo Eduardo— era abogado. Durante toda su vida se iba a su despacho antes del amanecer y volvía cuando era de noche. ¿Y sabe qué? En sus últimos años profesionales empezó a detestar su trabajo. Lo odiaba. Tenía unos jefes que no habían sabido reconocer su contribución al bufete, así que se deprimió poco a poco. Lo comprendo. Pero mi padre, eso sí, amaba su trabajo, le hacía feliz aportar cosas al mundo para que luego su familia pudiésemos disfrutar de bienes materiales; también se divertía construyendo codo con codo con sus compañeros y viendo cómo la justicia se repartía entre sus clientes. Nosotros, desde el Partido de la Democracia, no podemos hacer que la gente no odie su trabajo, pero sí podemos conseguir que la población se

sienta más valorada, más reconocida y recompensada por lo que hace. Tenemos que incentivar la iniciativa privada. Hay que acabar con las burocracias. Necesitamos una nueva cultura del trabajo y reconocer a los trabajadores. Pero sí, es absolutamente normal que la gente odie su trabajo. Yo, por ejemplo, preferiría no haber madrugado para esta entrevista, ja, ja, ja.

Lo normal hubiese sido acusar al partido del gobierno de tener una política laboral mediocre, pero Eduardo fue capaz de mantener dos posturas a la vez: defender la necesidad de liberalizar la economía y empatizar con los trabajadores alienados desde una posición liberal, sin por ello negar que va en la condición humana querer trabajar. Era una jugada aguda.

—¿Vienes con Eduardo?

Simón estaba enfrascado en la lectura de reacciones en internet en su teléfono. Alzó la vista y se encontró con alguien que debía ser periodista en aquella radio.

—Sí —dijo el asesor con sequedad.

—Menudo pedazo de declaración, ¿eh?

Simón asintió con orgullo.

—¿Quién eres? —insistió el periodista.

—Trabajo con él —cortó Simón, que en aquel entonces aún no se había presentado como figura pública del partido y temía cometer una imprudencia si la prensa le asociaba con el secretario general: se suponía que Simón debía ser la inteligencia en la sombra. Además, Eduardo era muy celoso con la información que se decía sobre el partido y quería controlarlo todo.

—No te conozco —dijo el periodista, y entonces se dio media vuelta y se fue.

Conforme se alejaba, Simón se dio cuenta de que era inútil ocultar su identidad: con independencia de que alguna gente pudiera conocerle de sus libros, al periodista aquel le habría bastado con preguntar en la recepción.

Eduardo y Simón habían tenido que ofrecer su nombre y DNI para acceder a aquel sitio.

A los pocos minutos, Eduardo salía de la pecera sonriente. Simón le felicitó y los dos se volvieron al coche.

—¿Qué tal lo he hecho? —preguntó el secretario general al arrancar el coche.

A Simón le llamó la atención que Eduardo quisiera conocer su opinión. Le parecía la clase de persona con una estima tan alta de sí misma como para no necesitar juicios de terceros sobre su presencia pública.

—Me he emocionado de verdad —dijo Simón, y no mentía.

—Ha sido genial oírte decir eso esta mañana. Has expresado a la perfección lo que yo siento muchas veces estando en el partido. Tenemos que seguir creando en esta dirección.

—¿No crees que la patronal se ofenderá?

—Que se jodan. Yo soy su candidato. No tienen a ningún otro.

Se le veía convencido.

—Oye —dijo Eduardo, esta vez con un tono realmente amistoso—, siento si te he jodido la mañana, pero para mí era importante que estuvieras aquí, espero que me lo perdones.

A Simón le ruborizó la amabilidad súbita de su jefe.

—¿Cómo haces para tener siempre esa moral? —le preguntó el asesor—. Nunca he visto un torrente de energía como el tuyo.

—Pienso en la muerte todo el rato —contestó Eduardo, que tenía clarísima la respuesta—, en todas las cosas que quiero hacer antes de morirme, de eso va.

Era como si le hubiese leído la mente a Simón, que no daba crédito ante aquel sentimiento compartido con su jefe.

Eduardo dio el tema por zanjado sin esperar réplica de su empleado.

Encendió la radio y volvió a escuchar sus propias palabras: varios analistas comentaban sus declaraciones sobre el trabajo y todos convenían en que la declaración les había pillado desprevenidos. Se anticipaba una campaña entretenida.

Como corredor de larga distancia, Simón era un ejemplar extraño, la clase de persona que muchas veces prefería tirarse dos horas sin moverse de su cinta en el gimnasio en lugar de echarse al asfalto y trotar veinticinco kilómetros entre paisajes urbanos o naturales. La razón de este comportamiento eran los espejos. Simón podía correr un maratón entero mirándose a sí mismo en el reflejo provocado por los escaparates de su gimnasio en la calle Atocha. Para él, su reflejo era una imagen motivante. Más que seductor, Simón era narciso y coqueto, y hay pocas cosas que alimenten más el narcisismo que la posibilidad de contemplarse en medio del ejercicio, con el cuerpo desplegado en su totalidad, durante horas y horas, en la misma posición siempre, como un exuberante maniquí en movimiento.

—Prefiero mirarme dos horas correr que sentarme la misma cantidad de tiempo frente a una película de Bergman —decía.

Otra razón por la que Simón amaba la cinta de correr era el hecho de que los deportes de resistencia obligan a quien los practica a alimentar la mente con imágenes bellas, recuerdos que sirvan como distracción a la tortura que supone golpear miles de veces las plantas de los pies contra el suelo. A diferencia de otros deportistas que prefieren estimularse con música agresiva, Simón prefería cosas como Gillian Hills cantando «Zou Bisou Bisou», rock psicodélico francés de finales de los sesenta, «Ella, elle l'a» en boca de France Gall y todo ese rollo.

—Es como si viviera en un anuncio de perfume —le dijo una vez a Rania—. Cuando llevo una hora haciendo ejercicio, veo la luz, se abre una puerta a una nueva dimensión. Y esa luz soy yo mismo en medio de las nubes corriendo desnudo, como un cuerpo hercúleo alado y ligero, abriéndome camino entre un pasillo de exuberantes mujeres desnudas de todas las razas que reptan por el suelo como serpientes para acariciar mis genitales y abrazarse a mis piernas marmóreas, y yo me deshago de ellas, no me dejo apresar, hasta que al fin llego a ti y nuestros dedos se tocan como en un fresco de Miguel Ángel en la Capilla Sixtina, y luego me practicas una felación acompañada por un montón de ruidos guturales, casi como arcadas, que no son sino tu forma de expresar tu amor infinito hacia mí.

Era la burbuja de Simón.

Luego sus problemas comenzaban cuando cambiaba la ropa deportiva por el traje.

El lunes que Simón fue convocado a su primera reunión colectiva con el equipo de Eduardo González se despertó nervioso, así que casi como si se tratara de un acto reflejo se dirigió al gimnasio a correr sus doce kilómetros y pensar en todas esas cosas. No sabía con qué ánimo sería recibido en el equipo del líder del Partido de la Democracia, y además aquel fin de semana la prensa había echado fuego tras las declaraciones de la radio. ¿Aplaudirían aquella idea? ¿Lo considerarían una tomadura de pelo? Simón nunca había pisado la sede de ningún partido político, y eso era razón suficiente para experimentar un cierto malestar.

—Chicos —dijo Eduardo con una gran energía, puntual a las ocho de la mañana en su despacho de la calle Sagasta con vistas a la plaza de Colón—, este es Simón Soria, nuestro nuevo asesor, dadle la bienvenida.

En realidad fue una presentación decepcionante: en aquella reunión solo había cuatro personas, de las cuales Simón ya conocía a dos, Eduardo

González e Ismael Herzog, número tres en las listas del partido. La única persona a la que el asesor no conocía era Paco Cobos, el eslabón con la vieja guardia del partido y ministro de Empleo en la última legislatura en la que los demócratas gobernaron.

—Encantado, Simón. —Paco Cobos le estrechó la mano con frialdad, aunque quizá fuera solo cosa de Simón, que estaba un poco paranoico esa mañana.

Alguien abrió la puerta sin llamar.

—Disculpad el retraso —dijo una voz femenina—. Tenía reunión con un profesor de mi hijo esta mañana.

Era Melinda Salazar, número cuatro de González. Salazar era hija de un empresario peruano y de una marchante de arte madrileña. En el Partido de la Democracia jugaba un rol estratégico: encarnaba la línea dura del partido a través de la escuela del neoliberalismo latinoamericano, aún más implacable y demoledora si cabe que sus versiones norteamericanas y europeas. A Simón le dio la sensación de que Salazar estaba allí para cumplir el cupo y por el poder simbólico que encarnaba una mujer latinoamericana de convicciones firmes y disciplina militar como presunta mano derecha de Eduardo, aunque lo cierto es que, a decir por la capacidad de influencia que se vio en ese encuentro y posteriores, la inteligencia del partido se debía a los hombres. Salazar era básicamente un títere al servicio de lo que ellos pensarán. Quizá esa fuese su manera de sobrevivir en aquellas esferas.

—Creo firmemente que debemos atemperar el discurso —dijo Paco Cobos sin miramientos—, no estoy muy seguro de que nos convenga seguir la dirección de este sábado, aunque no me cabe duda de que Eduardo sabrá mucho más que yo.

Saltaba a la vista que Cobos quería violentar a Simón en aquel primer encuentro. Al recién llegado no se lo iban a poner fácil.

—Discutámoslo —zanjó Eduardo.

Herzog, Cobos y Salazar mostraron distintos tipos de reticencias al camino que González, de la mano de Simón, había iniciado ese fin de semana: Herzog consideraba que, a pesar de lo razonable de las declaraciones, la patronal se sentiría incómoda y que en consecuencia estaban en deuda con ellos; Cobos valoró aquello como un movimiento innecesario y Salazar directamente parecía un robot que no paraba de cacarear los beneficios del trabajo. Ninguno de ellos se atrevía a cuestionar abiertamente al líder y eso es algo que molestó mucho a Simón, que hubiese preferido hablar del episodio del sábado sin tabúes en lugar de limitarse a una sucesión de comentarios pasivo-agresivos.

—No deberíamos empezar a distanciarnos tanto del electorado democristiano —dijo Cobos—, eso en España es mucha gente, suficiente para ganar.

—Yo —añadió Herzog con una dicción conciliadora— ya sabéis que soy un gran admirador del trabajo de Simón, pero por mi experiencia en banca creo conocer bien al electorado que encarnan las élites, y sé que ahora estarán un poco decepcionados. Deberíamos decir algo que les haga sentir cómodos. ¿Qué os parece elogiar a la banca? Un buen titular ahora sería decir algo así como que existen pocas cosas más socialistas que los bancos, cuyas fundaciones destinan a proyectos sociales una cantidad de dinero que ninguna otra empresa podría asumir. Eso les calmará.

—Me gusta —dijo Salazar.

Cobos cabeceó aquiescente.

—Yo también lo veo —dijo Eduardo.

La reunión continuó con el objetivo de acercar posturas y construir consensos. Simón consideraba esencial este propósito, si bien creyó que aquel pavimento estaba construyéndose de forma demasiado atropellada. Era



evidente que en una institución como aquella su influencia se vería limitada por muchos factores, a pesar de lo cual le entristeció el contraste entre los halagos constantes del líder del partido y la infinidad de cortapisas con las que allí se encontraría en adelante. A su vez, Simón intuyó en aquel encuentro que Eduardo no era especialmente bueno a la hora de tomar decisiones contundentes. Era como si su jefe quisiera contentar a todo el mundo, en balde. El líder se pasó aquella primera reunión escuchando a todas las partes implicadas mientras trataba de apaciguar los ánimos. No fue capaz, sin embargo, de encontrar una postura que colocase a los cinco implicados del mismo lado. Por el contrario, el líder del Partido de la Democracia dejó todos los cabos sueltos y cerró aquel primer debate con un mensaje inspirador y luminoso de cara al futuro. Al menos a Simón aquello le pareció lo menos pertinente que podía hacer: acababa de empezar una pequeña guerra fría dentro del partido entre el ala democristiana y los liberales, y González se conformaba con mandar mensajes vacíos de ánimo. No fue, desde luego, un buen lunes.

La entrevista radiofónica a González le dio una idea a Simón: romper el lugar común funcionaba; producir un discurso crítico pero a la vez coherente con los principios del Partido de la Democracia era la mejor forma de ampliar y mantener el electorado, o al menos la lógica apuntaba en esa dirección. Además, los medios y sus espectadores adoran la novedad: lo nuevo tiene crédito solo por ser nuevo, y eso es una oportunidad que no debía ser desperdiciada. Durante las próximas dos semanas, el líder del partido y su asesor recorrieron decenas de redacciones y programas construyendo un ideario que poco a poco se fue haciendo más y más complejo, imprevisible y magnético. La gente no podía parar de oír a González porque nunca sabía por dónde saldría. Su nombre evocaba a algo nuevo y radical, pero a la vez enganchaba con los valores del establishment. Lo que sigue es una selección de sus intervenciones más comentadas en esos días.

«¿Usted ha perdido un trabajo alguna vez?, ¿o ha estado cerca de perderlo? Si no es así porque ha sido lo suficientemente aplicado como para no poner nunca en riesgo su vida laboral, le felicito, pero al menos sí que sabrá lo que es el desamor, ser abandonado, que su pareja experimente el mismo afecto que una vez sintió por usted hacia un tercero: en momentos así, cuando la mujer de la que has estado perdidamente enamorado se planta, descubres lo contingente

y prescindible que eres. No vales nada. Te enteras de que la mujer de tu vida en realidad habría encontrado a su media naranja incluso si tú no hubieses sido alumbrado. De la misma forma, tus hijos habrían nacido de cualquier otro hombre, qué más da, tampoco eres tan importante. Cuando las cosas me van bien yo siempre pienso en que mis hijas habrían nacido incluso aunque yo no existiera, y se me pasa. Paradójico, ¿no? Le cuento todo esto porque pienso de veras que momentos así son una cura de humildad, un instante de autoconocimiento sin precedentes. Luego el berrinche se te pasa y encuentras otras excusas, un proyecto o un amor, para seguir viviendo, y las cosas siguen como siempre. Pero ¿qué ocurre cuando compruebas en primera persona que alguien a quien estimabas es expulsado, no de su trabajo ni de su familia, sino de la vida en sí? Los últimos días de mi hermano fueron una paz inenarrable. Se había convencido de que el mundo seguiría sin él y no se sentía triste por ello. ¿Qué importaba, razonaba él, desaparecer cuarenta o cincuenta años adelante o atrás? Había entendido la muerte. Ver aquello me hizo consciente de mi propia insignificancia, y desde entonces vivo a dos velocidades: sé que mi mujer, mis hijas, mis amigos me podrán sobrevivir si alguna vez me pasa algo, pues la historia está llena de familias así, pero sin embargo esa no es razón suficiente para negarme a pensar en grande e imaginarme como el presidente de este país, ¿me sigue? Luchar contra lo inevitable al mismo tiempo que guío a los míos hacia la luz: ese es mi proyecto de vida.»

«Cuando yo era más joven y me iba la aventura tuve la suerte de viajar a algunos de los sitios más empobrecidos del mundo: África, Brasil, India, Afganistán, América Central, las periferias de las mayores megalópolis del mundo... Conocí todas esas geografías como informante del Fondo Monetario y allí me entrevisté con cientos de personas que me enseñaron la verdadera

cara de la pobreza. Y yo le pregunto: ¿sabe usted lo que toda esa gente me decía? La mayoría de ellos nunca hablaba de injusticias sociales, simplemente creían que el destino que les había sido deparado, ya fuese por Dios o no, era ese, y ellos lo acataban con dignidad. A mí me pasa un poco lo mismo. Podría maldecir sobre lo muy estresante que es ahora mi vida, o sobre lo difícil que ha sido separarme de mi familia mientras viví en Bruselas, pero ¿para qué? Yo ya sé que el capitalismo, incluso en su mejor cara, es una picadora, quien diga lo contrario es necio. Pero, de verdad, yo no creo en nada mejor que en un capitalismo decente, respetuoso con los derechos humanos, un capitalismo con dignidad, tolerante y libre. Pasarse el capitalismo por encima hoy es como la trucha que quiere remontar un océano a contracorriente: durará poco; la marea lo engullirá. La salud mental depende de la habilidad de uno mismo para reducir al máximo el número de contradicciones con las que vive, y yo no he conocido a ningún anticapitalista que sea capaz de justificarse bien sobre su vida material en nuestro mundo. A mí personalmente no me cabe duda de que el río bravo que esta trucha tiene que descender no es nada fácil, pero no espero otra cosa de la existencia. Mis expectativas y mi realidad coinciden. Por eso mismo llevo una vida plena y feliz.»

«Lo que nos hace falta de verdad es un populismo liberal. Hay gente que cree que el liberalismo es una cosa de cuatro ricos de Madrid, y nada más lejos. Yo estoy a favor de la libertad económica y de la libertad moral, pero es que creo que el pueblo, que es una palabra equivocadamente despreciada por los nuestros durante mucho, mucho tiempo... el pueblo solo encontrará su emancipación mediante esa libertad económica y moral. ¿Quién, sino un bárbaro, puede oponerse a estas libertades? Yo también estoy de acuerdo con la idea de que en el pasado se han cometido toda clase de tropelías en nombre

de la libertad, y que la libertad económica ha servido para justificar atrocidades humanas injustificables, pero ¿existe acaso algún sistema político que no haya fracasado en su camino a la perfección?, ¿son los nacionalismos sistemas con un pasado ejemplar?, ¿y qué hay de las distintas formas de socialismo? En fin, quien se oponga a nuestros principios bajo la perversión de compararnos con modelos que no pudieron ser perfeccionados es un tramposo, o no está a la altura. Ahora es nuestro deber limpiar la grasa que el adversario ha vertido sobre nuestra forma de pensar, y decir orgullosos que somos liberales, que creemos en el progreso y que estamos con la gente.»

«Mi despacho, entonces en Bruselas y ahora como secretario general del Partido de la Democracia, es el lugar donde más cómodo me encuentro; en realidad también incluiría cualquier hemiciclo: va en mi naturaleza contestataria pelear por mis ideas, así que la esgrima retórica asociada a una buena dialéctica parlamentaria es también uno de mis pasatiempos favoritos, y uno de los momentos en los que más satisfecho me siento. Hay cosas que conforme pasan los años van dejando de importarte tanto: viajar, pues la globalización ha convertido el mundo en un lugar muy parecido entre sí; el vino, pues con el tiempo el cuerpo demanda otro tipo de satisfacciones hedonistas; o incluso también el sexo. Sí, he dicho esa palabra: “sexo”. Verá, si con veinte años me hubiesen dicho que nunca más tendría relaciones, habría preferido la muerte. Hoy para mí el sexo es casi tan accesorio como mis juguetes de infancia: es un buen entretenimiento, pero nunca ocuparía un lugar demasiado central en mi vida. En cambio, hay cosas que con el tiempo se convierten en satisfacciones inconmensurables, y me refiero básicamente a la familia y al trabajo. Podría pasar el resto de mi vida moviéndome entre estos dos sitios, plenamente feliz.»

«Yo, lo reconozco, siempre he sido un líder duro. Si buscan por ahí probablemente encuentren voces discordantes de antiguos colaboradores míos que les dirán que yo asfixiaba a mis equipos. ¿Y sabe una cosa? Eso es absolutamente cierto. Todo lo que le digan es verdad. Lo mejor es que yo estoy orgulloso de ello. El entrenamiento consiste en endurecer el músculo mediante esfuerzos progresivamente más difíciles, que hacen que el cuerpo a veces se rompa. Uno tiene que trabajar con cuidado, pero siempre consciente y listo para romperse. Y sí, yo he roto a mucha gente, los he ahogado, los he estrangulado contra sus propias posibilidades, los he dejado en la cuneta para siempre sin ningún tipo de remordimiento, les he enseñado su camino a través del dolor, y eso es algo que a mí me parece noble. Yo mismo, por ejemplo, me he roto muchas veces y luego he salido recompuesto de esa situación con un vigor increíble. Sin embargo, así como a la prensa os será fácil encontrar antiguos compañeros que digan lo tirano y cruel que fui, también yo puedo afirmar lo contrario: a mi lado he visto cómo gente corriente hacía cosas extraordinarias gracias al esfuerzo y la autoexigencia, ¿y acaso no quiere un padre para sus hijos valores firmes y disciplina? Pues lo mismo me pasa a mí con mi gente, y eso no significa que yo crea en las relaciones verticales; al contrario, yo solo trabajo con gente de la que puedo aprender, personas hábiles en disciplinas para las que la naturaleza a mí no me preparó, nombres para los cuales yo trabajaría. Ser duro no significa ser injusto, esto es algo que me gustaría dejar claro. Yo soy una persona que cree en la justicia, pero soy una persona dura, dura y salvaje y metódica e implacable. Digo esto porque vivimos tiempos en los que casi haya que pedir disculpas por amar el simple acto de trabajar. Mire, a mí me parece muy bien que usted prefiera pasarse la vida cultivando su huerto al sol mientras holgazanea, pero hay gente que no

estamos hechos de esa pasta. Hay gente a la que la rutina le asfixia y hay gente como yo a los que la disciplina del día a día nos apacigua. A mí me ponen muy nervioso los días en los que no tengo el control, el ocio sin previsiones y todas esas cosas, lo que a mí me gusta de verdad es hacer, hacer y hacer de manera ordenada. Para mí, la naturaleza humana es eso.»

«Soy incapaz de no detectar un cierto cinismo o una cierta superioridad en aquellos que defienden la libertad total de movimientos entre países, así como la apertura de fronteras sin ambages. A mí, por ejemplo, me preocupa mucho el cambio climático y me preocupa la inminente oleada de refugiados climáticos que vendrán porque hemos hecho añicos el planeta. Me preocupa, sí, pero en el fondo tampoco me preocupa. Yo soy un tipo privilegiado del primer mundo con la vida más o menos resuelta. Eso significa que en cualquier momento puedo hacer las maletas y buscarme la vida en un sitio más apacible si una tragedia climática arruinase mi país. Podría irme a Los Ángeles, México, Melbourne, Berlín o Bombay si hiciese falta... Es importante que seamos sinceros en esto. Podría transmitirles mi inquietud ante esta perspectiva y ustedes recriminarme que en realidad yo no seré nunca un refugiado político, climático o de cualquier otro orden, solo por el hecho de ser quien soy, y en ese caso solo podría asentir y resignarme. A mí, como digo, la salida de emergencia me queda cerca, pero hay otra gente para la cual la salida de emergencia le queda lejos, taponada además por hombres privilegiados como yo. A veces lo pienso: si yo fuese un hombre que viviera fuera de mi burbuja de hombres blancos privilegiados y el día de mañana un migrante se ofreciera a hacer mi trabajo por menos dinero, estaría asustado, ¿qué menos? Es muy fácil que yo, que estoy rodeado de otras personas con la vida solucionada, vaya a esa persona y le diga: “¡Oiga!, ¡respete a los

refugiados!". Merecería que me hicieran lo que a los disidentes en Corea. El capitalismo es cruel pero es el sistema más efectivo, sí, y en su crueldad a veces perdemos a mucha gente: cerramos minas, deslocalizamos industrias, suprimimos ayudas a sectores en dificultades... ¿Cómo no va a tener miedo esa gente que ha trabajado tanto para nosotros, y cuyo trabajo nosotros mismos nos hemos llevado a otra parte del mundo? Es normal que odien a los políticos y es normal que odien al extranjero. Lo que tenemos que hacer es pensar planes económicos de transición para todas esas áreas no urbanas que hemos desmantelado, a la par que preparamos el terreno para dar la bienvenida a todos esos extranjeros que huyen de países hostiles, y nos coordinamos con los países vecinos para encarar una política de migración que sea justa y exija esfuerzos proporcionales a las economías de los países implicados. Es la única forma de no hacer el ridículo. Es la única forma de que no nos odien con razón.»

«El franquismo fue un período rotundamente iliberal, es absurdo que cualquier persona que se considere a sí misma liberal diga algo positivo de esos años. Igualmente, es absurdo que un liberal no condene el franquismo. España es un país muy raro en donde hay un montón de liberales que no piensan así. La explicación salta a la vista: ellos fueron los ganadores, ellos salieron con ventaja y ellos aprovecharon esa ventaja para ganar distancia en la carrera capitalista. A mí que haya gente cuya familia se lucrara en el franquismo y hoy defienda el libre mercado me parece comprensible. Lucrarse de manera sostenible es legítimo con independencia de los orígenes de cada cual. Sin embargo, creo que sería honesto por su parte que al menos reconociesen la ventaja de base y la influencia que eso tuvo en su riqueza posterior. Cualquier dictadura genera sus oligarquías, pero las oligarquías son la antítesis de la



libertad. En un mundo libre las oportunidades son las mismas para todos, y a nosotros nos falta mucho hasta que el peso de la historia se aminore. Quizá, si en mi familia no hubiesen sido obedientes ciudadanos al servicio de la dictadura, yo no estaría aquí. Ahora soy candidato a presidir este país gracias a que mis orígenes me situaron en una buena posición de salida. Mi deseo máximo es que todo el mundo tenga oportunidades, pero eso no me impide ver que yo he sido mucho más afortunado que otra gente, y por supuesto tampoco me impide ser consciente de que la dictadura fue una época terrorífica para nuestro país. En consecuencia, soy incapaz de entender a todos esos liberales que no condenan el franquismo.»

—¿Me queda bien? ¿O no me queda bien? —Simón se observaba a sí mismo desde distintos ángulos, en realidad con la absoluta convicción de que aquello que llevaba puesto sí le quedaba bien—. ¿A ti qué te parece?

—Yo lo veo —asintió Rania, que en verdad sabía que todo el tiempo que dedicarían en aquel probador sería solo un despliegue de narcisismo: Simón había volado a París entre otras razones para llevarse esa *hoodie*, y esa *hoodie* le quedaba bien, así que no había mucho más que discutir.

—¿Puedes llamar un momento al chico de la tienda, por favor? —le dijo Simón, y Rania regresó a la entrada.

Tras dos semanas dedicadas casi en exclusividad a seguir a Eduardo por toda clase de redacciones y platós, conversando con él y viendo cómo el líder de los demócratas se apropiaba sin ningún miramiento de sus ideas, el asesor voló a París a ver a su novia y hacer algunas compras. Ocurría que no había mucha gente en las tiendas, o al menos en las tiendas a las que a él le gustaba ir. Era un sábado por la tarde de finales de mes y la gente no gastaba mucho en esas fechas. A Simón le parecía una ordinariez salir a hacer compras a principios de mes, recién cobrado.

Hacía tiempo que Simón tenía en la cabeza una sudadera de Pigalle, la clase de cosas que solo podía ponerse los fines de semana, fuera del entorno laboral. Su armario era el punto de fuga al cual iban a parar las dos identidades de Simón: el izquierdista pijo cuyo pasado fueron adoquines,

*black bloc* y kefiyas que con el tiempo evolucionaron hacia un cuidadoso mimo por marcas de moda urbana que conservan un espíritu libre solo permitido para ciertas rentas altas, y el intelectual francés transformado en figura política que simplemente aplica autoridad desde sus trajes y jerséis más o menos clásicos. Era como mezclar los estilismos de Basquiat y Beckett en una sola persona.

El asesor tenía una colección de ropa valorada en varios miles de euros cuyas prendas favoritas tenían nombres propios, como si su armario fuera un museo, el museo de su personalidad. Allí permanecían conservadas «la Camisa Blanca de Dior», «la Bufanda de Raf Simons», «la Gorra de Balenciaga», «el Chaquetón de Le Coq Sportif», «el Blazer de Filippa K» o «el Abrigo de J. Lindeberg», entre otras tantas decenas de camisas, pantalones y americanas de marcas escandinavas, francesas y estadounidenses.

—¿En qué le puedo ayudar? —le preguntó el dependiente.

—Tengo una duda —dijo Simón—: ¿tú crees que es esta la *hoodie* que yo debería llevarme?

El dependiente ni se inmutó. Probablemente le hizo gracia la pizpireta y retorcida forma en que Simón había planteado su pregunta, pero los aficionados a la moda exteriorizan su narcisismo de forma siempre imprevisible.

—Sin lugar a dudas —le contestó el dependiente de Pigalle con una expresión de gran afabilidad que a Simón le decepcionó un poco.

El teatrillo acababa allí. Simón no podía seguir mirándose al espejo ni tampoco convocar a más personas y robarles su tiempo para que admirasen aquella sudadera enfundada en su busto. Tocaba pagar.

—Me la llevo.

Simón estaba rodeado de ropa que conocía bien. Era la clase de persona que se emociona a solas con la proyección de un *fashion film*. Sentía tanta

admiración como excitación al ver a un hombre que llevaba bien cualquier prenda de ropa, ya fuese en un desfile o en las páginas de una revista masculina. Era tanta la admiración que sentía por cinco o seis marcas de ropa, entre ellas Pigalle, que el simple hecho de comprar se convertía casi en una obligación moral para él, un deber con el cual debía cumplir. Por el contrario, su entorno nunca había expresado mucho interés por la moda. En el mejor de los casos, nadie a su alrededor era capaz de distinguir un corte de Maison Margiela de otro de Rick Owens.

—¿Qué te parece este abrigo de Galliano? —le preguntaría a su exmujer Simón en su casa de Moncloa.

—Está muy bien si quieres parecer un saco de patatas —contestaba Elia, y entonces los dos se reían sonoramente, pero en verdad él experimentaba un pequeño luto en su corazón, porque sabía que nunca jamás en la vida se pondría una prenda de la que estaba seguro que podría sacarle un buen partido.

Pero, en fin, aquello ya era parte de la historia.

Pasar la tarjeta Visa por el TPV de aquella tienda en París fue como inyectarse Xanax: un torrente de quietud y felicidad le inundó el cuerpo, sumergiendo por un instante todos los males que lo anegaban, así como la presión descontrolada que habían sido aquellas primeras semanas de trabajo en el partido. Había merecido la pena. En momentos así, Simón también olvidaba por qué se había metido donde se había metido. Su existencia ideal no era más que un carrusel de acontecimientos consumistas anodinos que atravesaban vacaciones en los cinco continentes, restaurantes exóticos, moda cara, boutiques de comida, tickets a espectáculos como óperas, conciertos de música clásica o las recomendaciones de *Les Inrocks*, libros, discos, museos, cuadros, decoración para el hogar... Era algo que ya podía hacer con su anterior trabajo en la universidad, así que entonces ¿por qué se dejaba

arrastrar por unas responsabilidades que podían incluir una llamada a destiempo un domingo antes del amanecer para acompañar a su jefe a los estudios de grabación de la tele? En realidad, Simón se compadecía de Eduardo, tenía la sensación de que no tenía una vida propia y de que su única vida consistía en entregarse a los demás, al partido, aunque seguramente mucha gente pensaría lo mismo de él: tantas horas en su despacho y todas esas cosas... La paradoja era complicada: el asesor de González creía ciegamente que era el poder lo que le hacía ser amado por Rania, pero al mismo tiempo era ese poder lo que le distanciaba de ella. El poder no eran paseos en Pigalle ni cenas distendidas; el poder era meter los codos para llegar antes que nadie a la línea de meta, era maniobrar políticamente dentro de sofisticadas estructuras de engranajes humanos en los que un paso en falso podía suponer invalidarse a uno mismo y salir de la rueda para siempre; el poder era operar sobre la base de principios comunes compartidos por todos los elementos de la institución que a Simón lo hacía grande, al tiempo que aprovechaba las fricciones derivadas de las diferencias de las partes implicadas para hacer saltar la chispa, la magia y el fuego de la creación única. Simón amaba y odiaba el poder, lo rechazaba pero tampoco podía vivir sin él. Simón era el poder y el deseo de desprendérselo.

Esa noche, Simón y Rania tenían una fiesta en un club de Saint-Georges, un sitio donde la propia Rania pincharía discos, una buena oportunidad para que Simón conociese al círculo de amistades parisino de su novia, entorno que siempre le había transmitido respeto ante la más que probable realidad de que él fuese un molesto vejestorio entre toda aquella tropa de directores creativos, diseñadores de moda, gente del cine, músicos electrónicos, redactores publicitarios, editores de revistas de moda e hijos de diplomáticos y altos mandos del CAC 40. El local donde Rania pinchaba les había pagado una noche de hotel en una suite en una de las calles que bajan del bulevar de

Clichy hacia la plaza de Saint-Georges. Tenían una habitación abuhardillada, enmoquetada, llena de espejos, con un chaise longue de piel y una chimenea falsa, además de las vistas a los tejados de París. Simón aprovechó para cambiarse de ropa antes de la fiesta, y estrenar su nueva *hoodie*.

—¿Tú crees que yo podría ganarme la vida aquí en París si las cosas se torciesen en el partido? —le preguntó Simón mientras se miraba a sí mismo con su nueva sudadera en uno de los espejos de la habitación.

No era la pregunta que Rania esperaba en ese momento.

—¿A qué te refieres? —le dijo.

—Tengo el presentimiento de que algo malo va a pasar. Mírame, a mí lo que me gusta es esto, salir contigo por los clubes del *neuvième* junto a tus amigos pijos. Eso es justo lo contrario que la vida de un español medio. Yo no sé si me veo escribiendo discursos para convencer a la gente que hay que convencer. Los problemas de la gente de a pie a mí me dan lo mismo. La gente normal me da miedo.

—Bueno —le contestó Rania en un tono que hacía pensar que ella no consideraba aquel juicio un gran problema en su carrera política, y razonó—: Eso es exactamente lo que piensa el noventa y cinco por ciento de la clase política. La gente está ahí por el poder y luego hace su vida. Tómalo con calma. Acabas de empezar.

Simón se encogió de hombros, por ahí llevaba razón.

—Otra cosa que puedes hacer —dijo Rania— es ser tú mismo. ¿Cuántos españoles crees que querrían tener una novia como yo? La gente no quiere fundar industrias cooperativas, no quiere sindicarse, la gente quiere llevar una vida como la tuya. Inspírales para que lo consigan.

La fiesta cumplía las expectativas de Simón: gente creativa blanca de entre veintisiete y cuarenta años provenientes de familias ricas de París, y Rania por ahí pinchando la clase de cosas que se supone que no encajan en un club de

Saint-Georges, es decir, hip hop político de izquierda radical hecho por negros cuyo ídolo es Malcolm X, la clase de músicos que vaciarían un cargador en la pierna de cualquier militante de un partido como el de Simón, mezclado con música electrónica que sampleaba los cánticos de los últimos esclavos negros en Estados Unidos, mezclado con el hip hop que escuchaban chicos de las afueras de París que nunca jamás entrarían en una fiesta como aquella, mezclado con música popular de países árabes que Simón no conocía, mezclado con canciones de pop occidental como «Cocaine Socialism», y así. Debía de haber unas ciento cincuenta personas en el club y Simón estaba junto a los chicos más populares del sitio, detrás de la cabina donde Rania manipulaba las canciones, con los amigos de la cineasta.

—¿Y tú de qué conoces a Rania? —le preguntó una chica rubia que resultó haber sido compañera de piso de su novia.

—Soy su pareja —le dijo; puede que en otras circunstancias la pregunta le hubiese ofendido, pero Simón se sentía cómodo allí, y además su interlocutora era muy guapa—. La conocí hace un tiempo en un encuentro en Israel, aunque en realidad yo ya la seguía de antes, estaba enganchado a sus redes sociales, era su fan.

—Yo me llamo Milenka —dijo la chica rubia mientras besaba a Simón muy cerca de su oreja, acariciándole la nuca—, encantada.

Era raro. Simón acababa de confesar a una completa desconocida algo que nunca se había atrevido a hablar con Rania: el hecho de que él ya estaba enamorado de ella mucho antes de conocerse en persona. Simón, en verdad, ya sabía que Milenka se llamaba Milenka, la había visto en fotos de Rania cuando él solo era un admirador del trabajo de la cineasta. Durante mucho tiempo, Simón había deseado escapar de aquel angustioso aburrimiento que eran sus clases en la universidad y su vida resuelta a pesar de que siempre había tenido miedo de no ser lo suficientemente divertido, y en ese anhelo,

Rania y su mundo engranaban a la perfección. Ahora aquel sueño estaba cumplido: su novia pinchaba música que le gustaba y él estaba en el centro de París flirteando con sus amigas. No podía pedir mucho más.

Cuando llevaban pocos minutos charlando, Simón se ofreció a invitarla a una copa, así que bajaron del entarimado VIP y caminaron hasta la barra. Allí, mientras esperaban sus bebidas, apareció Andrew, un tipo de unos treinta años vestido como si trabajase en un banco y con un corte de pelo impecable que, según intuyó entonces Simón, quería enrollarse con Milenka.

—Andrew —dijo Milenka—, este es Simón, el novio de Rania.

—Guau —contestó con admiración Andrew—, encantado, tío.

Simón le estrechó la mano con suficiencia. Se sentía bien con Milenka, pero Andrew le transmitió buen rollo. Influyó también el hecho de que iba por la tercera cerveza.

—Oye, tío —le dijo Andrew—, ¿y tú qué haces?, ¿a qué te dedicas? ¿Haces cine también?

A Simón le pasó lo mismo que la primera vez que acompañó a González a la radio: ¿debía decir la verdad? Se suponía que él solo era una inteligencia en la sombra del partido y que tampoco debía desear detentar demasiado protagonismo, pero también era absurdo que ocultase su trabajo o que mintiera. Tarde o temprano, todo el mundo lo sabría.

—Soy asesor político —contestó Simón.

—¿Asesor político? Guau, tío.

Andrew volvió a hacer otro gesto de admiración y ahí Simón comprendió que aquella era la forma que su interlocutor tenía de socializar: a través de la interjección, gesticulando mucho, siempre con expresión de estar viendo algo increíble. A continuación, Andrew se echó mano a la americana y sacó un frasquito que desenroscó. El tapón del frasco era una cucharita minúscula que hundió en el recipiente y del cual sacó una puntita de polvo blanco. Se la



ofreció a Simón:

—¿Quieres?

A Simón le pareció un poco agresivo hacer aquello allí, en la barra, delante de todo el mundo, pero en cualquier caso la circunstancia le despertó una risita de adolescente enamorado. Miró a los platos como intentando pedir permiso a Rania, pero su novia estaba demasiado concentrada con los dos Macs que utilizaba para mezclar aquella música que sonaba tan bien. Hacía muchísimo tiempo desde la última vez que Simón tomaba aquello, lo cual no fue un argumento que le frenase a la hora de aceptar la oferta de Andrew.

—Está cojonuda —le dijo el asesor.

—Oye —le dijo Andrew con gran interés—, ¿y a quién asesoras tú?

Las bebidas llegaron y Milenka se disculpó haciendo ver que tenía que saludar a alguien: era evidente que su último plan para una noche así no pasaba por oír a dos tíos enajenados hablando de política.

—Pues al Partido de la Democracia —contestó Simón.

—No me jodas, tío, ¿en serio? —Por primera vez, Andrew parecía sorprendido de verdad—. Lo último que esperaba de un asesor de esa gente es alguien que va por ahí con sudaderas de Pigalle y además es novio de Rania al-Jatib. Van a saco, ¿no? De locos.

—Son unos carcas —dijo Simón—, es así.

Simón sabía que no podía comportarse de esa manera en público, pero no pudo frenarse. Era como si la cocaína le tirase de la lengua. Estaba tan cómodo con aquel tipo al que acababa de conocer que no era capaz de mantener el control.

—Esa gente —dijo Simón— no tiene ningún puto sentido de la realidad ni de la decencia, no tienen los pies en el suelo ni saben lo que es un ciudadano corriente, están ahí por el poder y yaaaaa estááááá, tíooooo, ¿me entiendes? Lo que yo quiero... —Mientras decía esto, Andrew volvió a desenroscar el

frasquito y repitió la misma operación: otra vez hundió la cucharita en el recipiente y luego puso los polvitos cerca de la fosa de la nariz de Simón. Era como si le echase gasolina a aquella máquina de soltar barbaridades. Por su parte, Simón hizo un gesto de «ok» con el pulgar hacia arriba y aspiró aquello haciendo un gran ruido nasal. Retomó el discurso—: Lo que yo quiero, decía, es reventar el partido desde dentro, y no estoy diciendo que yo sea un esbirro de la Stasi camuflado entre democristianos; al contrario, yo leo muchos de los principios del programa electoral y digo... «Joder, esta peña tiene buenas ideas, pero luego hacen gilipolleces». Yo sé que me han contratado porque vengo de la universidad, tengo un pasado de militancia antiglobalización y conozco a los jóvenes, esa gente quiere que modernice el partido porque es lo que necesitan. Aunque probablemente alcancen la mayoría, sin los jóvenes no tendrán poder suficiente para gobernar con holgura. Claro que, para llegar a los jóvenes, en realidad necesitan hacer algunos ajustes sobre su programa y sus hechos, y ahí es donde entro yo... ¿Entiendes lo que te digo?

—¿Y cómo es Eduardo González?

—Es un buen tío. —Simón se puso serio. No había gasolina suficiente que avivase una valoración pública negativa de su jefe.

Andrew se rio a carcajadas con la respuesta.

—Perdona mi reacción —se disculpó mientras también adoptaba una expresión seria—. Me río porque cuando estaba en Bruselas leí un perfil que hicieron de él en *Político* en donde lo ponían como un fantoche: un tipo gris que quemaba equipos, que no tenía mucha idea de las cosas y que las cosas buenas que decía se las debía a sus asesores. A mí me parece un muy buen vendemotos, alguien sin mucha profundidad ni ideas propias. Aunque doy por hecho que no será tan idiota si ha llegado hasta ahí, ¿eh?

Simón lo miró unos segundos en silencio. En ese punto de la noche, Rania acababa de pasarle los platos a otra chica que ahora ponía discos de deep

house.

—Es exactamente eso —dijo Simón.

Andrew esbozó una sonrisa; Simón permaneció inexpresivo.

—De locos —dijo Andrew, que usaba esa coletilla todo el rato cuando no sabía qué decir.

Cambiaron de tema. Hablaron sobre Andrew y sobre su vida, que giraba alrededor de su empresa tecnológica, lo cual tranquilizó bastante a Simón ya que no parecía un tipo relacionado con la prensa. Al cabo de un rato aparecieron Rania, Milenka y más chicas y todos se retiraron a un privado, donde estuvieron bebiendo champán el resto de la noche y hablaron de tonterías. Al amanecer, Andrew propuso inmortalizar la noche con una fotografía conjunta.

Finalmente, Rania y Simón abandonaron el club.

Hacía una mañana despejada en París.

En la suite hicieron el amor durante un buen rato: había tanta droga en el sexo de él que casi ni pudo acabar. Fue una experiencia sucia y cafre, pero buena y satisfactoria, a fin de cuentas. Al terminar, Simón le preguntó a Rania si le apetecía pedir desayuno al hotel, cosa que a ella le pareció bien. La pareja abrió las ventanas para ventilar la habitación y luego esperaron a que llegase la comida en la cama; los ojos de él, mirando al techo, delataban una preocupación en aumento.

—¿Qué ocurre? —preguntó Rania—. Tienes muy mala cara.

El sexo había relajado a Simón, pero aun así seguía acelerado.

—Vaya bajón —dijo él, con la mandíbula desencajada y manchas de sudor por la cara.

—¿Por?

—Mañana a primera hora tengo que ver a la puta vendedora de arepas, me cago en la hostia santa, joder.

—¿Quién es la vendedora de arepas?

—La vendedora de arepas, la sopladora de flautas de pan, Machu-Picchus.

—Eh...

—Melinda Salazar, la peruana —dijo Simón, pronunciando su nombre con acento mexicano, como dando a entender que todo lo que había en ese continente pertenecía a la misma subespecie.

Ciertamente, Simón habría sido incapaz de verbalizar un comentario machista delante de Rania, pero aquel ataque de xenofobia involuntaria hacia el pueblo de Perú era la forma que Simón tenía de expresar que todo lo que rodeaba a la número cuatro del partido estaba mal, incluidos su etnia y su país. En cuanto a Rania, simplemente le dejó expresarse: tenía un miedo real de que el corazón de Simón se detuviera o explotase si avivaba la tensión que sentía en ese instante, o si por el contrario provocaba una discusión entre los dos. No merecía la pena en aquel estado.

—Tranquilo —le dijo, y le besó la frente.

El timbre de la habitación sonó, Simón se apresuró a abrir y una mujer racializada apareció con una bandeja de huevos benedictinos con salmón, zumos y agua.

—El servicio de este hotel es magnífico —dijo él, casi como si quisiera exonerarse de todos los comentarios racistas que acababa de soltar, mientras le entregaba a aquella trabajadora una propina de veinte euros.

Era el dinero que tenía preparado para la última copa que no llegó a tomar en el club de Saint-Georges.

11,6 por ciento. Tal fue el aumento en la estimación de voto hacia el Partido de la Democracia tras aquellas dos semanas en las que Eduardo y Simón recorrieron los medios. Era una salvajada. Nunca jamás en la historia de la democracia española ningún partido del establishment había experimentado en campaña un crecimiento así en tan poco tiempo. La razón estaba clara y tenía un nombre: Simón Soria, el pepito grillo de los demócratas.

Sin embargo, la buena nueva vino acompañada de una adversidad: el mismo lunes que el periódico español más leído publicaba este sondeo, aparecía el primer perfil de Simón como estratega del partido. La semblanza venía ilustrada por el selfi que Andrew, Milenka, Rania y él se habían hecho antes de cerrar el club de Pigalle, apenas horas antes de la publicación de aquella pieza. Sobre la foto, este titular: «El profesor que planificó el meteórico ascenso de los demócratas». Y aunque el texto reconocía los méritos de Simón, saltaba a la vista que el reportaje era un torpedo a la línea de flotación del partido. Estaba lleno de elogios envenenados. Su intención era detonar las tensiones internas que estaban surgiendo en el partido.

Un extracto: «No creo —asegura una fuente cercana a Soria que prefiere mantenerse en el anonimato— que Simón tenga ningún respeto por el partido. Ha conseguido cambiar el rumbo de una organización enquistada y eso es algo que tiene mucho mérito, pero sus enemigos no tardarán en llegar. No es una persona a la que yo vea fácilmente sometida a un partido». Más adelante, el

perfil recogía voces críticas desde el interior de los demócratas: «Existen muchísimos pueblos, ciudades y delegaciones que están muy descontentos con las declaraciones últimas de sus líderes. Es muy posible que si ganamos las elecciones se produzca una escisión. Si diese tiempo, montaríamos nuestro propio partido para presentarnos al margen de González. Ya hay conversaciones entre nosotros que barajan esta posibilidad». Otra fuente, un exalumno esta vez, describía así al asesor: «Simón solo es un macarra que viste bien. Siempre fue demasiado liberal para ser de izquierdas y demasiado de izquierdas para la derecha. Lo que está haciendo en el partido es increíble, pero no tardarán en pararle los pies». Agregó: «Simón es un tipo revoltoso. En cuanto intenten frenarle, la sangre llegará al río».

Por lo demás, Simón Soria era el único tema de conversación en internet.

—Parece que tenemos a una estrellita entre nosotros —dijo González en la reunión de *kick off* semanal, otra vez junto a Herzog, Salazar y Cobos.

Era lunes por la mañana y nadie había tocado las bandejas de pastas y cruasanes que una secretaria depositó sobre la mesa de reuniones de vidrio esmerilado.

Nadie dijo nada. Simón solo carraspeó; estaba muerto de vergüenza.

—Enhorabuena por los resultados —añadió González para destensar el ambiente—, habéis hecho un trabajo formidable. ¿Cómo habéis visto la prensa hoy?

Herzog hizo un gesto señalando a Cobos para que hablase él, pero Cobos simplemente cabeceó en señal de duda. Salazar fue más contundente:

—No me gusta el cariz que están tomando las cosas. Creo que deberíamos hacer algo.

Simón evitó el contacto visual directo con cualquiera de los allí presentes.

—Estoy de acuerdo —dijo González—, tenemos que hacer algo. Simón entró aquí para asesorarnos y nos ha convertido en un cohete invencible, al

menos por ahora. ¿Es un riesgo? Por supuesto. Pero ya sabéis cómo son las campañas: podemos regular el discurso a voluntad. Bastará que en las próximas intervenciones satisfagamos un poco más a los sectores desilusionados, y listo. Lo que no podemos hacer es cambiar de estrategia a la primera granada que recibimos en nuestras trincheras. Sería claudicar antes incluso de empezar la campaña. Estamos haciendo las cosas bien y tenemos que mejorar esta estrategia.

Salazar se mordió el labio.

—Entonces —dijo Herzog— ¿qué propones?

—Este viernes acaba el plazo para cerrar las listas. Propongo inscribir a Simón como número dos del partido, es evidente que Simón es algo más que un asesor. No podemos esconderlo bajo la alfombra.

Era lo último que esperaban oír.

—Sé lo que estáis pensando —dijo González—: llega un tío de fuera y lo colocamos como número dos en las listas, ¿qué pasará con toda la gente que lleva décadas militando? Os recuerdo que esto de las listas es una gilipollez. Cuando lleguemos al gobierno y tengamos la mayoría, todos tendréis vuestro ministerio. Además, esto es un equipo; *sois* mi equipo. Aquí no hay jerarquías reales salvo los votantes, que es a quienes nos debemos de verdad.

—A mí me parece buena idea —dijo Herzog, sin demasiado convencimiento en su voz.

—Acataré las decisiones que mi partido crea que debo acatar —añadió Salazar.

—Yo solo tengo una pregunta —dijo Cobos—: ¿por qué número dos, y no tres o cuatro o cinco?

—Porque Simón —dijo González— es la correa de transmisión con el electorado de izquierda. Simón y yo podemos hacer una representación teatral perfecta, el yin y el yang, la formación política implacable, inclusiva y

circular convertida en una insaciable aspiradora de votos: un embudo al que van a parar los sueños políticos de todo el espectro ideológico, de todas las generaciones, de todos los sexos y de todas las razas. La naranja mecánica de la política moderna, una máquina de guerra electoral invencible. Yo iré a por los democristianos, él a por los progresistas y juntos seremos el perfecto partido liberal. Para ello, eso sí, tenemos que estar todos a una. ¿Lo estamos?

El mensaje quedaba claro: no había alternativa.

Asintieron todos.

—En cuanto a ti —González señalaba con el dedo a Simón—, puedes subirte al barco o detenerte aquí. Si decides quedarte, ya no serás más un hombre de ideas. En adelante aceptarás la disciplina del partido, y eso significa que ya no pensarás como un intelectual independiente, sino como una inteligencia al servicio del interés común. ¿Me entiendes?

Simón asintió.

—¿Estás dentro? [SEP]El asesor dio un barrido visual a la sala antes de tomar ninguna decisión. Todos le observaban.

—Vamos a por la mayoría; vamos a ganar, joder.

Tímidamente, todos aplaudieron.

Simón era una persona de ideas, pero a cambio de un poder como aquel estaba dispuesto a negociarlas.



III

HIBIKI. PIGALLE. ÉGOÏSTE

—Somos un unicornio... Tenemos los días contados... Yo, de verdad, no sé cómo no vi venir esto...

Simón mandó su mensaje de voz a Rania en la bañera del hotel donde se hospedaba, minutos antes de bajar a cenar con la cúpula del partido, y luego volvió a dejar el iPhone en la cerámica de los geles mientras su cuerpo se hundía en burbujas aromatizadas. No le cabía más ansiedad en el pecho.

Dirigidos por González, los cinco cabezas de lista habían alquilado un hotel entero de cuatro estrellas en la sierra de Madrid en donde llevarían a cabo una concentración antes del inicio de la campaña. Se suponía que aquel debía ser un fin de semana de descanso y meditación. Con buenas comidas, vinos biodinámicos y masajes pagados, los cinco grandes nombres tomarían fuerzas antes de la guerra por el control del país, pero nada más lejos de la realidad: la verdadera guerra se estaba librando en el interior del partido, y no contra la oposición. Para entonces, Simón tenía la sospecha cada vez más acentuada de que una parte de los barones del partido pensaban más en el poder que en la política; en el control del aparato y no en la ética de la gobernanza. La creencia nacía de situaciones como dos personas que se despreciaban mutuamente comunicándose a través de sus respectivas secretarías; peleas por el despacho más próximo al sitio de trabajo del secretario general; gente capaz de discutir y crisparse por el nombre de los cargos impresos en las tarjetas de visita; nombres sin ningún talento reconocido salvo uno o dos golpes de suerte

en la vida convencidos de que su clímax profesional consistiría en un buen pastel de soberanía política en la institución; hábitos tan banales y reconocibles como llegar por sistema cinco minutos tarde a todas las reuniones para hacer creer a los demás asistentes que tú estás muy ocupado; etcétera.

¿Podía caerse más bajo?

Pues sí. El pozo moral del partido no encontraba su fin nunca. El Partido de la Democracia era la clase de institución en la que sus miembros renunciaban a días de vacaciones ante la sospecha de que su ausencia en las oficinas implicaría decisiones tomadas a sus espaldas, en contra de ellos. Era un ambiente podrido que sin lugar a dudas beneficiaba a la maquinaria burocrática del propio partido y, por supuesto, a Eduardo González.

Verdaderamente, la actitud del secretario general no ayudaba mucho. González había creado un clima de trabajo en el cual todo el mundo era consciente de lo que el líder no quería oír, y en consecuencia lo omitían. Es muy probable que el resto de los dirigentes sufriese el mismo estrés que Simón, pero todos habían desarrollado una gran capacidad de respuesta automática ante el líder, según la cual, dijera lo que dijese, ellos siempre tenían buenas y entusiastas palabras para él. Lo que no quería saber, lo barrían bajo la alfombra. Y aunque internamente tuvieran dudas e inquietudes, en una reunión con González solo había una lectura posible de la realidad: inigualable, excepcional, grandes mejoras a granel, inspiración generalizada, una gratificante burbuja de bienestar, genio y rutilancia. El consumo de kilocalorías que comportaba aquella narración ininterrumpida de mentiras o realidades distorsionadas era salvaje, y así Simón se estaba quedando en los huesos.

¿Sería posible que el Partido de la Democracia alojase a líderes cínicos que solo estaban allí por la ostentación y la vanidad? Simón quería creer que

no, que en el fondo sí que había códigos morales que orientaban los comportamientos de cada uno de ellos, aunque algunos gestos y detalles le hacían difícil considerar la idea de que todo el mundo allí actuaba por sus propios valores, y no por resentimiento, codicia o envidia. Lo que sí es seguro es que Simón, a diferencia de sus compañeros, no se veía acabando sus días en el partido; para él todo aquello no era más que una aventura circunstancial, o al menos así lo sentía en los momentos más críticos, y eso era, de algún modo, un seguro para su integridad: si detectaba que la burocracia y los cargos eclipsaban a la inteligencia y la justicia, abandonaría el barco. Lo había jurado así al entrar.

Claro que, en la práctica, todo era más complejo.

Solo unos minutos antes, Simón estaba en la sauna finlandesa con Herzog, Cobos y González. Allí hablaron de la nada. Herzog se pasó un buen rato enumerando y describiendo los mejores sitios en los que se había bañado en los últimos dos años: los baños de los sintecho de Rusia en la ciudad de Nueva York, un onsen en las montañas de Hokkaido, un baño turco en Estambul con olor a eucalipto, el arrecife de coral en algún punto del Pacífico Sur y, por supuesto, el jacuzzi en la piscina de la última planta de un hotel en Cartagena de Indias, Colombia, viendo al fondo el Caribe y los rascacielos de Bocagrande, bebiendo juguitos de lulo, así, sin parar. Luego Cobos habló de todos los deportes de riesgo que había practicado y de lo mucho que echaba en falta volver a escalar el Kilimanjaro, donde se sentía libre, libre de verdad. Por prudencia, González se abstuvo: el más caprichoso de todos hacía ver que disfrutaba más oyendo de los placeres materiales a sus equipos, antes que revelando los suyos propios. Finalmente, Simón estuvo disertando sobre los tres pilares de su ideal republicano-burgués: Hibiki, Pigalle, Égoïste, su *liberté, égalité y fraternité* particulares, una pijada de ocurrencia con la que se sentía verdaderamente identificado. A continuación, los políticos se

enzarzaron en un reñido intercambio sobre si era más relajante un masaje de pies o de sienes. Los cuatro se comportaban como críos en una excursión de instituto. Encarnaban la vanidad y la banalidad y estaban orgullosos de ello, aunque a veces ni se soportasen; en aquel momento eran algo así como una banda de estrellas del rock que solo sigue girando por los caprichos cumplidos en los camerinos y la transferencia bancaria recibida al final de cada bolo, en el que siempre tocan la misma canción de mierda de la que todos están más que hartos. Cosas como tirarse en bomba a un jacuzzi desalojado solo para ellos lo merecía todo.

También estaba la camaradería. A pesar de que el poder había convertido a Eduardo en la clase de persona que disfruta mucho de los baños de multitudes y de la oratoria dirigida a las masas, autoconciéndose a sí mismo casi como una especie de Papa o líder espiritual antes que un vulgar político, egomaniaco, narcisista, centro del mundo para sus adentros nada disimulados, la realidad era que el líder del Partido de la Democracia no había perdido su habilidad de sonsacar sus sentimientos más íntimos a aquellos que se acercaban a él. Muy posiblemente, esa fue la clave gracias a la cual consiguió tantos adeptos: un tipo, en el fondo, con la personalidad superlativamente dúctil de Simón, capaz de cambiar su comportamiento de manera inexplicable de un mes para otro, o en función de quien fuese su interlocutor, en realidad podía ser lo que tú quisieras que fuese. Hacía realidad el espejo en el cual uno desea observarse. Ese era su principal encanto. Incluso aquellos que lo conocían bien y sabían de su carisma líquido, maleable y de camuflaje sintonizaban con él sin llegar a sentirse engañados. Prueba de ello es que solo González era el único hombre que había conseguido hacer hablar de sus sentimientos más hondos a Simón, discreto y extremadamente reservado en sus asuntos más íntimos.

—Oye, ¿y tú cuándo empezaste a sentir algo por Rania? —le preguntó

González a Simón a bocajarro mientras estaban sentados en la sauna nórdica —. ¿Fuiste a por ella en Israel o ya te gustaba de antes? Cuéntanos —insistió.

—Pues... ¿tú por qué intuyes que Rania ya me gustaba antes de Tel Aviv? —A Simón le intrigaba esa capacidad de González para conocer y revelar datos íntimos de sus interlocutores que nadie más conoce o sospecha. ¿Cómo pudo haber averiguado eso? Además, la escena de Simón en aquella sauna ante los cuatro líderes masculinos del Partido de la Democracia, a cual con una morfología más rara, le llenaba de una mezcla de pudor y orgullo. Echando de menos a Rania como la añoraba entonces, se moría de ganas de hablar de ella—. No sé cómo se te ha ocurrido pensar que me hubiese podido enamorar de alguien a quien no conocía en persona.

—Hombre —González contestó rápido y con suficiencia—, salta a la vista que Rania es la clase de mujer que encaja a la perfección contigo. Estáis hechos el uno para el otro. No hace falta que os conozcáis para darse cuenta de ello.

—Es verdad —confirmó Simón—: la cosa venía de lejos. A mí me gustaba lo que hacía y yo la seguía en internet todo el rato. ¿Alguna vez os habéis enamorado de un perfil digital? A mí me pasó con Rania, es la única vez en mi vida que me ha sucedido algo así. Tenía la seguridad de que era a mí a quien miraba cada que vez que se hacía un autorretrato. Ya sé que sueno un poco loco, pero era así. Incluso cuando se hacía una foto junto a alguno de sus novios, yo estaba seguro de que aquello eran mensajes de socorro. Era como si esas fotos dijeran: «¡Sácame de aquí, me muero de aburrimiento, este tío no vale nada!». El caso es que yo me pasaba el día mirando sus retratos a escondidas, cuidándome de que Elia no me descubriese. Me daba una energía tremenda mirar sus selfis.

González soltó una carcajada y aplaudió una vez; era su forma de decir: «¡Qué historia más de puta madre, cuéntanos más!». Herzog y Cobos sonreían

con complicidad: no había nada de malicia en sus rostros. Aquella era la clase de bienestar que a veces González conseguía.

—Vaya depredador —dijo Herzog—. Al final estabas en lo cierto, ¿no? Era a ti a quien miraba en sus fotos.

—Herzog —dijo González—, tú conociste a Rania antes que a Simón, ¿qué te dijo de él?

A continuación el líder miró a Simón con una sonrisa de oreja a oreja, sincera, satisfecho de poder compartir momentos así con sus manos derechas.

—Pues es curioso que saques este tema porque nunca lo he hablado con nadie, pero ahora que lo dices, sí que noté una cierta luz en la cara de Rania cuando la oí hablar de Simón por primera vez en París, cosa que, por cierto, fue antes del viaje a Tel Aviv. Recuerdo que dijo que le pareció un tío listísimo, noté una gran admiración y respeto por su figura.

A Simón los ojos le hacían chiribitas. ¿Sería posible que ella también hubiese viajado a Tel Aviv con la esperanza de conocerle en persona, como él a ella? Aquella reescritura de la historia le maravillaba y solo se la debía a las habilidades conectoras de González. Era por cosas como estas por las que a veces confiaba en que su líder fuese algo más que un tipo brillante cegado de poder pero parasitado por un montón de cortesanos.

El caso es que la reunión de trabajo en el turno de noche se alargó más tarde de la cena, hasta pasada la medianoche, con las copas, en un salón privado del hotel como de juego de Cluedo. La escena tenía un aire de novela de Agatha Christie, en donde cinco personas atrincheradas entre bibliotecas, cirios ardientes y láminas de planos de Leonardo da Vinci intentan resolver quién de ellos es el asesino, o el traidor.

—La semana que viene —dijo González— Salazar tiene un encuentro con las primeras candidatas de los partidos rivales. Ya sabéis: brecha de género, mujer y capitalismo, igualdad... ¿Qué idea queréis que soltemos ahí? A ver

esos cerebros.

—La izquierda —añadió Cobos— está muy pesada con el tema de las bajas por maternidad. Por ahí nos quieren dar.

—Ya sé que estamos en campaña y que nada de lo que digamos tiene por qué realizarse en cuanto tomemos el poder —dijo Herzog—, pero las arcas del Estado no están precisamente para andarse con muchas prestaciones sociales. ¿Qué tal si decimos que la mala gestión de la izquierda impide actuar en esa dirección, y que nuestra primera medida debe consistir en estabilizar la economía, y luego invertir en medidas sociales? A la gente le gustan los países nórdicos, ¿no? Dinamarca tiene el Estado de bienestar que tiene gracias a la liberalización de su economía durante varias décadas. No vamos a ser suecos o daneses de la noche a la mañana, primero hay que activar la economía.

—A ese argumento —dijo Simón— le falta pasión. Suena a Mr. Tecnócrata. O peor: a Mr. Recortes. No queremos ser Mr. Recortes, al menos no en campaña.

Cobos reorientó la cuestión:

—Una pregunta: ¿de verdad creéis que debemos promover convenios que favorezcan a padres o madres? No estoy hablando ya de nuestro discurso público, sino de una constatación de la realidad: a la gente que no tiene hijos le toca los cojones que un padre o una madre tenga preferencia a la hora de escoger sus vacaciones de verano, o que pueda salir antes un viernes por la tarde. Pensad que no estamos en un país con una tasa de natalidad especialmente alta, y que los únicos que tienen hijos son inmigrantes que no votan aquí; electoralmente, es gente que nos da lo mismo. Yo creo que tendríamos que plantear este asunto también en términos de cálculo electoral: casi hay más no-padres que padres y, en realidad, la gente odia a los niños. ¿Quién quiere ir junto a un niño en un avión? Nadie. Todo esto de los cuidados no es más que corrección política, en su fuero interno la gente piensa otra



cosa, estoy segurísimo.

—Yo también estoy de acuerdo en eso —dijo Salazar—: si alguien se va de su lugar de trabajo un viernes antes que los demás, ¿por qué no voy yo a poder irme a jugar al golf?, ¿eh? Pregunto.

González permanecía callado, fiel a su estilo de dejar que su séquito se canibalizara entre sí hasta la aparición de la idea más fuerte, y luego adjudicársela como si él la hubiese sabido desde el principio. Entonces señaló a su número dos. El secretario general reclamaba más brasas para la hoguera.

—¿Tú qué dices, Soria?

Simón se mordió la lengua, luego repasó visualmente la sala y anunció:

—Digo que sois unos putos locos. Con perdón, eh. Pero sonáis chiflados.

Silencio en la habitación.

—Lo que quiero decir es que creo que no entendéis nada sobre este tema. Vivimos con la creencia de que nuestro tiempo se divide en dos tipos: ocio y trabajo. Y no es así. Hay tardes en las que yo me encuentro en la puñetera cola del supermercado, rodeado de gente crispada que no ha podido ir a comprar si no es a esa hora, pensando en que preferiría mil veces más estar en mi oficina resolviendo problemas que en ese sitio insoportable. ¿A quién le gusta estar en la cola de un supermercado un martes por la noche? A nadie. Es horrible. — Simón se dio cuenta de que, confundido por su segundo ron Dictador, había empezado la argumentación por el sitio equivocado y nadie le estaba entendiendo muy bien, así que reorientó la nave—. A lo que voy es que además de ocio y trabajo existe un tercer tiempo que se llama cuidados y se llama vida, así, en general: hacer la compra, poner lavadoras, planchar camisas, barrer la casa, cuidar ancianos, llevar hijos a la guardería... todo eso son cosas que forman parte inevitable del simple hecho de existir, y deberíamos tenerlas en cuenta, entre otras cosas porque probablemente sean el único elemento de la cotidianidad que aún no ha sido cooptado por el

capitalismo, y eso es bastante infrecuente. Hay una oportunidad ahí.

Salazar estaba profundamente molesta con aquella idea:

—¿Cómo puedes comparar cuidar de una madre enferma con el hecho de tener un hijo? Yo no lo veo.

—Ninguna de las dos personas es autónoma. Tú no puedes echar a un bebé de nueve meses a la calle y esperar que llegue solo a la guardería. Es eso.

—Tampoco puedes esperar que yo te pague a ti a tu hijo. Un padre enfermo es una situación inevitable; un hijo es simplemente opcional.

—Sería injusto si estuviéramos hablando de plantear subidas salariales correspondientes con el gasto que supone un hijo a todos y cada uno de los padres, pero en general alguien que es padre suele tener el mismo sueldo que otra persona que no lo es, en consecuencia, él decide voluntariamente gastar su tiempo y su dinero en su hijo, que, por cierto, será quien pague nuestras pensiones. No hay nada injusto en esto. Lo que tenemos que conseguir son puestos de trabajo que funcionen por objetivos, no por horas, y que permitan una conciliación óptima. Así gana el trabajador y gana el mercado, que a fin de cuentas es lo que queremos, ¿no?

Nadie dijo nada y González parecía satisfecho con la explicación, de manera que Simón entendió que los gestos de asentimiento de Herzog y del líder del Partido de la Democracia significaban que debía continuar con su razonamiento, y eso hizo:

—Hay un punto en el cual conviven bien el sindicalismo y el espíritu de emprendizaje, y es a donde creo que deberíamos orientar nuestro discurso laboral. Mirad, en los últimos años hemos visto un montón de historias de empresas que ponen a sus empleados guarderías, toboganes, mesas de ping-pong y un montón de chorradas así, pero la felicidad no es un tobogán o un curso de yoga, que son medios y no fines en sí mismos. ¿Sabéis? Yo hay días en que preferiría no venir a trabajar. Hay días en los que odio mi trabajo. Lo

odio con todas mis fuerzas.

Simón hizo una pausa dramática. Estaba recuperando aquel discurso épico que le preparó en su momento a González y con el cual había disparado su popularidad.

—Pero luego —añadió Simón, tan bajo que casi susurraba—, hay días en los que amo verdaderamente mi trabajo. Estoy aquí porque creo en la política y creo en los valores que yo represento, ¿y sabéis lo que eso significa? Significa que incluso si yo fuese una persona exuberantemente rica, si yo tuviera cuarenta pisos arrendados y repartidos entre París, Londres y Manhattan y mi cuenta bancaria estuviera rebosante de dinero, incluso en ese caso yo ejercería mi trabajo porque en él me siento plenamente realizado y porque además ese tiempo de trabajo puede llegar a ser tan valioso y reconfortante o más incluso que el tiempo de ocio y que el tiempo de la vida. Claro que tenemos que buscar la forma de empoderar a la gente, pero también tenemos que hacer que nuestros empresarios planteen una pregunta radical y peligrosa a sus empleados: «Si fueseis completamente libres, y si vuestra existencia no dependiera exclusivamente del dinero obtenido a cambio del trabajo realizado, ¿vendríais aquí cada mañana, puntuales?». Si la respuesta es no, es que hay algo que estamos haciendo mal. Debemos trabajar para que la gente quiera disfrutar de su trabajo, incluso si fuese completamente libre. Es ahí donde la verdadera prosperidad se encuentra, a donde la utopía liberal va.

Todos sus interlocutores alzaron sus pulgares. Simón estaba contento: sabía que sus compañeros se apropiarían de aquella idea en cuanto salieran de aquella sala. A fin de cuentas, le pagaban por eso.

De vuelta en Madrid, Simón empezó a sentirse un poco decepcionado: la prensa y los suyos hablaban muy bien de él pero él no tenía forma de comunicar a nadie su creencia de que el Partido de la Democracia no era más que un nido de alacranes. Tampoco ayudaba mucho el hecho de que Rania

tuviera trabajo en París ni sus recurrentes sueños con la muerte, ya fuese la suya propia o la de sus seres queridos: aquellos sueños tristes, que no pesadillas, acerca del fin de la vida hacían que las más de las veces se despertara deprimido, desactivado, sin energía, con la cabeza llena de barro. Sin embargo, aquella preocupación por la cual González no estaba a la altura entró en retaguardia a los pocos días, cuando Simón destapó otra crisis más de los demócratas. Estaba el número dos repantingado en su dúplex de Lavapiés, oyendo jazz francés con una pequeña copa de vino antes de irse a dormir (muy mal se le tenía que haber dado el día a Simón para beber entre semana, un hábito descartado hacía años por las consecuencias en el rendimiento de su entrenamiento matutino), cuando sonó su teléfono. Extrañamente, se trataba de Melinda Salazar:

—Siento la llamada a deshora, pero es un tema más o menos importante que necesitaba compartir contigo.

—¿Qué ocurre?

—Paco Cobos.

—¿Sí?

—Nos acabamos de enterar de que el tipo lleva un tiempo detrás de González, tratando de hacerle ver la importancia de aumentar su número de mítines en campaña, a costa de la presencia de Herzog, tú y yo.

—¿Y? ¿Qué problema hay? —Simón estaba tan desencantado con el partido que incluso le pareció una buena noticia disminuir su número de intervenciones públicas.

—Cobos es una persona muy importante dentro de la organización, pero también son los oídos a los cuales van a parar las inquietudes de la vieja guardia del partido, los que perdieron el congreso extraordinario. González confió en él como bisagra con los barones antiguos y con ciertas alcaldías y diputaciones que son reacias al nuevo Partido de la Democracia, pero sería

una pena que la sobreexposición de Cobos desvirtuara el proyecto de partido que nuestro secretario general lleva tramando tanto tiempo, ya sabes, un partido liberal a la manera europea.

A Simón le encantaba la forma en que Salazar utilizaba los eufemismos: «sería una pena que la sobreexposición de Cobos desvirtuara el proyecto de partido» quería decir, simple y llanamente, «tenemos que arrinconarle». Pero estaba feo hablar así. El lenguaje de la institución que González había creado consistía en articular ideas siempre con un trasfondo positivo y colectivo, incluso cuando se tratara de quitar poder a una persona de la que se desconfiaba. Ni Simón ni Salazar estaban hablando de nada malo, pero los dos sabían lo que eso significaba.

—¿Tú no crees que primero deberíamos hablar con González de esto? — preguntó Simón.

—No —dijo Salazar con sequedad, de alguna forma dando a entender que la pregunta que Simón acababa de plantear delataba su bisoñez política—, el secretario general tiene cosas más importantes que hacer que intervenir en esta clase de asuntos. Lo que tenemos que hacer es juntarnos Herzog, tú y yo y hablar con Cobos para reorientar su influencia en esta campaña por el bien de todos. Está claro que tú tienes mucho más tirón electoral que Cobos y que su verdadero talento consiste en contener y contentar a los viejos afiliados, nada más.

Tenía sentido: Salazar, que no era precisamente la mejor amiga de Simón, estaba reconociendo que, por el bien común, y desde luego también por el de ella, lo mejor que Simón podía hacer era salir ahí y hablar en público al tiempo que frenaba las ansias expansionistas de Cobos, otro al que no soportaba. De pronto, Simón se sintió útil; sucio, pero útil.

—Me parece bien —zanjó con un pasotismo que, infirió, satisfaría los oídos de Salazar: alguien aparentemente tan poco interesado en el poder no

supondría demasiados problemas en los equilibrios internos de la jerarquía—. Cuenta conmigo.

Lo mejor es que al poco de colgar el teléfono recibió otra llamada de Herzog. Utilizando prácticamente los mismos términos y argumentaciones, el economista le hacía la misma petición de hablar con Cobos vadeando a González. Si bien es cierto que la llamada de Salazar le produjo unas ciertas sospechas, el hecho de escuchar la misma lectura de los acontecimientos a quien había sido responsable de su incorporación al partido le reconfortaba, de modo que eso fue lo que al día siguiente hicieron: aprovechando que González estaba fuera de Sagasta, Herzog, Salazar y Simón se presentaron en el despacho de Cobos y, amablemente, le pidieron que cambiara de parecer, siempre por el bien del partido. Cobos agachó la cabeza: sabía que en aquel uno contra tres entre los nombres más fuertes del partido, él llevaba las de perder. En caso de conflicto, el secretario general trataría de aplicar justicia salomónica y evitaría todo tipo de complots y problemas.

¿Podía ser entonces que, como acababa de suceder, González no tuviera ni la menor idea de las guerras por el poder que sus subordinados libraban a sus espaldas? No era una idea descabellada.

Estaba tan deprimido que afuera siempre era de noche. Las luchas intestinas por el poder y la ausencia de debate político real drenaban sus energías. Taxis y cabifys se habían convertido en los únicos momentos de sus inacabables jornadas de campaña en los que podía destensarse un poco, y casi siempre era para mirar con tristeza al exterior y sentir que la vida se le escurría como el agua entre los dedos. Cada día tenía que tomar un montón de coches. Podía asistir a tres cenas en una misma noche (nunca comía en ninguna, claro, solo se paseaba por los restaurantes de Castellana y de paseo de la Habana). Sus reuniones estaban calculadas para encadenarse como eslabones en intervalos de quince minutos: una reunión de una hora se consideraba una inmoralidad, ninguna persona merecía ese tiempo, ¡había que convencer a millones! Hablaba tan rápido que casi parecía que rapease y no dejaba espacio a sus interlocutores, al menos cuando hablaba con sus equipos. La voz dirigente era él. Sabía que todo el mundo despreciaba esta manera inhumana de hablar con la gente, pero ¿qué podía hacer? Al menos estaba seguro de que nadie en su lugar lo habría hecho mejor. Estaba desbordado y la cantidad de esfuerzos que demandaba la campaña no permitía mucho más margen. Básicamente, era como un simio con anfetaminas, y eso es algo de lo que Rania se dio cuenta pronto.

En sus primeras semanas en el partido, Simón había evitado por todos los medios hacer saber a su amante sobre las cosas que no le gustaban, pero al

final se hizo imposible: se le veía despistado, a veces su voz sonaba quebrada, o lenta, o gastada; se notaba que en ciertos momentos de intimidad Simón fingía el cariño: si por él fuera, estaría dándose cabezazos contra la pared, o golpeando mobiliario, o cualquier otra cosa en lugar de actuar como un amante torpe con ella. Llevaban tan poco tiempo juntos que empezar a ensuciar la relación con las pequeñas tragedias cotidianas le parecía la forma más rápida de encaminar el noviazgo al precipicio. Sin embargo, la realidad se impuso, implacable. Si no quería que Rania empezase a pensar que Simón la había dejado de querer, tendría que contarle lo que estaba pasando.

—No sé si estoy hecho para esto —susurró Simón tapándose la boca, paranoico ante la posibilidad de que algún periodista le leyera los labios, mientras arrastraba su maleta por un pasillo de embarque en Barajas.

Como parte de su estrategia electoral para acercarse a la gente y evitar seguir siendo visto como un pijo de Madrid que en realidad pasa más tiempo en París que en el país que quería gobernar, a Simón le había parecido buena idea pasar un fin de semana con su novia en Almería, ciudad que él le había presentado como «la Niza del Sur».

—Claro que luego estoy contigo en un viaje como este —añadió— y las cosas no me parecen tan graves. Yo qué sé.

Los problemas se acumulaban. A la interminable tarea que comportaba preparar unas elecciones se sumaba la campaña de desgaste orquestada desde la izquierda y sus medios (le decían que no era más que la continuación moderna del franquismo sociológico de su partido, a pesar de que él tenía clara la refundación que estaba ejecutando), y también la campaña de desgaste orquestada desde la vieja guardia de su partido. No obstante, por encima de todas las cosas, lo que más le molestaba era trabajar con trepadores, y luego también la angustiada sensación de tener que reportar a un tipo al que el poder le había hecho enloquecer, y cuyo comportamiento había cambiado de manera



radical cuando la campaña había empezado y las encuestas lo situaban como líder.

—¿Me permites que te dé un consejo? —dijo Rania—. Acostúmbrate a esto porque no hay otra cosa. Llevo años viéndome con gente de Los Republicanos que no para de agasajarme porque saben lo útil que puede resultarles una palestina que habla contra los musulmanes, y están todos locos. No hay otra forma de sobrevivir ahí. No tienes por qué convertirte en uno de ellos, claro, pero al menos no te sientas desafortunado: la gente que tiene el poder es así, no hay otra.

La envidiaba. Rania era libre, trabajaba cuando le apetecía con quien le apetecía, había rechazado toda clase de ofertas para afiliarse a partidos o incorporarse a redacciones de televisiones produciendo documentales, pero nunca había querido comprometer su independencia, y eso la honraba. Es verdad que la falta de una transferencia fija de dinero cada mes a veces suponía un riesgo para su estabilidad, pero se había acostumbrado. Era su vida. En cuanto a Simón, aunque admiraba aquella existencia, creía que dar un paso atrás sería un fracaso. Todo el mundo esperaba demasiado de él. Ahora no podía cambiar el rumbo de las cosas.

Al aterrizar en Almería, su actitud cambió. Mucha gente se acercaba a felicitarle por su trabajo y él contestaba a todos con palabras muy amables y gratificantes. Podías ver cómo conseguía cambiar la expresión de las personas, mejorarles el día, transmitirles esperanza y felicidad: la mayor droga de su trabajo era esta. Por eso le gustaban los mítines, por eso le gustaba convocar a decenas de personas a su alrededor y jugar a dirigir sus emociones. Comunicar se le daba bien: era una apisonadora intelectual y en su partido le temían por esta misma razón. Ser querido y proyectar miedo eran dos cosas que le encantaban.

—Es como si tuviera una bola de fuego en el estómago —le había dicho el

candidato a Rania—. Cuando las circunstancias lo permiten y el fuego me sale de manera ordenada, ya sea para abrasar a un adversario, vigorizar a un simpatizante o inspirar a un aliado, entonces me siento pletórico. Pero cuando el fuego se enquistaba, estoy bastante seguro de que podría matarme.

Ese fuego era un sinónimo con que aludir a sus nervios.

Veías a Simón pararse cada quince o veinte pasos por la avenida de Lorca para saludar a uno de sus futuros votantes y parecía imposible imaginarlo desgachado, apesadumbrado, ansioso, pero la realidad era que el carácter espídico del candidato había llegado a somatizar el miedo al porvenir con formas algo más complejas que las reconocibles mariposas en el estómago: lumbalgias, hemorroides, jaquecas, intestino irritable, fiebres, mareos y demás sintomatologías víricas eran cuadros más o menos habituales de su nerviosismo. Una enana blanca encajada entre sus vísceras necesariamente habría de arrasar con todo él, lo cual desencadenaba a su vez toda clase de pensamientos oscuros: alguien tan vanidoso es, casi por defecto, un neurótico y un hipocondriaco, que es como decir que a Simón le preocupaba mucho la posibilidad de dejar al mundo huérfano de él, y que por eso veía asomos de tumores cada vez que la ansiedad se manifestaba en un nervio pinzado al acabar su espina dorsal, o bien en las frecuencias y texturas irregulares y anómalas de sus heces.

Lo primero que Simón hizo cuando tuvo un poco de intimidad en Almería fue detenerse en el escaparate de una inmobiliaria: le encantaba fantasear con la compra de pisos, era un hábito que le gustaba en cualquier ciudad que visitase. Por alguna razón, Simón tenía la creencia de que acabaría siendo megarrico y de que en algún momento de su vida su dedicación no sería otra que arrendar seis o siete inmuebles de lujo y de su propiedad repartidos por todo el mundo, y entonces solo se dedicaría a leer, a escribir y a no hacer nada. Saltaba a la vista que Simón tenía un plan y que si el candidato estaba

ahora hipotecando su salud no era por otra razón que la posibilidad de una prejubilación dorada en... ¿cuánto?, ¿doce, quince años, tal vez? Mientras, una cosa que le gustaba hacer cuando las cosas se ponían feas era consultar portales inmobiliarios y fantasear a viva voz delante de Rania con la adquisición de penthouses en París, el Soho de Londres o el Trastévere romano, como si tuviese el dinero líquido disponible para efectuar esa compra en ese instante, un poco como quien se compra un perfume caro tras una semana desilusionante. Era un fanfarrón.

—¿Qué?, ¿se viene a Almería, socio? —le dijo un joven espontáneo mientras él se tocaba el mentón y evaluaba las posibilidades de un chalet con piscina en el cabo de Gata.

Verdaderamente cayó como un comportamiento extraño, así en la cúpula del Partido de la Democracia como entre sus rivales, que en pleno clímax de la campaña Simón se tomase un fin de semana largo de vacaciones con su novia, mientras el resto de su equipo se afanaba en el proyecto a pleno pulmón. En lugar de haber improvisado un mitin o cualquier cosa por el estilo, aquellos fueron días en los que las decisiones más complicadas consistían en si beber vino o cerveza, pero lo cierto era que parte de la ciudad agradeció que la pareja hubiese elegido Almería como purificación, un oasis en el que recuperar el aliento, y no como excusa para hablar de las maravillas de aquel rincón de Andalucía al tiempo que trataba de sonsacar votos. Es muy probable que, si hablamos de réditos electorales, a Simón le beneficiase más la imagen de Rania y él en prensa local disfrutando de la ciudad antes que otro discurso más sobre las bondades de su programa.

En Almería, Rania y Simón descubrieron sencillos placeres que no habían experimentado en décadas, como, por ejemplo, sentarse en una pastelería a media tarde, rodeados de jubilados, y merendar un café con leche y una palmera de chocolate con cubiertos. Simón le enseñó a Rania el significado de

la palabra «carajillo» y el brandy Magno. Los dos reconocieron haber probado allí el mejor cuscús marroquí que recordaban y también alucinaron cuando, con sendas cervezas delante del cabo de Gata, descubrieron la velocidad a la que el mundo funciona normalmente, al margen de la locura de sus días. Evidentemente, especularon con la posibilidad de dejarlo todo y quedarse allí para siempre.

—¿Tú cuánta propina dejarías? —le preguntó Rania tras despachar una consumición de dos vinos y un plato de papas con pimienta en la terraza de un bar muy frecuentado. Todo junto costaba no más de cuatro euros.

—Pues no sé, ¿veinte céntimos?

—¿Veinte céntimos?

Rania y Simón solían ir a sitios donde las propinas superaban los quince euros. Una cantidad inferior a esa cifra se consideraba ofensiva.

—Yo no creo que aquí la gente deje mucho más. Tampoco quiero que parezcamos ricachones desperdigando las migajas de su patrimonio por el tercer mundo, ¿no?

—Todo el mundo se va a fijar en la propina que dejemos, creo que deberíamos afinar la puntería.

—A mí me da igual, ¿dejamos otros cinco euros más? Van a pensar que somos idiotas. Si la gente viene a este sitio es porque es barato, no creo que nadie deje cinco euros por una consumición inferior a ese precio. Me parecería un acto de soberbia.

—¿Y si pedimos otra consumición y pagamos con tarjeta?

Esos días, Simón se dejaba ver en público con el pelo de quien lleva un año sin dejárselo cortar y un olor en la ropa como de chuletas de cordero. Tenía pequeñas manchas de algo que parecía una mezcla de moco y levadura. Llevaba, eso sí, algunas de sus mejores piezas: la verdadera distinción era, para él, vestir de manera ordinaria lo que otros se ponen extraordinariamente.

Le gustaba caminar por el paseo marítimo con aspecto de sintecho millonario. ¡Qué días!

Sin embargo, los acontecimientos políticos le obligaron a adelantarse a sus obligaciones el mismo día que regresaba a Madrid: aquel domingo, el ejército de Israel lanzaba una operación contra el territorio gazatí tras una escalada en las tensiones entre Palestina e Israel. Allí murieron quince personas, dos de ellas menores de edad. Cuando Simón fue preguntado en el aeropuerto de Almería por un periodista de la televisión local, pocos esperaban su respuesta:

—Lo que queda claro es que esta agresión nos tiene que hacer pensar sobre nuestra posición en el conflicto palestino-israelí. No podemos seguir apoyando la expansión ilegal de un estado cuyas manos están manchadas de sangre. Es posible, y soy consciente de ello, que algunos de mis compañeros no estén de acuerdo con este análisis, pero debemos dejar de comportarnos como un partido que hace argumentaciones liberales para aplicar políticas reaccionarias. Si queremos ser coherentes, nuestras ideas liberales han de engranar con políticas liberales, y el sionismo no es un ideario del que debemos sentirnos orgullosos. El sionismo es una lacra para nuestro tiempo.

Que Simón no hubiese sufrido represalias por sus comentarios propalestinos solo significaba una cosa: al secretario general le daba lo mismo lo que su partido pensase, siempre y cuando hubiera una traducción electoral verdadera. ¿Era capaz Eduardo de calmar los nervios del ala conservadora del partido mientras su cachorro ganaba espacio por la izquierda? ¿Crecía y crecía la burbuja gracias a declaraciones como aquellas, valedoras además de un inmenso debate entre la prensa de izquierdas, fragmentada por opiniones como la de Simón? En ese caso, adelante. Lo único que Eduardo quería era convertirse en presidente de España, y eso se tradujo en que afuera de Sagasta empezó a creerse que el Partido de la Democracia era un espacio completamente abierto al debate, un oasis de libertad de expresión que nadie se explicaba de ninguna forma, mucho menos en una institución como aquella. Nada más lejos. Eduardo permitía elaborar discursos políticos en cualquier dirección que hubiese votos, pero la política interna del partido era única y exclusivamente su responsabilidad. Solo mandaba él.

Ser el número dos y no ser nada en realidad valía igual. Era tal la verticalidad del partido y tanta la megalomanía de Eduardo, que todo lo que cayese debajo de él apenas significaba nada. Cuando Eduardo presidía una reunión hablaba mucho de la democracia interna, del valor de sus equipos y de la inteligencia colectiva. Otra cosa muy distinta eran los hechos. Eduardo tenía por costumbre apropiarse de las ideas de los demás que más le entusiasmaban

—aunque por supuesto no siempre eran las mejores— y adulterarlas hasta volverlas irreconocibles, para vergüenza del ideólogo original y de todos los que hubieran de sufrir sus consecuencias. El ascenso político de Simón no habría ocurrido sin Eduardo, pero la gestión del partido de Eduardo era más que dudosa: he aquí el dilema de Simón. Además, en el Partido de la Democracia pocos confiaban en Simón más que como la cara visible que proveía de votos y dinero a la institución. Razonamiento: si Eduardo gestionaba el partido mal, entonces ¿cómo gestionaría el país? El número dos se consolaba pensando que tal comportamiento era típico de grandes magnates y empresarios, liderazgos jupiterianos, y que nadie sino ellos pueden conocer las dificultades de domar a una bestia como el Partido de la Democracia. Pero ¿y si no era capaz? Cada día, Simón debía defender decisiones que le habían sido dadas, aunque en su fuero interno no las respaldase. Sí: Simón decía lo que le venía en gana y opinaba sobre la realidad política como quería, pero una cosa muy distinta era la gestión política del propio partido, que era la práctica totalidad de su trabajo. Se sentía un títere. Por eso miraba ofertas de empleo por las noches. Era como usar apps de ligoteo estando comprometido. No podía inscribirse a ninguna, pero al menos liberaba su imaginación. Barajaba sus posibilidades como profesor en el D.F. o Bogotá, asumiendo cargos políticos en *think tanks* bruselenses, o prestando sus servicios a grandes compañías tecnológicas ávidas de talento con independencia de su procedencia (¿Google París?, ¿Shanghái, quizá?). La seguridad que su trabajo para el partido le ofrecía le pesaba más que una hipotética precariedad en las mismas proporciones. Ojalá pudiera largarse de allí pronto. Pero no podía. Estaba atado.

Los dos tenían mucha tarea. Eduardo y Simón volvieron a verse las caras días después en un acto de campaña en Londres, junto a los líderes de los tories. Se suponía que aquel mitin estaba dirigido a expatriados, pero la

realidad era que Eduardo disfrutaba mucho con la política europea y, por encima de todo, le encantaba verse su propia cara en el *Times* y en el *Guardian*. Hubiesen ganado muchos más votos yendo a A Coruña o Ceuta, pero el secretario general prefirió Londres. El caso es que, al acabar su cena con los tories, pasada la medianoche del viernes, Eduardo y Simón subieron a un taxi negro y en lugar de volver a su hotel, en el área de embajadas, detrás de Hyde Park, el secretario general ordenó ir a la City, donde darían un paseo. Tenían tiempo de calidad a solas y merecía la pena sacarle provecho.

Los viernes por la noche el distrito financiero era uno de los sitios menos concurridos de Londres: a excepción de algunos cuantos deportistas que habían salido a correr a esa hora, la City estaba desierta. Simón y Eduardo comentaron brevemente la cena y luego hablaron de sí mismos. El número dos le preguntó si no estaba enfadado por lo que había dicho, pero su jefe simplemente negó con la cabeza, le dijo que no estaba de acuerdo con su posición pero tampoco le pareció problemático, lo cual inquietó aún más a Simón.

—¿Qué es lo que más te preocupa ahora? —le dijo Eduardo, que caminaba con aires de emperador: despacio, con las manos entrelazadas a la altura del cóccix y subido a unos botines que le hacían mucho más alto de lo que en realidad era.

Simón tenía ganas de contestar a esa pregunta. Llevaba muchas noches dándole vueltas.

—Lo que más preocupa —dijo Simón— es que nos volvamos locos. Todo está yendo muy bien y muy deprisa y somos un gran equipo, pero ya sabes que las grandes bandas de música y los grandes equipos deportivos están compuestos de grandes egos que se odian entre sí, y a veces creo que existen ciertos recelos en la cúpula del partido. A mí me da miedo que el poder se nos suba a la cabeza y perdamos los papeles.



—¿A qué te refieres? —preguntó Eduardo, molesto, y entonces detuvo su paso: los dos se encontraban guarecidos bajo la cúpula del Banco de Londres abierta a los ciudadanos.

—A nada.

Simón estaba en una encrucijada: por un lado, se sentía obligado a hacerle saber a Eduardo que a sus espaldas no todo el mundo comulgaba con sus decisiones (la estrategia para menguar el poder a Cobos era muestra de ello); por otro, no podía delatar a nadie, menos aún por una operación en la que él también estaba involucrado.

—A nada —repitió Eduardo, amenazante.

Simón se puso entonces a divagar sobre las sensaciones que le inundaban en Sagasta, y sobre la falta de conexión que a veces existía entre los líderes del partido. No expuso ningún ejemplo concreto, solo habló de su percepción subjetiva, lo que seguramente hizo pensar a Eduardo que le estaba mintiendo, o por lo menos ocultando algo.

—¿Por qué te empeñas en decirme lo mal que yo dirijo a mi gente? —le dijo Eduardo—. ¿Acaso tú lo harías mejor?

—No estoy diciendo eso, Eduardo.

—Me parece bien que tengas una actitud contestataria y que a veces abandones las líneas maestras del partido en beneficio de tus ideales, como por ejemplo hiciste con Palestina. Ahora bien, si intentas acabar conmigo, ten cuidado porque a lo mejor ocurre lo contrario.

—Yo no estoy intentando acabar contigo, Eduardo. No sé por qué dices eso.

—¿Me sigues o no me sigues?

En momentos de tensión extrema, el comportamiento de Simón era anómalo: sus pulsaciones bajaban y su discurso se ralentizaba, como dando a entender lo muy tranquilo que estaba, un poco como el camaleón camuflado que ya ha sido detectado por su depredador. El mal sabor de boca que le había dejado la

conversación era inenarrable. Incluso sin llevar razón, Eduardo vencía en todas las conversaciones. Puede que no siempre tuviera los mejores argumentos, pero su carisma y atrevimiento pisoteaban a sus adversarios. A su favor jugaba el poder que detentaba, que le procuraba una posición muy ventajosa de partida. Podía humillar lo que quisiera. De todas formas, lo que la manera de discutir de Eduardo evidenciaba es que hay un momento en que aguantar el poder exige deshacerse de algunas cuantas cuotas de coherencia, y que la razón no siempre gana el debate. Aquel intercambio era un buen ejemplo. Simón estaba lleno de rabia.

A Chuso Gavarras se le metió en la cabeza entrevistar a Simón en su dúplex de Lavapiés; no le servía un despacho privado de Sagasta ni ninguna cafetería sin ruidos: tenía que ser en su casa, preferiblemente cuando su jornada hubiese acabado y el candidato ya estuviera relajado. Tampoco le valía un festivo, ni la víspera de un festivo, ni ningún día del fin de semana: el periodista creía que la naturaleza humana encuentra su esplendor cuando la noche ha caído en medio de la batalla laboral, y que los días de descanso —como se justificó ante el equipo de prensa de los demócratas— solo sacan lo peor de uno mismo. Total: que si querían una entrevista que satisficiera a los demócratas y barnizara aún más su proyección popular, mejor que se la dieran un miércoles por la noche.

Estas especificaciones no le hicieron mucha gracia al equipo de prensa de los demócratas ni tampoco al propio Simón, pero en fin, era Chuso; igualmente, aceptarían.

En los últimos meses, el nombre de Chuso estaba sonando con relativa frecuencia en el mundillo periodístico por sus perfiles largos sobre políticos, casi siempre reportajes con unas diez o quince o veinte fuentes, la clase de textos que se enseñan en las facultades de periodismo y que muy pocos editores están dispuestos a comprar. Además, todo el mundo leía a Chuso, o al menos todo el mundo que tuviera una influencia real en la política y la economía de Madrid y Barcelona. La pregunta que todos se hacían cuando el

ayudante de Chuso llamaba para tantear el terreno era: ¿quién no querría dejarse retratar por un perfil de los que se escriben en el *New Yorker*, pero en España?

La vanidad de los políticos y la proyección del medio para el que trabajaba hacía que todo el mundo descolgase el teléfono al equipo del periodista, un tipo, por lo demás bastante enigmático, del cual no existía ni una sola foto en internet. A diferencia de sus compañeros de profesión, Chuso creía que a un periodista, como a los detectives, cuanto menos se le conociese, mejor. Era único en su especie.

El caso es que la conversación entre Chuso y Simón no fue mal, pero es verdad que el político esperaba más; le dio un poco la sensación de que Chuso tenía la cabeza en otra parte, o simplemente no había mucha química entre los dos. Era verdad que no esperaba una entrevista particularmente fiscalizadora: Eduardo y Simón eran dos nombres preparados para ser tratados entre algodones en el periódico de Chuso. Sin embargo, aunque la entrevista estaba siendo fácil, Simón hubiese preferido evitar esa sensación de estar perdiendo el tiempo a ratos.

Cuando ya llevaban casi una hora grabada, Chuso cambió el tono.

—Oye, y ya yendo un poco más al grano —dijo el periodista—, si tú un día te enterases de que Eduardo es sospechoso de corrupción, ¿qué harías?

Simón fingió que le parecía una pregunta interesante, y luego dijo:

—Yo creo que el Partido de la Democracia y las ideas que representa están por encima de los nombres propios. Por una cuestión de principios, el Partido de la Democracia no puede alojar en sus filas a ningún sospechoso de corrupción. Su propia lógica lo escupiría.

Chuso miró fijamente a Simón.

—¿Tú estás seguro de lo que acabas de decir?

Se le veía seguro. La pregunta iba en serio. Pero ¿a qué se referiría? En el

tiempo que llevaba con los demócratas, Simón no había detectado nada raro en el partido más allá de las enajenaciones típicas que comporta el ejercicio del poder.

—Por supuesto.

—Te voy a enseñar una cosa.

El periodista sacó su iPad de la mochila y puso un vídeo. En él se veía a Eduardo, de espaldas, conversando en un bar con el propio Chuso.

«... No te descubro nada nuevo —decía Eduardo en el vídeo— si te digo que la votación a propósito del internet libre estuvo condicionada por la presión de los lobbies, y en especial por *esa* red social, sí. Ética e idealmente yo no aprobaría que la red estuviera influida por los intereses de ninguna transnacional, pero seamos pragmáticos: en la guerra por la información que estamos librando, yo prefiero estar del lado de Silicon Valley que no en el caos de trolls ultraderechistas o de países no alineados. Si encima esas empresas pagan por ello, ¿pues dónde está el problema?»

También decía:

«Yo no quiero que vosotros perdáis el tiempo en esta historia, eso quiere decir que no voy a mover un dedo por debajo del medio millón. Vosotros sabéis que a la larga ganaréis mucho más».

Simón no entendía nada de lo que estaba viendo.

—¿Qué es esto? —preguntó el candidato, y luego, señalando la grabadora —: ¿Puedes apagarla?

Chuso obedeció. Aceptó la petición de su fuente y apagó la grabadora digital y la aplicación del teléfono. A Simón se le veía consternado: era lo que Chuso buscaba.

—Me han llegado voces cercanas a Eduardo que dicen que la relación entre el secretario general y tú no pasa por un buen momento. Se ve a leguas. También sé que, a diferencia de lo que alguna gente opina, tú eres un tipo leal,

de ideas, auténtico. No vienes de hacer política. Estás aquí porque quieres cambiar las cosas. Pero ¿qué vas a cambiar, si tu líder se deja comprar de esa forma?

—En serio, explícame de qué va todo esto porque no estoy entendiendo nada.

En muchas ocasiones Simón había tenido la impresión de que el castillo de naipes del partido se venía abajo, pero esta vez le violentaba y frustraba que la amenaza viniera de un agente externo: por mucho que no tragara según qué caprichos de Eduardo, la posibilidad de que alguien pusiera en jaque su futuro político le dolía. También le resultaba desconcertante la actitud de su interlocutor. ¿Cómo podía tener el valor de presentarse en su casa y mostrarle aquel conjunto de pruebas incriminatorias contra su propio partido? ¿Qué buscaba exactamente?

La historia de aquel vídeo comenzaba casi con la carrera profesional de Chuso, cuando con veintidós años fichó por un nuevo medio digital y su editora le mandó como corresponsal a Bruselas, ciudad en la que empezó a tener contacto con el mundo de los lobbies y eurodiputados. Tras dos años de experiencia, Chuso volvió a España y pasó por distintos medios haciendo cobertura tradicional de partidos, hasta que lo ascendieron a editor y empezó a hacer un poco lo que le daba la gana. En un momento en que se quedó sin ideas, al periodista se le ocurrió recuperar algunos temas que había trabajado en Bruselas y relanzarlos con las habilidades aprendidas en todo aquel tiempo, dando pie a la exclusiva más importante de su carrera.

Aprovechando que poca gente conocía el rostro de Chuso, y que Eduardo aterrizó en la capital europea cuando él ya había vuelto a la redacción en Madrid, el periodista se hizo pasar por un lobbista de la soja y arregló varios encuentros con el europarlamentario español, de los cuales obtuvo al menos dos grandes titulares: el primero de ellos era que González estaba dispuesto a

votar contra las medidas ecologistas que prometían frenar a la mayor multinacional agroquímica, a cambio, eso sí, de medio millón de euros. La otra noticia que captó la cámara de Chuso era que las votaciones que impidieron la regulación de un internet libre estuvieron compradas por la oligarquía de las tecnológicas, y a Eduardo no le causaba pudor hablar abiertamente de ello.

—Le dediqué tres o cuatro meses a aquella investigación —dijo Chuso—, pero cuál fue mi sorpresa que, cuando le envié el artículo a mi jefe, después de conversar con abogados, me dijeron que aquello no saldría. No tenía ni idea de qué estaba pasando, ¡tenían todas las pruebas! Eran las once de la noche y yo ya estaba en mi casa cuando me dijeron eso. Me hicieron volver a la redacción para hablar del tema. Mi editor había montado en cólera. Me dijo que mis métodos eran mal periodismo y que no lo podíamos publicar en unas condiciones como aquellas, así que me dio la oportunidad de volver a rehacer el reportaje. En los días siguientes me reuní en distintas ocasiones con él para ver cómo podíamos reorientar el trabajo, pero entonces me di cuenta de que aquella información no vería la luz nunca: la escalada de agresividad entre mi jefe y yo volvió la comunicación imposible. Me pregunté por qué no me despedían, si mis criterios periodísticos diferían tanto de los de mi empresa; luego entendí que si no me despedían era justamente para que nadie supiese que mi medio se había comportado de aquella forma tan cobarde con un documento así.

—¿Cuál es el problema con el documento?

—En un medio digital donde tu negocio depende de tus buenas relaciones con las tecnológicas puedes disparar contra muchas cosas, pero no contra tu propia distribución. Si nos posicionábamos contra las oligarquías digitales, haciendo pública la compra de votos que había impedido el diseño de un internet libre que protegiese al usuario, entonces nos arriesgábamos a que nos

cerrasen la distribución de manera abrupta, lo que haría que las visitas al periódico menguaran, que a su vez haría que los beneficios cayesen, y que al final se traduciría en una cosa: despidos. Aquí es donde empezó el chantaje de la compañía: ¿qué iba a decir yo si mi jefe me amenazaba con que la publicación de un artículo mío desencadenaría varios despidos de compañeros? Había que ser muy egoísta para seguir discutiendo en esos términos; la empresa había preparado un laberinto para guiarme hasta ese punto de la discusión en el que el único comportamiento inmoral era el mío. Periodísticamente era una información muy valiosa, pero corporativamente nos comprometía.

A pesar de que Chuso tenía unas condiciones relativamente privilegiadas, estaba cansado de lo que hacía, había tocado techo en su periódico y aquello fue la gota que colmó el vaso: sus posibilidades de hacer un periodismo relevante se estrangulaban cuando frenaron la publicación de la exclusiva de su vida. Sin embargo, más allá del periódico, sus opciones eran limitadas, por no decir nulas: ¿podía publicar aquel documento en otro sitio? No: la cláusula de exclusividad que había firmado en su contrato se lo impedía. El director del periódico para el que Chuso trabajaba tenía una copia del vídeo, así que si aparecía en algún otro sitio sería fácil demostrar que el periodista estaba traicionando a su empresa. Tenía las manos atadas, salvo por un resquicio: el Partido Pirata.

La agrupación de hackers, cuyo programa priorizaba el internet libre y la denuncia de la vigilancia online, contaba con un buzón ciudadano al que usuarios anónimos podían enviar de forma encriptada documentos que considerasen de interés público. A efectos legales, un partido político no es un medio de comunicación, así que no le podrían denunciar por competencia desleal.

Con todo, el plan de Chuso seguía contemplando un problema: él mismo. Si



renunciaba a su trabajo para filtrar ese vídeo, ¿qué podría hacer?, ¿cómo se ganaría la vida? Chuso era un hombre divorciado, con deudas, un bebé y los gastos de quien se ha acostumbrado a vivir bien. Si aún no había renunciado en su periódico era por eso.

—Te cueles en mi casa haciéndome creer que quieres entrevistarme, me sacas este documento y ahora intentas que sienta pena por ti. ¿Qué estás haciendo?

—Parte de tu revolución —dijo Chuso— fue incorporar todos esos eslóganes contra el trabajo, capaces de conectar con todo el mundo. Mis fuentes en el partido dicen que el tándem perfecto que Eduardo y tú interpretáis no es tan idílico como parece, y que la cúpula está llena de oportunistas. No es difícil darse cuenta de que parte de vuestro discurso contra el trabajo está inspirado en tus propias experiencias. Digo esto porque tú, al igual que yo, conoces la impotencia de ser más competente que aquellos que mandan sobre ti, ¡si yo a ti hasta te votaría! Cualquiera que sea mínimamente observador sabe que aspiras a más poder del que tienes, ¿y sabes qué? Si yo filtro este documento, Eduardo dimitirá, tú serás el número uno del partido y en poco tiempo te convertirás en presidente del país. A cambio solo pido una cosa: consígueme un sitio al que escapar. Yo creo en ti y puedo hacer que ganes las elecciones, tu popularidad está por las nubes. Piénsatelo.

A continuación, Chuso dejó un pendrive sobre una estantería del salón y se marchó del dúplex de Lavapiés.

Quedaron en una banca de piedra de los jardines del Palais Royal, en París. Los amantes que allí se daban cita para pasear parecían tener una vida afectiva mucho más apasionada que la suya. Simón comía pipas con gesto nervioso. Lo que más parecía preocuparle a la pareja era la disyuntiva de Simón: ¿debía estimular la filtración de los documentos que tal vez acabarían con la carrera política de su jefe, o tenía que mostrar lealtad? En realidad, a Rania le daba un poco igual lo que hiciera, pero hacía días que Simón no era capaz de hablar de otra cosa y finalmente acabó contagiando su preocupación a su pareja.

—¿Tú qué harías en mi lugar? —preguntó él, que en realidad ya había tomado una decisión y solo buscaba confirmarla.

—Yo sería prudente. ¿Y si lo filtra y no dimite? ¿Y si lo filtra y no dimite y alguien descubre que tú apoyaste la filtración? Tu carrera política estaría muerta. Ten mucho cuidado.

Sonaba a amenaza. En verdad, Rania tampoco sabía bien de qué estaba hablando, o eso creyó Simón, que hizo como si no la hubiese escuchado.

—Tengo tanta hambre —dijo Simón cambiando de tema— que me comería seis ostras.

Una cosa que a Simón le gustaba de París era la posibilidad de silenciar las alertas de Twitter y poder caminar sin ser molestado: allí podía volver a su vida anterior a la política. Por supuesto, alguna gente le reconocía y se le quedaba mirando, pero solo se trataba de una minoría ilustrada, educada e

interesada en la política internacional, gente que nunca se paraba a vitorearle, a fotografiarse con él o a hacerle algún comentario presuntamente gracioso. En ese momento, alguien, quizá un turista español, se le quedó mirando más de lo debido. Simón escupió una cáscara de pipa mientras le miraba fijamente. El paseante apartó la vista a otro lado.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Rania, afeándole el comportamiento.

Es muy probable que a la cineasta le empezase a preocupar la posibilidad de que Simón, después de todo aquel tiempo quejándose de la enajenación de sus compañeros, empezase a perder la cabeza también. La tensión, los nervios... Sin embargo, era incapaz de expresárselo así. Los dos estaban bajo una insoportable campana de estrés.

—He estado pensando mucho —dijo Simón, evitando hablar de lo que acababa de hacer y retomando el tema de las filtraciones—, y no creo que esto tenga que ver con ambicionar más o menos poder, sino con el sentido de la responsabilidad de cada cual. Mira, hace un par de días comí con la tesorería del partido, ¿y sabes qué? Resulta que tenemos un apalancamiento financiero inaguantable. Si alguna de nuestras principales vías de financiación se detiene, estamos muertos. Hay gente al corriente de las cuentas que ya está hablando a las espaldas de que Eduardo está haciendo una inversión insostenible para esta campaña. Arriesga mucho más de lo que la realidad nos sugiere. La pregunta que debemos hacernos es lógica: si hace esto con el partido, ¿qué riesgos no correremos cuando esté al frente del país? Yo tengo miedo.

—Ya.

Simón comprendió la sequedad en la respuesta de Rania como un signo de desaprobación; en consecuencia, siguió argumentando:

—A veces soy extremadamente optimista y pienso que a lo mejor nosotros somos una burbuja, pero que el resto de los adversarios en realidad son más mediocres que nosotros, lo que justificaría nuestro liderazgo en las encuestas,

más allá de la suerte o no del momento. Pero no es suficiente. ¿Podemos dejar pasar esta situación si varios miembros del partido vemos que Eduardo no actúa con habilidad? No estoy tan seguro, no me parece ético. Y, en fin, el partido debería estar al servicio de las personas y nosotros al servicio de él. Últimamente, la dedicación del secretario general consiste solo en dar la cara, contar cosas bonitas al electorado y repartirnos los problemas entre sus subalternos. Creo que no es justo. Un buen líder debe ser el más clarividente y tenaz a la hora de resolver problemas.

—Un buen líder también es quien se rodea de los mejores para solucionar problemas.

—También, también.

Era como si le hablase a un confesionario. Respetaba la perspectiva de su oyente pero no paraba de ofrecer excusas.

—En el fondo —dijo Simón—, creo que el hecho de que aceptase dinero es lo de menos, pero ¿qué pasa si en lugar de espolpear yo la filtración, Chuso consigue otra vía de reflotar ese documento y al final todos nos estrellamos por culpa de Eduardo? Imagínate que la filtración saliese una semana antes de las elecciones. Al menos ahora tenemos tiempo para recomponernos. Al final todo se sabe. Nadie puede escapar a la verdad. Creo que es justo encarar este problema cuanto antes. Piensa en esto: imagina que un enfrentamiento con Chuso acaba haciendo que el periodista nos hunda a Eduardo y a mí en el mismo barco, ¿qué me dices?

—O sea —dijo Rania, un poco cansada ya de las explicaciones de Simón—, que vas a apoyar a Chuso con la filtración.

—Sí.

Tras pronunciar el monosílabo, a Simón se le puso una media sonrisa en la cara que quería decir que estaba completamente seguro de lo que estaba diciendo, y de que aquella era una decisión basada en la justicia y no en una

avaricia de poder fuera de control.

—De acuerdo —contestó Rania. La cineasta estaba muy molesta porque Simón ni siquiera hubiese escuchado las razones de su valoración negativa. A continuación, se levantó del banco; se sentía como si acabase de hacer algo malo y necesitara marcharse de allí—. ¿Vamos?

—Pero hay un pero —dijo Simón, que seguía firme como una roca, sentado aún en la banca mientras miraba en contrapicado a Rania.

—¿Qué?

—¿Tú crees que podrías conseguirle un trabajo a Chuso, algo que le permita dejar el periódico? —Simón no cambió un ápice el rostro. Sabía que estaba forzando demasiado la confianza de Rania, pero tenía que mostrarse firme en su estrategia—. Tómalo como un favor a mí, y no al periodista.

Rania no daba crédito a lo que estaba viendo. ¿Con quién estaba saliendo? ¿Qué clase de loco narcisista se comportaba así? Claro que ¿y si Simón estaba en lo cierto, y lo mejor para el partido y para todos era que apoyase las filtraciones? Aquella confusión le producía náuseas, ojalá nunca se hubiera metido en eso.

—Está bien —zanjó Rania, impostando sumisión—, le conseguiré un trabajo. Veremos a ver qué podemos hacer.

Seguidamente cogieron un taxi y Simón se dejó guiar por los deseos de Rania: estaba en deuda con ella y lo menos que podía hacer era complacerla el resto de la tarde. Viajaron hasta el distrito X y allí caminaron hasta Philippe le Libraire. La librería le encantó a Simón, que agradeció ardientemente que Rania le hubiese llevado allí. Lo que Simón no sabía es que aquel sitio era uno de los enclaves más frecuentados en su vida pasada con Djamel, una expareja de Rania. A la cineasta le gustaba crearse secretos.

Tras comprarse unos fanzines, Rania llevó a Simón al bar donde en el pasado se había emborrachado con Djamel. Aquel lugar le producía un cierto

cosquilleo a Rania, que no sabía cómo situarse ante la extraña sensación de estar replicando con su novio la felicidad que antes le había inculcado su excompañero, en un encuentro del que ni siquiera Simón tenía constancia. Sea como fuere, Rania estaba disfrutando de su secreto. Era como si Simón creyese que ella ya había olvidado la conversación en los jardines del Palais Royal horas antes, pero no era eso lo que pasaba.

—Univisión, Miami. Tengo un amigo en Estados Unidos que está armando un nuevo equipo de información para la cadena hispana con periodistas expatriados. Tú podrías ser uno de sus productores audiovisuales, lo que no debería entrar en conflicto con las cláusulas de tu contrato en el periódico. Has de tener en cuenta que pasarán unos tres o cuatro meses hasta que puedas incorporarte. Mientras, podéis resolver todo el papeleo de visados y demás historias. ¿Qué te parece?

Rania empezaba a entrenarse para su probable papel como primera dama. Estaba en el salón del dúplex de Lavapiés de Simón, junto con el candidato y Chuso Gavarras, que sostenía a su bebé de menos de un año. El periodista estaba nervioso.

—Joder. —Chuso chascó la lengua y luego resopló y se quedó mirando a su hijo, ajeno a todo lo que estaba pasando y con un rostro feliz mientras jugaba con una pieza de madera en forma de mono—. ¿Qué coño hago yo en Miami? ¿Y qué hago con este? —señalando a su hijo—. No lo veo nada claro.

Se debatía entre dos circunstancias a cual más desagradable: permanecer anclado en un trabajo que le deprimía una barbaridad y le dificultaba más y más el simple hecho de levantarse por las mañanas, o empezar una nueva vida y alejarse de su hijo en uno de los momentos en que más lo necesitaba, delegando así la educación de su bebé solo en su madre, de quien llevaba meses divorciado.

—Vaya desastre —añadió el periodista—. Cuando Juan nació, mi mujer y yo ya habíamos tomado la decisión de separarnos. Fue raro: estar ahí en el paritorio mirando a nuestro hijo y saber que Juan nunca tendría una familia unida. Muchas veces pensaba que toda esa mierda se habría ido si nos hubiésemos relacionado un poco más, pero en un momento dado dejamos de entendernos, y hasta ahora. El embarazo lo torció todo. Nos trajo a este bicho, al que amamos con locura, pero lo torció todo.

Chuso no le quitaba el ojo de encima a su hijo. No hablaba triste, sino con la misma dicción con que le contaría a Juan un cuento de buenas noches, aprovechando que el bebé no se enteraba de mucho. Le hizo una carantoña y le acarició las mejillas.

—Una cosa que puedes hacer —dijo Simón, desviando la conversación hacia aquello que a él le interesaba más— es estar un año y pico en Miami y luego volver a Madrid con Juan. Allí tendrás un buen sueldo y podrás venir con frecuencia. Pero, en fin, no quiero influir en tu decisión.

—No os preocupéis. Me voy a ir igualmente. Las elecciones serán tuyas. — Chuso agarró a su hijo y lo sacudió en el aire, haciendo que el bebé se carcajeara; todos rieron—. Sí que me gustaría haceros una pregunta.

—Dispara —dijo Simón.

—Cuando mi tiempo haya pasado en Miami, y vosotros seáis los líderes de este país, ¿tú crees que podremos colaborar de alguna forma?

Simón asintió. Conocía esa sensación de saber que siempre existe más poder y más dinero que codiciar.

—¿A qué te refieres?

—Tú conoces cuáles son mis principios como periodista: creo que la información debe ser un servicio público y de calidad, y también sabes que existe una cierta sintonía con los valores de tu partido. Todas estas cosas crean a mi parecer un escenario perfecto para la colaboración. A lo que voy es:



¿tienes algún nombre para dirigir la televisión pública cuando seas presidente?

Si Simón decía que no, existía la posibilidad de que Chuso rechazase la oferta de Univisión y se quedase en su puesto de siempre en Madrid: la voluntad periodística de contar la verdad de Eduardo a toda costa ya no parecía tan nítida, y la presencia de Juan era el pretexto perfecto. Si por el contrario decía que sí, también podía ser que luego Simón le traicionase y le dejase tirado, pero ¿cómo fiarse de un tipo como Chuso? El periodista venía de un medio que era conocido en la profesión por su capacidad para el chantaje. La cabecera para la que trabajaba se había hecho fuerte en internet gracias a su forma de negociar con algunas empresas del Ibex: cuando los periodistas conseguían información comprometedor, el medio utilizaba esos dossiers para presentarse en los despachos de las firmas y negociar la venta de espacios publicitarios. Si contrataban publicidad, podía ser que el medio revaluase el valor periodístico de la información y prescindiese de la publicación de esa historia; si, por el contrario, las empresas desestimaban colaborar con la cabecera, los periodistas podían ser capaces de hundir el valor bursátil de la compañía mucho más de lo que la firma perdería al invertir en ellos. Así pues, y con una escuela de periodismo como aquella, ¿qué podía esperar Simón de Chuso? Aparte: ¿podía ser que el periodista hubiese grabado todas las conversaciones mantenidas hasta la fecha? ¿Filtraría Chuso que Simón y Rania habían puesto todos los medios a su alcance para derrocar a Eduardo? ¿Y si solo estaba razonando como un paranoico? En cualquier caso, a Simón le empezaba a dar mala espina Chuso, a pesar de lo cual le necesitaba.

—Yo creo —dijo Simón— que tienes cualidades para liderar un puesto de responsabilidad.

—Eso no responde a mi pregunta. Lo que yo quiero saber es qué ocurrirá si

yo filtro la cinta y tú ganas las elecciones, ¿seré candidato a un puesto de responsabilidad en la televisión pública? ¿Me facilitarás el camino? ¿La dirigiré?

Era una buena pregunta, estupendamente formulada además para conseguir pruebas incriminatorias hacia Simón, en caso de que las cosas se torciesen. Antes de contestar, el candidato se quedó mirando a Juan: ¿podía ser que aquel bebé estuviera forrado de micrófonos? En fin, él solito se había metido en esto. Estaba encerrado.

—Sí —dijo Simón—, serás candidato. Tu impecable trayectoria periodística y dedicación te convierten en uno de los periodistas más hábiles de este país, la clase de nombre en quien confiar la información pública de todos los españoles.

Chuso soltó una carcajada.

—No hace falta que hables como si hubiera más gente en esta sala. A mí tu confianza me basta.

El comentario le pareció una insolencia a Simón, que se apresuró a corregirle:

—Voltaire denunció la intolerancia religiosa. Rousseau hizo una defensa de la libertad republicana. Víctor Hugo enarboló una diatriba contra el despotismo de Napoleón. Émile Zola pasó a la historia por su vindicación de la justicia en el caso Dreyfus. Beauvoir hizo una audaz argumentación de la emancipación de la mujer... Podría darte algunos cuantos casos más, pero si te he citado a todos estos nombres es porque quiero que sepas quién soy yo, un discípulo de los hijos de la Ilustración. Como ellos, yo llegué a la política por las ideas, y no por el poder, y sé que muchas veces la política no son debates de ideas. El debate más duro de la política es la coherencia contra el pragmatismo, una lucha que a menudo barre a quienes anteponen sus ideas a los resultados. Por lo que a mí respecta, yo soy parte de un partido que se dice

liberal pero que actúa en dirección contraria, y eso es algo que quiero cambiar. Si yo hago esto no es por lo que tú crees que lo estoy haciendo, sino porque cada vez que veo *La Liberté guidant le peuple* en el Louvre me emociono, y quiero que eso siga pasando hasta el fin de los tiempos. ¿Entiendes mejor ahora todo esto que está ocurriendo?

«Alerta roja en las filas demócratas», «Un escándalo de corrupción en el PD da un vuelco a la campaña», «De líderes indiscutibles a grave crisis interna: ¿dimitirá González?». . . En connivencia con Chuso, el Partido Pirata había elegido filtrar el vídeo en el momento en que la sociedad civil, la prensa y la clase política tenían las defensas más bajas. A las diez y media de la noche de un viernes, todas las aplicaciones de periódicos dejaban caer la notificación push en los teléfonos: un vídeo mostraba a Eduardo González durante su etapa como europarlamentario afirmando haber aceptado sobornos de una multinacional tecnológica. Muchos altos ejecutivos del partido recibieron la noticia en el peor momento posible: o bien estaban con sus parejas, o bien estaban emborrachándose con amigos, o bien solo estaban en pijama viendo algún reportaje en la tele o alguna película antigua. Sin embargo, aquella noticia solo podía significar una cosa: todos a sus filas, era urgente que volviesen a Sagasta y consensuaran una estrategia para gestionar aquella crisis, ahora que sus teléfonos empezaban a echar fuego ante las peticiones de entrevistas y declaraciones de decenas de periodistas. Lo que siguió a la filtración fue un fin de semana de caos y pánico, con un montón de intercambios de pareceres sobre cómo actuar en aquella circunstancia: ¿debían inventarse alguna excusa?, ¿seguir adelante en la campaña con independencia de la filtración...? Se supone que estos baches son más o menos habituales en campaña, pero ocurre que el electorado tiene memoria

corta y perdona rápido. Quizá no fuese para tanto. Por supuesto, no era la primera vez que una institución como el Partido de la Democracia se veía envuelta en un caso de corrupción, claro que la diferencia aquí era importante: nunca jamás en la historia del partido ningún secretario general, ni tampoco altos ejecutivos, se habían visto involucrados en una historia así de manera directa. La magnitud del escándalo tampoco era pequeña: aceptar aquellas cantidades de dinero era un gesto que también afeaba la labor de sus compañeros en Bruselas, que no le perdonarían un error así. A ello se sumaban las tensiones internas que el partido había experimentado recientemente, de manera que aquellos barones que en las últimas semanas habían considerado que los demócratas se encaminaban a una estrategia cada vez más arriesgada vieron ahí su oportunidad para hacer descabalgat a Eduardo González. Total: que eso fue lo que pasó. A última hora del fin de semana, el partido convocó una rueda de prensa a las nueve de la mañana del lunes; sería una comparecencia en la que primero hablaría Eduardo y luego Simón. Todo el continente tenía los ojos puestos en aquella intervención. En esas pocas horas el partido había recibido solicitudes de entrevista no solo de los sospechosos habituales, periodistas nacionales encargados de dar cobertura a los demócratas, sino también de toda clase de enviados especiales y corresponsales internacionales: *Der Spiegel*, *Corriere della Sera*, *Frankfurter Allgemeine*, *Le Monde*, *La Repubblica*, *Wall Street Journal*... Todos querían llevar a sus portadas el escándalo de González, que no solo tenía que ver con el futuro de España sino con uno de los grandes tabúes de la política comunitaria: el cabildeo en Bruselas. ¿Y qué decir de Simón? En aquel fin de semana dio las gracias a Dios, o a su propia naturaleza, por el hecho de que aunque su cuerpo hubiese somatizado los nervios de mil formas posibles, el estrés aún no se había abalanzado contra dos de sus más preciados bienes: su pelo y su sueño, así que cuando Simón volvió a su casa en

Lavapiés, a las once y media de la noche del domingo, cayó rendido de cansancio en cuestión de segundos. Pocas horas después se levantaría a seguir su rutina de todos los lunes: una carrera de diecisiete kilómetros casi en ayunas, antes de las siete de la mañana, que hacía que todo lo que siguiera después le pareciese pan comido. Pero la rueda de prensa que le esperaba era cualquier cosa menos pan comido.

—Sabed —dijo en un atril Simón delante de varias decenas de periodistas a eso de las 9.19 de la mañana, cuando Eduardo ya había dicho todo lo que tenía que decir— que no ha sido una decisión fácil: Eduardo cometió un error, como así lo ha reconocido él mismo, pero eso no quita que González haya sido un líder ejemplar. Yo lo siento como un padre, y creo que muchos de mis compañeros piensan igual. Si hemos llegado hasta aquí en la campaña ha sido gracias a él. Igualmente, yo se lo debo todo a su confianza. Eduardo volvió de Bruselas, tomó riesgos, modernizó el partido y priorizó una agenda difícil que ahora, con independencia de lo ocurrido este fin de semana, encabeza la intención de voto en España. Y eso también es algo que él y los electores saben: nosotros sabemos que en este partido, el Partido de la Democracia, las ideas están por encima de las personas. Eso significa que, a pesar del error personal de González, quienes continuamos aquí lo hacemos confiando en unos ideales por los cuales lo daremos todo. *Todo*. —Simón hizo una pausa dramática para observar bien a los periodistas: sentía el torrente de energía que estaba transmitiéndoles—. Siguiendo el protocolo que dictan las normas internas de nuestro partido, en adelante procederé a relevar a Eduardo González en la secretaría general del Partido de la Democracia. Igualmente, quiero aprovechar este momento para recordar a las españolas y a los españoles que el programa que presentamos a estas elecciones sigue su curso, implacable, que esta es una oportunidad única para mostrarnos unidos y coger aún más fuerzas, y que juntos haremos que este sea un estado del cual nos

sintamos orgullosos, satisfechos e ilusionados. Tengo la convicción de que vamos a ganar. España está de nuestro lado. En cuanto a los periodistas que habéis venido hasta aquí, quiero daros las gracias por el respeto que habéis mostrado a los miembros del partido y recordaros mi compromiso hacia vuestra labor: cualquier pregunta que en estos momentos tengáis será respondida. Muchas gracias.

Pregunta: ¿mentía el nuevo secretario general?, ¿acaso estaba siendo cínico al alabar el legado de la persona a la que acababa de apuñalar por la espalda? Rotundamente, no. Podía ser, como también les pasaba a muchos otros altos dirigentes, que tuviera numerosas opiniones negativas sobre el partido, pero en cualquier caso aquel era su partido y lo defendería a muerte ante cualquier extraño que pusiera en duda a sus compañeros. Simón tenía claro que los trapos sucios se lavan en casa, y que no iba a ceder ante los cantos de sirena de los adversarios que querían ver caer a Eduardo por motivos completamente distintos a los suyos, que eran motivos honorables, políticos y filosóficos. Era verdad que tenía una vaga preocupación ante la posibilidad de que alguien pudiera articular una pregunta que apuntase directamente a él, pero no lo haría, al menos no en ese momento: ninguno de los allí presentes sería tan pueril para interrogar abiertamente si Simón no celebraba el error personal de su compañero, y su consecuente ascensión a la secretaría general. Además, Simón seguía siendo el niño mimado de los medios: apuesto, carismático, buen orador y defensor de unos ideales ilustrados cuyas bases comunes sostenían muchas de las principales empresas editoras de este país.

Afortunadamente para Simón, el turno de preguntas fue bastante tibio y manejable. Al acabar, el nuevo secretario general se giró para saludar y dar las gracias con una sonrisa de admiración a su mentor, Eduardo, y luego volvió a mirar de frente a las cámaras, que no paraban de sonar, de hacer clic, de registrar su rostro ganador, la expresión del más que probable nuevo

presidente de España, alguien sin trayectoria política que hacía apenas un año estaba muerto de aburrimiento en la universidad, con una vida afectiva ruinoso, y que ahora, tras una sucesión de golpes de suerte y carambolas, estaba en el ojo del huracán, observado por toda la prensa internacional como posible salvador de las democracias liberales en tiempos de oscuridad, y emparejado y enamorado de una de las mujeres más reputadas de la filosofía ilustrada, moderna y laica. Clic, clic, clic. Las cámaras no paraban de fotografiar sus gestos, su cara, que pronto escondió su sonrisa porque sabía que ese no era el momento de sonreír aún, ahora solo podía exhibirse frío, como la clase de persona que era, alguien que lo tiene todo bajo control, que no hace aspavientos cuando las cosas, como pasaba entonces, se ponen feas. Clic, clic, clic. «Simón Soria, el héroe que salvó la democracia liberal»: el titular se proyectaba en letras enormes en su cabeza. Sabía que era un pensamiento megalómano, pero era gracias a esos pensamientos privados como había llegado a donde había llegado, y ahora no los iba a reprimir. Clic, clic, clic. En ese instante, Simón olía al fin, de cerca, el poder, que era una cosa que olía bastante bien, como a Chanel Égoïste, su fragancia favorita. Clic, clic, clic. Internamente, en su cabeza estaba sonando a todo volumen la banda sonora de *House of Cards*, un pensamiento que no le ruborizó, sino que le pareció divertido y justo. Clic, clic, clic.



En política, lo que menos cuenta es el programa. Las campañas no son más que guerras de carismas, que es por lo que los resultados electorales cambian: vale que una minoría de idealistas votan sin titubear a un partido por encima de sus personalidades, pero la famosa frase de Simón («las ideas por encima de las personas») es tramposa en términos efectivos; a la gente le seducen los rostros, y el de Simón era especialmente bello. Aquella campaña se desplegó como un juego de rol para niños, una especie de piedra, papel o tijera, en donde Simón se encontró con que de pronto podría barrer a sus contrincantes sin complicarse demasiado, o al menos sin necesidad de elevar la voz o dejar aparecer el más mínimo gesto de rabia, ira o impotencia en su rostro. Eran los Bulls de Jordan contra un equipo paralímpico de inuits. Y si no era de esta forma, así es como las cosas se vieron durante un tiempo. El espectáculo solo merecía la pena si se observaba con una cierta inclinación hacia el sadismo: la descompensación de habilidades hacía que la presencia del candidato de los demócratas se hubiese vuelto incómoda. ¿Qué estaba pasando en la política española? ¿Cómo podía ser que de pronto el tipo más rutilante en la historia reciente de las democracias fuese un desconocido? ¿De verdad era tan difícil encontrar un candidato que aportase sangre fresca e ideas nuevas a unas elecciones? Bueno, a veces estos milagros ocurren. Claro que todos sabían que nada es para siempre, y que solo había que esperar a poner la zancadilla en el momento adecuado.

Una de las muchas cosas que al partido le daba miedo con respecto a que Simón heredase la secretaría general era su relación con el electorado no urbano. Para la prensa del establishment, las redes sociales, los medios que leían los jóvenes y desde luego también para la televisión, Simón era el candidato perfecto. Pero ¿qué pasaría cuando un día se encontrara lejos de París y de la universidad, perdido en un mitin de Socuéllamos, Matalascañas o Barakaldo? ¿Qué conversación extraería alguien como Simón de un minero de la cuenca asturiana?, ¿y de un agricultor vitivinícola de Tomelloso?, ¿cuántos minutos de conversación podría soportar el candidato del Partido de la Democracia con una kelly de hotel, con una costurera subcontratada en una fábrica de zapatos de Elche o con una pensionista aquejada por alguna dolencia ósea crónica? A Simón nunca le habían seducido esa clase de baños de masas, y si entró en política fue para desempeñar un papel más táctico, menos visible, pero de pronto las circunstancias le empujaron a desenvolverse en ambientes que él siempre creyó hostiles, y al final lo hizo bien; francamente bien. El truco: daba la sensación de que Simón siempre estaba ligoteando con el electorado femenino, y estrechando vínculos de camaradería con el electorado masculino. Daba igual el escenario. Simón siempre salía retratado como si posara para una foto de perfil de una aplicación de citas. Igualmente, tú podías ser un votante machista perdido en algún páramo rural y veías a Simón y en efecto te podía causar desconfianza el exceso de tiempo que parecía que pasaba cuidándose a sí mismo, pero luego había una serie de fotos en las que podías ver a Simón boxeando, a Simón cortando troncos, a Simón bajando un rápido en un kayak en Euskadi, a Simón en un bosque de los Pirineos sin camiseta con aspecto de poder pelear a puñetazos con un oso... y entonces te empezaba a caer bien. Parecía un tipo que sabía beber y que sabía pelear. Tampoco costaba mucho imaginarlo con una botella de Soberano, Rioja o pacharán. Los más difíciles de convencer, eso sí, eran los hombres que

superaban los cincuenta y cinco: ¿cómo le iba a decir a gente que podía ser su padre que él iba a mandar sobre ellos? Para esa gente, la experiencia valía mucho, así que a Simón no le quedó otra opción que insistir machaconamente en la necesidad de subir pensiones para jubilados, y en la forma en que haría que las cuentas le cuadrasen.

Simón se dejaba llevar en la campaña. Tenía la sensación continua de que los ritmos, sobre todo cuando tenía que salir de Madrid y visitar varias localidades en un mismo día, acabarían con él, pero eso nunca pasaba. Le bastaban tres o cuatro horas de sueño y algunos cuantos medicamentos para recargar energías y las cuerdas vocales, y volver a los atriles a arengar a la población. Era verdad que algunos días no pasaba nada especial, y entonces se sentía un poco decepcionado: ¿podría darse el caso de que un candidato a La Moncloa se aburriese? Él quería creer que aquellos días en que ninguna tensión especial dificultaba sus rutinas eran un regalo de Dios para mantener la salud a raya. Eran jornadas en las que repetía el mismo discurso de ayer y sabía cuándo la gente se volvería loca y jalearía, escondiendo entre sus pertenencias las botellas de suero, las bebidas isotónicas y un montón de falsos alimentos químicos que le ayudaban a mantenerse en pie y a sumar votos con avaricia. Le encantaba volver al AVE o a la furgoneta y decir: «Lo tenemos». Y si el día tampoco había sido muy brillante, entonces le bastaba subir un autorretrato a su Instagram y experimentar una subida de autoestima en cuestión de segundos. Al poco rato sumaba cientos de interacciones y entonces Simón se ponía a curiosear por las vidas de la gente que lo seguía y le admiraba. Casi siempre era gente con vidas bastante aburridas, o sin los recursos suficientes para fingir que sus experiencias eran extraordinarias. La mayoría de las veces eran votantes sin ninguna luz especial en el rostro, mate y apagado, pero de vez en cuando aparecía un dulce rostro de mujer que le ponía contento. No olvidemos que Simón hacía lo que hacía para sentirse amado, y

había pocas cosas que le hicieran sentir mejor que la interacción digital de alguna chica magnética que reconociera simpatía por su proyecto político.

A veces, Simón se ponía a indagar por los perfiles de sus votantes femeninas y devolvía algunos cuantos likes, pero si ese día había tomado alguna bebida alcohólica podía ser que empezase a poner likes sin medida, casi como una provocación: ¿se atrevería alguien a afearle ese comportamiento? Luego estaba Eduardo, que seguía sin enterarse de nada y aún se llamaban casi cada día y le daba consejos y le guiaba. En momentos así, atravesando la península en un tren de alta velocidad, rodeado de asesores que creían que Simón estaba concentrado en lo suyo aunque la verdad es que estaba mirando Instagram y ninguneando los mensajes de Eduardo, el candidato se sentía capaz de gobernarles a todos.

—¿Tú sabes cómo va esto? —le preguntó Andrew a Simón mientras le señalaba los botones parpadeantes de una mesa controladora Pioneer—. ¿Lo has tocado alguna vez? Anímate, eres el protagonista.

Estaban en Pigalle, en un after insonorizado al que se accedía bajando por unas escaleras metálicas desde la cocina de una pizzería; debía haber unas setenta personas allí, la mayoría amigos de Rania, consciente de que si no hacían algo pronto, era probable que su relación se quebrase para siempre. Rania odiaba esto. Echaba de menos la libertad sexual que antecedió a Simón, pero ahora estaba enamorada y le dolía la idea de perderle, incluso aunque muchas veces su comportamiento le parecía cada vez más despreciable; lo mismo pasaba en el sentido contrario. No era un buen momento. Simón tenía la cabeza en algo más ambicioso que Rania y ella tenía la cabeza lejos de Simón. Una pregunta que los dos se estaban haciendo era si la campaña los estaba distanciando, o si por el contrario la campaña era solo una excusa para dejar caer la relación. Sea como fuere, las últimas encuestas daban a Simón una buena ventaja sobre su rival más inmediato. Y aunque Rania empezase a odiar la política, no podía sino alegrarse por la gesta de Simón. Habían decidido celebrarlo como les gustaba, en una fiesta en un local del distrito IX.

—Pues no sé —contestó Simón—, pero me gustaría probar.

Nadie prueba a manipular sin garantías la música de un sitio donde hay decenas de personas. Es un asunto importante, más aún para alguien tan

preocupado por sus apariencias como Simón. En otras palabras: no decía la verdad, sabía cómo funcionaba el dispositivo.

Durante una de sus estancias en París, Simón practicó sus habilidades musicales. Tenía un proyecto que nunca hizo público que consistía en sesiones de música techno sincronizada con proyecciones de pasajes poéticos que a él le gustaban: Zaratustra, el Libro Tibetano de los Muertos, Anne Carson, Houellebecq... Para él, la superposición de dos lenguajes abstractos y líricos tenía sentido. Aunque la idea no trascendió, Simón pudo haberla hecho girar sin muchas dificultades por distintos centros de arte o cultura contemporánea. Finalmente, los requerimientos de la tesis lo apartaron del espectáculo.

En realidad, a Simón se le daba bien pinchar: nadie notó la diferencia cuando se hizo al mando de los platos y se dejó llevar por las combinaciones entre las miles de canciones bailables que recordaba. Puede que cuando tuvo la idea de aquel show no lo supiese, pero aquella afición por la mezcla de música compartía una cosa clara con la política: su deseo de llevar a la gente al trance, de desencadenar tormentas de serotonina, de hacer que la gente ame, y con ello dejarse amar él. Cuando iba a visitar un astillero y se ponía a hablar con los trabajadores y al final de la reunión la gente expresaba su deseo de hacerlo presidente, pasaba lo mismo que en estos momentos, cuando los asistentes a la fiesta se tocaban entre sí, caían introspectivos en sus propios pensamientos o simplemente sentían cosas que hasta entonces les eran ajenas.

¿Cómo te debes sentir cuando sabes que vas a ganar unas elecciones, que no tienes ni cuarenta años, que eres guapo y brillante y que la gente levita cuando está a tu lado, ahora que es madrugada en París y sueltas una canción de Laurent Garnier que todo el mundo conoce?

Poco a poco, la gente empezó a darse cuenta: el tipo que estaba pinchando no era uno más, era el candidato a la presidencia del gobierno español. Muchos empezaron a sacar sus teléfonos para grabar aquel instante de éxtasis,

pero Simón ni se inmutó: solo se quitó los auriculares y se puso a bailar delante de todo el mundo, un poco con la misma soltura, desvergüenza y confianza de quien deja correr su oratoria en la ducha, en silencio. Le daba igual que le vieran porque Simón no tenía nada que esconder: allí era blanco, puro y cristalino; agua bendita. A su favor jugaba que bailaba bien. Cuando era más joven y estaba en la universidad le daba vergüenza salir a discotecas porque tenía un cuerpo esmirriado y poca confianza en sí mismo: entonces creía que su vida debía consistir en una perenne experiencia monástica dentro de una biblioteca. Con el tiempo se hizo hombre y le gustaba dar visibilidad a su cuerpo. Los movimientos en la pista eran una buena expresión de su suntuosidad.

A Simón le salió una buena mezcla y lo celebró prendiéndose un habano colombiano, a pesar de que el ambiente allí se estaba volviendo irrespirable. ¿Cómo podía ser que la policía no se presentase a desalojar aquello? Fumando, Simón se detuvo a pensar. Se vio a sí mismo impartiendo clase, aumentando el share en los debates políticos televisados, ilusionando a mujeres sin recursos, electrificando los cuerpos de jóvenes que se consumían en la noche de París...

—¿Simón?

*Jo-der.*

Era Magalí, que iba acompañada de Ivanka. ¿Cómo olvidarse de Magalí?

Magalí había sido uno de sus ligues de una noche en París en una de sus estancias de estudiante. Era la chica con la que se había acostado antes de conocer la desaparición de su eterna adversaria política, Anna-Marie Salzedo. La conoció de casualidad y la recordaba como un amor de juventud.

—Se te da bien —añadió Magalí, señalando el juguete de Pioneer.

De pronto Simón dudó: ¿cómo se supone que debía comportarse con ella?, ¿de qué habían hablado cuando se acostaron? Existía la posibilidad de que

Magalí supiese que estaba comprometido, pero es que cuando tuvieron el lío, él estaba aún saliendo con Elia. Si Magalí veía a Rania, ¿pensaría que fue a ella a quien engañó? ¿Debían fingir que no se conocían?

—¿Quién eres? —contestó Simón—. Tu cara me suena.

Magalí no sabía si Simón bromeaba o no. Cuando el candidato a la presidencia vio que su interlocutora tenía un brillo de decepción en el rostro, se apresuró a rectificar:

—¡Ya sé! —dijo—. Yo te he visto en la prensa musical. Tú tienes un grupo de rap, ¿no?

Cuando se conocieron en un concierto, Magalí se había presentado en su momento a Simón como artista, aunque él desdeñó por completo el calificativo. Meses después, el entonces profesor se encontró el rostro de Magalí en una publicación cultural.

A Magalí le agradó el comentario y desapareció entre la multitud; presuponía que Simón estaba atareado.

—¡Andrew! —dijo Simón al cabo de un rato—. Estoy un poco cansado, ¿me puedes sustituir?

El candidato atravesó la sala evitando el contacto visual con Rania, que estaba entretenida hablando con chicos y chicas. Simón preguntó a Ivanka si había visto a Magalí y la amiga de Rania le indicó que había salido a tomar aire fresco. El candidato subió las escaleras y salió al exterior. A Magalí la encontró fumando sola un par de esquinas más allá.

Simón se acercó y le pidió un cigarro. Sentía que en todo ese tiempo la atracción erótica no se había disipado. Durante los cuatro minutos que le duró el cigarro, Simón se esforzó en no dejar ningún silencio incómodo. Creía que Magalí era igualmente cómplice con sus deseos.

Al acabar el cigarro, Simón se abalanzó sobre Magalí, que se apartó rápidamente.



¿Le producía rechazo el candidato?, ¿acaso había malinterpretado él sus gestos?, ¿sentía Magalí la misma atracción pero consideraba un riesgo liarse con Simón delante de su novia?, ¿o era simplemente que estaba siendo educada? Fuese cual fuese la respuesta, uno de los asistentes a la fiesta grabó lo ocurrido con su teléfono. Esa misma noche, el vídeo estaba colgado en YouTube: «Candidato a Presidente Recibe una Cobra de una Desconocida». Ni que decir tiene que esa mañana las ediciones digitales de muchos medios europeos abrieron sus portadas con aquel vídeo lamentable.

IV

LA SEXTAPE

Una vez a Simón lo invitaron a un congreso de pensamiento e ideas en Bogotá. Allí, empresarios, filósofos, publicistas o tecnólogos exponían sus últimas averiguaciones, un poco como si aquello fuera un festival de Ted Talks. Fueron tres días de gozo y plenitud. Al profesor le habían alquilado una habitación en un hotel de lujo de la Zona Rosa y allí descubrió que la noche valía un millón de pesos, que era bastante más que el salario mínimo nacional. Le costó creerse que un tipo como él pudiera reunir a varios cientos de personas para una charla sobre ciencias políticas, pero aquello era Latinoamérica y la gente no comprendía la razón por la cual los europeos se mostraban siempre tan estirados, tan difíciles de sorprender, tan antipáticos. A diferencia de Europa, en taxis, Uber y servicios de transporte del hotel nunca se escuchaban las noticias; solo música que hablaba de follar, y eso le gustaba. En esos días visitó el Andrés Carne de Res de Bogotá y algunas cuantas librerías, comió unas arepas de queso en la zona alta y también un repugnante menú vegetariano en un sitio de comida rápida italiana junto al congreso; en las carreras de una hora que separaban su hotel de La Candelaria y su hotel del palacio de congresos habló con algunos cuantos conductores, y uno de ellos le contó sus aventuras con unos iraníes que le preguntaron dónde conseguir mujeres paisas antes de empezar su Ramadán, y también le habló sobre la noche en que se hizo amigo de Nicki Minaj y dos cantantes de reggaetón que lo invitaron a unirse a su orgía, que amablemente declinó. Aunque Simón no se creía nada de

todo lo que aquel conductor le contaba, consideró que su narración bien valía una propina.

El congreso celebraba su cierre en un bar de reggaetón de la Zona T, donde le presentaron a Antonio, un madrileño que trabajaba en el servicio de ventas de Google y que había pedido el traslado voluntario a Colombia.

—Todo el mundo se quiere ir a Mountain View, a Tokio, a Londres... pero ¿sabes qué? —le dijo el tipo de Google a la segunda cerveza—. Son ciudades *la hossssstia* de caras y al final uno siempre tiene una relación de amor-odio con la ciudad en la que vive. En Londres o en Nueva York no te comes una mierda, pero aquí tú vienes y eres el rey.

Antonio era, y no era, el típico chulo de Madrid: vestía como visten ellos pero al mismo tiempo hacía bromas sobre sus compañeros de Esade. Tenía el nervio y la ambición que precisan las nuevas tecnologías; lo necesario para pagar un loft para él solo cerca de las oficinas de su multinacional tecnológica. Su sentido del humor era muy masculino e incluía bromas sobre las secretarías novatas de su empresa, pero en cualquier caso era imposible que no te rieras con él. Congeniaron rápido. Tampoco tardaron en ponerse a hablar de lo importante:

—Lo que tienes que saber de las mujeres bogotanas —le dijo Antonio— es que están locas. ¡Y son ellas las que vienen a por ti, y no al revés! El problema que tenemos nosotros los españoles es que no podemos competir con la forma de bailar de los colombianos. Esta gente no tiene articulaciones, ¿tú lo has visto? Por eso lo mejor que puedes hacer es decirles que te enseñen a bailar, que eres europeo y que te gustaría saber algo. Les pone muy... ¡bufff! De todas formas es importante que sepas que la tasa de conversión en la primera noche es cero. Ninguna quiere follar en la primera noche. Evidentemente, si te vas trabajando a una por día, al cabo de un mes tienes un buen portfolio. ¿A tu mujer no le preocupa que salgas de fiesta en Bogotá?

—Lo que pasa en Bogotá, se queda en Bogotá —dijo Simón, chocando su Club Colombia con el vidrio de Antonio.

—Eso está muy bien. Vamos al tema.

Compraron una botella de aguardiente y continuaron hablando de mujeres. Al cuarto trago, Simón perdió la vergüenza y se puso a hacer como que seguía el ritmo de la música. Varias canciones después, dos chicas se le acercaron bailando, una delante y otra detrás. Debían tener veinticinco o veintiséis años y habían asistido a su conferencia.

—¿Cómo se siente al tener a dos bogotanas perreándote? —le dijo la que tenía delante.

—Bien, bien —contestó Simón, como si fuera lo más normal del mundo para él, mientras recordaba las palabras de Antonio y asimilaba que aquello solo era juego, y que no ocurriría nada.

Annie, como se llamaba la chica que había tomado la iniciativa, cogió su mano, le tocó la cara y se lo llevó por toda la pista. Le contó que había sabido de su obra pocos días antes, cuando se enteró de que venía al congreso, y entonces se puso a leer artículos suyos y descubrió que le gustaba su trabajo. Ella también quería ser profesora. El volumen de la música tampoco permitía mucha conversación, así que Simón y Annie intercambiaron algunas preguntas sencillas mientras bailaban: «¿Vives por aquí?», «¿Qué es lo que más te gusta de Bogotá?», «¿Has estado alguna vez en Europa?», «¿Ron o aguardiente?», etcétera, etcétera. Probablemente Simón estaba demasiado bebido para procesar todo aquello y darse cuenta de que esa era la clase de fantasía predecible que le servía de inspiración en los momentos más deprimidos de su ser: un profesor universitario hastiado de su trabajo aparece un día en un país con un PIB más bajo que el suyo y es aplaudido por dos chicas jóvenes que admiran su pensamiento. Los dos continuaron bailando, si bien nunca llegaron a besarse, ni siquiera las mejillas. Se sonrieron un buen rato y eso ya era

suficiente.

Cuando ya había cogido confianza y el aguardiente se le había metido en la cabeza, Simón tocó amistosamente el hombro de Annie, un poco a la manera en que todos los bogotanos se toqueteaban entre sí (varios colombianos le habían dicho que los españoles destacaban por su trato distanciado y frío). Pero al poco rato ella se marchó con su amiga. Para entonces, Antonio también había desaparecido y sus opciones de seguir perreando eran nulas. La gente del congreso le compró unos cigarrillos y se lo llevó al hotel, en cuya puerta lo aparcaron como una bolsa de basura en un contenedor, un domingo por la noche, triste, triste.

Al día siguiente Simón despertó con un dolor de cabeza como no había sufrido en años. Tenía sentimientos encontrados. Por un lado, todavía estaba excitado por el encuentro con Annie. Se sentía encantado con la anécdota. A su vez le preocupaba haberse comportado descortésmente con ella. No obstante, en ningún momento sintió que a la gente del congreso le pareciese feo lo que estaba haciendo; es más, a ratos incluso sintió que Annie hubiese sido una especie de animalillo sacrificado en honor del intelectual europeo, con la complicidad de todas las partes, satisfechas al ver a su invitado disfrutar de los divertimentos latinoamericanos. Era un pensamiento patético, pero realmente lo había sentido así. Simón se recordaba completamente ebrio tratando de pagarle una copa a Annie con un billete de 2.000 pesos, diez veces menos que el coste real de la consumición (imaginemos a alguien en España tratando de pagar un gin-tonic con 50 céntimos de euro); mientras, los organizadores le preguntaban serviciales si necesitaba algo, es decir, dinero, y él decía que no, que todo estaba de puta madre.

A ello se añadió el hecho de que Simón no lograba recordar con nitidez el rostro de Annie: sabía que era una chica muy guapa y pequeña pero no lograba adivinar sus facciones. El aguardiente había borrado su cara.

Horas más tarde, el rostro de Annie apareció en su teléfono a través de un mensaje de WhatsApp:

«Espero que hayas tenido un muy lindo resto de noche. Un gusto conocerte».

Le alivió saber que Annie no estaba enfadada, que estaba bien. Realmente había sido muy simpática y deseaba lo mejor para ella. En cuanto al mensaje, dudó si debía borrarlo o no ante la perspectiva de que su mujer lo leyese, pero ¿por qué debía hacerlo? Solo era un mensaje de cortesía, educado y cordial, nadie podía haber adivinado que hubiese ocurrido algo extraño a decir de ese mensaje; es más, si alguien sospechaba, ¿qué? Había sido Annie quien se había acercado a bailar con Simón, ¿se suponía que debía haber salido huyendo despavorido? ¿Se sentiría acaso dolido Simón si supiera que su pareja había hecho lo mismo con un par de bailarines colombianos? En realidad no mucho, esas cosas pasaban, la vida es así. Dejó entonces Simón el mensaje ahí como recuerdo de la noche en que dos mujeres le perrearón en un antro de Bogotá, y luego se marchó a dormir solo a su hotel de lujo.

A Madrid llegó con gripe. Había sufrido un vuelo de once horas terrorífico, aún experimentando los efectos del aguardiente en la conciencia y una espantosa inflamación de garganta. No logró conciliar el sueño en el avión. Cuando activó el teléfono, se encontró con un nuevo mensaje de Annie que había sido enviado mientras él atravesaba el Atlántico.

«Ya te fuiste? Hay fiesta esta noche. Por si quieres ir :)»

Y él:

«Annie! Me habría encantado, pero justo acabo de aterrizar en Madrid. Nos vemos en la próxima. Te mando un beso».

«Ay —se despidió ella—, te deseo lo mejor, un abrazo.»

A continuación ella añadió un par de emoticonos de besitos y eso fue todo.

Enigma: ¿qué diferenciaba la anécdota de Magalí en París de aquella otra con Annie en Bogotá? Con sus parejas, Simón había establecido un contrato

moral sobre la seducción y el adulterio que seguía las mismas normas que el consumo de pornografía en cualquier relación actual: si la acción ocurre en privado y no influye en el funcionamiento de la convivencia, entonces no hay problema en que alguno de los dos miembros flirtee, o tenga relaciones sexuales reales, o fantasías, con un tercero, pero si por el contrario la acción es pública, las cosas cambian. Y eso es lo que le ocurrió a Simón, a quien Rania notificó la ruptura total a través de un mensaje al ver el vídeo a la mañana siguiente, cuando el metraje ya se había viralizado y Simón estaba montado en un RER de camino a Charles de Gaulle. El candidato trató de contactarla telefónicamente en cuarenta y siete ocasiones, en vano. Paralelamente, el teléfono de Simón se llenó de correos, llamadas y mensajes de gente del partido. Había hecho la clase de cosa que puede desestabilizar por completo una elección. Demasiados puestos de trabajo pendían de un hilo solo por el hecho de que a Simón le hubiese parecido buena idea besar a alguien que no era su pareja.

«Simón —leyó el candidato cuando activó otra vez los datos al aterrizar en Madrid—, Rania acaba de anunciarme que cancela cualquier colaboración laboral conmigo. Llámame. Es urgente.»

Se trataba de Chuso Gavarras.

Nada más cruzar la pasarela de embarque en Barajas, Simón se encerró en un baño de minusválidos y marcó el teléfono del periodista.

—No sé nada más que lo que te acabo de decir —le contó el periodista a Simón en un tono moderado pero contundente—, lo que sé, lo sé porque tu novia, o tu exnovia, o lo que sea ahora, me acaba de mandar un mensaje. Te doy veinticuatro horas para que arregles esto, Simón. Hipotequé mi vida por ayudarte. Si no estás conmigo, estás contra mí.

Simón intuía lo que podía significar tener en su contra a Chuso Gavarras.

—Lo arreglaré —le prometió el candidato—, pero voy a necesitar algo más



de veinticuatro horas. Tú confía en mí.

Mentía, claro, era imposible arreglar nada. Lo mejor es que Chuso probablemente ya era consciente de ello y por eso ya estaba trabajando en una solución. A Simón no le quedaban contactos con que parchear la comprensible decisión de Rania de no allanar su camino hacia la presidencia. Sin Rania, él ya no tenía intermediarios con que beneficiar a Chuso. Pensó que ya se le ocurriría algo.

Alguien debió dar el chivatazo de que Simón se encontraba en un vuelo París-Madrid porque a la salida de Barajas le esperaba un grupo de periodistas, todos ellos interesados en su famoso viral con Magalí. El político salió caminando de allí como quien escapa de un paisaje de cascotes y ramas ardiendo, sin quitarse los auriculares y las gafas oscuras y con un pretendido aire de suficiencia. A decir por su cara, casi daba la sensación de que alguien le estuviese echando piropos y felicitaciones inesperadas, y no una batería de preguntas relacionadas con el escándalo que había supuesto la presencia de un vídeo suyo en la red.

—Muy amables —dijo, sin escuchar las preguntas—, gracias a todos por esta cálida bienvenida.

Se metió en el primer taxi que pasó por ahí.

Mientras una parte importante de la derecha censuraba el comportamiento de Simón, la izquierda, acostumbrada como está a fagocitarse a sí misma, se dividía entre quienes aseguraban que la acción del candidato era una constatación de su machismo y quienes decían haber experimentado situaciones similares y explicaban que un acoso real habría sido que él hubiese insistido en besarla, sabiendo su desinterés; pero no era el caso: cuando Magalí le rechazó, Simón no volvió a intentarlo. ¿Había entonces algo malo en tomar la iniciativa para besar a una mujer? No. ¿Era lícito usar la vida privada de un candidato para deslegitimarlo? No de esa forma. De

pronto, una parte importante de sus defensores eran votantes intencionales de sus oponentes por la izquierda. La mayoría de los candidatos de partidos de izquierda también rechazaron pronunciarse sobre la anécdota. Era un tema delicado.

Rania le había bloqueado las llamadas, le había bloqueado los correos electrónicos y se había atrincherado en un escondite al que Simón no podía acceder. Igualmente, todos los amigos en común de ambos que eran susceptibles de ser contactados por el candidato habían recibido órdenes de no facilitarle ninguna pista sobre su paradero. Él confiaba en que pronto se le pasaría, pero a la vez se iba haciendo a la idea de que el final de la campaña lo atravesaría solo, sin apoyo moral de nadie y convertido en la burla del mundo entero. Ocurría que prensa internacional que había soslayado las elecciones españolas de pronto puso su foco aquí por las peripecias de Simón, convertido en el político favorito de las ondas catódicas y las radiofrecuencias planetarias. ¿Sería capaz de aguantar la presión de los últimos días y estar a la altura de las circunstancias, teniendo la cabeza en otra parte? Dios, cómo le costaba concentrarse en la actualidad, o expresar un mínimo de interés en los problemas sociales. Sabía, al mismo tiempo, que esa era la situación de la mayoría de la gente que tenía que votarle. Poca gente cuenta con las circunstancias éticas y materiales suficientes para que lo primero que les importe sean los demás, lo colectivo y lo social. Quizá eso le ayudase a comprender mejor a sus votantes potenciales. Si conseguía reunir algunos pocos minutos al día para purgar sus penas, tal vez llegase a la meta; si no, su única posibilidad sería rendirse. El ridículo sería catastrófico, pero no estaba dispuesto a comprometerse con una tarea para la cual necesitaba entregarse casi en su totalidad.

Un recuerdo de la infancia que vino a su mente era el de cuando veía por la tele imágenes de narcotraficantes detenidos y siempre se preguntaba si a esa

gente le merecía la pena arriesgarlo todo y vivir algunos años de su vida a todo gas, sabiendo que algún día acabarían muertos, o en la cárcel, y entonces todo se desvanecería. De pronto, ahora Simón se encontraba con una vida muy parecida: con las puntas de los dedos acariciaba el poder en mayúsculas, y lo hacía a una edad muchísimo más temprana que la media de los presidentes españoles, pero a la vez Simón estaba muy cerca de ver de pronto bloqueadas todas sus posibilidades afectivas y profesionales en el medio y largo plazo. Con todo, confiaba en una cierta solidaridad dentro del partido.

Era de justicia reconocer que la mayoría de los altos mandos del Partido de la Democracia se afiliaron a la formación movidos por sus principios. Con el tiempo, se dieron cuenta de que sus márgenes de maniobra para cambiar el mundo eran mucho menores a sus expectativas. Sin embargo, si perseveraron fue por dos cosas: la primera es que simplemente no había otro trabajo que pudieran desempeñar mejor; la segunda es que con la política se lo pasaban bien, a pesar de las complicaciones rutinarias. Por eso, decir que el Partido de la Democracia no era más que un nido de escorpiones solo es una simplificación de la realidad: aguantar aquello solo por el dinero era imposible. De Simón podía decirse también que aún no había tenido tiempo suficiente para quemarse como sus compañeros, pero sí era verdad que de puertas adentro lo que más veía eran caras largas, y gente más motivada en conseguir mejores cargos y mantener sus privilegios que en cambiar el mundo, incluso aunque no renunciasen a ello.

¿Y qué había de las relaciones de Simón con el partido ahora que se había convertido en el número uno de las listas, y estaba en el ojo del huracán?

De una parte tenía a sus otros compañeros de lista, casi todos madurados en el ala liberal del partido que había ganado el último congreso. Para ellos, el pensamiento de Simón estaba demasiado a la izquierda; su conducta, a su juicio, rayaba lo kamikaze. Les parecía demasiado joven para enfrentarse a la

tarea que le había sido encomendada, pero al mismo tiempo reconocían que la frescura de Simón les permitiría llegar a donde por otras vías les habría resultado imposible. Recelaban mucho de él y eso es algo que el candidato sabía. Informantes no le faltaban.

—No les voy a engañar —dijo una vez Simón en una mesa redonda de Sagasta junto a los primeros quince cabezas de lista—, sé que yo no soy el candidato favorito de muchos de ustedes, pero tampoco es algo de lo que me avergüence. Imaginen una mesa de pinball gigante por cuyas paredes rebotan decenas de bolas imantadas: a veces, algunas cuantas bolas se unen, y en otras ocasiones se repelen. Depende de la gravedad y depende de los movimientos de la mesa. Pues bien, una gran empresa, una institución o un partido como este funcionan así. Entiendo perfectamente que hablen mal de mí a mis espaldas, pero ahora no les queda más remedio que aliarse conmigo. Estamos a punto de hacernos con el control del país, y para eso yo soy su hombre.

En relación con los grandes barones del partido, Simón solía decir que su día a día consistía en hacer negocios y complots, es decir, aliarse con unos para socavar el poder de otros, sin que estos otros se sintieran agraviados, siempre con políticas blandas, pero horadando y ganando terreno poco a poco. Sus compañeros de lista, por lo demás, no podían hacer nada ya salvo fingir un matrimonio de conveniencia con el líder, y esperar a que pasaran las elecciones para expulsarle.

La otra gente con que Simón se relacionaba en el partido era su equipo: chicos idealistas un poco más jóvenes que él que veneraban sus ideas, lo consideraban un buen modelo a seguir y nunca se les pasaba por la cabeza la sola idea de saltarse a Simón con pértiga para llegar más lejos. Eran la gente que trabajaba con él la prensa, que le ayudaban en los discursos, o que le informaban de lo que se hablaba en internet. Hacia este equipo suyo, Simón tenía un verdadero apego. Se habían convertido en una fuente constante de

inspiración: sencillamente, no podía defraudarles, y para eso era crucial mantener la burbuja a flote, y de ahí que el hecho de que toda la prensa internacional y todo el mundo en España estuviera atento a lo que había ocurrido con Magalí casi fuese una buena noticia, incluso.

«Tendrás la cabeza a mil cosas ahora —le escribió por WhatsApp uno de los chicos de su equipo—, pero yo creo que esto te beneficiará. Fuerza, no has hecho nada malo.»

Desde que una vez alguien descubrió que el genio político de Eduardo González era, en verdad, él, no había noche en que Simón no consultara las nuevas entradas que Google arrojaba sobre su nombre. Si no aprovechaba el momento, la historia le pasaría por delante, y ahora, la noche siguiente al asunto con Magalí, había llegado el momento en que sus búsquedas en Google estaban más arriba. Tenía la fama que quería, pero no era tan fácil desprenderse de sus inquietudes emocionales.

Una cosa que en su historial afectivo era inédita, pero que tras su ruptura comenzó a experimentar, era que sus mejores momentos con Elia y con Rania se trenzaban como moléculas de ADN. Era la identidad de la memoria mutando hacia otro ser.

Ahí estaban, por ejemplo, Simón y Elia en París. Celebraban el treinta cumpleaños de ella paseando por las tiendas de lujo de los Campos Elíseos, cuando de pronto él la persuadió para dirigirse al boulevard de la Madeleine, donde cogidos de la mano entraron a un Kenzo, y allí Simón la guio con determinación hacia un maniquí, un poco como si se tratara de la única pintura válida en la sala de un museo. Se trataba de su regalo de cumpleaños, el primero de una pequeña colección de vestidos de Kenzo que ese día inauguraba. Esa noche la pasaron en el Plaza Athénée, un cinco estrellas desde cuyos balcones se divisa la Torre Eiffel. Por primera vez en mucho tiempo, sentía que estaba disfrutando del hecho de acostarse con la persona a la que

amaba. Lo normal era disfrutar de las relaciones con gente a la que no amaba —sus líos en viajes, por ejemplo—, o acostarse con la mujer que de verdad quería, aunque pensase en otras mujeres durante el sexo. La imagen que una y otra vez le rebotaba en su cabeza de aquel día era ellos dos metiéndose en un taxi parisino con un montón de bolsas enormes de Kenzo, Fila, The Kooples, Cos y Chanel.

En otra estampa, un domingo cualquiera, Rania y Simón se despertaban pronto. Lo que ninguno de los dos sabía es que ese día conseguirían batir su récord histórico de siestas: tres en total; dos antes de comer —una a las diez de la mañana y otra a las dos—, y una tercera a las cuatro. Estaban muy orgullosos de su hazaña.

En la época en que Simón se había marchado a París a acabar un libro, el profesor empezó a inventarse dispositivos con que parchear su déficit amoroso. Una de sus estrategias consistía en las visitas solitarias a museos, donde siempre había chicas que deambulaban por las salas. Para eso, el Pompidou era su lugar favorito: allí iban estudiantes de Bellas Artes interesadas por la modernidad, distraídas entre trabajos de Kandinsky, Dix y Delaunay. Lo que comprobó de aquellas visitas es que a las exposiciones temporales solía ir gente menos interesante que a la permanente, donde acudían visitantes que ya conocían bien el museo y no lo profanaban de una manera ordinaria, ya fuesen turistas, o bien núcleos familiares sin mucho interés por el arte contemporáneo más que aquel despertado por un afiche publicitario en algún restaurante inflacionista. Evidentemente, entre las chicas solitarias y Simón nunca se produciría ningún romance. Lo único que a Simón le atraía es ese momento en que su mirada se cruzaba con la de alguna paseante, los dos pensaban aparentemente en lo mismo durante un parpadeo y luego seguían su camino y nunca más se volvían a encontrar, un instante amplificado por mil en una exhibición de Marina Abramović donde *The Artist*

*Is Present* era recreado entre asistentes, dos desconocidos unidos por su afición al arte contemporáneo mirándose en silencio, pensando en todo lo que les unía, y en lo que les podría unir. Ese pequeño vuelco al corazón, sostenía el intelectual francés, bien valía el precio de la entrada. (Paréntesis: fue en esa época, por cierto, cuando Simón se aficionó a comprar mobiliario en la tienda del Pompidou, más o menos al ritmo de una pieza cada dos o tres años, lo suficiente para aportar un distintivo a su residencia. De ahí salió su lámpara Jeeves con forma de bombín de Magritte firmada por Jake Phipps, o la chaise Diatom de aluminio de Ross Lovegrove. Las dos cosas le costaron un dinerito.)

Otra tarde en que los dos tenían antojos de dulces, Simón y Rania se pusieron a comer trufas de chocolate en el apartamento de ella como si fueran galletas de mantequilla. Les gustaba eso y también les gustaba comprar botellas de Hibiki a pares por Amazon, en lugar de acercarse a una buena licorería, como el producto parecía exigir. Había algo placentero en consumir el lujo como un par de cerdos que rumian bellotas de la cochiguera.

Uno de los mayores consensos que existían en el espacio de convivencia que Simón y Elia habitaban era el hecho de que el mejor queso que jamás habían probado pertenecía a un restaurante del centro de Niza. Se trataba de un restaurante muy frecuentado cuyas mesas se encontraban en una bodega en el sótano de la construcción. Los camareros iban tan deprisa que claramente estaban drogados. Al día siguiente de su primera experiencia en el bistró, los dos tuvieron un recuerdo demasiado bueno de la noche. Era como: «¿De verdad fue tan excepcional?». Pero si normalmente esta clase de recuerdos suele diluirse con el tiempo en la memoria, pasados unos meses Elia y Simón seguían convencidos de que el mejor queso que jamás habían comido fue en Niza, de manera que decidieron volver. Una vez allí dentro temieron que repetir la misma cena que comieron meses atrás fuese un jarro de agua fría para sus recuerdos. Afortunadamente, no fue así. El mejor queso del mundo,

concluyeron, es el tercer queso de una tabla de quesos servida en aquel bistró de Vieux-Nice. Desde entonces, pronunciar en esa casa «el tercer queso» se parecía mucho a nombrar a Dios.

Entonces llegó el lunes.

La cineasta seguía sin descolgarle el teléfono, Chuso Gavarras tampoco le había vuelto a dirigir la palabra y los medios no hablaban de otra cosa. Ocurrió algo: los periodistas que seguían al Partido de la Democracia recibieron un correo que muchos entendieron como una broma. Resultó que Simón había convocado una reunión con César Maravillas, sindicalista asociado a la Confederación Revolucionaria de Trabajadores, agrupación de corte anarquista, totalmente ajena al sistema de partidos. El encuentro estaba previsto después de una reunión entre Simón y César en el taller donde trabajaba el sindicalista, una cooperativa audiovisual a las afueras de Móstoles, en El Soto, en la periferia de Madrid.

Quienes conocían al candidato liberal sabían las raíces de aquel encuentro: Soria y Maravillas habían estudiado políticas juntos. De hecho, los dos asistieron a alguna cumbre antiglobalización a comienzos de los dos mil, poco antes de que los caminos políticos de aquellos dos amigos se bifurcasen. La reunión, en efecto, de alguna manera comprometía a ambos, pero los seguidores de los demócratas castigaron más el hecho de que Simón y Maravillas tuviesen algo de lo que hablar. ¿Utilizaba entonces Simón a su amigo como cortina de humo ante la campaña de desprestigio?, se preguntaron algunos analistas. No exactamente.

—César —le dijo Simón al sindicalista mientras caminaban a solas por la nave industrial en la que Maravillas trabajaba—, me prometes que no hay micros aquí, ¿verdad?

Maravillas asintió. A pesar de sus diferencias políticas, Simón estaba seguro de que la integridad moral de su interlocutor le impedía actuar de mala



fe. Era demasiado cristiano para hacer algo así.

—Tú sabes —siguió el candidato— que yo siempre he detestado los sindicatos: para mí, la herramienta natural de liberación de un país debería ser la empresa y el trabajo, pero lo que estoy viendo ahí arriba es espantoso. Cuanto más cerca estoy del poder, más me repugna. Yo creo en el capitalismo y créeme que la distribución de presupuestos, la obtención de la financiación, el machismo que se desprende según la procedencia de las ideas políticas, la precarización innecesaria del trabajo o el reparto asimétrico de objetivos en función de los distintos sectores económicos me hacen pensar que necesitamos limpiar las altas esferas. Mucho. Lo que ocurre es que yo no puedo hacerlo y ahí arriba las cosas están muy enquistadas. Un montón de reuniones que no van a parar a ningún lado, tú lo sabes. Yo necesito una voladura. Es importante que la gente sepa que tú y yo tenemos muchas cosas en común.

Si no le conociera bien, Maravillas pensaría que Simón usaba a su sindicato como imán de votantes por la izquierda, pero a la vista de su biografía política y de los últimos acontecimientos, estaba claro que lo que el candidato quería era voltear por completo el Partido de la Democracia. El mensaje ahí era claro: Soria estaba más cerca de la Confederación Revolucionaria de Trabajadores que del ala conservadora de su propio partido.

Cuando abrieron las puertas de la nave, decenas de periodistas se apiñaron, muchos más de los que acostumbraban a seguir a Simón.

—A algunos empresarios —dijo Simón con una enunciación de mitin, en realidad ensayando su argumentario para los próximos días— se les llena la boca hablando de la importancia de satisfacer al cliente, pero a mí me gustaría conocer a más empresarios preocupados por hacer felices a sus trabajadores. Algunos os preguntaréis qué hago yo aquí, junto a un activista que es parte de uno de los sindicatos que más ha criticado a mi partido. Bien: lo que yo creo de los sindicatos es que no deberían existir. *Sinceramente*. —Simón hizo una

pausa dramática, casi como señalando el titular que quería que los periodistas recogiesen; a su lado, Maravillas ni se inmutó, pues sabía cómo continuaba su razonamiento—. El sindicato —prosiguió Simón—, como el hospital, debería aspirar a su abolición: el día que no hagan falta médicos o representantes de los trabajadores será un día feliz para la humanidad. Mientras, aquellos trabajadores que no cuentan con herramientas de comunicación, empoderamiento o denuncia en sus empresas deberían asociarse a un sindicato. Yo os invito a que lo hagáis. Afortunadamente, es verdad que yo nunca he necesitado un sindicato, pero conozco decenas de historias —mentía— de gente que debería alzar su voz. Por mi parte, lucharé para fortalecerlos.

—¿Significa entonces que va a retroceder en la reforma laboral? —preguntó un periodista.

—No.

—¿Está seguro? —le preguntó otro periodista joven, un poco como si creyese que Simón no sabía lo que estaba diciendo.

—Por supuesto.

¿Mantener el despido libre y fortalecer a los sindicatos? Bajo el prisma de Simón, tenía lógica: el trabajo debería ser una relación mutuamente aprobada y reconfortante. Por esa lógica, si encarecer los procedimientos para el divorcio le parecía un retroceso, con el despido ocurría igual: confiaba en que la última cosa que a un empresario le apetece hacer es captar talento —de hecho, esta es la tarea más difícil de una empresa—, y eso significa que nadie debería querer despedir a sus trabajadores, particularmente a los buenos. Sin embargo, la gran mayoría de los trabajadores aún no tenía herramientas suficientes para hacer saber a sus jefes que sus condiciones laborales eran extenuantes y alienantes, y de ahí la importancia de dar más relevancia al sindicato.

—Es posible —añadió Simón— que los mercados sean perfectos. Las que

no somos perfectas, en cambio, somos las personas, y las personas somos las que diseñamos empresas, contratamos gente y designamos puestos de responsabilidad. Todos esos son procesos llenos de errores. Tristemente, la idea de que vivimos en un mundo completamente meritocrático no es real, aún. ¿Cuántos de ustedes no han estado en una empresa, o en una organización, o en una institución pública donde hubiese puestos de responsabilidad en manos de personas poco capacitadas?, ¿y a cuántos pequeños empleados han conocido con grandes ideas, bloqueados por sus superiores? Para mí, el sindicato es una herramienta con que vigilar y rectificar estos fallos. Los buenos empleadores, en cambio, no deberían temer a nada: los trabajadores se pelearán por seguir con ustedes. Si a mí, que soy el candidato liberal a las elecciones, no me dan miedo los sindicatos, a ustedes tampoco deberían darle.

Volvió a dispararse su popularidad en Google. Magalí y la Confederación lo habían ascendido a máximos históricos. Era levadura.

Por el contrario, esos estaban siendo días en los que Simón renunciaba a demasiadas cosas: una compañera afectiva, presente en su vida desde la adolescencia y ahora sin ella en los momentos más tensos de su carrera profesional; el deporte, los fines de semana, cualquier remanso de paz a lo largo del día, dormir siempre en la misma cama, en su apartamento de Lavapiés... Recordaba cuando era más joven y soñaba con tener un trabajo que le permitiera viajar; ahora su cuerpo se resentía por la suma de vuelos, trenes y coches, uno detrás de otro, a veces muchos en la misma jornada; a veces ni siquiera sabía dónde estaba y era una situación pesada y curiosa a la vez. En un mismo día daba decenas de microentrevistas, repetía el mismo mensaje una y otra vez y se preguntaba si realmente valía tanto lo que decía como para tener que martillear a todo un país con él. No le quedaba otra que decirse que sí, que aquello que ahora hacía no era un mero golpe de suerte sino el resultado de décadas de estudio y de trabajo: un candidato

auténticamente liberal a las puertas de la presidencia no era algo que pudiera hacer cualquiera, al menos no en España, y aun así sentía que todavía debía estudiar más, prepararse más, ser mejor. Casi cada día se medicaba, eran fármacos menores, utilidades para cosas como una pequeña jaqueca a deshora, un nudo de mocos, ojos secos y enrojecidos o una inflamación en la garganta que le impidiera hablar con propiedad, tosiendo cada dos por tres, y a veces los medicamentos le nublaban el entendimiento, algunos antigripales le causaban los mismos efectos que somníferos para paquidermos, todo le costaba el doble, pero lo hacía. A eso añadía montones de bebidas estimulantes para aguantar reuniones protocolarias, pero con cuidado de no pasarse y ponerse demasiado nervioso si luego le tocaba hablar en público, en un mitin o donde fuera. Si su salud estaba así sin haber llegado a los cuarenta, ¿cómo sería un mandato en el poder en caso de que ganase la elección? Ya era una cárcel de virus de la que casi nadie sabía nada. También debía beber alcohol que no deseaba: en comidas con empresarios acostumbrados a ello, en cenas que se alargaban más de la cuenta y en las que todo el mundo pedía vinos y rones... Un futuro presidente no podía afear las costumbres de sus interlocutores, tenía que mezclarse en ellas y ser buen anfitrión. Simón se encontraba así encerrado en su persona, en su proyección pública. Y luego estaban todas esas entrevistas...

—Señor Simón —le dijo una vez la redactora de un equipo de televisión en un bar de tapas japonesas del hotel donde se alojaba en Barcelona, a eso de las 7.30 de la mañana, con algo de resaca aún—, vamos a grabar un plano secuencia: usted sale de ese ascensor y camina hacia delante mientras contesta a las preguntas que le voy mostrando en estos cartelitos: quién es, a qué se dedica, qué cosas necesita el país... ¿vale? Cuando llegue aquí, se sienta en la butaca, pide un café y continúa hablando a cámara mientras yo le sigo enseñando preguntas. ¿Le parece bien?

Cada maldito minuto era exprimido al máximo para amplificar su mensaje. En ocasiones así siempre tenía la sensación de que estaba diciendo gilipolleces, sobre todo porque eran ideas que había repetido mil veces y porque era difícil empatizar con la mayoría de los periodistas que le llegaban. Le habría encantado que le preguntasen cómo había dormido o cuál era su desayuno favorito o si alguna vez pensaba en tener hijos, pero no, una y otra vez insistían en las mismas historias de siempre. Afortunadamente, en los mítines decía lo que le daba la gana.

Aprendió también a no frustrarse: era imposible que todas sus apariciones públicas fueran excelentes. A veces no tenía un buen día, a veces no había captado la sensibilidad de una población, a veces le jugaba malas pasadas dejarse arrastrar por la repetición de eslóganes políticos y la gente se daba cuenta... No había tiempo para reflexionar, para volverse a ver a sí mismo, huía hacia delante y las encuestas no iban del todo mal, a pesar del riesgo en su campaña. A lo que nunca se acababa de acostumbrar era a las peticiones de foto: ¿cómo podía ser que hubiese tanta gente a la que Simón le importaba tanto? Hacía lo que hacía para inspirar a todo un país, pero él no conseguía quitarse de la cabeza al profesor que era hace unos pocos meses, así que la habitual estampa de simpatizantes esperando pacientemente una cola para hacerse una foto con él le parecía inaudita, como si estuviera a punto de defraudarles.

A menudo le venía a la cabeza la presentación de su primer libro, cuando todavía era estudiante. El libro lo presentó en una librería de Embajadores, y diez minutos antes su editor, que era la persona encargada de presentarle, un viejo mandarín del mundo editorial y de marcada ideología de izquierdas, le llamó y le dijo que un compromiso familiar de última hora le impedía estar en la librería. Simón siempre tuvo la sospecha de que las diferencias políticas con su editor eran suficientes como para que aquel capo trotskista detestara

sus posiciones. Tenía la hipótesis de que su editor habría accedido a publicarle por su audacia, juventud y talento, además de las buenas referencias. No obstante, nunca tuvo a nadie con quien hablar abiertamente de este asunto y tampoco pudo comprobar la veracidad de su teoría. Lo más seguro, sí, era que en el fondo de su ser el primer editor de Simón se sintiera avergonzado de la heterodoxia ideológica de su autor y finalmente no se viera capaz de elogiarle en público. Aquella llamada le sentó a Simón como si le hubieran pegado con un puño de hierro en la boca del estómago, pero mantuvo el tipo. Tenía que esperar a estar en casa para echarse a llorar. En la librería solo había tres personas: una era el librero, que estaba atento a sus tareas diarias y no acudiría a la presentación, otro era un buen amigo de Simón y la tercera persona era una mujer de unos cincuenta años que verdaderamente parecía interesada por las ideas del joven. Simón hizo entonces una presentación pensando solo en la mujer que había venido a verle, pero pocos minutos antes de que acabara de hablar la señora cogió y se fue, nunca supo si habiendo comprado el libro o no... lo que es seguro es que jamás le pidió una firma. Nunca en la vida Simón se había sentido tan solo; tampoco imaginaría que estaba llamado a convertirse en el hombre sobre el cual todo el mundo debía tener una opinión, al que amabas u odiabas.

Un detalle que le sorprendía ver en las periferias de las grandes ciudades, cuando iba a hablar a sitios como Badalona o Torrejón de Ardoz, era la imagen de gente que se echaba a la calle sin llevar ni una sola prenda de marca: ni unas zapatillas Nike, ni un pantaloncito de deporte Kappa... Nada, solo imitaciones de mercadillo. Hasta su tercer o cuarto repuesto de ropa para dormir valía más que algunos armarios de posibles votantes. Lo curioso es que sentía que para mucha de esa gente las derivas críticas de Simón sobraban. Le decepcionaba ver que para algunos de sus votantes más pobres lo que gustaba de la propuesta de Simón era la aspiracionalidad, la posibilidad de ser como

él, de vivir como él: muchos de estos votantes se entusiasmaban cuando Simón hablaba de construir riqueza, o cuando los periodistas rescataban fotos del candidato con su exmujer pasando un día de playa en Le Touquet-Paris-Plage... Eran la clase de votantes que preferían los cantos de sirena de la liberalización de servicios antes que seguir concienciándose sobre las herramientas necesarias para defenderse del capitalismo. Tantas eran las desilusiones que preferían una esperanza mentirosa.

—Los días están llenos de trampas —dijo en un mitin en la periferia nordeste de Madrid—, pero hay pocas sensaciones más reconfortantes que echar la vista atrás y comprobar que estás haciendo algo de valor por tu sociedad. Nosotros tenemos un plan para que todos los que estamos aquí podamos construir una vida valiosa, digna y honrada haciendo lo que mejor sabemos hacer. El futuro es vuestro.

Y le jaleaban.

No era la clase de enunciados que más le gustaba hacer porque él mismo se daba cuenta de las grietas de sus palabras, textos de relleno, léxico de gomaespuma, arroz inflado, pero a veces tenía que adornar sus discursos con guirnaldas y molduras y virutas de oro que encendieran los ojos de su electorado, que normalmente veía en Simón a un tipo demasiado serio, demasiado imponente, pero precisamente por eso alguien en quien confiar. «Es una persona muy capaz» se había convertido en uno de los murmullos más frecuentes entre los asistentes a sus mítines. Eran los ecos de su pasado como profesor. De cualquier manera, Simón compensaba bien su imagen hasta cierto punto fría pero muy cabal con aquella otra que le daban sus adversarios, con sus salidas de tono y sus incorrecciones.

Lo que tardó en llegar, pero finalmente llegó, quizá porque cuanto más cerca de la elección estuviese más resonancia tendría, fue un reportaje de Simón como profesor universitario, en este caso por parte de un medio rival y con

presuntas fuentes de exalumnos pero sobre todo exalumnas. El tema del artículo, en efecto, era la presunta misoginia y el machismo de Simón.

«El primer día de clase —afirmó una exalumna anónima al comienzo de aquella investigación— señaló a una chica aleatoria y la llamó a la pizarra. Lo hizo moviendo los dedos índice y medio. Como si masturbara una vagina invisible. Era ese movimiento de aliviar a una mujer. Su manera de relacionarse con las estudiantes tenía algo muy lascivo y todo el mundo se daba cuenta de ello.»

Más adelante, la estudiante añadía un detalle curioso:

«Lo que me llamó mucho la atención de las veces que acudí a sus tutorías es que tenía un frasco de perfume en su despacho. Me fijé en la marca: Égoïste Platinum, de Chanel. Tú a lo mejor le estabas contando alguna duda de algún examen próximo y Simón cogía el frasco y se pulverizaba perfume en los cuellos de la camisa. Me daba la sensación de que lo utilizaba casi como una cosa desestresante: hay gente que resuelve cubos de Rubik y otros que aprietan pelotas de goma con forma de cerebro, hay gente que para desconectar se echa un cigarro y luego estaba Simón, que cuando le daba por ahí se aplicaba perfume. La verdad es que siempre olía muy bien. Probablemente sea la persona más presumida que jamás he conocido».

En otro momento del texto, otro estudiante sin identidad dijo lo siguiente:

«Teníamos una compañera que estaba gordita y a la que parecía gustarle Simón. El caso es que en todas las clases preguntaba algo, y al acabar siempre se le acercaba a la mesa. Por no parecer antipático, Simón siempre le dedicaba buenas palabras aunque era evidente que la despreciaba: tenía un aparato en los dientes y cuando hablaba le salían unas estalactitas de baba de los labios. En un momento dado, la estudiante salió a la pizarra a presentar su trabajo y cuando llevaba diez minutos hablando el profesor la interrumpió. Le dijo: “Perdona, tienes una cosa entre los dientes”. Se lo dijo de una forma



hasta cierto punto cariñosa, y a un volumen bastante discreto, como avisándola de lo que los otros estudiantes verían, quizá trozos de espinaca de una napolitana vegetal, pero la chica se puso colorada, algunos asistentes se echaron a reír y la alumna abandonó la clase y nunca más volvió. Era muy escandalosa aquella relación entre un hombre seguro y con éxito y una chavala carcomida por sus complejos. Recuerdo que nos pasamos todo el curso comentando aquella anécdota, discutiendo si Simón se había portado mal o no con ella».

No era improbable que algunos testimonios fuesen invenciones del periodista o de las propias fuentes, pero el hecho es que aquella concatenación de historias comprometidas de Simón con las mujeres dio mucho que hablar, sobre todo cuando hacía pocos días que se había viralizado el vídeo del candidato tratando de besar a alguien que no era su nueva novia por la cual había dejado a su pareja de toda la vida. Un género periodístico en aquellas elecciones era ya el análisis de las parejas y los deseos de Simón, a partir de una serie de relaciones que bordeaban el machismo pero nunca estaba claro si lo eran o no, y todo eso mientras el candidato no dejaba de percutir con sus ideas sobre la desigualdad y el feminismo. Probablemente le sentara muy mal todo aquello cuando de largo era el programa que más dispuesto se mostraba a trabajar por los feminismos, pero Simón parecía saber zafarse bien de aquellas habladurías:

—Yo la verdad es que no recuerdo aquella historia —dijo, sin que nadie entendiera si se refería a su costumbre de llamar a las mujeres como si masturbara vaginas de aire o a la anécdota de la chica de los brackets—, pero no me importa que me acusen de no estar a la altura. Soy parte de una construcción histórica, la masculinidad, que se debe a sus abusos sobre las mujeres. No espero que la gente aplauda mi feminismo, espero seguir aprendiendo y ayudar a construir un futuro más justo para las mujeres.

Había algo contradictorio en su mensaje que beneficiaba a su candidatura: aunque el empleo de la palabra «feminismo» en una campaña parecía peligroso por las connotaciones de extrema izquierda que aún cargaba en el imaginario de muchos votantes, el hecho de que aquellas ideas viniesen pronunciadas por un tipo que había seguido el vía crucis de la masculinidad, y que representaba exactamente casi todo lo que la masculinidad y la virilidad significaban, lo compensaba todo. Defendía a las mujeres, de acuerdo, pero Simón tenía todo lo que los hombres querían tener, y por eso le votarían.

Desde las oficinas de una asociación LGBTQ en el distrito de Cihangir de Estambul, cuando el sol ya había caído, Rania telefoneó a Simón por Facetime. Al descolgar, el candidato creyó que estaba siendo víctima de una tomadura de pelo.

—¿Eres tú? —preguntó él, inocente. El rostro de su examante estaba cubierto por un niqab.

No podía ser.

—Tú sabes que yo hui de Gaza para ser una mujer libre —dijo la voz al otro lado, que efectivamente sonaba como Rania—, y durante muchos años lo fui, hasta que los periódicos se empeñaron en que todo el mundo me señalara en la calle. No es lo que más me gusta, pero entonces el niqab se convirtió en mi aliado contra un machismo que no paraba de referirse a mí como traicionada, como si entre tú y yo hubiese habido algún tipo de compromiso alguna vez. En Palestina esta prenda fue mi cárcel, pero ahora se ha vuelto una salvación. Ya ves.

—¿Estás en París?

—Lo estaba, pero recibí una llamada de unas amigas para seguir aquí con un documental que había empezado hace un tiempo, y de pronto esto se convirtió en lo mejor que me podía pasar. ¡Mira qué vistas! —Rania desenchufó del cargador su MacBook y se lo llevó a la ventana, desde donde se divisaban un par de minaretes y el Cuerno de Oro—. ¿Ves? Dicen que en el

ático de este edificio trabaja Pamuk. Yo aún no lo he visto, pero me hace gracia que sea así.

—Rania, por favor, te pido disculpas por todo —dijo Simón, con una voz temblorosa, indiferente a lo que Rania le acababa de contar.

—¿Por qué disculpas? ¿No vas a pensar tú también como los tabloides, que dicen que yo estoy enfadada por lo que pasó en Pigalle? Habrías hecho lo mismo tarde o temprano, es algo con lo que contaba desde el primer momento en que te conocí. —Rania se quitó el niqab—. Una persona con tu talla de vanidad está condenada a hacer algo así, tampoco ninguno de los dos contábamos con que esto fuera nada serio, así que no es algo que me preocupe lo más mínimo. Si piensas que tienes que disculparte por lo que ocurrió esa noche, entonces es que no me conoces, y es precisamente por eso por lo que necesito tiempo. Sabes cómo soy. Sabes que en mis planes cercanos no se encuentra figurar como tu primera dama. Tengo mi vida, mis amigas y muchas cosas por hacer, y en nada de eso cabe servir a un país que no es ninguno de los míos. En los últimos tiempos solo hablábamos de tu ascenso, tu partido, tus ambiciones, tus intrigas palaciegas, tu fontanería política... Tú, tú y más tú. No me apetece estar con alguien que solo se escucha a sí mismo.

Le dijo que en la novela de su vida ella no tenía cabida, y si la tenía era solo como actriz secundaria. La echaba de menos cuando no la tenía, pero si estaban frente a frente era como si uno de esos espejos de comisaría los separase: una pantalla invisible le impedía sentirla; solo estaba él mirándose a sí mismo. El cariño duró hasta que ella le había declarado su amor; en adelante, a Simón se le habían presentado otros asuntos más importantes de los que ocuparse. Si hubiese sido más joven, Rania habría llorado ríos. Ya no. Tampoco iba a negarle que Simón tuviese cosas buenas, pero no la llenaba. Su estilo de vida y sus expectativas le parecían un disparate. Era de los que pensaba que ya descansaría o viviría cuando estuviera muerto, cosa que a ella

no la impresionaba lo más mínimo. Tampoco Simón era la primera persona con poder que la quería monopolizar.

A Rania la llenaban cosas como renunciar a su trabajo en días aleatorios, coger un libro y leerlo hasta que le entrase un ligero sueño, dormir unos minutos y seguir la lectura. La llenaba la amistad... y Simón era un hombre solitario, desconfiado, escéptico. Gracias al mensaje de sus obras, Rania había conseguido cultivar una red de mujeres por todo el mundo que hacían que allí donde viajase tuviese un hogar. Cada semana se carteaba con mujeres que habían sufrido o conocido la violencia de Ciudad Juárez, la ablación de clítoris en África, la tortura y la violación por parte de grupos de islamistas radicalizados, la trata en los Balcanes, la explotación laboral en talleres de costura asiáticos o, como era el caso de aquel viaje, la muerte por una condición sexual no normativa en un país con una presencia creciente del islam.

Hande Dengiler, cuyos abogados se habían puesto en contacto con la cineasta para dar voz a su causa, era una activista transexual y trabajadora del sexo de veintitrés años cuyo cuerpo había aparecido quemado en un área residencial de Estambul. Antes de morir, Hande había recibido toda clase de amenazas por parte de grupos islamistas. Las asociaciones activistas que habían trabajado con la prostituta denunciaban que el gobierno se había desentendido del asesinato, y exigían más recursos para aclarar su muerte. A Rania aquello la emocionaba mucho más que las lágrimas masculinas de alguien como Simón.

—Tienes que comprender —le dijo Rania— que la manera que yo tengo de percibir la política no tiene que ver con la tuya. Yo viví en un centro de refugiados; tú lo que sabes lo aprendiste entre libros. Yo vibro escuchando historias de mujeres en Prizren, Sofía o Aulnay-sous-Bois; tú vibras con la decapitación de adversarios en tu propio partido. Luchamos por causas que a

veces se parecen, pero lo hacemos desde trincheras diferentes.

—Pero, Rania...

—Ya es historia.

Algo de sadismo había. Hacía tiempo que Rania podía haber cortado la conexión. No tenían nada más que hablar, y sin embargo ahí estaba él, como el niño de un lienzo renacentista que gime a hombros de su madre. ¿Sentía algo hacia él? Por supuesto, pero con la convicción rotunda de que nunca más volvería a verle.

Quizá ahora lo escondiese, pero es verdad que en algún momento de su vida, cuando políticamente se consideraba más inmadura o cuando aún no estaba acostumbrada a la decepción de los hombres, Rania siempre sospechaba de las mujeres solteras, de las mujeres separadas y con hijos, de las mujeres heterosexuales que no dedicaban mucho tiempo a hablar de sus hombres con otras mujeres. Las consideraba desviadas o fracasadas. Algo le hacía creer que muy estables no serían, o que muy bien de sí mismas no sabían cuidar. Ahora Rania no tenía ningún problema en ser una de ellas. No sentía ni la más mínima vergüenza al reconocer que lo suyo con Simón se había acabado, aunque tenía claro que esto no iba a ser la clase de decisión que él entendiese a la primera. La gratificaba más la compañía de otras mujeres que la narración de Simón de sus propios éxitos. A ella cómplices no le faltaban. Evidentemente, no sentía lo mismo por todas ellas: a unas las consideraba más aptas; con otras solo se reía a pesar de despreciar sus ideas políticas; en unas veía el eslabón que continuaba la cadena de mujeres machistas, acomplejadas y con miedo a rebelarse; de otras detectaba con facilidad cuándo el activismo se convertía en una herramienta de supervivencia propia y en un tapón con que bloquear la promoción de sus compañeras. Sin embargo, y aun con todas sus diferencias, Rania pasaba momentos mejores rodeada de aliadas que no con hombres frágiles y egocéntricos como el candidato.

La filtración se hizo en 4chan. A partir de ahí, algunos usuarios probaron a viralizar la sextape de Rania y Simón en distintas webs: lo intentaron en Reddit, lo intentaron en portales pornográficos y lo intentaron en servidores de descarga. Uno a uno, el archivo iba siendo eliminado de todas estas webs, pero la capacidad de distribución del archivo era mucho más rápida que la capacidad de reacción de los trabajadores ocupados en hacer desaparecer el vídeo de sus servidores. Al tiempo que eso ocurría, el documento en cuestión se convertía en tendencia mundial. Todo el mundo hablaba de él, tanto los que lo habían visto como los que no, aunque tarde o temprano el vídeo llegaba a todos los internautas por unos u otros canales. Quienes no tenían acceso a él lo conseguían a través de correos electrónicos, torrents o servicios de mensajería móvil. El nombre internacional con que aquel archivo había sido bautizado fue *Sextape: An Intellectual French*, un juego de palabras que aludía a las imágenes de sexo oral procurado entre los dos protagonistas. Es probable también que el vídeo no se hubiese popularizado tanto de no ser por aquella escena en la que Simón lamía el perineo de Rania, y a continuación decía:

—Te sabe a una mezcla de coco, vainilla, almizcle y aloe. Está muy bueno.

El contenido del enunciado llamó la atención por las implicaciones de clase que comportaba: en aquella pareja, incluso las partes del cuerpo destinadas a evacuar residuos desprendían un muy buen gusto. En realidad, la cosa tampoco tenía mucho mérito: lo que aquello quería decir era que Rania se habría

duchado recientemente y que su gel estaba compuesto de esos ingredientes, pero el hecho de que Simón se detuviese en ese detalle en concreto lo cambiaba todo. Imaginémonos al candidato en un momento de excitación erótica maravillado por el buen sabor del ano de su compañera, tratando de discernir la paleta de sabores concentrados en aquel vórtice de su cuerpo, un poco como si fuera Jean-Baptiste Grenouille, el protagonista de la popular novela de Patrick Süskind. El esfuerzo mental en adivinar entonces aquellos aplaudidos ingredientes, coco, vainilla, almizcle y aloe, casi como si fuesen las cuatro bolas de un refrescante y dulce cono de helado veraniego, significaba que Simón realmente valoraba, y mucho, el ano perfumado de una mujer.

Y luego estaba aquella otra frase:

—Cómete mi carne de Kobe.

*Sextape: An Intellectual French* empezó a popularizarse a eso de las ocho de la tarde, hora española, pero el caso es que a las diez de la noche un periódico digital publicaba «otra-noticia-bomba-más» en la campaña de Simón: «Los mensajes privados de Soria: así desprecia el candidato a sus compañeros de formación». Se trataba de una sucesión de mensajes privados intercambiados entre Simón y Rania que hacían referencia a las batallitas internas del partido, y en los que el líder de los demócratas hacía alusiones bastante despreciativas de sus colegas. El periódico aseguraba haber tenido acceso a esos mensajes gracias a su buzón encriptado. De Cobos, por ejemplo, Simón apreció que estaba «calvo como una cuchara». A Salazar, a causa de su sobrepeso moderado, se refirió como «tapón de alberca» y «saco de tocinos». De Herzog, el hombre que había apostado por él desde un principio, apuntó que tenía «la astucia de un estudiante de diversificación; ni sabe atarse los zapatos». En cuanto a González, su antecesor que lo nombró número dos del partido, escribió después de una discusión con él: «Maldito orejas. Parece un



puto Avianca», en alusión a la aerolínea latinoamericana.

La noticia también recogía algunos chats de corte más íntimo entre Simón y Rania. El periódico justificó la publicación de estas conversaciones ya que, decían, mostraban una cara oculta, íntima y desconocida del candidato. El periódico comentaba que el intercambio entre Simón y Rania incluía una larga colección de fotos de papadas de ambos. Algunos ejemplos de conversación traducidos al castellano y volcados por el periódico son estos:

Rania [haciendo la compra, se supone]: No veo ningún aguacate tierno

Simón: Tú sabes lo k es tierno?

Rania: K

Simón: La punta de mi miembro

Simón: lol

Rania [durante un festival de cine]: Me acaban de presentar a Viggo, es bastante majo

Simón: Sabes lo k es majo?

Rania: K

Simón: Lo que tengo akí debajo hahaha

Rania [de camino al aeropuerto, hablando acerca de una camisa nueva que quiere llevar en una cena]: A ver si no se arruga muxo

Simón: Sabes lo k no se arruga mucho?

Rania: K

Simón: Lo gordo de mi kukurucho xddd

Rania [después de cocinar pasta con ajo y picante]: Uele todo a ajo

Simón: Sabes lo que uele a ajo lol?

Rania: Lamentablemente, sí

Simón: XDD

En esas mismas conversaciones, Simón se quejaba de que un país como España siguiera permitiendo poder donar dinero a la Iglesia en la declaración de la renta, y también se quejaba de lo mucho que le estaban friendo a

impuestos en su declaración. «Putos impuestos», decía, y también se quejaba de lo mucho que se le estaban disparando los gastos: «Joder —le escribía Simón a Rania en otro momento—, me he fundido 7.000 [euros] este mes, no sé en qué se me está yendo el dinero, de verdad».

Simón estaba tan agobiado leyendo aquella información confidencial, preguntándose el origen de las filtraciones, que no reparó en lo que probablemente fuese el detalle más importante de todo: la firma de la noticia. Quien publicaba aquella exclusiva era Chuso Gavarras, que había vuelto a escribir en el periódico que recientemente abandonó para colaborar con Simón.

A medianoche, un teléfono desconocido con prefijo francés apareció en la pantalla del iPhone del candidato. Descolgó al momento.

—Soy Rania, te llamo desde un teléfono público, esta mañana me robaron el mío. —La expareja de Simón pronunció aquello como una losa de la que quisiera deshacerse.

—Te robaron el teléfono —repitió Simón, que todavía no sabía si se sentía decepcionado por la imprudencia de guardar un vídeo como aquel en el teléfono, o feliz de volver a oír su voz—. Lo siento mucho.

—Estaba en el metro, a una hora en la que había mucha gente, y no me di cuenta de que alguien metió la mano en mi mochila.

Simón no dijo nada. El nuevo escándalo de la sextape, sumado al hecho de volver a escuchar la voz de Rania, a la que ya creía que nunca más volvería a oír, le había valido un inminente ataque de ansiedad. Sentía como si le faltase un trozo de pulmón. Respirar le costaba. Al tomar aire, Simón emitía un silbido que hacía pensar en una persona con problemas cardiovasculares. Para que Rania no escuchase aquello, Simón puso la mano sobre el micrófono.

—Siento lo que ha pasado —continuó Rania, a la vista de que Simón no decía nada—, ojalá ese vídeo no hubiese existido nunca.

—No pasa nada. Soy yo el que siente haberte involucrado en esto, lo que más me jode es que todo sea una venganza del hijoputa ese, Chuso Gavarras, es un desgraciado.

—No debí haberme cargado su trabajo.

—No, no, me equivoqué yo al confiar en él.

Simón hablaba con Rania tirado en una esquina de su casa, en el suelo, mientras unos calambres se encaramaban sobre su vientre y sentía que iba a vomitar de un momento a otro. De pronto, oyó a Rania sorberse los mocos. Estaba seguro de que lloraba, pero no se atrevió a preguntárselo.

—¿Dónde estás?

—Simón quiso decirle que le encantaría estar con ella ahora y abrazarla, en realidad desearía abandonar la campaña y marcharse con ella a algún sitio lejano, Vietnam o Patagonia, lo mismo daba, pero le pareció una valoración demasiado comprometida. Lo más seguro es que ella no sintiese lo mismo.

—En Le Select. Con el niqab.

—Me encantaría volver a verte, Rania.

—Tengo que colgar —se apresuró a decir la cineasta—. Mucha suerte en la elección. Ganarás.

Colgó.

Aunque le compadecía, estaba claro que en este instante le odiaba. Para Rania, Simón se había convertido en un antisemita narcisista, sin demasiada idea de la política internacional, que además la había utilizado para tapar sus carencias afectivas tras su antigua relación echada a perder, y también para dar el gran salto a la política. Los dos se lo habían pasado bien juntos y por eso el intercambio había sido justo, pero eso tampoco había sido un freno para que ella siguiera fijándose en otras personas. Ella nunca llegó a creerse, igualmente, que Simón la quisiera en serio: estaba demasiado atareado en contemplarse a sí mismo como para amar a nadie. Incluso aunque lo intentara,

no le salía. Ahora que estaba hasta el cuello, y en vista de que nunca recuperaría a Rania, lo único que podía hacer era ir a por todas; salir a ganar. En pijama, y sin consultar con sus asesores, convocó una rueda de prensa al día siguiente a las ocho de la mañana. Iría sin dormir.

—Un día —dijo Simón en la sala de prensa de Sagasta—, un ambicioso periodista me buscó. Quería contarme una historia ampliamente documentada sobre cómo el líder de mi propio partido se había visto involucrado en un escándalo de compraventa de influencias en Bruselas. El periodista me dijo que durante un tiempo había investigado aquella trama, cuyas pruebas verificó una a una. En toda su carrera, esa era su gran aportación profesional como reportero. La gran exclusiva. Pero cuando el periodista acudió a su editor, le tumbaron la noticia: aquella historia explicaba cómo los gigantes de la tecnología internacional se hacían más y más fuertes a costa de socavar la privacidad de los ciudadanos, en connivencia, además, con las instituciones internacionales. Como los gigantes de la tecnología son hoy los verdaderos amos de la prensa, eso significa que el periodista estaba investigando en un lugar que no debía, la clase de trabajo que comprometía los intereses corporativos del medio para el que trabajaba. Finalmente, le tumbaron su investigación.

»No se crean que no temblé cuando supe aquella historia de mi jefe, Eduardo González, contada en boca de Chuso Gavarras. Siendo sincero, les diré que lo primero que pensé cuando supe aquello fue en ignorarle: ¿por qué iba yo a involucrarme en destapar un caso de corrupción que no era de mi competencia, o en el que al menos yo no había participado, y que además apuntaba a la persona que había depositado toda su confianza política en mí?

»Deseché esa idea ipso facto.

»¿Estaba convirtiéndome en un traidor? No lo creo.

»Yo, a diferencia de otros, entré en política siguiendo mis principios de libertad, honestidad y transparencia. Eso significa que si Chuso Gavarras no destapaba el escándalo, lo haría otro. Lo más importante, sin embargo, es que yo no había dejado mi trabajo en la universidad para entrar en la rueda del capitalismo clientelar y dejarme llevar por él; yo entré aquí para cambiar las cosas, aunque eso trajera consigo la voladura de mi propio partido, y de los mismos que llamaron a mi puerta para pedirme colaboración.

»Entonces ayudé a Chuso a encontrar un trabajo nuevo, algo que le hiciera feliz y permitiera airear al mundo las miserias de Bruselas. Su condición de padre de familia separado no le permitía cambiar de empresa de manera tan fácil: detestaba la redacción en la que trabajaba, sí, pero también tenía que pagar sus facturas, aunque eso fuese a costa de que sus superiores desdeñasen su trabajo, hasta entonces movido por el fiel amor a la verdad y un deseo de justicia insaciable. A través de Rania movimos tierra, mar y aire para procurarle un futuro seguro, con el propósito de que pudiera filtrar la información con tranquilidad. Luego ocurrió lo que ya saben: utilizamos el buzón encriptado del Partido Pirata, Chuso dejó su trabajo y yo asumí la dirección de los demócratas. Nada raro; ni nada que atente contra ninguna moral.

»Se preguntarán por qué no denunciarnos públicamente a González. La respuesta es obvia: yo no quería comprometer al periodista, pues de haberlo hecho así habríamos tenido que denunciar también a su periódico. Eso fue todo.

»Lo que pasó después es que tras la publicación del vídeo en el que yo intentaba besar a una chica, Rania y yo rompimos, de manera que Rania estaba en su pleno derecho a no creer necesario seguir prestándome ayuda en la

campaña, de manera que suspendió las tramitaciones en marcha para resolver el futuro profesional de Chuso. Ante este panorama, y muy seguramente motivado por la necesidad de alimentar a su familia, Chuso consiguió hacerse con algún contenido exclusivo del teléfono de Rania el mismo día que ella denunciaba a la policía su robo. Si participó en la sustracción ilegal del dispositivo es algo que solo podrá decir un juez; yo simplemente constato lo que ocurrió y las coincidencias.

»Chuso decidió publicar el material en su anterior periódico, un sitio web que, como distintos profesionales reputados han denunciado ya, consiste en un contenedor de clics fáciles plagado de curiosidades sexuales baratas, machistas y absurdas, y muy poco periodismo. Es evidente que Chuso estaba traicionando sus principios profesionales y cualquier asomo de deontología periodística para cuidar de los suyos, pero a veces la supervivencia nos hace ser así.

»Las conversaciones publicadas por el contenedor de clics fáciles con el que Chuso alimenta a su hijo son de distinta índole. Algunas de esas charlas no precisan de ninguna explicación, como por ejemplo las bromas privadas entre Rania y yo o las fotos de nuestras caras feas que nos mandamos. Luego hay intercambios en los que yo no tengo buenas palabras hacia mis compañeros, algo de lo que está hablándose mucho. ¿Tengo algo que decir al respecto? Por supuesto. Simplemente, que quien haya pasado por cualquier oficina sabrá de la presión que supone trabajar en equipo, y ser víctima de un sistema laboral muy exigente en el que personas que comparten embarcación están obligadas a remar en direcciones distintas para sobrevivir. Así es la vida. No creo que vaya a descubrirles nada nuevo sobre la violencia que nuestro sistema laboral provoca.

»Finalmente, en la información de dudoso interés publicada en internet hay algunas cuantas apreciaciones personales, como cuando manifiesto mi

descontento con que la Iglesia ocupe su sitio en la declaración de la renta, cosa que como defensor del laicismo está más que justificada, o como cuando expreso malestar por la excesiva cantidad de impuestos que pago, o por mis excesivos gastos personales. Mis impresiones sobre esto son que, al igual que ustedes, yo preferiría no pagar impuestos, pero cumplo con mis obligaciones porque es mi deber y mi contribución a este país. ¿Disfruto más gastándome mi dinero en mí que en un desconocido? Efectivamente, pero como ciudadano adulto estoy totalmente dispuesto a contribuir en la construcción de hospitales, colegios o universidades públicas, y eso es algo que me llena de orgullo. Quizá la enunciación no sea la que algunos esperan de un candidato a la presidencia, pero a diferencia de otros políticos, yo no estoy imputado por corrupción, ni tengo una sola deuda con el fisco. Por lo demás, me gusta lamentarme falsamente de mis gastos porque es un símbolo de estatus, códigos a la orden del día en nuestro mundo, los hijos sanos del patriarcado, dicen.

»Un último detalle. A mis adversarios políticos les escandalizan mis lamentos sobre la cantidad de dinero que puedo gastar en un mes. Algunos incluso solicitan mi dimisión por los mensajes. No son pocos quienes piden explicaciones sobre el origen de mi capital, acusándome de tener unos valores despreciables. Pero ¿saben qué? Con toda la oposición en mi contra, y con periódicos como el de Chuso dispuestos a hurgar en mis desperdicios para hundir mi carrera política, el hecho de que nunca hasta la fecha haya sido publicado ningún artículo, calumnia o hipótesis disparatada acerca de la procedencia de mis posesiones solo puede significar una cosa: todo lo que tengo es legal, el origen de todas mis propiedades es el fruto de mi trabajo, y el hecho de que me guste disfrutar de esos mismos frutos de mi trabajo en mi tiempo libre solo me sitúa en la misma posición de normalidad que a la mayoría de los ciudadanos de este país.

»¿Alguien tiene alguna pregunta?



Siete de los diez primeros nombres en la lista de su partido dimitieron al momento, sus adversarios en la elección lo atacaron hasta donde quisieron, la intención de voto a los demócratas entre sus propios votantes se desplomó como la cotización de una empresa al borde de la suspensión de pagos, la rueda de prensa la calificaron como patética, la prensa nacional e internacional empezó a hablar de Simón como el candidato peor preparado de la historia de la democracia en España, los pocos que lo defendían decían que era un muy buen candidato, sí, pero desnudo y sin partido, y a todo ello se sumó una sucesión de llamadas amenazantes y declaraciones públicas incendiarias que venían del entorno de Eduardo González, y que se le vinieron encima cual alud. El resumen de la situación es que tan rápido como había ascendido en política, así había sido su desplome, y aquel espectáculo dantesco era algo que las audiencias estaban disfrutando particularmente en antena: «No puedo hacer más —se lamentaba el candidato en su despacho, caminando en círculos y tapándose la cara, muerto de la vergüenza—, no puedo hacer buena política con el legado de un equipo que acepta abiertamente la corrupción, y cuya denuncia de la misma implica ser atacado por mis aliados». Dimitir no había figurado en sus planes, pero ahora, por primera vez, empezaba a plantearse como alternativa a su posición de cucaracha del partido... o sea, la resistencia hasta después de la catástrofe nuclear como razón de ser. ¿Y si afuera hubiese mejor suerte y mejores vientos

para él? La poca gente que le quedaba tampoco tenía mucha fe en la elección; solo mantenían el tipo. Eran buenos políticos, pero no se creían lo que hacían, o al menos no del todo. Otra cosa que ocurrió en los días que siguieron a su rueda de prensa fue que uno de sus asesores le filtró que algunos nombres en los que él confiaba estaban diciendo a sus espaldas que Simón no era un líder en el cual creyesen de verdad: «Me han dicho, literalmente, que no confían en ti para sacar esto adelante», le dijo a Simón su asesor. Saber que tenía traidores entre sus filas le partió el alma. A la vez, Simón también pensaba que quizá la persona que le había dicho que esos dos nombres no confiaban en él en realidad lo que estaba haciendo era plantar bombas lapa bajo los escritorios de Sagasta, sin más afán que el simple hecho de dinamitar relaciones, volverlas más frágiles y enemistar a Simón con los suyos para escalar posiciones. Todo con los demócratas era así. Pero el caso es que aquella idea llegó a la prensa. Un reportaje largo con más de quince fuentes presuntamente consultadas apareció con el objeto de desarticular las capacidades de liderazgo de Simón. El artículo quería ser el tiro de gracia a la piñata. Allí se decían cosas como que «Nadie quiere discutir con él; cansa demasiado», «No muestra emociones, tiene talento como creador de discurso político pero no despierta confianza para estrechar lazos afectivos», «Es demasiado agresivo», «Le gusta demasiado la confrontación», «Lo más seguro es que fuera del partido sea muchísimo mejor persona de lo que es dentro», etcétera, etcétera. Tanto se había amplificado su ansiedad que ya era otra cosa: depresión. Esa especie de depresión hacía que Simón cometiese pequeños despistes que le hacían perder aún más confianza en sí mismo, en lo que ya se había convertido en un círculo vicioso de autodestrucción moral: si un coche le increpaba porque no había prestado atención a un semáforo en rojo al cruzar la calle, o si en una comida en la que no estaba a gusto la voz y las manos le temblaban y entonces se le caía un maki y manchaba de salsa de soja su

camisa, Simón se sentía lo peor de todo. Nadie se daba cuenta de ello, pero en esos momentos Simón hubiera preferido estar muerto.

Con una falta de sueño importante, y visiblemente extenuado, llegó la noche del debate preelectoral entre los principales candidatos. Dado lo imprevisible que se había vuelto Simón, la expectativa de share para aquel debate era muy alta. Minutos antes de que el debate comenzara, una diarrea le sobrevino a Simón en su camerino. Eran los nervios. El ruido intestinal hizo que David, uno de sus ayudantes, entrase a la habitación.

—¿Estás bien? Siento molestar, pero estaba fuera y...

—No es nada, solo la tensión antes de salir a ganar. —Simón sonaba convencido—. ¿Me puedes conseguir un Fortasec? ¿Y un piti?

—¿Un piti?

—Sí, me apetece fumarme un cigarro aquí mismo antes de empezar.

—Pero aquí no se puede fumar, y el guion dice que en cualquier momento el presentador va a venir a preguntarte algo.

—Lo sé, y quiero que me vean fumando.

A lo largo de la campaña había visto a un montón de políticos, incluidos a los de sus propias filas, actuar y hablar estratégicamente para ganar votos, y él sabía que ese era el único objetivo, y los votantes sabían que ese era el único objetivo. Ahora la única estrategia que podía seguir era la misma que le había llevado a donde estaba: actuar como si los resultados no le importasen, hablar sin prestar atención a las encuestas y hacer lo que le diese la gana en todo momento. Entonces pasó lo que su asesor le había anticipado: una cámara entró en su camerino mientras él estaba sentado en un sillón con los pies apoyados en una mesita, agitando un vaso de lo que parecía un whisky con hielo, y fumando. Quería echar de comer al mito del candidato crápula.

En el debate le atacaron por los flancos previsibles y Simón las devolvió todas. Si algo había conseguido con su campaña era que todas las miradas se

posaran en él. En un momento dado, los socialistas le salieron con algo de lo que no se había hablado mucho, pero que tarde o temprano surgiría: su afrancesamiento y su dudoso patriotismo.

—Señor Soria —le dijo la candidata socialista—, ¿usted cree que podemos esperar algo bueno para nuestro país por parte de alguien entre cuyas aficiones está comprar alta costura francesa? ¿Se considera usted un patriota, señor Soria?

—Sé que una formalidad entre las élites de nuestro país consiste en lucir moda española como una forma de patriotismo, omitiendo que usted ha venido a este debate en un automóvil alemán, o que sus llamadas las hace desde un teléfono diseñado en California, pero miserablemente ensamblado en China. Le voy a confesar una cosa: mi manera de entender la responsabilidad por este país es otra. Yo no necesito lucir una bandera, ni vestir marcas españolas. Con el estado de las cosas actual, eso es una banalidad. Me pregunta usted por mi patriotismo; le contesto: este país está hecho mierda. —Simón hizo aquí una pausa dramática para subrayar su paso a un registro vulgar—. Pero el hecho de que España esté así no excluye que sus habitantes, y hablo de los nacidos aquí pero también de los migrantes, no sean personas absolutamente maravillosas, formidables y capacitadas, con las que estamos, como poco, en deuda. ¿Necesita que le recuerde las cifras de paro actuales? ¿Conoce las condiciones en que se realizan la mayoría de los trabajos en este país? Fue Kennedy quien enunció aquella famosa frase que decía: «No preguntes qué puede hacer tu país por ti, pregúntate qué puedes hacer tú por él». La organización económica de nuestro Estado hoy exige urgentemente una transformación radical que salde los esfuerzos de nuestros ciudadanos por el Estado. Es hora de que la población se pregunte qué puede hacer por ellos su país, y no al revés. Es hora de pensar en una reorganización económica y estructural que beneficie a los ciudadanos, y no a las élites. Dicho esto,

concluiré con una recomendación: antes que acusarme de antipatriotismo a juzgar por las prendas que visto, haría bien en madurar una sola idea para que el teléfono desde el que llama o el coche en el que la conducen hasta estos platós estuviesen fabricados aquí, y no en el extranjero. Todo lo demás es apariencia.

En otro momento del debate apareció la crítica más extendida al liderazgo de Simón:

—Me cuesta mucho imaginar que usted sea capaz de gobernar un país —le dijo el candidato de izquierda— cuando se ha mostrado absolutamente incapaz de mantener el más mínimo orden en su partido.

—Lo que yo creo —contestó Soria— es que usted no se ha enterado de lo que ha pasado. Lo que ha ocurrido en mi partido es algo tan sencillo como la purga y depuración de toda la *chusma*. Limpio mi partido, mi siguiente objetivo es depurarles a todos ustedes. Dicho esto, el electorado ya sabe lo que puede esperar de mí: si no he dejado títere con cabeza con los corruptos que estaban en mi partido, imagínense lo que puedo ser capaz de hacer con quienes no son mis amigos. Acabaré con todas las malas hierbas. Para los impuros de conciencia, yo soy el caballo de Atila.

Le ovacionaron. Era como ver a un boxeador que parecía nocaut martillar la cara de su contrincante hasta desfigurarla. Simón era puro nervio. Al decir aquello, las piezas empezaban a encajar: era como si Simón se hubiese estado guardando aquella carta para el debate. Nunca antes se había atrevido a amenazar de aquella manera a la vieja guardia de los demócratas que estaban en su contra. Hasta entonces, el mensaje parecía ser que si Simón no atemperaba sus palabras, el candidato se quedaría solo; ahora todo se invertía: quien no estuviese con Simón, sería purgado. La utilización de las palabras «purga» y «chusma» era un guiño evidente para politólogos y analistas, pero sobre todo para su electorado potencial, es decir, aquellos progresistas que

son liberales, pero aún no lo saben. Su prosa «codazo-a-los-dientes» estaba funcionando.

Al día siguiente la prensa se mostró bastante consensuada: Simón había barrido a sus oponentes de lejos, había sonado el más creíble de todos, verbalmente fue invencible. Le afearon, sí, la agresividad de sus argumentaciones y el visible deseo de aplastar con ensañamiento a sus rivales, en venganza por las malas artes con que intentaron apartarlo de la carretera, pero estaba claro que el candidato más inteligente de todos había sido él. El viento soplaba a su favor, otra vez. La mayoría de los asesores trabajaban con sus candidatos para disimular la ira en los debates y transmitir tranquilidad en todo momento, sobre todo cuando las cosas se ponían feas, o tensas. Se suponía que se trataba de proyectar la imagen de alguien que puede mantener el control en momentos de crisis, pero el caso es que Simón le dio la vuelta a aquella máxima en todos los partidos. El cuerpo de Simón era una coctelera de estimulantes y tranquilizantes, y eso es algo que se veía a leguas, pero lo que sobre todo se veía era su ambición sin límites y sus ganas de ganar a toda costa, a poder ser humillando a sus enemigos. En un momento del debate se puso especialmente agresivo con el candidato más a la izquierda, hasta el punto de que se dirigió a él señalándole con una mano en forma de pistola. La imagen se convirtió rápidamente en un icono e internet se puso a remezclarlo a toda máquina. Mientras el candidato de izquierda se esforzaba en presentarse como un yerno ejemplar, la clase de persona que no te va a convertir el país en una república bananera con sus declaraciones marxistas, Simón no disimulaba la violencia de su discurso liberal, en el cual cabía la reivindicación de la soberanía palestina, el feminismo más combativo y el sindicalismo como herramienta de vigilancia a un emprendizaje necesario. Actuaba como lo que era: un pijo con miles de euros de ropa encima, pero los gestos, el lenguaje y la actitud de un tipo de la calle que sabe cómo siente la calle. Y eso es algo

que caló.

Su editor le llamó. El candidato no descolgó la llamada, así que le dejó un mensaje en el buzón:

«Simón, supongo que estarás muy liado con la campaña, pero quería hacerte saber que acabamos de agotar cien mil ejemplares de tu último libro. Esto está siendo una locura. Felicidades».

—Vale —le contestó al buzón.

Le daba lo mismo. No había tiempo para valorar una cosa así. Ahora era una estrella mediática y se sentía un poco fraudulento, pero a fin de cuentas llevaba toda la vida esperando a que este momento sucediese. Lo normal en una trayectoria como la de Simón era despachar trescientos o cuatrocientos ejemplares por libro. Una miseria. Evidentemente, que la realidad fuese aquella no impidió que durante años Simón escribiese con la voluntad de vender mil veces más, dos mil veces más, infinitas veces más. Ahora los libros seguían siendo los mismos; cambiaba su circunstancia. La gente compraba ejemplares de Soria como quien se compra un Hirst o un Balenciaga. Era una marca que la gente solicitaba para sentirse como él, una marca que también funcionaba como un bello pórtico de entrada a sus ideas. Que aquello ocurriese era una buena noticia: cien mil personas se asomarían a un Simón Soria intelectual que no tenía cabida en un internet de clic rápido, y quizá esas cien mil personas amplificasen su palabra por otros rincones, boca a boca, lejos del ruido de la prensa y la campaña. Lo que esas cien mil personas no sabían era lo poco que valía el nombre de Simón en el momento en que escribió aquellos ensayos. La primera vez que publicó un título su editor lo invitó a la Feria del Libro de Madrid, donde firmó cuatro ejemplares a gente a la que encima tuvo que convencer de que compraran el maldito ensayo. Cuando salió de la caseta se bebió un par de cervezas y se fue a dormir a un césped del Retiro completamente deprimido y tirado, sin ninguna

necesidad de tener que guardar las apariencias ni preocuparse por parecer un escritor sintecho que duerme en la calle, dado que a nadie le importaba lo que hiciera. Su sueño de juventud por fin era una realidad, si bien lo había conseguido por medios y artes que nunca habría imaginado, y ahora ni siquiera podía saborear ese sueño porque los problemas de la vida le superaban.

—Putá vida —dijo Simón al despertar de una siesta en un AVE en dirección a Málaga, cuando todas aquellas imágenes se le deslizaron por el subconsciente y salieron a flote, un poco como la contaminación de la bahía.

«Estoy siguiendo por los periódicos lo que estás haciendo. Enhorabuena. Lo vas a conseguir.»

El candidato no sabía si aquel mensaje de Rania le hacía feliz o todo lo contrario. Quedaba muy poco tiempo para la elección y su cabeza seguía perdiéndose en universos paralelos.

En otra vida, Simón abandonaba la Complutense, conseguía una plaza en La Sorbona y también un cuchitril que compartir con Rania, a quien probablemente no engañaría con alguna alumna o compañera. Sus problemas quedarían reducidos al simple y llano vodevil.

En otra vida, Simón había tenido hijos con Elia y empujaba un carrito de bebé por los parques varias tardes a la semana. Algunos días se lamentaba de su decisión; en otros su hijo se convertía en la herramienta perfecta con que lijar las asperezas rutinarias de su labor como profesor. Llevaba una vida normal.

Las posibilidades eran inacabables, pero por fin se había concienciado de que de su cuerpo no podía salir, y el único objetivo ahora era poner fin a la campaña.

«Pedalea, pedalea, pedalea.»

«Sigue la carrera.»

Simón empezó a tomarse en serio el deporte cuando llegó a la conclusión de



que sus posibilidades de seguir creciendo en la universidad empezaban a tocar techo. Como su futuro literario y su trabajo como escritor estaban bloqueados, se obsesionó con correr maratones y triatlones. Dado que era un amateur, al menos ahí sí que podría sentir que estaba mejorando en algo. La filosofía del corredor de larga distancia permeó bien en su conciencia.

«Una brazada, otra brazada, otra más.»

«Sigue nadando.»

Bajo esta filosofía, Simón había establecido unas normas fundamentales para los últimos días de campaña.

Nada de cambiar el discurso en función de lo que digan las encuestas.

Nada de actuar estratégicamente.

Nada de parecer políticos.

Nada de dejarse influir.

Seamos auténticos.

Esos días, el placer culpable de Simón era quebrantar las mismas normas que él había fijado y buscarse a sí mismo en internet por la noche, justo antes de irse a dormir. Le encantaba ver cómo usuarios anónimos le calumniaban por la sextape, por traicionar al partido, por llevar una máscara de izquierdas aun siendo un liberal, por su chulería... Era procrastinación tóxica, como distraerse con una revista de chismes machistas sobre el cuerpo de las famosas. Se sentía como un zoólogo observando un hormiguero al cual podía pegarle fuego cuando quisiese, y eso era algo que le hacía venirse arriba. Resucitaba en el momento preciso.

—Chicos —les dijo el candidato a algunos de los supervivientes del partido, minutos antes de salir a dar su último mitin—, durante mucho tiempo hicimos campaña como si los demócratas fuésemos un partido unido y feliz. No lo éramos. Éramos un partido donde los líderes no tenían ni la más remota idea de cómo se sentía la calle, un partido en el que sus máximos responsables

estaban más preocupados por el estatus y el poder que por la política, un partido de tecnócratas. Aquí se han librado batallas de secretarias, luchas completamente idiotas por demostrar quién tiene más asistentes, o más metros cuadrados de despacho. Gilipolleces. Ya hemos conseguido acabar con todo eso. Ahora vamos a ganar. Vamos a ganar dos veces. Estoy muy orgulloso de vosotros. Sabedlo.

Dijo: «Me siento como si estuviese muerto, en serio». En el despacho flotaban conversaciones cruzadas y el comentario pasó bastante desapercibido. Se dio cuenta de que la gente había entendido otra cosa; comprendieron que se encontraba muy cansado, o algo por el estilo, y en aquel momento Simón sentía algo realmente excepcional, como un torrente de cansancio que al fin transpiraba por su cuerpo, como la larga enfermedad que llega a su fin, un exorcismo, y esto era algo que Simón creyó oportuno compartir con los suyos: «Lo digo en serio —añadió—. Me siento como si ahora estuviese en el cielo y ya no tuviera que pelear más. No soy católico. Pero siento algo parecido a la muerte, o a la paz tras la vida; o la que nos sobreviene antes de morir». Y luego también dijo: «Ya no hay más que hacer. Hicimos lo correcto. El viaje mereció la pena». Sonaba como el clérigo que da la bendición a los suyos y también sonaba amargo pero al mismo tiempo satisfecho. Contagiosamente alegre. Cabal. Le preguntaron si estaba bien porque tenía una sudoración anómala y él dijo algo de unos ansiolíticos. Todos en esa sala se medicaban, o lo habían hecho alguna vez, sobre todo en la campaña. Estaban en el día de la elección. Los últimos hombres de confianza de Simón se habían reunido con él en su despacho de Sagasta. Quedaban Herzog, Andrew —¿se acuerdan del tipo aquel que una vez conoció en una fiesta de París?, pues ahora estaba de paso por Madrid y a Simón le pareció buena idea invitarle a Sagasta—, Petra —la asistente de prensa de Simón— y el periodista que estaba escribiendo un

libro sobre la campaña de Simón. Herzog hizo la broma: «Somos como Hitler en el búnker», y a todos les pareció gracioso. La última encuesta había pronosticado el peor resultado en la historia de la formación de los demócratas. Quedarían terceros. Por supuesto, hasta que los resultados no fuesen definitivos habría siempre una mínima esperanza titilando al horizonte, pero nadie se creía de verdad que eso pudiera suceder. Evidentemente, la sensación de Simón era incorrecta: ese no sería el día en que la paz llegaba por fin, sino el inicio de una nueva vida como parlamentario clave de la oposición. La derrota y el descalabro ya los tenía interiorizados; tampoco tenía que convencer a ninguno de los que estaba allí de nada, sabían lo que tenían entre manos y todos aceptaban su destino, no era necesario interpretar el paripé del líder inspirador incluso en los peores momentos. Conocían el guion. «En la rueda de prensa tenemos que subrayar —dijo Herzog— que estamos muy satisfechos con la renovación de nuestro partido y que en las próximas elecciones seremos más fuertes y vamos a ganar. Hay que proyectar la imagen de que ya estamos en el futuro, pasar página.» «Sí, sí», dijo Simón, distraído. Pese al desastre, estaban tranquilos, seguros; ninguno de los allí presentes sentía que su compañero de mesa quisiera robarle el puesto. El candidato estaba orgulloso de su gente. Luego alguien preguntó: «Eduardo González. ¿Qué?». A pesar de todo, le admiraban. Nada de todo lo que estaba sucediendo habría pasado de no ser por él, pero ¿y si él solo era un trámite? En esa sala, Eduardo González había sido el rival mayúsculo y no las otras candidaturas. «Yo tampoco creo que fuese un mal líder —dijo Herzog—, creo que se le fue de las manos. Que perdió el control. Es propio de grandes hombres hacer grandes cosas y cometer grandes estupideces.» La sala entera asintió. A mediodía empezó a extenderse un rumor: encuestas a pie de urna daban al Partido de la Democracia resultados mejores que los expuestos los días previos en prensa. «¿Te imaginas? —dijeron—, ¿de pronto presidente?»

La pregunta daba por imposible lo que todos deseaban: el milagro de convertir a Simón en el presidente más joven del país, justo después de haber pegado fuego al partido del establishment y con todo en su contra. «Pidamos algo para comer.» Varias motos dirigidas desde varios servicios de comida a domicilio llevaron estilos de comida variados: vegetariano, japonés, mexicano, pizzas, unos cincuenta euros por cabeza; sobraría mucho, seguro. «¿Vino?» «Vino», aceptó Simón a regañadientes, sin ser muy amigo él de la bebida a mediodía. La bendición que esperaban era la misma que antes habían visto en Italia o Estados Unidos: una candidatura impopular cuyo magnetismo es mucho más grande que todas las faltas que puedan afearse al candidato. Se quedaron en silencio. Eran cristianos en catacumbas. Los que quedaban allí se las habían arreglado con toda clase de adversidades y habían aguantado de todo. Eran los más fuertes. Los más brillantes. Incluso entre ellos habían volado las dagas, pero poco importaba ya. Ganase o no, Simón había conseguido sacar de la pista a rivales políticos que estaban lejos de la calle, y eso era un mérito valioso, pero tristemente condenado al secreto. En Francia, escribiendo sobre Europa, había conocido a las víctimas de su tiempo: trabajadoras a las afueras de París con las que nadie contaba, que habían asumido un destino de pobreza, precariedad y penitencia; chicos de familias africanas sin ningún delito a sus espaldas señalados por el barrio en el que estaban registrados; gente que sufría amaneceres en los que lo único que deseaba era vomitar, y que anhelaba fines de semana largos para beber y bailar con sus familias; mujeres agredidas por sus propios hijos; nombres anónimos de los que Simón se acordaba con una mezcla de admiración y respeto. De ellos no podía hablar como si fuesen una cifra más, un detalle granular dentro de un programa económico nacional. Había hablado con ellos. Los había conocido. Se había inspirado en ellos. De ellos se sentía más cerca que del poder, y sin embargo, él *era* el poder. Ninguno de los políticos de su partido que había conocido hablaba con

honestidad de las clases populares. Nadie sabía interactuar con ellas. Por eso merecían ser depurados. A él le gustaban el dinero, el poder y la fama, pero no olvidaba el significado de manifestarse delante de cuerpos armados en cumbres mundiales, ni tampoco los cientos de entrevistas que había mantenido cuando escribía sobre la desigualdad en Europa. Desconfiaban de los sindicatos, anhelaban cosas bonitas y, aun así, eran símbolos de lucha. Con ellos estaba él. A ellos le debía el hecho de que la prensa le hubiese bautizado como «la extrema izquierda del centro». Los simpatizantes de Simón empezaron a arremolinarse alrededor de Sagasta. Las puertas de la sala seguían blindadas, pero se enteraron a través de internet. Había mucha gente. Mucha, mucha gente. El candidato entró en una especie de pánico que se manifestó en un silencio excesivamente largo, pero nadie reparó en ello porque estaban locuaces. «¿Ponemos música, o qué?», dijo Andrew, y a continuación buscó canciones que levantasen el ánimo a los allí presentes. Empezaron a bailar. Con independencia del resultado, el mensaje que debían proyectar ahí fuera debía ser optimista. Les convenía calentar el ánimo. De pronto, Simón salió de su letargo: «Petra —dijo—, pásame el pintalabios». «¿El qué has dicho?» Petra lo había oído perfectamente, pero no podía ser. «El pintalabios.» Simón se pintó los morros y todo el mundo se echó a reír. Estaba sonando la música que le gustaba (Andrew conocía sus gustos: Orties, Josman, Booba...); debía luchar contra su miedo escénico. No estaba preparado para salir al balcón de Sagasta, mucho menos con varios vinos encima, pero debía hacerlo. «No hay huevos a salir así», le dijeron. Simón no contestó; prefirió seguir bailando. De fiesta, Simón era la clase de persona con quien estaba bien compartir el tiempo porque no era pesado. Respetaba los momentos de privacidad, cuando la conversación se había acabado y la gente prefería ensimismarse. Ahora era uno de esos momentos. La mayoría de la gente anhela vidas que le superan, pero a Simón le ocurría justamente al revés:

tenía bastantes más probabilidades de convertirse en el presidente de un país que de ser un simple profesor de ciencia política o periodismo en París, que es lo que él siempre había deseado, y vivir con Rania en un apartamento de Montparnasse o Belleville, dos barrios completamente diferentes pero que admiraba por ser el epicentro de clases liberales antagónicas. Lo más frustrante de todo era que ninguno de estos dos objetivos podría cumplirse ya: el desvío hacia la vida política le había condenado a quedarse a medio camino de su vida ideal y de la vida que el destino había preparado para él. A su edad, cambiar de vida no resultaba tan fácil. Ahora ya no había más viajes por conferencias que acabasen de madrugada en los bares de una ciudad desconocida, guiado por amigos recién hechos que solo querían su prosperidad. Ya no más viajes caprichosos a Londres o a París o a Milán a comprar ropa en una tienda exclusiva. No más pizza los sábados por la noche. No más presentaciones de libros en el extranjero que solo eran una excusa para dejar a un lado a Elia en Madrid y respirar aire fresco. Nunca más eso. En adelante, debía comportarse como un Rey Sol. Tampoco es que actuar le fuese a costar mucho: desde ese día podía aceptar sin gran inconveniente el papel de hombre demasiado ocupado y demasiado virtuoso para encontrar a su media naranja. ¿Cómo encuentra pareja un líder de la oposición, o un presidente? No hay manera. «Creo —dijo Simón después de otro rato largo de silencio— que ya lo tengo. Me gustaría dedicar mi discurso a todas las mujeres que me han inspirado en la vida. Ahora que estoy solo, puede que sea una forma de que mis votantes y los votantes de otros partidos no me vean como una persona demasiado fría. Pienso en Elia. Pienso en mi madre. Pienso en Annie. Pienso en Rania. Pienso en Magalí. Pienso en Carolina, la chica a la que le di mi primer beso. Pienso en Luciana, mi primera novia. Pienso en Françoise Hardy, Simone de Beauvoir, Jane Birkin... Pienso en un buen puñado de actrices y cantantes. Pienso en algunas compañeras de trabajo.

Pienso en todas las mujeres a las que amé. ¿Qué pensáis vosotros? A mí me parece importante que las mujeres tengan un papel representativo en mi discurso, y en mi manera de entender la política, y para mí esta es una forma honesta de agradecer lo que las mujeres han significado en mi carrera. Opino que se trata de un mensaje tierno; quizá un poco ingenuo, pero lo suficientemente humano como para que hombres y mujeres puedan estar de acuerdo y emocionarse. Me gustaría que mi entrada a la política real fuese un momento dedicado al amor. Un segundo en el que la población de todo un país, pero también más allá, pudiera pensar en toda la gente que ha amado, porque eso es lo que da alas a nuestro espíritu. ¿Qué opináis?» Le jalearon. Todo el mundo estaba demasiado bebido y en consecuencia no era un jurado demasiado fiable, pero precisamente por eso se trataba de una valoración auténtica; nadie estaba pendiente de estrategias políticas y lo que opinaban lo creían con sinceridad. «¿Y si sales así, con el pintalabios?», le dijo Andrew, mientras los colegios electorales cerraban. Simón había cerrado los ojos y dicho en público: «No puedo más». Había vuelto al mismo punto de no retorno de la noche en que conoció en persona a Rania en Israel. Estaba ebrio y ya no era capaz de controlarse a sí mismo. «Toma esto —dijo Andrew, acercándole un sobre—, te recompondrá.» En sordina se empezó a escuchar el himno del Partido de la Democracia: era el DJ del partido, que había empezado la fiesta en el balcón. «Decidle que pare», dijo Simón. «¿Y entonces?» «Que ponga lo que suena aquí. Keny Arkana está bien.» «Pero, Simón —dijo Herzog—. No podemos poner eso.» «A la mierda. Ponlo.» Andrew preguntó qué pensaban sobre la posibilidad de que al balcón de Sagasta saliese una persona que desconcertase a todo el mundo. A qué te refieres, le preguntaron. «Simón con niqab, en tacones y minifalda. Simón tiene piernas de corredor; tiene unas buenas piernas, recias y bonitas. Sería un puntazo.» Simón despertó como si alguien hubiese activado un resorte en él. «Joder, eso es. ¿Alguien me puede



conseguir un niqab?» Política es, con demasiada frecuencia, tomar decisiones en contra de todos, y en contra de todos casi siempre significa en contra de los tuyos. Política es hacer eso como quien cruza descalzo un pasillo de clavos ardiendo. Política es tener a toda la opinión pública acechándote y al mismo tiempo depurar tu propio partido ya que eso es lo correcto. Política es aceptar que la persona a la que más amas y tú ni siquiera vais a compartir los mismos principios morales; nunca seréis uno. Política es ética, y el órgano de la ética no es la cabeza. Es el estómago. Política es obedecer a las tripas. No hay nada tan primitivo como eso. Política es hacer lo correcto, y pelear por que los demás lo hagan. Política es dejarse humillar en el momento correcto, y esperar el contragolpe, la añorada y fría venganza, y eso es exactamente lo que acababa de suceder: a los pocos minutos de que el recuento de votos comenzase, la web del Ministerio del Interior otorgaba a Simón el 59 por ciento de los votos. «Cincuenta y nueve puto por ciento», dijo Herzog mirando la televisión y cogiendo un pegote de nachos con queso. El búnker se puso a gritar como loco. Habían ganado. La extrema izquierda del centro acababa de desalojar un partido, hacer un ridículo escandaloso y luego obtenido la victoria más inesperada en la historia de la democracia española. «¡Soy el puto presidente! —dijo Simón, subiéndose a la mesa de vidrio esmerilado, el rostro oculto por un niqab y zapatos de tacón; ja, ja, ja, vaya risa les entró a todos—. ¡Comedme la carne de Kobe!

## La novela que destripa la nueva política a través de una mirada generacional sobre los candidatos recién llegados y sobre la frivolidad de la ambición.



Simón Soria es un intelectual talentoso en la treintena, liberal afrancesado y profesor de Políticas cansado de su carrera y arrinconado por sus ideas impopulares dentro de la facultad. A pesar de haber cosechado cierto reconocimiento y de andar con aires de pensador maldito formado en La Sorbona, Soria vive angustiado por un éxito que nunca parece suficiente.

Su vida cambia al cruzarse con Rania al-Jatib, una cineasta de origen palestino y convicciones feministas que vive en París. El puente aéreo entre Madrid y la capital francesa será constante en una relación que reconfigurará la vida de ambos cuando él se convierta en el ideólogo del Partido de la Democracia, formación conservadora que busca un lavado de cara a pocos meses de las elecciones generales.

Antonio J. Rodríguez despliega en esta ficción política el relato de una campaña electoral que, entre escándalos, traiciones y algún que otro sextape, conforma una historia universal sobre la ambición, la vanidad y el deseo. Este inteligente juego de espejos entre ficción y no ficción resigue una trayectoria meteórica que bien podría ocupar la prensa de nuestros días. De una actualidad innegable, *Candidato* perdurará: los ascensos y las caídas constituyen, a fin de cuentas, el corazón de la comedia humana.

Sobre su anterior novela, *Vidas perfectas*, se ha dicho:

**«Destaca por la penetración en la cara oscura de la mente y por la**

**hondura de los conflictos que presenta. [...] Antonio J. Rodríguez tiene el mérito de los escritores mejores, asumir el riesgo de abordar una intensa historia de pensamiento e ideas. Es una valiosa credencial para el futuro.»**

SANTOS SANZ VILLANUEVA, *El Cultural*

**«Talento y clarividencia [...]. Antonio J. Rodríguez, desde la tradición narrativa, nos dice que todavía sigue vigente el formato clásico para exigirnos un poco de claridad moral.»**

ERNESTO AYALA-DIP, *Babelia (El País)*

**«Un retrato amargo de unos personajes que han visto truncados los deseos y aspiraciones, frustrados y atrapados en una falsa vida perfecta.»**

ANNA MARÍA IGLESIA, *El Confidencial*

**«Una de las voces de más talento de la nueva narrativa en español.»**

INÉS MARTÍN RODRIGO, *ABC*

**Antonio J. Rodríguez** (Oviedo, 1987) es periodista y escritor. Durante cinco años ha sido editor jefe en Play-Ground y ha colaborado como periodista cultural con los principales medios nacionales. Es autor de los relatos «El principio de incompetencia» (Flash, 2013) y «Exhumación» (Alpha Decay, 2010), coescrito con Luna Miguel, con quien también forma el tándem de editores invitados del sello Caballo de Troya durante 2019 y 2020. Literatura Random House ha publicado sus anteriores novelas: *Fresy Cool* (2012) y *Vidas perfectas* (2017).

Edición en formato digital: abril de 2019

© 2019, Antonio J. Rodríguez

MB Agencia Literaria, S. L.

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Nora Grosse

Fotografía de portada: © Eric Zener

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-397-3598-4

Composición digital: La Nueva Edimac, S. L.

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

megustaleer

## Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

# Índice

Candidato

Prefacio. La extrema izquierda del centro

Candidato

I. Azul Klein

II. La vanidad

III. Hibiki. Pigalle. Égoïste

IV. La sextape

Sobre este libro

Sobre Antonio J. Rodríguez

Créditos